

LA SOMBRA DE PROMETEO

Dossier:
MUERTE Y EXISTENCIA

**Filosofía,
Literatura,
Arte y
Ciencia**

JUNIO 2026
AÑO I
TOMO II



EDITORIAL
LA SOMBRA DE PROMETEO

Francisco José Audiye Pacheco, Jorge Rolando Acevedo, Juan Algruta, Edmundo Pérez, Omar Rosa, Federico Rizzo Sebben, Norma Minniti, Norma Beatriz Castillo, Adam P. Astacio Velázquez, Idania del Corral Fumero, Omar Cabrales, María Sofía Abarca, Vicente Ruiz, Isaac M. León Macías, René Pinet Plasencia, Cayla Carbonell Correa, Naomi Díaz, Lesliemarie Ortiz Santana, Aldo Matus, Víctor Gutiérrez, Adriana de Jesús Casas Moreno, Paulo Neo, Enrique Villegas, Noah Evan Wilson, Roberto Poblete Velázquez, María Isabel Chaves Acosta, Carlos Cristian Italiano, Natalia Rychert Slawinska, José Lissidini Sánchez, Sofía Florencia Figueroa Magallán, Mauricio José Sanhueza Granda, Víctor David Manzo Ozeda, David Bedoya Restrepo, Dayhanne Ureña, Adair Zepeda Villarreal, Angélica Guzmán, Amadeus Estrada Cázares, María Ferrer, Salvador Flores, Eduardo Ruiz, Genaro Valdovinos Andrade, Abril Navarrete, Juan Cifuentes, Rubén Cortés Salazar, Julián Castellanos, Josué Isaac Muñoz Núñez, Alejandro Zapata Espinosa, Augusto Villablanca, Silvia Carús, Diana Mesa, Daniel Molina Ruffini, Gustavo Verenzuela Morales, Jorge Etcheverry Arcaya, María del Rosario Ortiz, Daniel Gómez, Carlos Puentes, Alexis de Jesús Salguero González, S.D. Andaluz, Jhon Darwin González y Benjamín Reyes Navarrete.

Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

WWW.LASOMBRADEPROMETEO.COM
WWW.REVITSA.LASOMBRADEPROMETEO.COM



REVISTA LSP

LA SOMBRA DE PROMETEO

DIRECCIÓN EDITORIAL
EDICIÓN Y DISEÑO

EDUARDO RUIZ CUEVAS

CONTACTO:

INFO@LASOMBRADEPROMETEO.COM

ISBN: 9798199888202

DOI: 10.5281/ZENODO.20532263

CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO
JUNIO, 2026
TOMO 2

EDITORIAL

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS,
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO

©Todos los derechos reservados

LA SOMBRA DE PROMETEO

Marzo, 2026.

Vol II No. 4

Dossier:

MUERTE Y EXISTENCIA

Filosofía,
Literatura,
Arte y
Ciencia

Muerte y existencia: En torno a una idea freudiana

Entre dos silencios: existencia y muerte

Muerte y existencia

Hamartía, Acta est fábula

La verdad de la muerte y la codicia de Prometeo



Francisco José Audije Pacheco, Jorge Rolando Acevedo, Juan Algruta, Edmundo Pérez, Omar Rosa, Federico Rizzo Sebben, Norma Minniti, Norma Beatriz Castillo, Adam P. Astacio Velázquez, Idania del Corral Fumero, Omar Cabrales, María Sofía Abarca, Vicente Ruiz, Isaac M. León Macías, René Pinet Plasencia, Cayla Carbonell Correa, Naomi Díaz, Lesliemarie Ortiz Santana, Aldo Matus, Víctor Gutiérrez, Adriana de Jesús Casas Moreno, Paulo Neo, Enrique Villegas, Noah Evan Wilson, Roberto Poblete Velázquez, María Isabel Chaves Acosta, Carlos Cristian Italiano, Natalia Rychert Slawinska, José Lissidini Sánchez, Sofía Florencia Figueroa Magallán, Mauricio José Sanhueza Granda, Víctor David Manzo Ozeda, David Bedoya Restrepo, Dayhanne Ureña, Adair Zepeda Villarreal, Angélica Guzmán, Amadeus Estrada Cázares, María Ferrer, Salvador Flores, Eduardo Ruiz, Genaro Valdovinos Andrade, Abril Navarrete, Juan Cifuentes, Rubén Cortés Salazar, Julián Castellanos, Josué Isaac Muñoz Núñez, Alejandro Zapata Espinosa, Augusto Villablanca, Silvia Carús, Diana Mesa, Daniel Molina Ruffini, Gustavo Verenzuela Morales, Jorge Etcheverry Arcaya, María del Rosario Ortiz, Daniel Gómez, Carlos Puentes, Alexis de Jesús Salguero González, S.D. Andaluz, Jhon Darwin González y Benjamín Reyes Navarrete.

Carta del editor

Queridos lectores:

Junio, 2026

Este proyecto nace y se sostiene por convicción y amor al fuego del pensamiento y la creatividad. La Sombra de Prometeo no recibe ningún tipo de apoyo institucional dentro del sector público o privado. Apostar por la cultura, la filosofía y las artes siempre es un desafío, sin embargo creemos que vale la pena asumir el riesgo.

Por eso hoy los invitamos a apoyar el desarrollo de este proyecto, a través de una membresía en Patreon, la cual no es una donación: es el fuego que permite que La Sombra de Prometeo siga llegando a esos lugares donde la sombra domina.

Al unirte a nuestro Patreon obtienes beneficios, algunos de ellos:

- Tomos impresos enviados directamente a tu domicilio.
- Contenido mensual VIP.
- Acceso exclusivo a talleres de análisis, creación literaria y filosófica, impartidos por el equipo editorial.
- Impulsar las obras de autores y colaboradores.
- Agradecimiento en los créditos de cada número y mención en nuestros eventos.
- Contenido anticipado, archivos digitales y la satisfacción de saber que haces posible que este espacio siga existiendo.

Agradecemos profundamente tu apoyo y acompañamiento. El fuego sigue encendido gracias a ti.

Atentamente,



Eduardo Ruiz Cuevas
Director

Revista La Sombra de Prometeo
CDMX



www.patreon.com/c/LaSombraDePrometeo/membership

Números anteriores

Nuestra publicación abarca tres niveles de acceso y tipo de lectura:

1. Función multimedia a través de nuestra plataforma, accesible a cualquier dispositivo electrónico: computadora, celulares, iPad, tablet, Smart TV. Permite apreciar las funcionalidades de sonido (con la lectura en propia voz de los autores o con resúmenes de los textos); imágenes dinámicas, videos y más.
2. Descarga del contenido en formato digital (PDF), con un costo de 10 dólares (contactar en info@lasombradeprometeo.com o WhatsApp +52 55 5197 2038).
3. Formato físico disponible internacionalmente a través de [Amazon.com](https://www.amazon.com).

Compartimos de manera gratuita el acceso a nuestra versión multimedia a través de los siguientes códigos QR.



Guía para el lector

El impacto de la convocatoria sobre “Muerte y existencia” superó todas las expectativas y obligó a dividir el material en dos partes que ahora se integran en este tomo físico, correspondiente al segundo volumen impreso de la revista. La comunidad creadora respondió con una amplitud excepcional, dando lugar a una edición doble que recorre las múltiples dimensiones de la finitud.

En una época donde las redes sociales censuran hasta la mención de la palabra “muerte”, convertir el límite en eje de reflexión resulta humanamente imprescindible. El fuego de Prometeo ilumina lo incómodo para devolverle a la existencia su forma y su sentido. El dossier filosófico de la primera parte establece la tesis central: la muerte no es un mero cese biológico, sino una fuerza estructural que dota de medida a la vida. Desde las tensiones entre Eros y Thanatos hasta la apoptosis o la codicia prometeica por la inmortalidad, estas páginas sientan las bases de un pensamiento que convierte la conciencia de la finitud en motor de libertad y creación. Las artes gráficas traducen esa tensión en un lenguaje visual donde destacan un cómic conceptual de diez pisos descendentes hacia el vacío. La literatura aborda el tiempo detenido y la reparación simbólica de relojes como metáfora de una vida que se recompone frente al final. La poesía eleva el silencio, la parca y la sábana blanca a versos elegíacos de precisa conmoción. Y la ciencia ancla estas indagaciones en la neurología de las experiencias cercanas a la muerte y en una mirada integral que cruza biología, filosofía y tecnología.

El tomo II, Muerte y existencia, se abre hacia la experiencia concreta, dialogando con la música popular, la clínica forense, los relatos íntimos y la memoria colectiva que atraviesa cuerpos y ciudades. Una selección extensa de cuentos, poemas y obras plásticas compone un mapa donde se encuentran la reflexión teórica, lo cotidiano y la imaginación simbólica, invitando al lector a acompañarnos hasta los límites de lo decible.

Esta publicación internacional reúne a creadores de quince países: México, Estados Unidos, Canadá, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Colombia, Bolivia, Chile, España, Uruguay, Argentina, Venezuela, Perú y Portugal.

Agradecemos profundamente a todos los autores que hicieron posible este número extraordinario: Francisco José Audije Pacheco, Jorge Rolando Acevedo, Juan Algruta, Edmundo Pérez, Omar Rosa, Federico Rizzo Sebben, Norma Minniti, Norma Beatriz Castillo, Adam P. Astacio Velázquez, Idania del Corral Fumero, Omar Cabrales, María Sofía Abarca, Vicente Ruiz, Isaac M. León Macías, René Pinet Plasencia, Cayla Carbonell Correa, Naomi Díaz, Lesliemarie Ortiz Santana, Aldo Matus, Víctor Gutiérrez, Adriana de Jesús Casas Moreno, Paulo Neo, Enrique Villegas, Noah Evan Wilson, Roberto Poblete Velázquez, María Isabel Chaves Acosta, Carlos Cristian Italiano, Natalia Rychert Slawinska, José Lissidini Sánchez, Sofía Florencia Figueroa Magallán, Mauricio José Sanhueza Granda, Víctor David Manzo Ozeda, David Bedoya Restrepo, Dayhanne Ureña, Adair Zepeda Villarreal, Angélica Guzmán, Amadeus Estrada Cázares, María Ferrer, Salvador Flores, Eduardo Ruiz, Genaro Valdovinos Andrade, Abril Navarrete, Juan Cifuentes, Rubén Cortés Salazar, Julián Castellanos, Josué Isaac Muñoz Núñez, Alejandro Zapata Espinosa, Augusto Villablanca, Silvia Carús, Diana Mesa, Daniel Molina Ruffini, Gustavo Verenzuela Morales, Jorge Etcheverry Arcaya, María del Rosario Ortiz, Daniel Gómez, Carlos Puentes, Alexis de Jesús Salguero González, S.D. Andaluz, Jhon Darwin González, Benjamín Reyes Navarrete, Adriana Aguayo y Alfredo Furlan.

Gracias a cada uno de ustedes.



ÍNDICE

VOLUMEN I DOSSIER: MUERTE Y EXISTENCIA

- Muerte y existencia en torno a una idea freudiana — Genaro Valdovinos Andrade ... 11
- Entre dos silencios: Existencia y muerte — María Ferrer ... 19
- Muerte y existencia — Eduardo Ruiz Cuevas ... 24
- Hamartía, acta est fábula — Dayhanne José Ureña Peralta ... 28
- La verdad de la muerte y la codicia de Prometeo — Amadeus Estrada Cázares ... 31

ARTES GRÁFICAS

- Ten Stories Down — Noah Evan Wilson ... 35

CUENTO

- La mecánica de los relojes detenidos — Víctor David Manzo Ozeda ... 46
- Claudia Cardinale (1938-2025) — Fran Audiye ... 50
- Los pies en la luna — Norma Beatriz Castillo ... 52
- Hay un rumor por ahí de que voy a morir — Omar Rosa ... 54
- Final de octubre — René Pinet Plasencia ... 58
- Diálogo de sordos V — Schava ... 60
- Trascender es existir — Angélica Guzmán ... 62
- El enterrador — Eihir ... 66
- Tanatomiobioma Memento Mori — María Sofía Abarca ... 71
- Texto surrealista — David Bedoya Restrepo ... 74
- Luna canina — Eduardo Ruiz Cuevas ... 75
- Manual breve para desaparecer sin incomodar — Adriana de Jesús Casas Moreno ... 80
- Janus — Víctor Gutiérrez Gándara ... 82
- Diez gotas de sangre — NB ... 83

POESÍA

- La muerte — Francisco José Audiye Pacheco ... 89
- Cementerio rural — Rolando Acevedo ... 91
- La vida misma — Juan Algruta ... 92
- ¡Volví mis pasos...! — Edmundo Pérez ... 93
- Calendario — Ícaro ... 95
- Morfosis — Adam P. Astacio Velázquez ... 96
- El fin de la avenida — Idania del Corral Fumero ... 97
- La lomita — Omar Cbrales ... 99
- Cuando no tenga nada que hacer — Natalia Rychert Slawinska ... 100
- Conciencia de lo efímero — Adair Zepeda ... 101
- La hermenéutica de los latidos — María Sofía Abarca ... 103
- Un negro resplandor — Isaac Marcos León Macías ... 105
- Camino descalza por la vida — Cayla Carbonell ... 106
- La parca — Lesliemarie Ortiz Santana ... 107
- Sábana blanca — Aldo Matus ... 109
- Esta muerte no es mía — Paulo Neo ... 110
- *****1 — Mauricio José Sanhueza Granda ... 111
- Desapareciste — Abril Navarrete Mena ... 112
- Especie en extinción — Sofía Florencia Figueroa Magallán ... 113
- Morir — José Lissidini Sánchez ... 115
- 21 Días — María Isabel Chaves Acosta ... 117
- Los muertos no ríen — Carlos Cristian Italiano ... 118
- Silencio — Norma Minniti ... 119

CIENCIA Y RELATO

- Una visión multidisciplinar de la muerte en el siglo XXI — Juan Cifuentes ... 121
- La neurología de la experiencia cercana a la muerte — Rubén Cortés Salazar ... 123
- El lenguaje de los que ya no hablan — Dr. Julián Castellanos ... 125
- Samantha es sólo un sueño — Enrique Villegas ... 127
- Manifiesto: Más allá del margen ... 127

VOLUMEN II DOSSIER

- Breve reflexión sobre la muerte — Josué Isaac Muñoz Núñez ... 135
- Antonio Machado: La pasión de un modernista — Fran Audiye ... 142
- La vida no vale nada — Tízoc Infante ... 145
- Entrevista al Dr. Julián Castellanos — La Sombra de Prometeo ... 148

ARTES GRÁFICAS

- El vuelo de Khiam — Daniel Molina Ruffini ... 153
- El crepúsculo de Elhazer — Daniel Molina Ruffini ... 155
- Raíces y vuelo eterno — Benjamín Reyes Navarrete ... 157
- En el recuerdo te acompaño — José Benjamín Reyes Navarrete ... 159
- Amiga — Jorge Etcheverry ... 161
- Alas del tránsito — João Amoêdo Pinto ... 163

CUENTO

- Una muerte inesperada — Augusto Villablanca ... 166
- La creación de la luna — Carlos Cristian Italiano ... 170
- El recuerdo del olvido — Carlos Puentes ... 171
- Consuela el tórrido hablante — Alejandro Zapata Espinosa ... 174
- En un segundo — Diana Mesa ... 177

- La pistola — Mauricio José Sanhueza Granda ... 182
- Destello verde — S.D. Andaluz ... 187
- Eclipse — Daniel Gómez ... 192
- Un viaje para celebrar — María del Rosario Ortiz ... 194
- Eterno abril — José Lissidini Sánchez ... 198
- La puerta invisible — Silvia Carús ... 201
- La máquina — Gustavo Verenzuela Morales ... 205
- Encuentro mortal — Jhon Darwin González ... 210
- Un susurro eterno — Alexis de Jesús Salguero González ... 215

POESÍA

- Aunque no se diga así — Roberto Poblete Velázquez ... 219
- Carta a mi querida muerte... — Sofía Florencia Figueroa Magallán ... 220
- Oxidación — Jorge Rolando Acevedo ... 222
- El placer de los pequeños detalles — Natalia Rychert Slawinska ... 223
- Ella — Jorge Etcheverry Arcaya ... 224
- Suicidio — Francisco José Audiye Pacheco ... 225
- Plegaria — María Isabel Chaves Acosta ... 228
- Quedé — Abril Navarrete Mena ... 229
- El último latido — José Lissidini Sánchez ... 230
- En fuga — Norma Minniti ... 232
- ***2 — Mauricio José Sanhueza Granda ... 233
- No luches — Juan Algruta ... 234
- Catarsis — Adam P. Astacio Velázquez ... 235
- Procesión — Omar Cabrales ... 236
- Engaño — Aldo Matus ... 237
- ¡Promesa rota...! — Edmundo Pérez ... 238

- Clint Eastwood (O la coreografía...) —
Eduardo Ruiz ... 242

CULTURA

- Coloquio de sociología: Weber y la
modernidad — Dra. Adriana Aguayo Ayala
... 246
- El problema moral del aborto — Instituto
de Investigaciones Jurídicas, UNAM ... 250
- Hacia una pedagogía de la finitud —
Alfredo Furlan ... 253
- Samantha, es sólo un sueño —
Enrique Villegas... 258
- Manifiesto: Más allá del margen ... 262



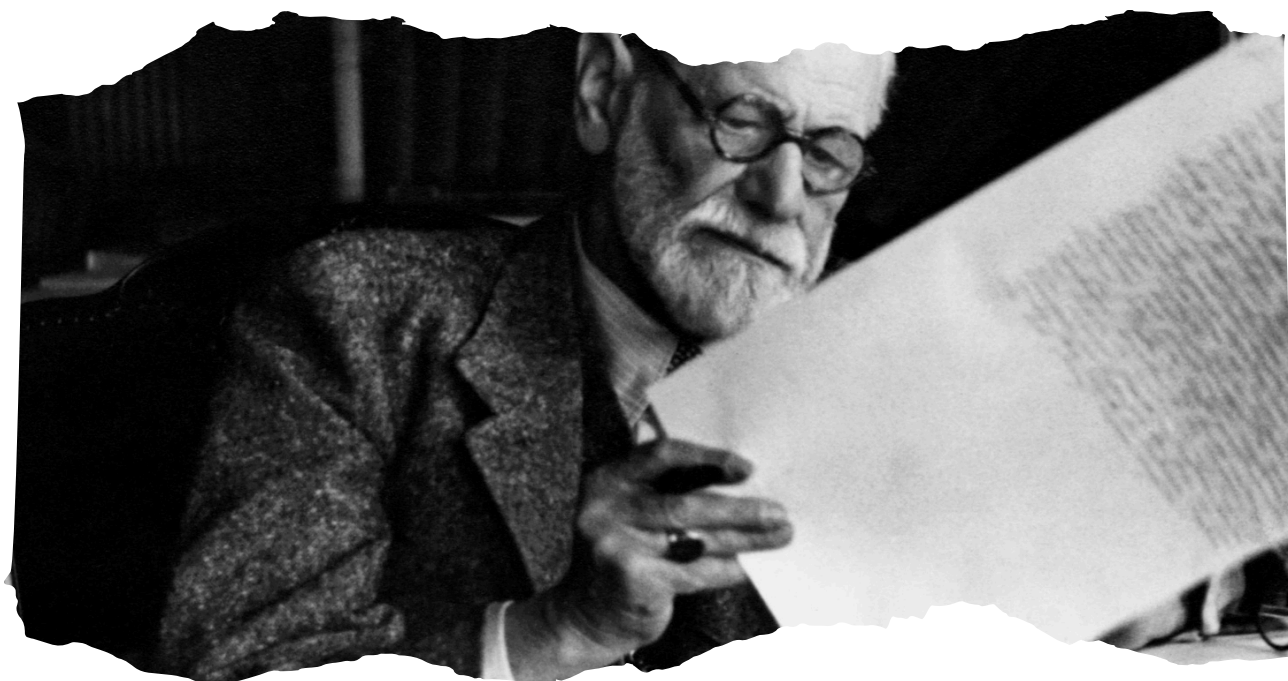
LA SOMBRA DE
PROMETEO

DOSSIER
MUERTE Y EXISTENCIA



MUERTE Y EXISTENCIA EN TORNO A UNA IDEA FREUDIANA

POR GENARO VALDOVINOS ANDRADE



“Con frecuencia, los accidentes son formas de 'acting out'. Se ha encontrado en la investigación clínica, por ejemplo, que muchos accidentes automovilísticos son suicidios o intentos de lo mismo”

Leopold Bellak - Manual de psicoterapia breve, intensiva y de urgencias.

I. El escándalo inicial

La vida no está orientada sólo a vivir.

Decirlo así suena casi obsceno. La biología, la moral, la religión y la publicidad coinciden en un punto: la vida quiere perseverar. Se adapta, lucha, sobrevive, se reproduce. Pero cuando Sigmund Freud escribe *Más allá del principio del placer*, introduce una grieta profunda en esa narrativa confortable. Su mérito no habría sido únicamente descubrir el inconsciente a finales del siglo XIX —aunque las implicaciones de esto ya eran suficientes para escandalizar a la modernidad—; descubre también, posteriormente, que la economía misma de la vida psíquica no se rige exclusivamente por el principio de conservación.

El niño repite el juego que lo angustia. El adulto insiste en el vínculo que lo destruye. El soldado revive en sueños el horror que querría olvidar. Hay algo que no obedece al principio de placer. Algo que no busca sólo el bienestar, sino la descarga, la reducción de tensión, la vuelta a un estado anterior. Ese estado, sugiere Freud, es lo inorgánico.

No se trata de un deseo consciente de morir. Se trata de una tendencia estructural que atraviesa la organización misma de lo vivo: desatar lo ligado, romper formas, disolver configuraciones. Eros construye; Thanatos, otra fuerza opuesta, descompone. Ambas operan simultáneamente.

Aquí conviene subrayar el verdadero escándalo: la muerte no sería únicamente el desenlace biográfico de la vida, sino una fuerza interna que trabaja en ella desde el principio. No sólo final, sino motor. No sólo destino, sino operador.

La vida, entonces, no sería una marcha lineal hacia la plenitud, sino un campo de fuerzas contradictorias donde organización y desorganización se entrelazan.

II. Forma, materia y sustracción

Si queremos pensar la idea sin moralismos, conviene cambiar de metáfora. No hablar de “instinto suicida” ni de “deseo oscuro”, sino de forma y materia.

Toda forma es una delimitación. Un organismo es una frontera: lo que incluye y lo que excluye. La identidad psíquica es una ligadura: lo que se mantiene unido frente a lo que amenaza disgregarse. La cultura es una red de contenciones: leyes, símbolos, instituciones que atan lo que podría dispersarse.

La muerte, en este marco, no es sólo negación. Es el principio que limita, que sustrae, que corta. La escultura no emerge por acumulación indefinida de materia, sino por sustracción. El escultor no añade; retira. Trabaja contra el bloque, pero también gracias a él.

Aquí cabría plantear —sin dramatismo retórico— que la muerte no es únicamente el término de la vida, sino uno de los principios que la esculpen. La vida sería el material; la muerte, el cincel; y ambos, paradójicamente, el mismo proceso visto desde un ángulo invertido.

En biología se ha sugerido que la gallina es una estrategia del huevo para producir otro huevo. ¿Podría insinuarse, con igual frialdad conceptual, que el humano es una estrategia de la materia para organizarse de manera compleja y, finalmente, desorganizarse de modo igualmente complejo? La vida sería el rodeo más sofisticado hacia la simplificación en la concepción de un aciago demiurgo de inspiración cioránica.

III. La objeción interna: ¿es primaria la pulsión de muerte?

La teoría freudiana no ha estado exenta de críticas dentro del propio psicoanálisis. No todos aceptaron la idea de una tendencia primaria —y de perfecta geometría dialéctica— hacia la muerte.

Otto Kernberg, por ejemplo, ha cuestionado la necesidad de postular una pulsión de muerte primaria y biológicamente fundada. Para él, la agresividad puede comprenderse como derivada de frustraciones tempranas, de conflictos relacionales, de fallas en la integración del self, sin necesidad de apelar a una fuerza innata orientada a la destrucción. Desde esta perspectiva, la destructividad no sería un principio originario, sino el resultado de experiencias traumáticas y de organizaciones psíquicas patológicas.

Otros analistas, desde épocas tempranas, también dudaron de que pudiera demostrarse biológicamente una tendencia primaria hacia la muerte. La hipótesis freudiana parecía más una construcción metapsicológica que un hecho empírico verificable. ¿Dónde estaría ese “instinto”? ¿En qué tejido, en qué circuito neuronal, en qué gen?

La prudencia de estas objeciones no es menor. Introduce un límite necesario: la pulsión de muerte no puede presentarse como un dato fisiológico evidente.

Es una hipótesis teórica que intenta explicar fenómenos clínicos: la repetición compulsiva, la autodestructividad, la agresión que no se reduce al cálculo racional. Sin embargo, el hecho de que no pueda localizarse mediante una disección no implica que sea conceptualmente superflua. La física no “ve” la entropía como órgano, pero la reconoce como principio dinámico-estructural. Tal vez la cuestión no sea si existe un “gen de la muerte”, sino si la tendencia a la desorganización forma parte de la economía global de lo vivo.

IV. Biología de la autodestrucción: apoptosis y ventaja evolutiva

En tiempos más recientes, algunos autores han intentado tender un puente entre la especulación psicoanalítica y la biología molecular. Marcelino Cereijido, en *La muerte y sus ventajas*, explora precisamente esta zona ambigua donde la muerte deja de ser mero accidente y aparece como función.

La apoptosis —la llamada “muerte celular programada”— es un ejemplo contundente. Células que activan mecanismos internos para autodestruirse en beneficio del organismo. Genes que regulan procesos de eliminación. Tejidos que se modelan gracias a la destrucción controlada de sus propias partes. Sin apoptosis, el desarrollo embrionario sería caótico; el organismo, inviable. Los tumores cancerígenos en gran parte se presentan cuando estos mecanismos fallan. Es vida reproduciéndose descontroladamente. La autodestrucción, en ciertos niveles, no es falla sino condición de forma.

Desde la biología evolutiva, la muerte individual puede interpretarse como ventaja para la especie. Un ciclo de vida breve permite adaptaciones rápidas en entornos cambiantes; un ciclo largo puede favorecer estabilidad y acumulación de complejidad. Organismos que duran días y se reproducen frenéticamente; árboles como la *Sequoia sempervirens* que pueden vivir miles de años. No hay un modelo único de longevidad óptima. Cada forma de vida ajusta su duración a su estrategia ecológica.

La muerte, entonces, no es mero castigo cósmico. Es variable funcional.

Aquí la especulación freudiana adquiere un matiz inesperado: tal vez la tendencia a la disolución no sea simple negatividad, sino componente estructural de la organización. La vida no sólo lucha contra la muerte; la integra en su arquitectura.

Sin embargo, conviene no forzar el paralelismo. La apoptosis no es equivalente a la pulsión de muerte psíquica. Una opera en circuitos moleculares; la otra en economías libidinales. Pero el hecho de que la biología reconozca mecanismos programados de autodestrucción introduce una resonancia inquietante: la desorganización no es siempre externa; puede estar inscrita en el propio diseño.

V. La cultura como dique y como amplificador

Si ascendemos del nivel celular al nivel social, la tensión se vuelve más visible. En *El malestar en la cultura*, Freud sostiene que la civilización surge para contener la agresividad humana. Ley, moral, religión, sublimación: dispositivos para ligar lo que tiende a desatarse. Pero todo dique genera presión.

La cultura reprime, pero también intensifica. El superyó se vuelve feroz. La culpa se expande. La violencia desplazada encuentra salidas indirectas. Las guerras se racionalizan como defensa, progreso o justicia.

Aquí cabría lanzar una pregunta incómoda: ¿la civilización prolonga la vida biológica al tiempo que administra con mayor precisión las fuerzas de destrucción? La técnica amplifica nuestra capacidad de conservar, pero también de aniquilar. La economía produce riqueza y crisis. El espectáculo convierte la catástrofe en consumo.

La modernidad no es simplemente el triunfo de Eros sobre la agresividad. Es el laboratorio donde ambas fuerzas se han sofisticado.

Desde la fascinación mediática por el desastre hasta la destrucción ecológica sistemática, la cultura contemporánea parece haber aprendido a explotar la tendencia a la ruptura. No se trata de caos puro, sino de administración sofisticada de la disolución. La muerte no es expulsada del sistema; es integrada como recurso.

VI. Repetición, goce y límite

Freud no estaba solo en advertir que el placer no gobierna todo. Más tarde, Jacques Lacan hablará de un goce que excede el principio de placer: una satisfacción en lo que daña, en lo que desborda, en lo que rompe la homeostasis. Y pensadores contemporáneos como Slavoj Žižek insistirán en que los sistemas sociales pueden reproducir violencia estructural mientras prometen estabilidad.

Pero no es necesario convertir una aproximación en un desfile de nombres. Lo esencial es lo siguiente: la experiencia humana muestra que la repetición de lo doloroso no es anomalía estadística. Hay algo en nosotros que insiste.

Esa insistencia puede leerse como fracaso adaptativo. O puede leerse como expresión de una economía más compleja donde la descarga, la ruptura o la pérdida cumplen funciones simbólicas imprescindibles.

Aquí cabría sugerir que la pulsión de muerte no es simplemente tendencia a la aniquilación, sino impulso a atravesar límites. A desatar configuraciones rígidas. A forzar transformaciones que la mera conservación no produciría.

La muerte como final absoluto paraliza. La muerte como fuerza estructural dinamiza.

VII. Longevidad, tiempo y medida

La duración de la vida no es uniforme. Desde insectos efímeros hasta árboles milenarios, la biología exhibe una pluralidad de tiempos. La longevidad no es un valor moral sino estrategia adaptativa.

Un organismo que vive días puede multiplicarse velozmente; uno que vive milenios puede estabilizar un ecosistema entero. La muerte individual, en este contexto, no es fracaso sino ritmo.

Trasladado al plano humano, esto abre otra pregunta: ¿qué hacemos con nuestro tiempo? La conciencia de finitud intensifica la experiencia vital. La certeza de que la forma es provisional obliga a decidir. La muerte no sólo limita; otorga medida.

Si la vida fuese indefinida, quizá carecería de urgencia. La finitud no es simple amenaza; es condición de intensidad. La escultura adquiere valor porque el bloque no es infinito.

VIII. Hacia una síntesis provisional

Claro fue que Freud dinamitó el humanismo ingenuo al mostrar que la vida no quiere sólo vivir. Kernberg introduce prudencia al cuestionar la necesidad de una pulsión primaria biológicamente demostrable. La biología contemporánea revela que la autodestrucción puede estar programada y ser funcional. La cultura moderna exhibe la sofisticación con que administramos nuestras propias fuerzas de ruptura. ¿Qué hacer con todo esto?

Tal vez no convenga elegir entre metáfora clínica y gen molecular. Tal vez convenga pensar en niveles.

En el nivel físico, la materia tiende a la entropía.

En el nivel biológico, la vida organiza y desorganiza estratégicamente.

En el nivel psíquico, la repetición muestra que no todo obedece al placer.

En el nivel cultural, la agresividad es contenida y explotada.

La muerte, entonces, no es sólo evento terminal. Es principio que atraviesa niveles y es en la consciencia y en la acción sobre ello que la humanidad puede tener injerencia en su propio drama.

No organizamos la vida únicamente para evitar la muerte. La organizamos para diferirla, distribuirla, administrarla. Y en esa administración, la muerte trabaja también como escultor silencioso.

IX. Cierre: la doble artesanía

Quizá el mayor aporte de la idea freudiana no sea haber “probado” la existencia de una pulsión de muerte, sino haber obligado a pensar la ambivalencia de la vida.

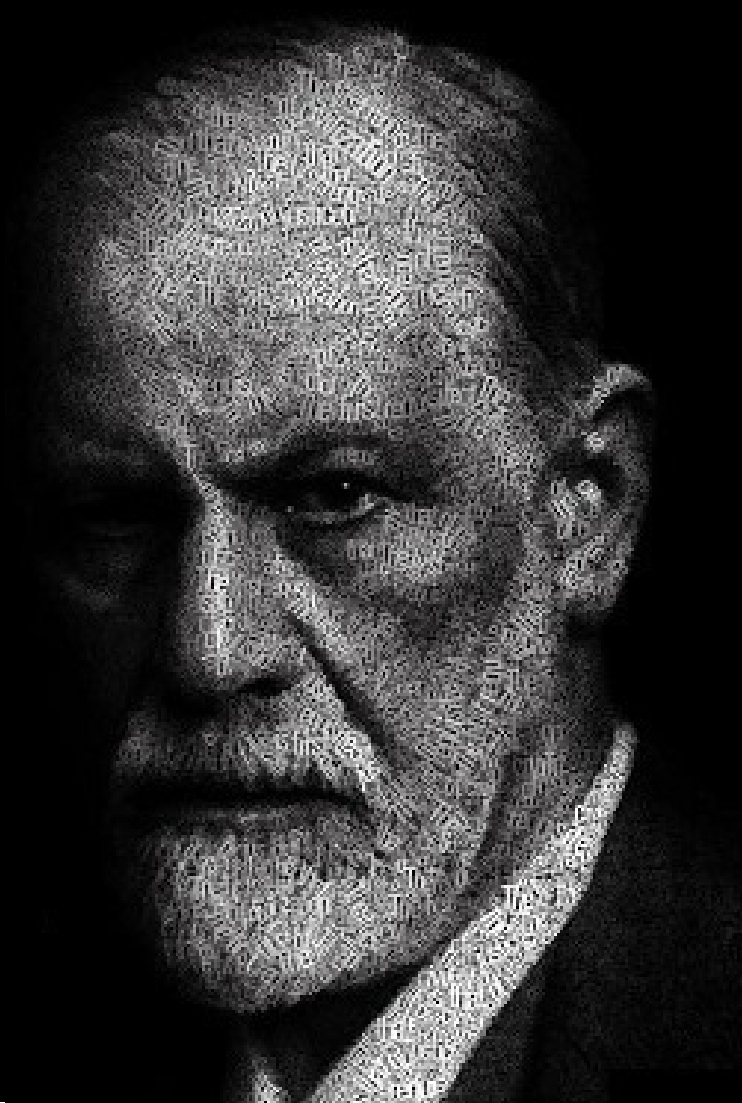
La vida no es moralmente pura. No es proyecto lineal de autorrealización. Es tensión entre ligadura y ruptura, entre construcción y sustracción.

Cada organismo es victoria provisional contra la entropía.
Cada cultura es dique que acumula presión.

Cada identidad es forma que se sostiene sobre exclusiones.

La muerte no es sólo el final del relato. Es uno de sus autores.

Y acaso la existencia humana sea la obra más compleja de esa doble artesanía: la de una vida que se afirma y la de una muerte que la esculpe desde dentro.



ENTRE DOS SILENCIOS: EXISTENCIA Y MUERTE

POR MARÍA FERRER



Existir es un fenómeno improbable, tanto más improbable, cuanto más extraño. El ser humano es inhabitual en el Cosmos. ¿Cuántos millones de años transcurrieron sin nosotros, y cuántos más transcurrirán cuando nos hayamos extinguido? Antes de existir no éramos y después de existir no seremos. Durante millones de años, el universo estuvo completo sin nosotros; durante casi toda la existencia del universo, nosotros no estuvimos aquí: había materia organizándose vertiginosamente en formas complejas, millones de estrellas nacieron y murieron con indiferencia; los océanos se formaron, especies nacieron y desaparecieron, y en ningún momento el universo necesitó de nosotros, ni siquiera imaginó nuestros nombres; el mundo no necesitó de nuestra conciencia, y a pesar de todo, aparecimos, de una manera que aún no conocemos.

Somos la presencia inexplicable -e incómoda- entre dos grandes ausencias.

¿Cuántas formas de vida humana se han descubierto en nuestro universo? La ausencia de nuestros semejantes nos hace aún más improbables. No es normal existir, lo normal sería no existir. En torno a nosotros sólo hay ausencias y silencios. Durante millones de años el uni-

-verso no supo de nosotros, no hubo un vacío que llenar, y sin embargo, sucedió: apareció nuestra existencia sin haberla pedido, como resultado de una cadena infinita de eventos que pudieron no ocurrir.

Somos el gran milagro del cosmos.

Existimos como quien atraviesa un umbral con los ojos vendados.

La existencia es ese silencio breve y extraño que embellece la gran sinfonía de la Vida, sin saber quién la compuso ni por qué lo colocó en ese sitio. Es como aparecer en una habitación con la luz encendida quién sabe desde cuándo, sin saber quién la encendió, ni cuándo se apagará. Es aparecer en una fiesta, sin saber cuándo y cómo llegaste, sin saber quién te invitó, ni cuándo, ni a dónde te irás.

La existencia es el improbable intervalo entre dos silencios de ausencia y en este breve instante florece todo cuanto somos: las cosas más hermosas, las más terribles y las más irrelevantes. A pesar de todo y de nada pero, entre toda esa maraña de experiencias, aparece la manzana envenenada, la bomba de tiempo, la grieta que desgarrar... Aparece nuestro mayor temor: la falsa certeza de la muerte.

La existencia es una muerte permanente.

La muerte apareció en nuestra conciencia como la presencia incómoda del aguafiestas, del indeseable. ¿Obra de nuestra lógica? "Todo lo que nace muere". ¿Fue el invento de un creador para mantenernos sometidos e infelices? O quizás una artimaña de la naturaleza para su autoconservación. ¿Algún día lo sabremos?

Existimos a pesar de la muerte, no solamente a pesar de no saber qué es morir, sino a pesar de no saber lo que es existir realmente. Nuestra vida transcurre entre palabras y conceptos desconocidos que, a pesar de serlo, solemos entender y con los que podemos funcionar. La muerte nos es tan habitual, tanto que la damos por hecho, le hemos otorgado una función muy importante y vital: darle sentido a nuestra existencia. Somos tan absurdos y a la vez tan razonables: el sentido de nuestra existencia yace sobre lo desconocido.

Dicen que nadie experimenta en cabeza ajena y sin embargo, en el caso de la muerte, la experimentamos únicamente en la muerte de otros, nunca en la nuestra, tanto que puedo decir abiertamente que nuestra muerte, o más precisamente, mi muerte no existe...

Pero hay momentos en que, al pensar en ella, en mi muerte, surge la motivación para vivir. Qué irónico. Si vamos a morir, entonces, ¿tiene sentido hacer todo lo que hacemos para sobrevivir? ¿Tiene sentido existir? Qué absurdo o... ¡qué inmensamente humano!

La muerte es existencialmente incómoda. Es esa piedra en el zapato con la que aprendes y te habitúas a caminar. Vivimos con la esperanza de poder, a media calle, detenernos para sacarla y continuar, pero el camino de la vida no admite pausa alguna. La piedrita incómoda nunca se saldrá sola, no desaparecerá: irá erosionando nuestra existencia, desgastándola hasta lograr desaparecerla por completo. No nos queda más que vivir con ella, como esa enfermedad incurable que terminará matándote. Buscarás métodos para ignorarla, crearás las más sofisticadas artimañas para evitarla, sin éxito, sólo la inevitable resignación o incluso el dulce engaño de haberla olvidado por un instante será suficiente para seguir adelante.

La muerte nos escudriña, nos observamos a través de ella como esa mano que se dijuja a sí misma. Permanente. Inefable. Incomprensible... y elocuente.

Es el tema incómodo del que nadie quiere hablar en torno a una mesa en la celebración de Navidad.

Esa palabra incómoda que nadie quiere pronunciar ante la alegría del nacimiento de un hijo. Pero ahí está, acompañándote, silenciosa e hiriente.

¿Y si fuéramos eternos? ¿Dolería la existencia? ¿La vida sería una herida abierta? ¿Tendría valor nuestra existencia? ¿Existiría el tiempo? ¿Y qué hay de los momentos?

La existencia es un conjunto de pequeñas muertes que esperan la muerte definitiva.

Existir es morir a cada instante. La existencia es una muerte continua, no una muerte final y definitiva, sino una que ocurre discretamente, silenciosa, en pequeñas dosis que a veces son imperceptibles y otras, estridentes.

Las células desaparecen, los pensamientos se disuelven, las versiones anteriores de nosotros caducan y dejan de estar disponibles; la persona que fuimos hace años ya no existe, pero seguimos ocupando su lugar, usando su mismo nombre, viviendo su historia como si fuera la nuestra; heredando sus recuerdos como si fueran los nuestros.

Existir es aprender a desaparecer lentamente.

La muerte se convierte en una costumbre, esa en la que ocurre la paradoja más extraña: vivimos intensamente, como si nunca fuésemos a morir pero sabiendo

que cada instante es una reducción de vida irreversible y fatal. Vivimos con la certeza del presente como garantía de nuestra existencia, aunque sea lo más inasible que tenemos, justo en lo que nuestra existencia se desmorona.

Nuestra existencia es la vida en la grieta formada entre dos ausencias perfectas.

Antes de nosotros todo fue perfecto y después de nosotros, volverá a serlo. Somos la piedra incómoda -pero irrelevante- en el zapato del Cosmos.

Somos el mal rato que incomodó a la Naturaleza.

Después de nosotros, esa perfección volverá a quedar intacta, como si nada hubiera sucedido. La materia que sostiene nuestra conciencia se dispersará y formará nuevas formas de vida que no nos incluirán, pero en las que tenemos la necesidad de seguir de algún modo presentes, aunque sea como la ligera sensación de un recuerdo borroso, pero no habrá nada ni nadie que lo pueda reconstruir para siquiera saber que alguna vez estuvimos ahí.

¿Somos los humanos, los únicos que tenemos conciencia de la muerte? ¿Somos los únicos masoquistas que vivimos torturados pensando en que moriremos? ¿O es que nuestro miedo a morir es en realidad nuestro pavor de no haber vivido realmente?

Quizás más que morir, la tragedia consiste en no ser lo suficientemente relevante. Y ¿quién dicta lo que es ser "relevante"?

En la incoomodidad de la muerte, palpita el temor del olvido.

Ser olvidado, quizás es peor que estar muerto. Quizás el verdadero nombre de la muerte es olvido. Los humanos somos seres ególatras por naturaleza. Estamos acostumbrados a ser importantes para nuestros semejantes. Nos gusta ser recordados. Cuando la muerte nos trae al olvido, la grieta en nuestra existencia se abre más y la herida sangra.

La tragedia no es simplemente desaparecer, sino desaparecer sin dejar rastro: desaparecer en un universo que no necesita recordarnos. Sin duelo. Sin memoria. Sin testigos. Morir sin que las lágrimas del Cosmos se derramen sobre nuestro féretro.

El verdadero dolor quizás no es la muerte, sino este: que el mundo seguirá sin nosotros, como en un poema de Sara Teasdale: con la lluvia suave, el olor a tierra y el brillante aleteo de las golondrinas. Donde el silencio no será herido por nuestra voz, sino embellecido por el canto nocturno de las ranas...

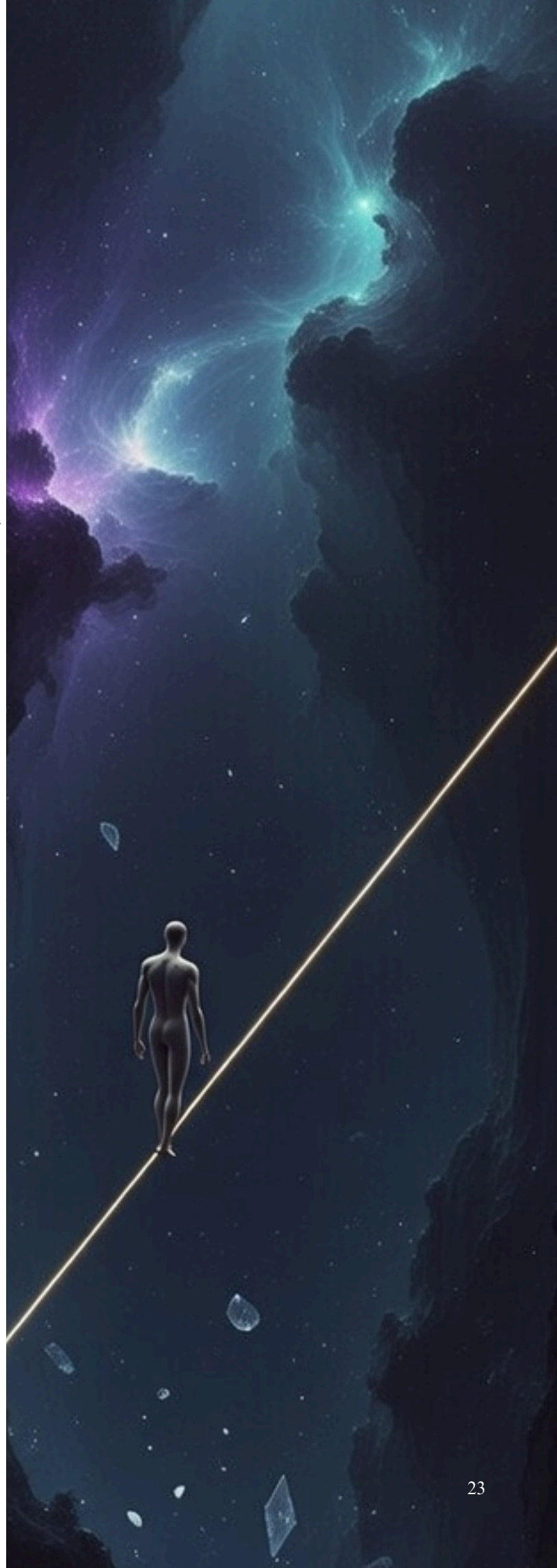
La máquina de la Naturaleza seguirá funcionando sin preocuparse por nuestra desaparición, ni siquiera lo contrario: no habrá festejo alguno, nuestra existencia habrá pasado sin pena ni gloria.

La verdadera muerte es el olvido. Haber sido innecesario. No haber sido amado ni recordado por aquello que amamos.

Aunque, para seres como nosotros, quizás lo verdaderamente trágico no sea que alguien que amamos nos olvide, sino llegar a olvidar eso que amamos, y esto no ocurre en la muerte final que tanto tememos y esperamos, sino en cada pequeña muerte con la que lidiamos cada instante. Y así morimos muchas veces... antes de morir definitivamente.

Pero, ¿al final importará que existimos?

El mundo no sabrá quizás si alguna vez existimos, o mucho menos si fuimos necesarios, pero en ese desconocimiento, tal vez creerá que somos posibles, y procederá nuevamente a crearnos...



MUERTE Y EXISTENCIA

EDUARDO RUIZ CUEVAS



Muerte y existencia, dualidad inseparable. Existo porque en cada instante muero, y eso le da significado a lo que soy. ¿Soy lo que fue? ¿El ser tiene tiempo pasado? ¿El ser es capaz de ser conjugado en pretérito perfecto o imperfecto? Se puede decir que sí, pues todos los instantes que mueren configuran lo que soy y dejo de ser “ahora”. El ser es historia, es la historia. Es el hecho, el impulso de la gota que resbala sobre la hoja y cae al vacío, a la nada.

Las cosas importantes se labran con cuidado, se fermentan y dan cuerpo a la sustancia; requieren atención y dedicación, como la vida que se gesta dentro del útero de la madre: mientras más significado, mayor dosis de ser. El ser busca perdurar; en él se contiene la dualidad ya mencionada, la contradicción que le da sentido y forma a su estructura. El ser es voluntad, la cual no requiere de la posesión de una conciencia, pues se manifiesta en el impulso vital: la fuerza de existir, de seguir, de no morir, de luchar contra la enfermedad, contra la adversidad, contra la amenaza a la existencia.

Lo vemos en la célula, en la bacteria o en todo lo que conforma la estructura de un organismo vivo. Nuestro cuerpo, cada uno de sus elementos, no tiene conciencia de la totalidad de la que forma parte; es como si estuviera programado para cumplir la función específica y entrañable que le da permanencia al ser. Tal actividad es asombrosa, difícil de explicar o comprender: es acto puro de existir.

La conciencia es otra forma más superficial, menos arcaica que la voluntad de existir. Se mantiene en la parte más exterior, permite observar los fenómenos y clasificarlos en distintas estructuras, otorga significados. Es la que nombra las cosas, es capaz de reflexionar sobre ellas, de dotar de cuerpo y sangre al “ser”; aquella que permite el arte, la filosofía y la ciencia. Esa conciencia recrea el mundo al cual ha sido arrojada, otorga un significado a la muerte al llorar la ausencia de vida. Permite el rito y el surgimiento del espíritu religioso, la creación del mito y la palabra. Todo ello se traduce en el fuego de la existencia y la continuidad. Sin embargo, también es capaz de volcarse en contra de la existencia, de conducirse con la violencia de un Thánatos ante la creación de un Eros. La conciencia puede ser la mezcla de ambos impulsos, o quizá uno y otro no

son opuestos, sino que son la expresión desmedida y desbocada de sí mismos. Trataré de explicarlo con un ejemplo:

El suicida no es aquel que decide aniquilar su vida por odio a la misma, sino porque no puede ser feliz en esta. Su Thánatos se manifiesta violentamente porque el Eros es inaccesible o sujeto a la constante frustración de no alcanzar su cobijo. Las pasiones por resentimiento pueden ser causadas por el impulso erótico sacrificado, manifestado en el despecho o en la capacidad de odiar al que antes fue amado.

No pretendo establecer categorías para identificar que tal dualidad o contradicción entre el Eros y Thánatos sean necesariamente inherentes una a la otra, sino que ambos corresponden a un péndulo capaz de oscilar de un lado a otro, acentuado con mayor fuerza su ímpetu según el estado de conciencia. Y es que es ella, la conciencia, quien arroja a la voluntad a los laberintos y extravíos de la razón.

¿Por qué somos capaces de elegir lo nocivo, lo destructivo, lo que nos debilita y aniquila? Algunos mencionan que tal conciencia corrompida es consecuencia de una naturaleza enferma; Nietzsche, por ejemplo, atribuye que tal enfermedad del “alma”, que contamina al cuerpo (la naturaleza), se debe a un sistema de valores que

niegan la vida. Es por ello que dirige su martillo al cristianismo, al platonismo, a la metafísica, a la moral de esclavos y a todas aquellas doctrinas y filosofías “nihilistas” que anteponen un más allá frente a la inmediatez del acto de existir. Sin embargo, en esta ocasión, no coincido con el filósofo del martillo. Pienso en aquellos hombres del medioevo —burdos, toscos, fanáticos, también famélicos y expuestos no solamente a un mundo violento, sino a la amenaza constante de la enfermedad— capaces de recorrer grandes distancias, de Occidente a Oriente, de cargar armaduras de 30 kg, de batir su espada frente al enemigo que atenta contra el orden de sus valores y su prole. ¿Qué le otorgaba resistencia a ese tipo de “ser”? Sin duda alguna era su espíritu religioso, la fe, la idea de Dios, que les proporcionaba un marco trascendente para soportar adversidades extremas, como las documentadas en crónicas de las Cruzadas o en las vidas de santos guerreros. Aquellos grandes artistas y poetas que construían filosofías en relación al significado de una deidad; músicos que dedicaban su obra a la Gloria de Dios, como Bach en sus cantatas; científicos que buscaban a Dios en el orden del universo o en su explicación a través de la raciona-

lidad geométrica, como Kepler en su búsqueda de la armonía divina. Esos personajes, dotados de historia y de ser, muestran la afirmación de su existencia en sus actos. Hoy de ellos no hay más, o se sabe poco, o son considerados locos y fanáticos, retrógrados de la modernidad. ¿Qué valores crea la posmodernidad? Quizá aquellos que hablan de la exaltación de la subjetividad, de la libre interpretación del mundo, como si la conciencia fuera el eje rector desde la postura de cada uno. Esos otros que confunden a Eros con el placer inmediato, con el consumo desenfrenado, con el capitalismo canibalesco, pero también con la idea de la justicia social, la cual traducen en la igualdad de todos sobre todos —a menudo a costa de la libertad individual, como se ve en regímenes históricos que han derivado en autoritarismo.

Unos y otros expresan su voluntad de dominio a través de la multiplicidad de ideologías. Construyen cercas para no tocar las flores, o arrancan las flores para que nadie las tenga; sin embargo, son incapaces de sembrarlas para sí mismos y para otros.

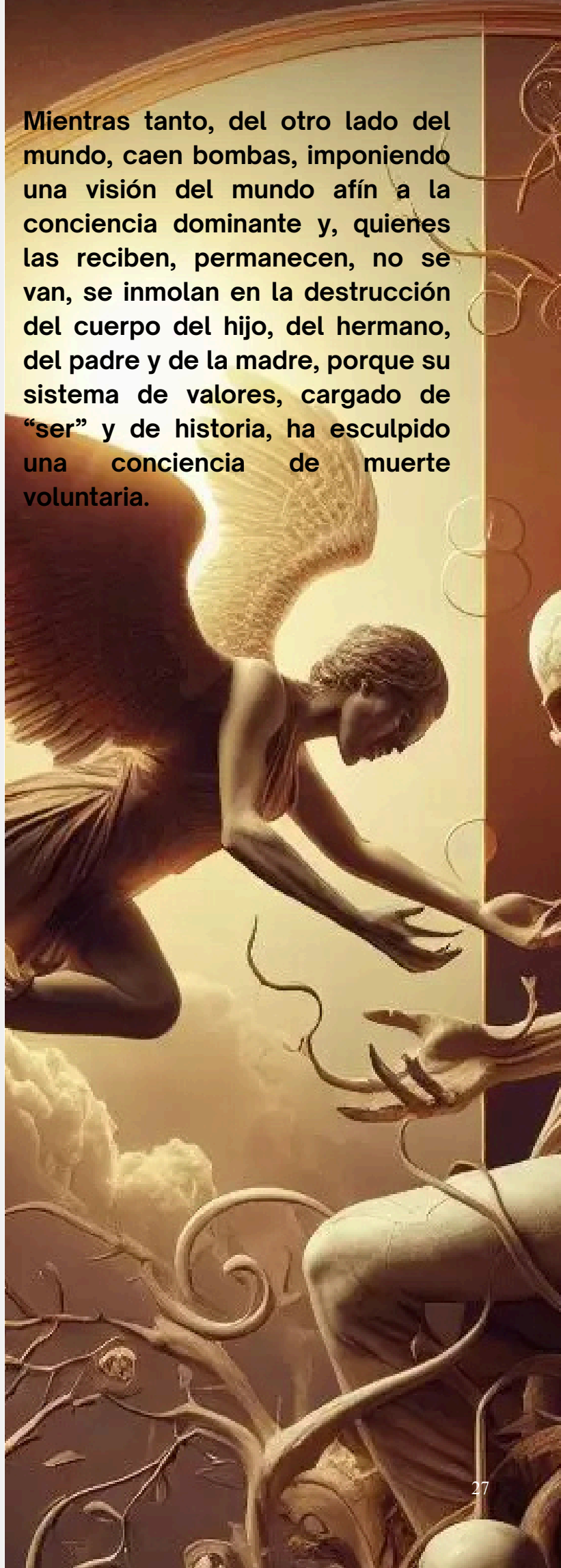
Hoy somos incapaces de querer sin antes colocar una negación. La sospecha y la duda nos acompañan en esta cruzada. Hemos llegado al punto en el que se considera virtuosa a la

mujer que aborta, a la que niega, al hombre que no quiere ser hombre y vive una vida de eterno adolescente. Hoy es más clara aquella sentencia de Dostoievski: "Si Dios no existe, todo está permitido". La ciencia y la medicina nos han otorgado más amplitud de tiempo para existir, pero eso se traduce en vivir más tiempo como enfermos, porque la vejez dura más años y no hay vejez que no sea acompañada de afecciones del cuerpo; es decir, vivimos más, pero acompañados de enfermedad.

La vida no se labra con cuidado sino con prisa, a través de un protocolo burocrático, a través de un código de identidad. La palabra, el significado, el sentido de la muerte no existe. No se habla de la muerte, sólo de la vida, vida en esos parámetros simplistas de tener, de llegar a ser, de poseer o desposeer. Ya no hay gota que resbale sobre la hoja, solamente... vacío.

No hablar de la muerte, negarla y adornarla de efímeros sentidos, es arrancar el sentimiento trágico de nuestra finitud. Hoy la muerte puede ser una elección "voluntaria" sin ser suicidas trágicos, sino burócratas sistemáticos. La muerte no es una tragedia, es un trámite, una estadística, un dígito más en la gráfica de colores.

Mientras tanto, del otro lado del mundo, caen bombas, imponiendo una visión del mundo afín a la conciencia dominante y, quienes las reciben, permanecen, no se van, se inmolan en la destrucción del cuerpo del hijo, del hermano, del padre y de la madre, porque su sistema de valores, cargado de "ser" y de historia, ha esculpido una conciencia de muerte voluntaria.



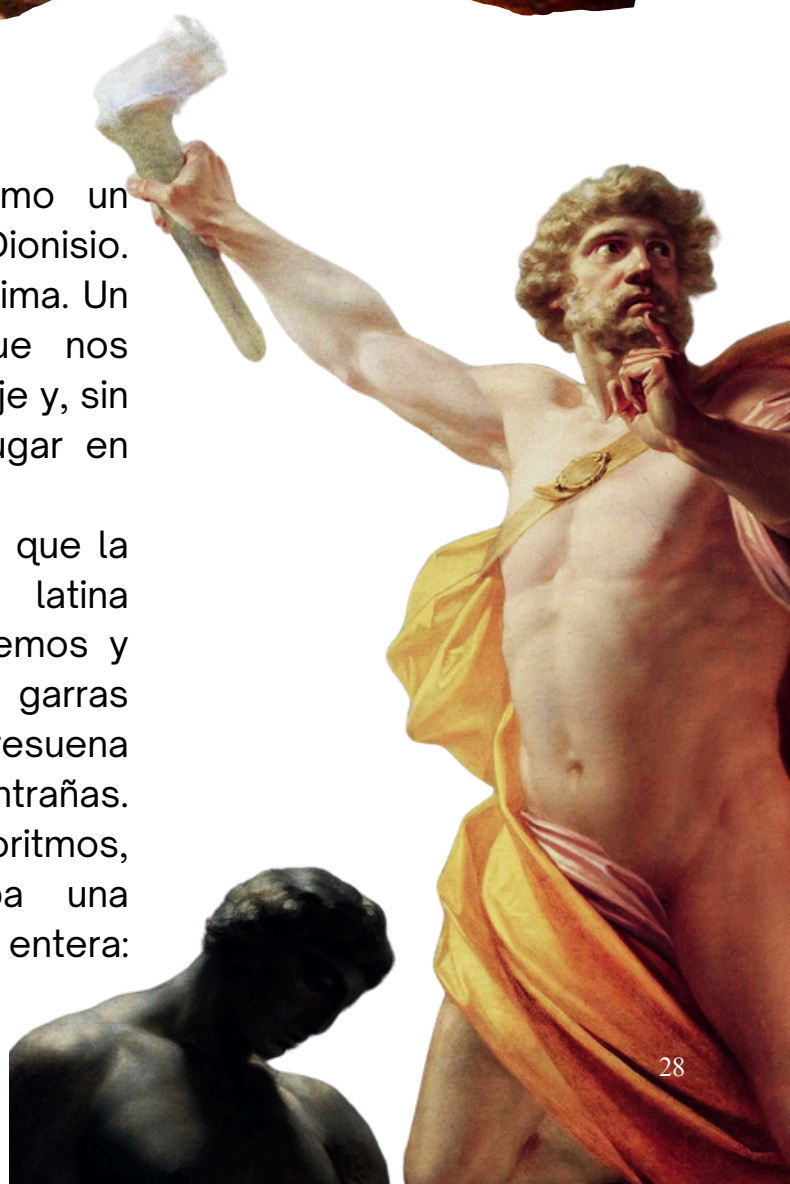
HAMARTÍA, ACTA EST FÁBULA

DAYHANNE JOSÉ UREÑA PERALTA



¡Hamartía! La palabra resuena como un golpe seco en el teatro de Dionisio. Hamartía: error, desviación, fisura mínima. Un instante casi imperceptible en que nos inclinamos apenas fuera de nuestro eje y, sin advertirlo, el destino comienza a jugar en nuestra contra.

¿Dónde ocurre ese punto exacto en que la vida se tuerce? La sentencia latina *Ignoramus et ignorabimus* («no sabemos y no podremos saber») nos clava sus garras enseguida. Y el silencio resuena elocuentemente en nuestras entrañas. Grecia lo entendió sin algoritmos, psicologías ni coartadas. Bastaba una palabra para explicar una existencia entera: hamartía.



También lo entiende el príncipe Segismundo, que en La vida es sueño, del gran Calderón, clama desesperadamente: «el delito mayor del hombre es haber nacido». Clama sin perder del todo la esperanza de no perder la esperanza. Y en su queja vibra la misma conciencia trágica de Edipo, de Antígona, de Hamlet, de Prometeo, de Macbeth... y también de Shakespeare, Sófocles y Cervantes. ¡Pobres caballeros de las Tristes Figuras! La sospecha de una culpa anterior a todo acto, de una condena que precede a la elección, se cierne indistintamente sobre autores, lectores y personajes de la ficción y de la realidad.

¡Ah, de la vida! Nadie me responde ¿Por qué recibo menos libertad que los demás? ¿Qué privilegio tuvieron otros que los dioses me niegan?, ¿qué delito cometí contra ellos, naciendo? Así, del teatro de Dionisio al escenario barroco, la hamartía persiste. La hamartía resuena. Cambian los siglos, cambian los mapas y los mares, pero el desvío permanece. Cambian los nombres, pero no la herida. Hamartía y nada más. Todos lo intuimos: «algo habremos hecho para permanecer en este valle de lágrimas».

Mi ser y yo estamos conmocionados por el devenir de la Historia. Hemos proclamado la muerte de Dios y, con ella, se extin-

-guió la luz que habitaba en nuestras almas. Lo que comenzó como un acontecimiento metafísico terminó siendo un apagón cósmico. Desde entonces caminamos en penumbra, incluso rodeados por la multitud. La sociedad ya no ilumina, y el fuego de la razón multiplica las sombras. Deambulamos a la deriva, sin norte ni sur, sin brújula que nos guíe a través de esta laguna estigia existencial.

En otro tiempo, la oscuridad tenía nombre. Zeus castigaba (siempre con justicia y con razón). Apolo advertía. Las Erinias perseguían, y nadie escapaba a sus designios. Hoy no sabemos quién nos acusa. Vivimos en un estado de terror cósmico, condenados al ostracismo sin sentencia, culpables sin juicio. Esperamos una señal, una revelación, un oráculo de Delfos o la diosa Razón ilustrada que nos absuelva de nuestra «culpa». Pero solo responde el silencio, y su elocuencia resulta insoportable.

Prometeo, al menos, conoció su falta. Robó el fuego. Robó el conocimiento. Supo por qué el águila descendía cada día a devorarle el hígado. Y la esperaba valientemente ¡Qué envidiable claridad! Su hamartía fue concreta; su castigo, visible. Yo, en cambio, ignoro mi transgresión. ¿Qué fuego he robado? ¿Qué ley he quebrantado?

¿A qué dios he engañado? ¿En qué punto comenzó mi caída?

Edipo buscó la verdad y encontró su crimen. También yo me arrancaré los ojos si fuera culpable. Antígona defendió su ley y halló la tumba. También yo me enterraré con ella. En ambos, la hamartía fue exceso: exceso de saber, exceso de fidelidad. La tragedia griega necesitaba hombres y mujeres que cruzaran un límite invisible. Nosotros también lo cruzamos, pero ya no sabemos cuándo ni cómo, ni mucho menos por qué.

Para mí siempre es de noche. Con sol o sin sol, la penumbra me acompaña. Avanzo por un laberinto sin Minotauro. Cada vuelta me devuelve al mismo centro vacío. Soy un éxodo sin Moisés, un naufrago sin puerto. Me arrojo a las corrientes sabiendo que naufragaré en medio del infinito, sin pretensión de dejar estela alguna en el mar.

Dicen Homero, Séneca y Lucrecio que las desgracias fortalecen el espíritu. Que a la ataraxia estoica se llega mediante el lema *Sustine et abstine* («soporta y abstente»). Que Job sufrió para consolidar su fe. Que los dioses envían infortunios para hacernos mejores. Lo rechazo. No quiero pedagogías del dolor. Quisiera una fe desnuda, gratuita, sin peajes de sufrimiento. Agradecer desde la salud y no desde la cama del hospital.

Cantar desde la plenitud y no desde la herida.

Pero quizá esa esperanza también sea mi hamartía.

Mi error de exigir claridad donde solo hay misterio. Tal vez la condición humana consista en buscar sentido en medio de las sombras, en inventar un Dios para explicar el silencio, un Prometeo para dar forma al castigo.

Sísifo empuja su piedra sin la ayuda de Ixión y, en su repetición, revela nuestra estructura más íntima. Nos define la persistencia: la obstinación de buscar respuestas nuevas a preguntas antiguas. Una vez, dos, tres... hasta el infinito. Hamartía parece un desvío inicial, pero es la conciencia tardía de haber desviado el rumbo. Edipo se vuelve lúcido cuando pierde los ojos. Antígona alcanza su grandeza en la muerte. Prometeo resplandece encadenado.

Quizá ahí resida nuestra única dignidad: reconocer el error sin dejar de avanzar. Aceptar que no somos más sabios que los antiguos, que nuestras fórmulas no superan sus mitos, que la hamartía nos atraviesa desde el nacimiento. Es el eco griego que persiste en nuestra noche moderna. Cambiamos los dioses por conceptos, pero la tragedia continúa. La obra ha sido representada una y otra vez. Acta est fábula («la función ha terminado»). Y, sin embargo, mañana volveremos a empujar la piedra: unos con ánimo, otros con resignación. Y aun en la oscuridad, persistiremos. Y en esa persistencia cargada de error, de sombra y de lucidez, nos jugaremos nuevamente nuestro destino un día más. Y así hasta que la muerte nos separe.

LA VERDAD DE LA MUERTE Y LA CODICIA DE PROMETEO

POR AMADEUS ESTRADA CÁZARES

I. Introducción

En este ensayo demostraremos que existe una relación entre el problema de la codicia y el de la muerte, utilizando como base la tradición del pensamiento griego. Exploraremos un fenómeno humano fundamental; el vacío que experimentamos al abocarnos únicamente a conseguir cosas: bienes materiales y perecederos. Examinaremos, además, cómo esa codicia conduce al hombre a la búsqueda de la inmortalidad por medios artificiales; lo cual lleva al ser humano a enfrentarse a una fuerza desconocida e incontrolable: la vida eterna. Ese espíritu es prometeico, pues es querer quitarle a los dioses el fuego que resguardan (el ser inmarcesible, indestructibles). A este espíritu se opone únicamente la piedad, ya que ésta impone límites a nuestra necesidad de expansión ilimitada.

II. Codicia y piedad como respuestas a la experiencia del vacío

Desde el inicio de los tiempos, el hombre ha sido arrastrado por dos tendencias irreconciliables y opuestas, las cuales han marcado su destino: la codicia y la piedad. Todo ello debido a que el ser humano es una criatura capaz de sentir el vacío de su existencia, puede entender que, al vagar por el inmenso mundo, nunca encontrará ninguna satisfacción sólida y eterna, como advierte el gran Aquiles:

“Se pueden apresar los bueyes y las pingües ovejas... pero no es posible prender ni coger el alma humana para que vuelva, una vez que ha salvado la barrera que forman los dientes”. (Ilíada, IX: 406-409). Aquiles menciona también que él se debate entre dos destinos: morir muy pronto en Troya consiguiendo la gloria, o perecer oscuramente, a cambio de disfrutar de una larga existencia. Este conflicto es típicamente humano.

Los animales raramente paran de buscar bienes de diversa índole: comida, pareja, agua, territorio y demás. Nosotros, en cambio, podemos acumular más riqueza, adquirimos tiempo para pensar. Nos damos cuenta, debido a ello, de lo irrelevante y repetitivo que es el proceso de la naturaleza. Todo este esfuerzo del agua por romper la piedra, del león por devorar a los ciervos; ¿Hacia dónde lleva?; ¿Cuál será su objetivo?

Los mortales poseen el don de la palabra, pueden, por tanto, inmortalizar el sufrimiento, dejarlo marcado en caracteres indelebles que serán repetidos por otras personas en el futuro. Por ello sufre con mayor profundidad, pues gracias a esto, pueden preguntar el porqué y el para qué de la existencia. Peor aún, cada individuo humano lleva el sufrimiento de las generaciones pasadas y heredará el suyo a las futuras.

III. Definición de codicia y de piedad

Cuando el hombre trata de llenar ese vacío antes mencionado con cosas, con realidades mortales y perecederas se origina la codicia, una búsqueda insaciable de tener siempre más, en efecto, ¿cómo se satisfecerá una necesidad eterna e innata utilizando medios artificiales y temporales? Tal es el vacío y tal es la ansiedad del hombre (Platón, República: 568b). Esto provoca, evidentemente, inestabilidad en las sociedades, guerras, desigualdades y todo género de males. Pues se ha preferido la apariencia a la realidad (Platón, Leyes: 731e-732b).

La cuestión, sin embargo, es más compleja de lo que parece. Efectivamente, sin la codicia el ser humano nunca se expandiría más allá de sus fronteras, ni intentaría encontrar medios para curar enfermedades, ni produciría refugios contra el clima, ya que todos estos esfuerzos, se deben a la necesidad de superar barreras, las cuales nos impiden ejercer nuestro poder. En ese sentido es un mal inevitable, pues, aunque la codicia es cruel, no es menos maligno pedirle a la gente que no trate de superar sus restricciones y que renuncie a defenderse del mal (Carrasco, 2008).

Aparte de lo explicado anteriormente, existe también la piedad. La tendencia a amar la realidad más que a las cosas, rindiéndole pleitesía e imponiendo límites eternos a las posibilidades de expansión humana. No matarás, no establecerás comunicación con los muertos, no te compararás con las divinidades, etc. Pues lo inmortal es más bello y digno de amor que lo mortal (Platón, Apología: 41 c-d).

Por supuesto, la piedad puede corromperse y llevar al hombre a adorar cosas que no son realmente bellas o a confundir rituales y ceremonias con lo divino, imponiendo límites arbitrarios y absurdos, etc.

No significa esto que la codicia y la piedad sean del mismo valor. La ambición existe porque la necesitamos para sobrevivir, la piedad es buena por sí misma. Pues resulta esencial respetar la realidad y amarla, incluso sería así, evidentemente, si no existiera el mal.

Veamos ahora que ya clarificamos estos dos conceptos, cómo interactúan con el enigma de la muerte.

IV. La muerte y el impulso prometeico.

La muerte es concebida como la separación del alma y el cuerpo (Fedón: 64c). Es decir que, al morir, los aspectos que quedan de uno, pueden resumirse como nuestro cuerpo, nuestra carne; pero el significado, la vida y el movimiento, desaparecen. O, puesto en términos más precisos, sólo se conservan en otros seres; mediante los recuerdos; los monumentos. En suma, se conservan mediante el efecto de nuestras acciones en la realidad. Pero esta insegura herencia no es suficiente para tranquilizarnos...

¡Tantos han tratado de buscar la inmortalidad mediante métodos humanos! Usando alquimia o ciencia... Realizando un esfuerzo verdaderamente titánico, prometeico. En efecto, así como Prometeo arrebató el secreto del fuego a los dioses (Esquilo, Prometeo encadenado: 102-114, 228-242 y 438-510), de la misma manera esta clase de gente pretende arrebatar el secreto de la eternidad a la divinidad. No por nada Frankenstein ostenta el subtítulo: “o el nuevo prometeo”.

Pero estas personas no se han puesto a reflexionar sobre cómo esto nos separaría del resto de la humanidad... ¿cómo entenderíamos a Homero, a Shakespeare, al Libro Egipcio de los muertos, sin considerar la realidad de la muerte? Además, si los hombres fueran eternos, todas las personas malvadas nos azotarían con su cruel-

-dad, hasta el fin de los tiempos. Se nota, por tanto, que las restricciones basadas en la realidad (en lo divino) tenían su fundamento en el amor y no en la arbitrariedad.

V. Conclusiones.

La búsqueda de la inmortalidad usando métodos humanos, es una hija quimérica de la codicia y de la vanidad, pues el anhelo de eternidad no consiste simplemente en vivir para siempre, en conservar esta vida, sino en tratar de ser como los dioses, intentar, pues, amar sin condiciones. En la gran literatura que les puse como ejemplo en el apartado anterior, se manifiesta esta idea de piedad y es deber del hombre cultivar esta forma de amor.

Bibliografía

- Carrasco, N., (2008) “Pleonexía: el centro ausente de La república de Platón” en *Δαίμων*, número 45, 2008, pp. 71-83.
- Esquilo. (1982). Tragedias, Prometeo encadenado, Traducción y notas de B. Perea, Introducción general de Rodríguez Adrados. Madrid, Gredos.
- Homero. (1996). Obras completas de Homero, *Ilíada*, Traducción de Luis Segalá y Estalella. Barcelona. Montaner y Simón.
- Platón. (1986). Diálogos, en nueve volúmenes, Apología, República, Fedón y Leyes, Varios traductores. Madrid. Gredos.

LA SOMBRA DE PROMETEO

ARTES

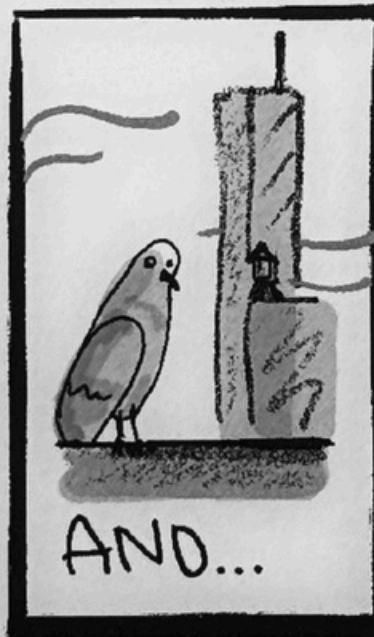
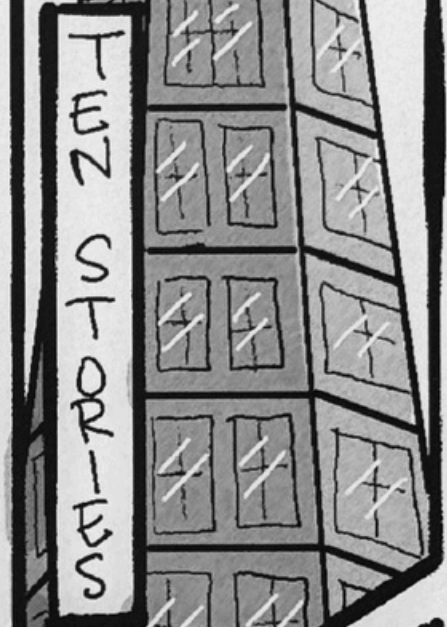
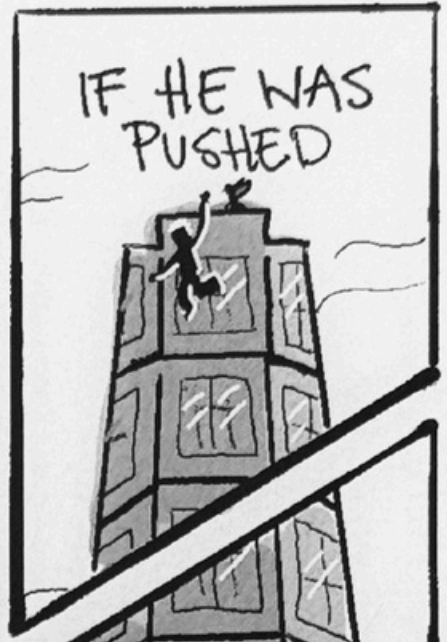


TEN STORIES DOWN

BY
NOAH EVAN WILSON



ADAPTED FROM THE SHORT STORY
ORIGINALLY PUBLISHED IN TEN WAYS THE ANIMALS
WILL SAVE US FROM RETREAT WEST BOOKS



HOW STRANGE



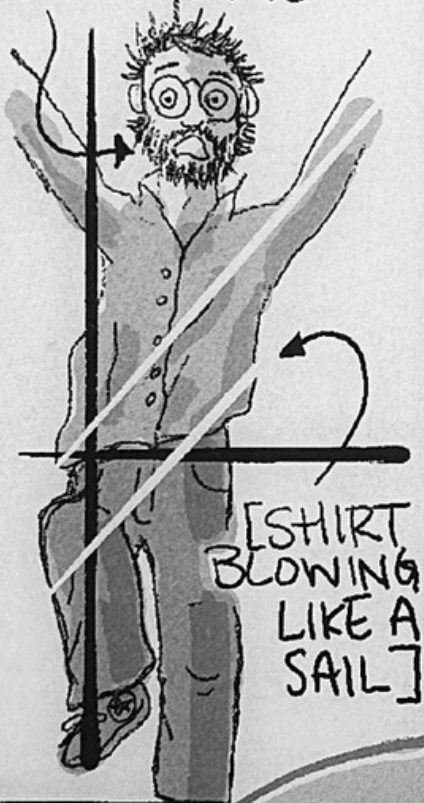
THAT ADAM HAS
TIME TO THINK:

HOW STRANGE!

LET ALONE WATCH
HIS REFLECTION IN
IN THAT FIRST
WINDOW.



[GREY BEARD]



[SHIRT
BLOWING
LIKE A
SAIL]

FOR A SPLIT SECOND,
HE'S BACK ON HIS SOLO
SAILING TRIP.



[AND
WIND]

[SAME
BEARD]

IF ONLY HE COULD
HAVE BOTTLED THE
FEELING FOR...

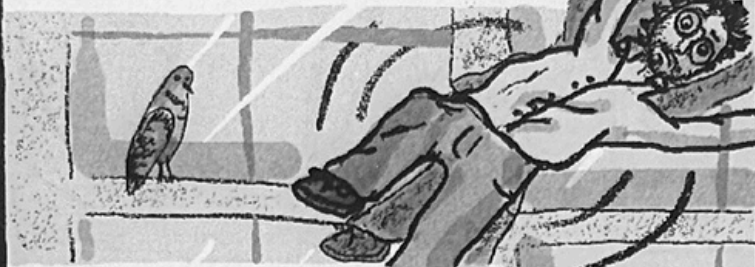
[GULF OF ST. LAWRENCE]



WHEN HE CAME HOME,

ADAM'S BODY RELAXES,

SPINNING LIKE THE
BOTTLE AT CAMP.



HIS STOMACH
FEELS THE SAME.



HE EYES ALICE

TRACKING TOM
IN HIS PERIPHER Y.

THE BOTTLE STOPS

POINTING BETWEEN.

ALICE LEANS
ACROSS AND



PECKS HIM ON THE LIPS

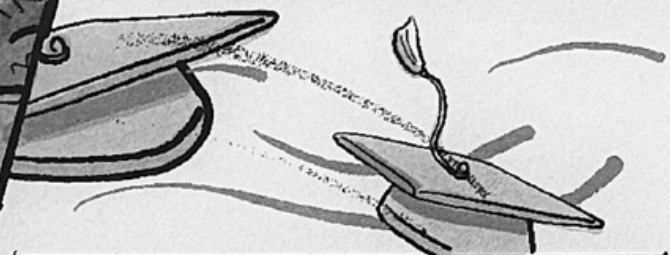
BEFORE HE HAS A
CHANCE TO CHOOSE.





FLIPPED ON THE HIGHWAY.

THE TASTE OF BLOOD
AND ALCOHOL ON
HIS LIPS WILL STAY
WITH HIM, THOUGH
HE WON'T DRINK AGAIN.



ADAM'S GRADUATION CAP

FALLING TOWARD HIM.



HE SCANS THE CROWD
FOR HIS FATHER, WHO
HE KNOWS ISN'T THERE.

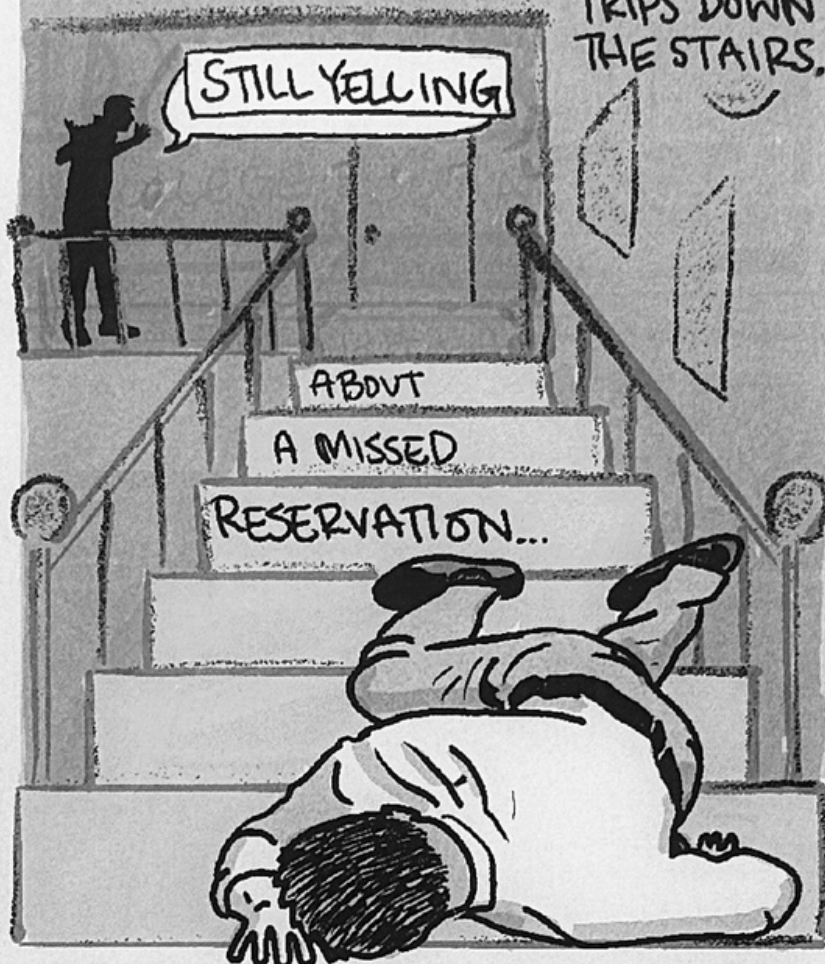


HALFWAY DOWN
IS THE WORST
DAY OF HIS LIFE—



THE DAY HE LOSES HIS TEMPER
AT HIS PARTNER, JAVIER,

SCREAMING
AT HIM AS HE
TRIPS DOWN
THE STAIRS.



UNTIL HE NOTICES
JAVI AT THE BOTTOM,



NO LONGER
YELLING BACK.

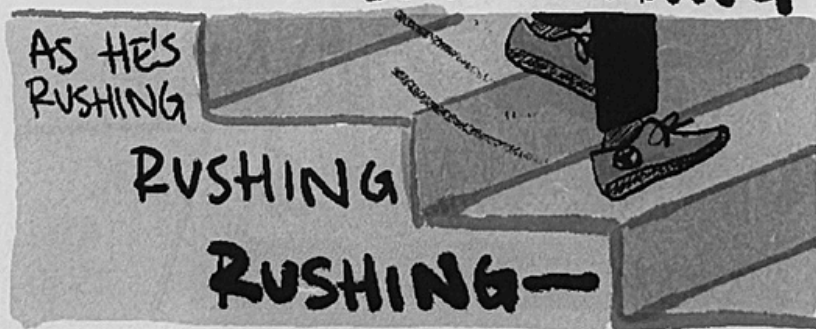
IS HE BREATHING!

THE THOUGHT
IS WORDLESS **ALL
CONSUMING**

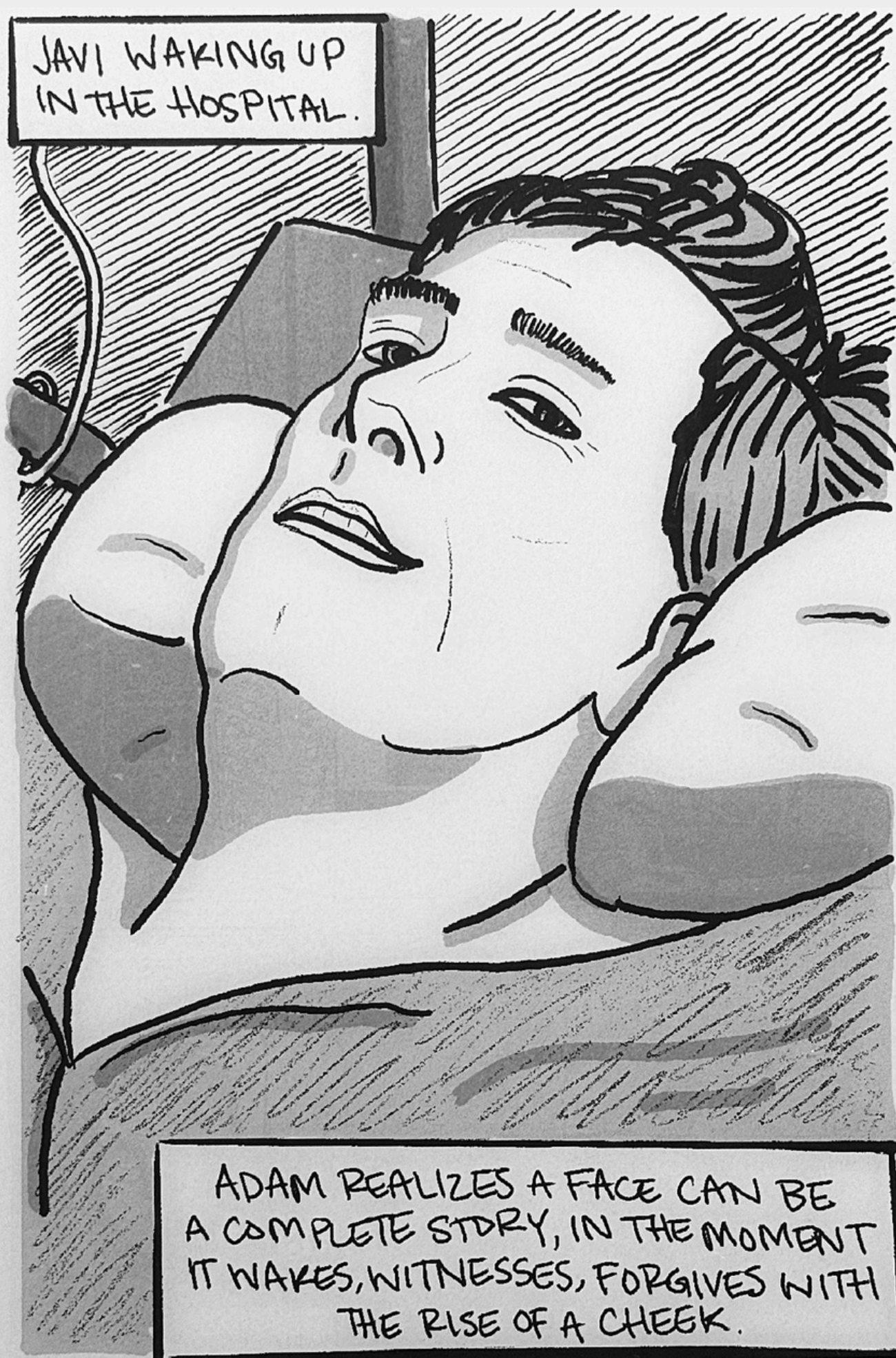
AS HE'S
RUSHING

RUSHING

RUSHING—



JAVI WAKING UP
IN THE HOSPITAL.



ADAM FALLS.

THE ADOPTION
FALLS THROUGH.

Dear Mr. & Mrs.
we regret to
inform you

THEY BURN YEARS
OF PAPERWORK ON
THE BEACH,



HAVE SEX IN THE
ORANGE GLOW.

THEY TALK ABOUT
GETTING AWAY.



ADAM DECIDES
TO SAIL...

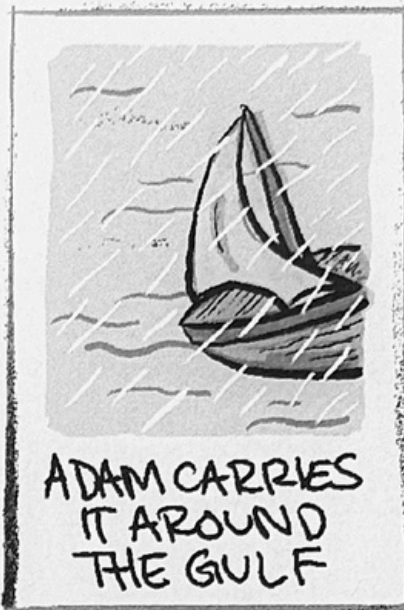
ALONE.



A LETTER
ARRIVES FROM



HIS FATHER.

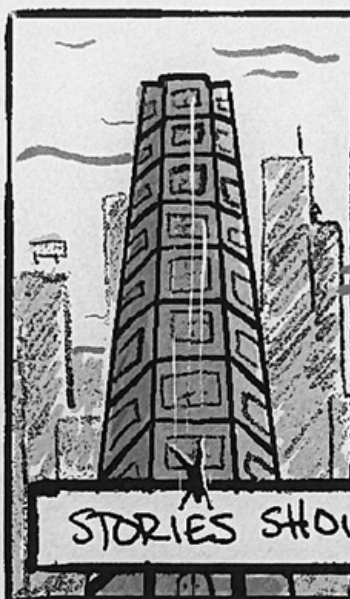


ADAM CARRIES
IT AROUND
THE GULF

BUT BY THE TIME
HE OPENS IT



IT'S RUINED.



STORIES SHOULD HAVE AN ARC-

RESOLUTION!-



BUT FROM HIS DAD-



PLAYING ON
THE WORN RUG.



TIES UP EVERY
LOOSE END.

HE WATCHES
HIS DAD,

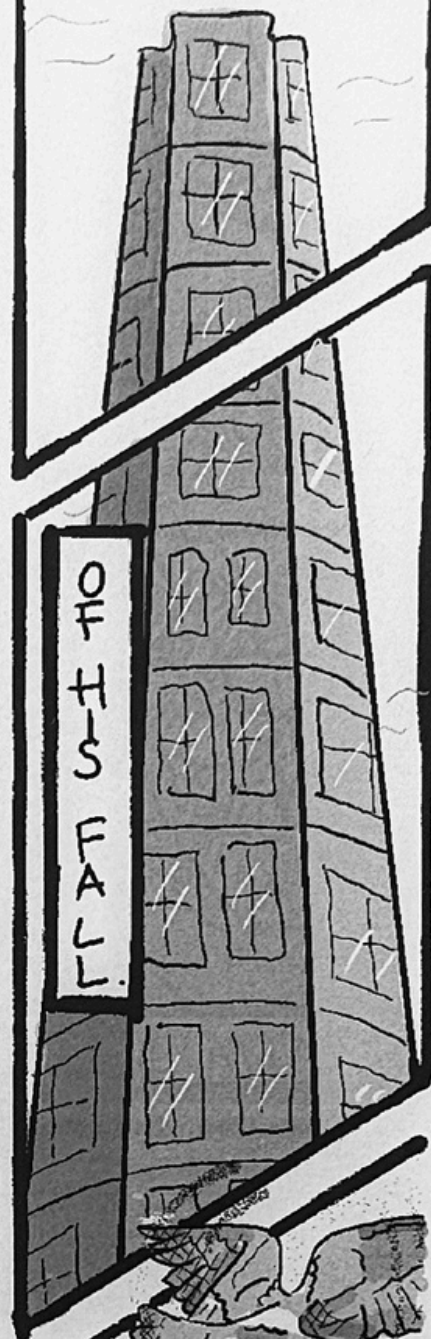


MOST ALIVE

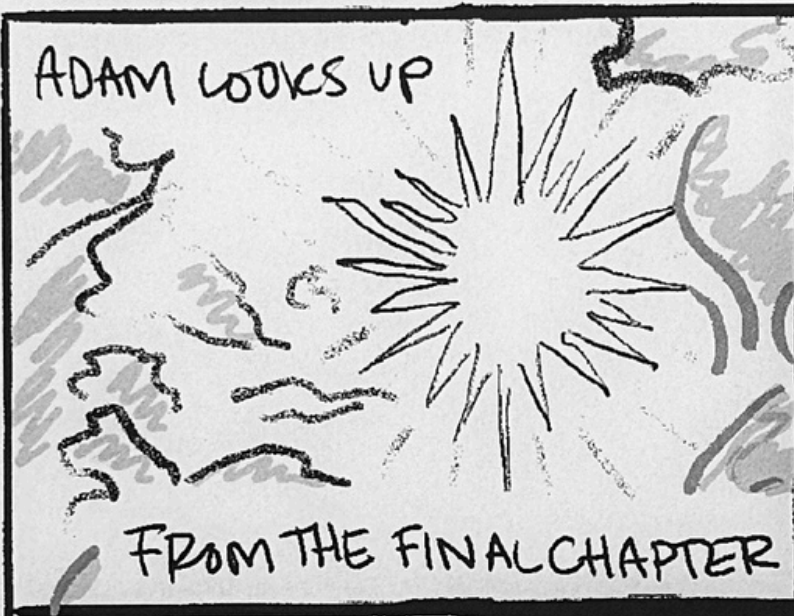


ACTING OUT THE
BEGINNING'S.

THIS STORY IS A
STRAIGHT LINE

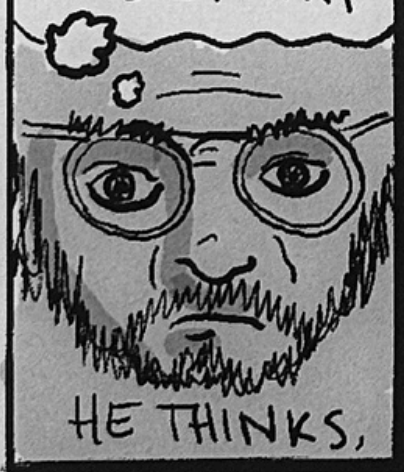


ADAM LOOKS UP



FROM THE FINAL CHAPTER

ALL I NEEDED
WAS GRAVITY



HE THINKS,

WATCHING THE
REPLAY.



IF ONLY HE
COULD'VE LIVED
SO FULLY
BEFORE...

WOULD HE
BE--



LA SOMBRA DE PROMETEO

LITERATURA



LA MECÁNICA DE LOS RELOJES DETENIDOS

POR VÍCTOR DAVID MANZO OZEDA



Descubrí que iba a morir a las once de la mañana, entre el segundo y el tercer café. El médico pronunció palabras que contenían demasiadas consonantes —metástasis, inoperable, paliativo— y yo asentí como si estuviéramos discutiendo el precio de las cebollas. Afuera, una mujer paseaba un perro que no quería caminar. Recuerdo ese detalle con claridad absurda. El cerebro, cuando recibe noticias que no puede procesar, se aferra a minucias como un náufrago a una tabla.

Tengo cincuenta y siete años. Los tendré durante cuatro meses más, y después no tendré ninguna edad, lo cual es una forma de liberación. La edad es una tiranía que aceptamos sin cuestionar, como los semáforos o los cumpleaños.

Mi nombre es Mariano Montes y reparo relojes. O reparaba. O repararé durante el tiempo que me quede, que es una cantidad finita que ahora puedo visualizar con una claridad que antes me estaba vedada. Hay algo obsceno en conocer el perímetro exacto de tu existencia. Es como ver el borde del mapa y descubrir que más allá no hay nada.

El primer reloj que reparé tenía ciento veinte años y pertenecía a mi abuelo. Yo tenía once y él acababa de morir, y mi padre me entregó aquella máquina detenida como quien entrega un problema sin solución.

—Está roto —dijo—. Igual que todo lo demás.

Mi padre había convertido el pesimismo en una forma de arte. Murió convencido de que el universo estaba diseñado para decepcionarlo, y en cierto modo tenía razón. El universo no decepciona porque sea malévolo. Decepciona porque es indiferente, que es mucho peor.

Abrí el reloj y contemplé su interior durante horas. Engranajes, muelles, rubíes diminutos. Un universo en miniatura gobernado por leyes que yo podía descifrar. Esa fue la primera vez que experimenté algo parecido a la fe: la certeza de que, al menos en algunos dominios, el caos podía ser domesticado.

Encontré el problema. Un muelle roto que impedía que el volante oscilara. Lo reemplacé con alambre de cobre robado del taller de mi padre. El reloj volvió a funcionar.

—Ahora tiene tu tiempo dentro— dijo mi padre—. Eso es lo que hacen los relojeros. Ponen su tiempo en las máquinas de otros. No sabía qué quería decir. Hoy sí.

Después del diagnóstico, el tiempo adquirió una textura diferente. No se aceleró ni se ralentizó; simplemente se volvió visible, como partículas de polvo que solo percibes cuando un rayo de sol atraviesa la ventana.

En mi taller hay cuarenta y tres relojes esperando reparación. Algunos llevan años. Sus dueños murieron, o se mudaron, o simplemente olvidaron que alguna vez les importó medir el tiempo. Los conservo porque tirar un reloj me parece un acto de violencia metafísica. Cada uno contiene las horas de alguien.

Ahora reparo para dejar los relojes en marcha. Quiero que sigan funcionando después de que yo no pueda darles cuerda. Es una forma de inmortalidad menor. Pero es la única que tengo.

Mi hija vino a verme el fin de semana. Se llama Vera, tiene treinta y dos años y la misma expresión de desconcierto que tenía su madre, que murió hace once años de un cáncer diferente al mío.

—No puedes quedarte aquí solo — dijo.

—No estoy solo. Tengo cuarenta y tres relojes.

—Papá.

—Vera.

Nos miramos largamente. Ella quería llorar y yo quería ahorrarle la molestia, pero ninguno sabía cómo articular lo que ocurría.

La muerte es el único tema para el que no existe lenguaje adecuado. Todas las palabras que usamos —partir, irse, descansar— son eufemismos para proteger a los vivos.

—Tengo miedo —dijo.

—Yo también —respondí, aunque no de la manera que ella imaginaba.

No tengo miedo de morir.

Tengo miedo de no haber vivido correctamente. De haber reparado miles de relojes mientras el mío se corroía en un cajón que nunca me molesté en abrir.

Anoche soñé con mi padre. Estábamos en su taller y él me mostraba el interior de un reloj.

—Mira —dijo, señalando un engranaje diminuto—. Esto es lo que falla. El escape. Controla la liberación de energía. Sin él, el reloj gastaría toda su cuerda en segundos.

El mecanismo tenía forma de ancla. Un ancla diminuta dejando pasar el tiempo gota a gota.

—¿Y si se rompe?

—Entonces el tiempo se escapa. Todo a la vez. Como un suspiro.

Desperté sabiendo que mi padre me había dicho algo importante. Los muertos hablan en un idioma que los vivos solo entendemos cuando ya es demasiado tarde.

He decidido no someterme a tratamiento.

Lo que los médicos llaman «tiempo adicional» yo lo llamo «aplazamiento». Quiero morir en mi taller, rodeado de relojes que seguirán funcionando cuando yo me detenga.

Vera cree que me he rendido. Pero rendirse implica una batalla, y yo dejé de pelear contra el tiempo hace mucho. No se puede ganar una guerra contra algo que no es tu enemigo. El tiempo no me quiere mal. El tiempo no me quiere de ninguna manera. El tiempo simplemente es tiempo.

Ayer, mientras trabajaba en un reloj del siglo XIX, experimenté algo que solo puedo describir como una dislocación. Por un instante vi todos los momentos de mi vida simultáneamente. No como secuencia, sino como objeto. Como si mi existencia fuera un reloj y yo pudiera ver todos sus engranajes a la vez.

Vi mi nacimiento. La muerte de mi madre. Tardes de verano que no sabía que conservaba. El rostro de mi mujer el día que nos conocimos y el día que murió, superpuestos como capas de acetato. Vi a Vera de niña, de adolescente, de adulta, todo al mismo tiempo, y comprendí que ella también era un reloj con piezas que yo había colocado sin saberlo.

Y vi mi muerte. No como final, sino como engranaje. Una pieza necesaria para que todo funcionara.

Sin ella, el reloj no tendría sentido.

Por primera vez en mi vida, no tuve miedo.

Escribo esto en un cuaderno que Vera encontrará cuando yo ya no esté.

Necesito dejar constancia de algo:

No somos el tiempo que nos queda. Somos el tiempo que damos.

Cada hora que dediqué a reparar el reloj de un desconocido fue una hora que puse en el mundo. No desaparecemos cuando morimos. Nos distribuimos. Nos convertimos en las horas que otros llevan dentro sin saber que nos pertenecieron.

El reloj de mi abuelo sigue funcionando.

Dentro hay algo de mí, de mi padre, del propio abuelo al que nunca conocí. Cuando yo muera, Vera lo heredará. Y si algún día se detiene, quizás alguien lo repare. Y ese alguien pondrá su tiempo dentro, sin saber que continúa una conversación que empezó hace más de un siglo.

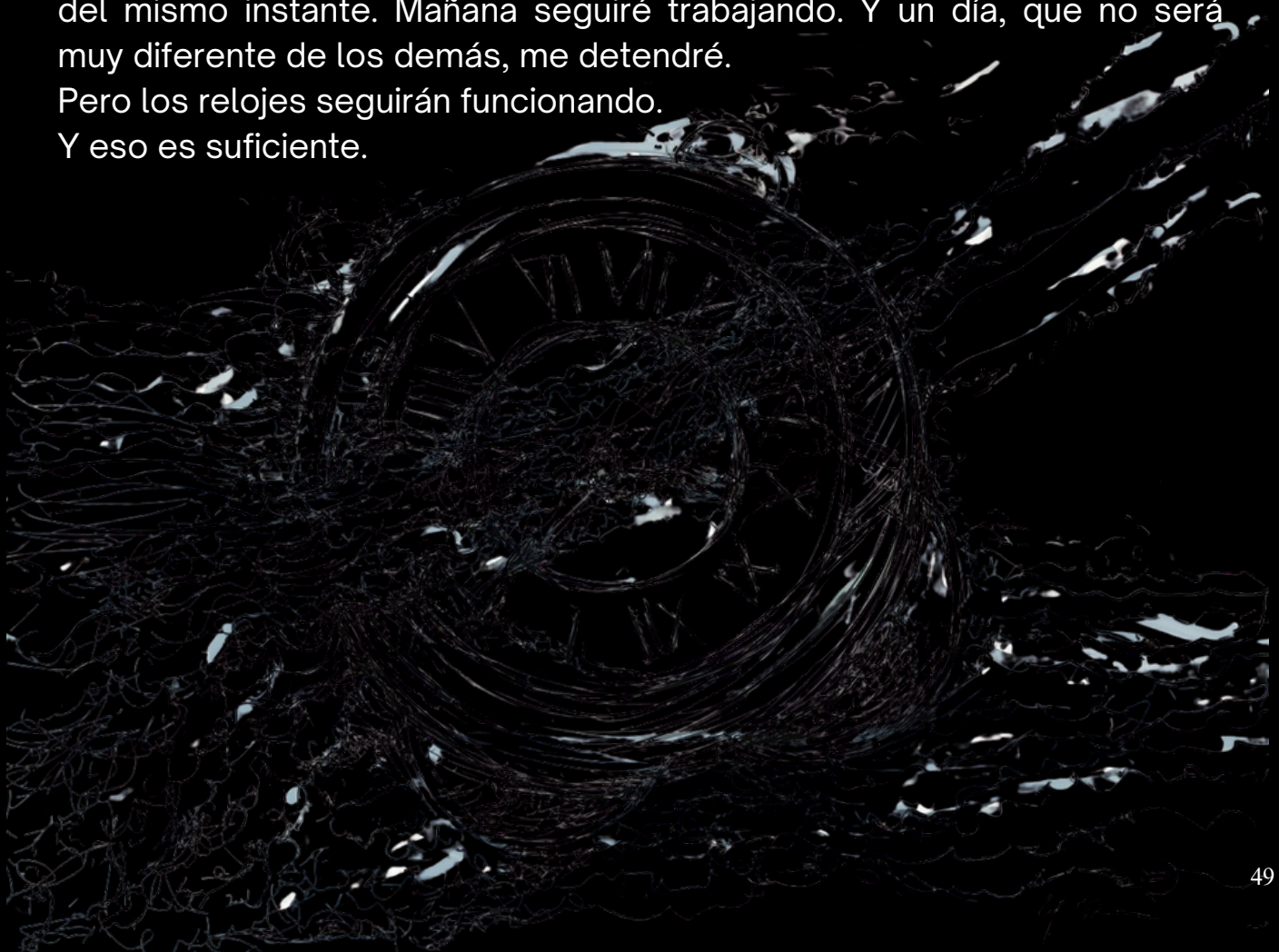
Eso es la existencia. Una conversación que no iniciamos y que no terminaremos. Un reloj que encontramos en marcha y dejamos en marcha para otros.

Y la muerte no es el silencio. Es el momento en que dejamos de hablar y empezamos a escuchar.

Son las tres de la madrugada. El taller está en silencio, excepto por el tic-tac de cuarenta y tres relojes que marcan cuarenta y tres versiones del mismo instante. Mañana seguiré trabajando. Y un día, que no será muy diferente de los demás, me detendré.

Pero los relojes seguirán funcionando.

Y eso es suficiente.

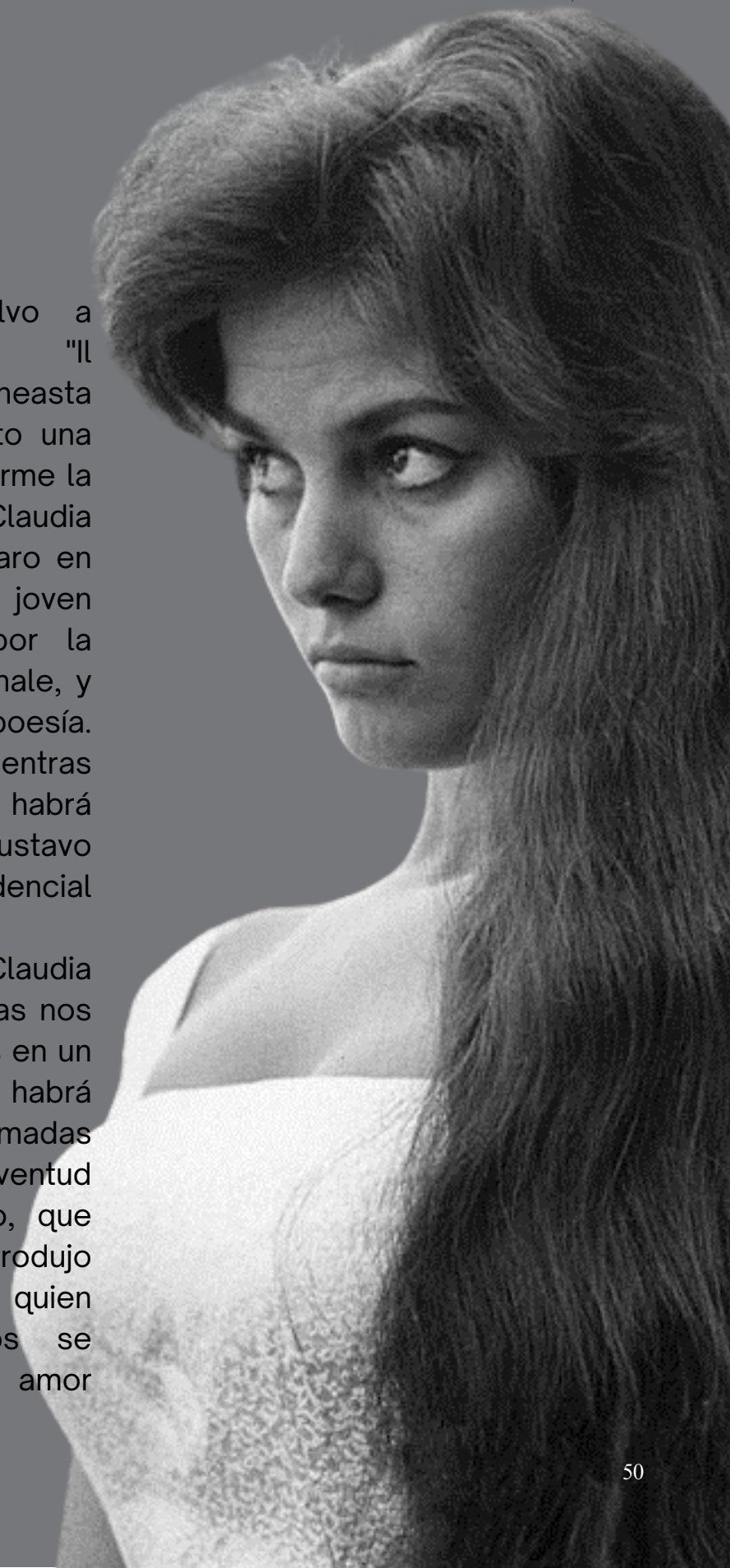


CLAUDIA CARDINALE (1938-2025)

POR FRAN AUDIJE

Mientras contemplo, y vuelvo a presenciar, la fascinante "Il Gatopardo", del mítico cineasta italiano, Luchino Visconti, siento una desesperada resistencia a creerme la fatal noticia: ha muerto Claudia Cardinale. ¿Será posible?. Reparo en las románticas escenas de la joven Angélica, papel encarnado por la extraordinaria belleza de Cardinale, y me deshago en ensueños y en poesía. No puede ser, ella sigue viva, mientras haya una mujer hermosa, habrá poesía, nos dejó dicho Gustavo Adolfo Bécquer, en un providencial vaticinio.

Pero, si de verdad ha muerto Claudia Cardinale, la poesía y los poetas nos vestimos de luto, para sumirnos en un depresivo trance, porque nos habrá dejado una de nuestras más amadas musas, la novia eterna de juventud que todos habíamos deseado, que tantas noches en vela produjo poemas a raudales, y por quien nuestros corazones solitarios se hinchaban hasta reventar de amor apasionado.





La Angélica que Alain Delon cortejaba, y que Burt Lancaster sacaba en el baile del más bello vals jamás bailado, no podrá morirse nunca, porque ha traspasado la eternidad del celuloide. Vivirá para nosotros por siempre en las pantallas, al otro lado, en la inmortalidad de aquella chica de 25 años, con perfectos tirabuzones, y un precioso vestido de campana llenito de encajes, en el deslumbrante blanco de las vírgenes del siglo romántico.

Cuando escucho la voz hiperfemenina de Angélica, se me eriza la piel, y un escalofrío sacude mi cuerpo cansado, extenuado... no puede morir la belleza de una mujer, mejor dicho, de una diosa morena de ojos azabache.

No me importa que Alain Delon la estreche en sus brazos, ni que Burt Lancaster la tienta en un vals enamorado. Yo siempre amaré esa mirada penetrante, y esa sonrisa almibarada, que me hizo soñar que la amaba, y besaba sus labios con mi inocencia adolescente, que nunca comprendió que pudiera existir la muerte, para un ser tan ideal como lo fue, al menos durante aquellos magníficos años, la mujer más hermosa de la cinematografía italiana.

LOS PIES EN LA LUNA

NORMA BEATRIZ CASTILLO



Mi padre murió un martes, pero yo lo entendí recién el jueves.

El miércoles todavía le hablé mentalmente mientras lavaba los platos, como si fuera una costumbre que el cuerpo se negara a soltar.

No hubo palabras finales. Tampoco escenas memorables.

Solo ese silencio nuevo, espeso, que se instala en los rincones y no pide permiso.

Cuando lo vi por última vez tenía los pies descubiertos. Me llamó la atención eso. No su cara. No sus manos. Los pies. Siempre pensé que la muerte llegaba por arriba, por los ojos, por el pecho. Nunca por los pies.

La enfermera dijo algo técnico, correcto, que no recuerdo. Yo asentí con la cabeza, como se asiente ante lo inevitable, aunque todavía no se lo nombre.

Volví a casa caminando. El cielo estaba absurdamente claro. Pensé que eso era una falta de respeto.

Esa noche soñé que mi padre caminaba sobre la luna. No flotaba. Caminaba con dificultad, como cuando uno se acostumbra a zapatos nuevos. Sus pies dejaban marcas pequeñas, imperfectas. No me miraba. Estaba concentrado en avanzar.

Los días siguientes fueron extraños. No tristes. Extraños.

Me sorprendí regando plantas que no eran mías, ordenando papeles sin sentido, guardando cosas que nadie iba a reclamar. La vida continuaba con una eficacia ofensiva.

En el velorio, alguien dijo:

—Ahora descansa.

Pensé que no estaba segura de eso. Mi padre nunca fue bueno descansando. Siempre parecía estar a punto de algo, incluso en los silencios.

Mientras cerraban el cajón, volví a pensar en sus pies. En cómo sostuvieron años, decisiones, errores, caminos que no eligió del todo. Me pregunté si la muerte sabría qué hacer con tanto recorrido.

Esa noche salí al patio. La luna estaba baja, redonda, casi accesible. Puse los pies descalzos sobre la tierra fría. No fue un gesto simbólico. Fue instinto. Necesitaba comprobar que todavía estaba acá.

La existencia, entendí, no es una línea. Es una insistencia.

Desde entonces, cuando todo parece demasiado liviano o grave, miro al cielo. No buscando respuestas. Solo equilibrio.

Porque morir, quizás, sea aprender a caminar en otro suelo.

Y vivir, sostener el peso sin despegar del todo.

Con los pies en la luna.

Y el resto del cuerpo, todavía, en este mundo.

HAY UN RUMOR POR AHÍ DE QUE VOY A MORIR

OMAR ROSA



Este hombre que duerme a mi lado, roncando, cayéndose de la cama, evitándome, me está viendo muerta, no siempre fue así, era muy limpio, esa ya no es su preocupación, lo mismo evacúa sus gases sin ningún tipo de decoro que se rasca los pies y no se lava las manos, se ha puesto cochino. Ha cambiado físicamente: barrigón, no tiene un pelo negro en todo su cuerpo y arrastra los pies, pero eso es lógico lo que sí es deplorable es su forma de ser, tan dulce lo conocí, si una cosa me enamoró de este hombre fue su dulzura al hablarme, ahora ladra, puro pesimismo y mala forma. Nos ve a todos como sus enemigos. No le habla al mayor, se faja con el menor y yo no puedo mirarlo.

Este hombre que ronca a mi lado quiere escribir sus memorias, pero se le olvida todo, hasta su nombre, que difícil es esta enfermedad, está medio loco. De vez en vez tiene pasajes de lucidez, escribe cosas, algunas incoherentes, otras no, uno nunca llega a conocer a las personas, cuando me habla me parece estar oyendo a su padre, el viejo más ingrato que he conocido, es como si su voz saliera a través de este hombre.

“Están ponderando lo de otros y no son capaces de hacer una buena acción entre ustedes mismos, mira a tu alrededor, aquel construye un palacio y otras familias no tienen ni una letrina, sigan viendo toda esa basura de Facebook, les tiene la cabeza enferma”.

Este hombre es de otra época, le resulta difícil comprender las redes, ver a sus nietos todo el día pegado de la cajita, como él dice y menos verlos fajarse con la madre y hasta faltarle el respeto porque ni la cajita es de ellos.

“Y esta tonta tuteando todo el día para ganarse el dinero”.

Lo mando a callar, no hables más mierda, no seas tan contradictorio ¿A ti no te gusta Con Filo? ¿Entonces? ¿No dices que es un buen programa?

Este hombre que aunque no fue un atleta, todavía me llevaba a todas mis coberturas en bicicleta, para ahorrarnos el gasto de los carretones de caballo, único transporte en esta ciudad de más de doscientos mil habitantes.

Este hombre cada vez que habla de las redes recuerda su anécdota favorita y se burla riendo a carcajadas haciendo su cuento:

“Me dice ella, mira viejo loco las actividades que están haciendo en esta escuela y no me avisaron, ¿serán locos? Ellos no saben que tengo que reportar sus actividades, vamos viejo, llévame allá, pero vístete rápido, y allá fuimos, ya iba presintiendo el final de esta historia, pero calladito, si alguna risita se me fue, la disimulé muy bien, llegamos ¿Es aquí? Pregunté haciéndome el equivocado, sí, aquí, silencio total, allí no estaba ni el guardia de seguridad, todo era un invento en las redes” y vuelve a carcajearse. Cuando está en sus cabales, se mo-

-lesta si hablan mal de su país, no soporta las parodias que sus hijos escuchan en la cajita, eso sí, este hombre, es un crítico a férrico de la programación de la televisión.

“Con razón ya no la ven, mira te voy a leer, ya sé, no tienes tiempo, le voy a leer, al aire, lo escrito sobre las costumbres y tradiciones, no precisamente por uno de los nuestros, escucha aire”

Ya el tono que usa es insoportable, pero arremete y lee:

Alguien dijo que un pueblo que reniega u olvida su pasado es un pueblo sin presente ni futuro, porque –y esto sí lo digo yo– el pasado no anula el presente: antes bien, lo enriquece, aviva y potencia. Ahora, cuando muchos jóvenes han descubierto eso de volver a sus «raíces», sería bueno y conveniente rescatar aquellos usos y tradiciones que fueron arrumbadas por ignorancia y poco modernas, porque las viejas costumbres no están ni pueden estar enfrentadas al ineludible progreso. ¿Qué te iba a contar? ¿Era algo de mis hijos? ¿Mis hijos son tus hijos?, da igual ¿Tengo que pedir permiso para encender la luz en mi cuarto?, son mayores de edad, viven en la casa de sus padres, tienen que adaptarse a nuestras reglas, no quieren ni tener su propio cuarto, quieren el nuestro, no son niños, invaden mi espacio, si reclamo soy gruñón, tengo mala forma, los maltrato, no lo ves así porque eres madre sobre protectora, ¿Te pregunto?

Y sé que muchas veces ni me contestas, he oído como dices deja que pregunte cinco o seis veces, aun cuando la pregunta sea sencilla, directa e importante: ¿Entraron la bicicleta?, no es la primera vez que duermo afuera, te pregunto ¿Eso es consideración?

Continué lavando y el como un radio que nadie atiende, como la lavadora está en el cuarto, no puedo evitar oír lo que dice, no le contesto y eso lo enfurece más.

Ya no está apto. Le digo que me friegue una olla y me gasta el detergente, si le digo algo empieza la discusión, es un estorbo, ¿Cómo neutralizarlo?

Me dijiste que te lo dejara todo limpio y ahora no te cuadra, si quieres que las cosas salgan como tú quieres, hazla tú, esa es la única forma en que quedas complacida y me voy a dormir a otra cama, ya no te soporto.

Son las cuatro y diez de la madrugada, me está dando besos, frio huevos, no me deja dormir, en lo adelante, todo es un trasteo allá fuera, friega de nuevo, riega sus plantas, se imaginan a este hombre dando tumbo en el jardín y una cansada tratando de dormir, va con la tanqueta, entra y me da otro beso. ¡Baboso! Siento el chorro en la batea, cuando abro los ojos lo veo enjuagando la ropa que lavé anoche que ya estaba casi seca, le formo un escándalo, has lo que yo te pida, ¡Esto ya no lo resisto!

Mi china, si lo único que quería era

ayudarte, la tendí allá arriba, cuando salga el sol se seca enseguida, tú verás.

Me levanto, ahí está con el único pulóver presentable que tiene, haciendo cosas, todo lo tiene manchado y no se le puede decir nada.

Realmente hace cosas, muchas cosas. Ahí chica, pero es insoportable. Hay algo que me tiene intrigada: La carta, tengo que cambiar de estrategia, este hombre en su locura me está viendo muerta, déjame releer la carta.

CARTA A MI FLACA

Te veo flaca, como tú me decías: “Se me paran las orejas cuando adelgazo” y sí. Has perdido la voz, me abrazas, siento que soy invencible. Regreso confiado, tranquilo, cocino, ordeno, te recuerdo, repito cada regaño “No pongas el sartén ahí, seca el baño, no dejes nada destapado que hay ratones, enjuaga cada cosa que uses”, voy haciendo estas cosas y las repito en voz alta, como si te trajera de vuelta con eso.

Vendrás, llegarás con tus resabios, hablando alto, ¿Qué pensarán los vecinos? No sé, externamente, responderé enojado, me justificaré, en lo profundo estaré emocionado, estarás aquí, hasta si te equivocas, haremos el amor.

Tu pleito es música, lo puedo neutralizar con una sonrisa. ¡Si vienes!

Esta casa vacía es un infierno, no

tengo hambre, todo está fregado, no veo obligado ninguna novela turca, son las dos de la madrugada y estoy escribiendo con la luz encendida. Nunca lo vas a saber: Hoy regué tus plantas.

Ese teléfono no deja de sonar, siempre preguntando por ti, tan enemigo de las mentiras, he cambiado. Me pidieron tu carnet de identidad, van a darte un reconocimiento “post mortem”. Te dejo, mañana estaré ansioso abriendo el GMAIL.

Del amor de tu vida,
Tu viejo.

Mira viejo no vamos a discutir más, vamos a parar esta guerra, unas veces tú otras yo, vamos a llevarnos bien. Esa carta que escribiste me conmovió. Tú mantienes la cocina así organizada como está hoy ¿Y ese pomo de aceite por qué está así? No puede ser que hayas gastado todo ese aceite, en lo que va de mes hemos gastado cinco litros.

Por algo ya no me ve entre los vivos. Este hombre a partir de hoy sentirá más amarga que de costumbre la medicina, no notará que yo estaré pendiente del vaso, para fregarlo de inmediato. Aquí no es como en otros lugares, cuando murió mi suegro, a las dos de la madrugada fui a la clínica, vi al médico de guardia, le conté y me hizo el certificado de defunción, de regreso pasé por la funeraria, a la media hora estaba el carro fúnebre frente a mi casa, el

chofer me ayudó, ni le avisamos a los vecinos, a las nueve estaba enterrado. ¿Por qué ahora no puede ser igual?

—¡Ven acá mi vieja!, mira lo que me encontré, recuerdas, la primera caricatura que te hice, ¡Hasta te lleve bien! ¿Me quedó bonita, verdad? ¿Cuántos años llevará ese papel ahí? Tráeme la medicina, se me hace tarde para los ejercicios, vamos conmigo verás que te hace bien para las venas. ¿Por qué lloras? Porque se te botó la medicina, no te preocupes cuando venga lo limpio. Hasta nos pudiéramos dar una escapada y reservar para comer en familia, el día del cumpleaños de tu hijo.

FINAL DE OCTUBRE

RENÉ PINET PLASENCIA



Sofía Galván, como todos los años, apagó las luces y se sentó en el sillón de la sala al declinar el sol. No pudo identificar la voz, al principio, de Anaís Navarro. Y es que había pasado tanto tiempo desde el cocimiento de engrudo en la escuela para que la maestra lo pusiera en corcholatas y pegaran papeles de colores, que creyó haberlo olvidado.

—¿Tu familia tiene lancha?

De inmediato recordó la conversación. La primera vez que una extraña de su edad —tendría cuatro, cinco años— se dirigía a ella con tanta familiaridad.

Pablo Rocha se acercó cuidadosamente y se sentó en la silla junto a la puerta de la cocina. Su pelo alborotado y su camisa empolvada por jugar fútbol en el patio de tierra de la escuela.

—¿Somos los primeros? —preguntó con asombro—. ¡Vaya! esto no pasa muy seguido.

—Claro, ¡como siempre llegas tarde! —contestó la prima Adriana, mientras ponía un cojín en el suelo junto a la ventana, su lugar preferido.

Pablo la ignoró:

—Entonces, ¿vamos ahora sí a explorar por qué Gabriel se desapareció?

—No sé —respondió Sofía—. Es muy temprano. Ya veremos.

—Pues yo opino que incluyamos al Gabriel —dijo Araceli, entrando por la ventana—. Total, no creo que se vaya a aparecer de repente ¿o sí?

En ese momento llegó Leticia, a punto para dar su opinión:

—No podemos incluirlo hasta estar todos seguros de lo que pasó.

—¡No podemos saber! —casi gritó Pablo— ¡Como esta cobarde no se ha atrevido a rastrearlo!

Adriana se acercó a Sofía, se sentó junto a ella y la abrazó.

—¡Déjala en paz! Qué sabes tú si le conviene o no saber. Tú ya no arriesgas nada.

—Yo tuve la culpa —murmuró Sofía, con los ojos húmedos—. Yo salí de vacaciones y anduve con Jorge Quintero, y se lo dije. Me dijo que regresaríamos, pero desapareció. Y cuando se quiso acercar lo corrí con una grosería.

—Tú no tienes la culpa de nada —le dijo Jorge Quintero desde la puerta de su recámara—.

Él decidió desaparecer y nunca te buscó más. Aunque cumpla con la condición, no debes incluirlo nunca.

Sofía quedó pensativa por un rato y, al fin, se levantó y recogió las cajas, el papel, los muñequitos y las flores:

—Bueno, ya regresen todos a sus marcos, que voy a poner mi altar.

DIÁLOGO DE SORDOS V

SCHAVA



El Zenko desganado recarga la barbilla sobre la mesa, mira fijamente un vaso volteado que comienza a timbrar. Levanta el vaso como si se tratara de un teléfono, escucha algunos lamentos. Poco después comienza a hablar una voz rasposa: ¿El Zenko, habla el Zenko Voroto Klaf?

-Sí, sí, aquí él mismo habla.

-Aquí la muerte habla.

-¿La muerte, la muerte dice? ¿La muerte de quién, la mía?

-La muerte, así no más. Leí su carta Zenko, me ha conmovido hasta los huesos. Quiero decirle que haré lo que mis modestos recursos me permitan para ayudarle. Zenko, terminaré con sus preocupaciones. Mañana mismo daré las órdenes para que no viva más en esa nefasta situación.

-Disculpe, pero no escucho bien, licenciada muerte ¿licenciada muerte me escucha?

-No me llame licenciada.

-Perdone, perdone, es que hay interferencia. Licenciado muerte, ¿así está mejor, licenciado muerte?

-Dígame muerte, así no más.

-Pero, muerte, me llevará usted a un mundo mejor o solamente me matará, podría decirme.

-No le escucho.

-¿Sí, muerte, hablo más fuerte, me nuevo? ¿Así está mejor?

-Cómo le digo, no se angustié más. Hablaré con el carretero, creo no rehusará hacerme ese favor.

Sí, muchas gracias. Creo.

-No le escucho bien.

-Le digo que muchas gracias, pero por favor dígame de cuál favor habla.

-No, no agradezca, es un placer, a eso me dedico.

-Muerte, le suplico no se vaya aún, quiero saber.

-Lo dejo con mi recepcionista Zenko, no dude en llamarme, será un gusto hablar con usted cara a cara.

-¿Recepcionista dice? ¿Cara a cara dice, muerte, muerte? ¡Muerte por favor!

Se escuchan gemidos como tono de espera, un rato después regresa la línea.

-¿Diga?

-¿Muerte, muerte sigue ahí?

Recepcionista: No le escucho bien, hable más fuerte. Mucho más fuerte, por favor.

El Zenko grita desesperado: ¿Es usted la Muerte?

-No.

-Entonces es la recepcionista.

-No grite, por favor.

-Mire, estoy muy angustiado, hablaba con la muerte y me dijo que mi petición sería cumplida. Por favor, sólo dígame, de qué petición hablamos, porque hice varias y contrarias y...

-Si usted desea hablar con la muerte es muy sencillo, no es necesario gritar. Apunte el número. Pentagrama, ciento treinta y cinco mil, noventa y nueve, más 1.

-Permítame (Zenko va por lápiz y papel). Ahora sí dígame el número.

- Es pentagrama, trece, cincuenta, noventa y nueve, más uno.

-¿No era ciento y algo?

-No, apunte así: ciento treinta y cinco, cero, noventa y nueve, más 1.

-¿No empezaba con trece?

-Pentagrama...

La línea muere, Zenko abre mucho los ojos, suspira y recarga nuevamente la barbilla sobre la mesa. Mira el vaso, desconcertado. No hay un disco de teléfono en el vaso. Además, en ningún disco de teléfono hay pentagrama.

TRASCENDER ES EXISTIR

ANGÉLICA GUZMÁN



Te asomaste a la ventana, como tenías costumbre y, sin quererlo presenciaste un fatal accidente. Inmediatamente recordaste una frase que habías leído, era de Heggel, el filósofo que te agradaba: “muerte y mundo se unen en uno solo por la esperanza o el pensamiento de trascendencia de la existencia”, aquella contemplación te produjo cierto desasosiego y aquella costumbre que, de alguna manera, disipaba tu mente, hoy fue todo lo contrario. El aire fresco de la mañana ya no era indiferente y tu cuerpo experimentaba un aprendizaje que siempre indagabas. El aire golpeaba tus sienes, rozando las cortinas, sonidos y murmullos lejanos que nunca podías identificar.

La calle se llenaba de gente. Poco a poco todo cambiaba, sin embargo, el árbol frente al edificio permanecía con una rama torcida que parecía resistirse al crecimiento ordenado. El perro atado a la reja de la casa de la esquina no ladraba, aullaba de manera lastimera. Las ventanas de las casas vecinas permanecía cerradas, como cuando los párpados se niegan a abrirse.

Todo continuaba y, esa continuidad te produjo cierta incomodidad inesperada. Pensaste, sin saber por qué, que las cosas persistían con demasiada facilidad. Ajenas a lo que acontecía, inclusive al llanto de la gente o el sonido de las sirenas de las ambulancias.

Cerraste la ventana y te dirigiste a la cocina. El reloj colgado en la pared lateral marcaba las ocho y diez. Hacía tiempo que se atrasaba cinco minutos, pero nunca te habías molestado en corregirlo. Te gustaba esa pequeña falla, ese error constante que no te alteraba en nada y, sin embargo, estaba siempre ahí. Preparaste café, dejaste que el agua hirviera unos segundos más de lo necesario, como si el tiempo pudiera estirarse y uno lo mirara de frente. Mientras absorbías el café, observaste tus manos. No presentaban nada en particular, salvo unas manchas claras cerca de los nudillos que no recordabas haber tenido antes. Las tocaste con el pulgar, sin dolor, sin sorpresa. Comprendiste que tu cuerpo había seguido su propio ritmo, mientras tú te ocupabas de otras cosas. Vivir, pensaste, debía parecerse mucho a eso: estar presente solo a ratos.

Saliste del departamento con la sensación de haber olvidado algo importante, aunque no lograste identificar qué. En el ascensor te viste reflejada en el espejo opaco de la pared. No te reconociste del todo, pero tampoco te resultó extraño. Era un rostro que habías visto muchas veces, uno que se había ido modificando de manera discreta, sin pedir permiso.

Vino a tu mente todas las versiones anteriores de ti mismo, pero que habían quedado atrás, como acumulándose como capas invisibles.

Ya en la calle, el movimiento de costumbre no llamó tu atención porque casi era el mismo, por lo que se absorbía con rapidez. Gente que caminaba de prisa, como queriendo alcanzar algo importante, autos detenidos en un semáforo, un vendedor ambulante que repetía su discurso con una precisión mecánica. Todo parecía funcionar bajo una lógica que no admitía interrupciones. Caminaste sin rumbo fijo durante un tiempo, alejándote sólo por el hábito de avanzar, hasta que te detuviste frente al escaparate de una vieja librería. La observaste con curiosidad porque no recordaste haberla visto antes, aunque era probable que siempre hubiera estado allí.

Entraste. El lugar olía a papel húmedo y a polvo conservado. Los estantes estaban repletos de libros desordenados, algunos apilados en el suelo, otros inclinados, como si hubieran cansados de sostenerse. Pasaste los dedos por el lomo de algunos de ellos sin leer los títulos. Te pusiste a pensar que, cada uno de ellos contenía una vida entera, una existencia condensada en páginas que, quizá ya nadie abría.

Seguiste la vista y, en un rincón percibiste una caja que decía: fotografías antiguas. Las tomaste sin pedir permiso. Rostros desconocidos te miraban desde otros tiempos: bodas, cumpleaños, viajes que no habías vivido. Detuviste tu mirada en la imagen de una familia sentada frente a una casa que ya no existía. Todos sonreían con una serenidad que te resultó inquietante. Pensaste que, de algún modo, estarían muertos dos veces: una en el mundo real y otra en la memoria de quienes los habían conocido.

Dejaste la foto en su lugar y saliste sin comprar nada. Afuera, el sol comenzaba a declinarse, y esa leve variación de la luz te hizo pensar en la fragilidad del día. Comprendiste que la mañana ya había terminado, sin que ella se diera cuenta.

Buscaste un lugar donde sentarte y encontraste un banco en un paseo alegre. Apenas te sentaste, sonó tu celular. Era la llamada de un amigo, fue breve, casi formal. Un antiguo conocido te informaba que alguien había fallecido. No era un amigo cercano, apenas un nombre asociado a otro tiempo, a una etapa que creíste ya cerrada. Colgaste y te quedaste mirando el teléfono durante algunos minutos, como si el objeto pudiera añadir algo más a la noticia.

No sentiste tristeza inmediata, solo una especie de un vacío atento, como si tu cuerpo estuviera preparándose para una emoción que no llegaba.

Decidiste asistir al entierro al día siguiente. No por obligación, sino por una necesidad difícil de explicar para ti mismo. Querías ver qué aspecto tenía el final, cuando ya no te pertenecía.

El cementerio estaba vacío. Miraste las lápidas que se alienaban con una precisión que te parecía excesiva, como si incluso la muerte necesitara orden. Observaste a los pocos asistentes: rostros serios, gestos contenidos, palabras medidas. Nadie sollozaba. La muerte, pensaste, se había vuelto discreta, casi educada ¿Sería siempre así? - te preguntabas.

Durante la ceremonia, te sorprendiste mirando el cielo. No esperabas nada de él, pero te resultó tranquilizador comprobar que seguía allí, indiferente al ritual que se desarrollaba debajo. Cuando todo terminó, te quedaste un momento más, no sabías qué hacer con ese tiempo que te parecía que sobraba. Pensaste en la persona que acababan de enterrar: en tu infancia, sonreíste; en tus días comunes, en tus pensamientos que nunca serían conocidos por nadie más.

Toda una vida reducida a un espacio exacto en tus vivencias y, sobre este espacio, llamado tierra. Al regresar a tu casa, notaste el silencio de una manera diferente, no como ausencia de ruido, sino como una presencia densa. Cada objeto parecía ocupar un lugar más extenso que el habitual. Te sentaste en el sofá y miraste la pared frente a ti. No había nada allí, sin embargo no pudiste apartar la vista. Comprendiste que estabas pensando en tu propia muerte, no con miedo, sino con una curiosidad serena, no como un evento futuro, sino como una certeza que había estado acompañándote desde siempre.

Esa noche habías soñado con tu habitación vacía. Caminabas por ella sin encontrar salida, aunque no sentías angustia. Al despertar tuviste la sensación de haber dejado algo entre sueños, como una respuesta que no lograste traer contigo.

Tus días siguientes transcurrían con una lentitud extraña. Continuaste con tu rutinario vivir, pero cada gesto parecía adquirir un peso distinto. Lavar tus manos, cerrar una puerta, esperar en un semáforo. Todo te parecía significativo por el simple hecho de estar ocurriendo. Ibas comprendiendo que existir no era otra cosa que atravesar una sucesión de momentos que no siempre pedían ser comprendidos.

Una tarde decidiste ordenar tu departamento. No porque estuviera desordenado, sino porque necesitabas tocar tu propias cosas, confirmar que seguían allí. Encontraste objetos que no recordabas haber guardado: una carta sin abrir, una llave que no sabías qué abría, una libreta con páginas en blanco. Sostuviste la libreta durante un largo rato. Te sorprendió que nunca la hubieras usado. Pensaste que, de algún modo, esas páginas vacías eran una forma de futuro que ya no te pertenecía.

Al anochecer volviste a abrir la ventana. El aire entró igual que siempre. La calle seguía allí, persistente. El árbol, el perro, las ventanas cerradas. Nada había cambiado, y sin embargo tú sí. no de manera visible, sino en un lugar más profundo, difícil de señalar.

Te diste cuenta de que la muerte no era lo opuesto a la existencia, sino su límite, la forma que le daba sentido. Que vivir no consistía en huir de ella, sino en aceptar su compañía silenciosa. Cerraste la ventana con cuidado, como si no quisieras molestar a nadie, ni a nada.

Antes de irte a la cama miraste el reloj de la cocina. Marcaba las ocho y diez. Sonreíste apenas, pero no corregiste la hora.

Apagaste la luz.

Y, el mundo fiel a su costumbre continuaría.

EL ENTERRADOR

POR EIHIR

No busquen en mis manos la suavidad de quien maneja plumas o sedas; mis dedos son nudos de sarmiento, curtidos por el roce constante de la pala y el beso frío del hierro. Soy el guardián del umbral, el centinela de un reino que todos fingen ignorar hasta que sus pies, inevitablemente, tropiezan con su frontera. Me llaman Elías Vane, y durante tres décadas he sido el único habitante vivo del cementerio de San Judas, una necrópolis que se desmorona bajo el peso de una niebla perpetua, como si el aliento de los muertos se negara a abandonar la superficie.

¿Qué es la existencia sino una tregua caprichosa entre dos nada? Me lo pregunto cada vez que mi pala hiende la tierra. La muerte no es un evento; es una presencia física, una humedad que se filtra en los huesos, un perfume a tierra mojada y flores marchitas que se vuelve más dulce con el tiempo. Para cualquiera, la tumba es el final de un camino; para mí, es el inicio de una crónica privada. Cada fosa tiene su propia gramática, cada ataúd su propio ritmo de degradación.

San Judas no es un cementerio común. Se asienta sobre un risco donde el mar brama en la base de los acantilados, y el viento, ese mensajero incansable de la desolación, silba entre los ángeles de mármol decapitados por el tiempo. Aquí, la muerte tiene una elegancia pútrida. Las criptas de las familias nobles, con sus puertas de bronce cubiertas de verdín, parecen aguardar algo más que el simple olvido.

Fue en una noche de noviembre, cuando la luna colgaba del cielo como un ojo ciego y lechoso, que mi percepción de la frontera entre los vivos y los muertos comenzó a fracturarse. Había recibido el encargo de preparar el nicho catorce en la cripta de los Valdemar. Una estirpe maldita, decían en el pueblo, marcada por una palidez hereditaria y una tendencia a la melancolía que consumía sus pulmones antes de los treinta años. La última de su linaje, la joven Ligeia, había sucumbido.

Mientras cavaba, una sensación de inusitada pesadez oprimió mi pecho. No era el cansancio físico, sino una vibración en el aire, un rictus de la atmósfera.

—¡Oh, fugacidad de la belleza! — exclamé, pues la soledad me ha otorgado el vicio de hablar con las sombras—. ¿Acaso no es este mármol más duradero que la carne que pretende proteger?

El eco de mi propia voz me devolvió un sonido extraño. No fue un rebote limpio, sino un susurro que pareció nacer del fondo mismo de la tierra. Un arañazo. Leve, rítmico, como el de una uña desesperada contra la madera de cedro.

Me detuve. El silencio de San Judas es absoluto, solo interrumpido por el graznido ocasional de un cuervo o el batir de las olas. Pero aquello era distinto. Era un sonido que hablaba de una voluntad que se resistía a la inercia del sepulcro.

Sentí un intenso escalofrío. Recordé los tratados sobre el "entierro prematuro" que tanto horrorizaban a los médicos de la capital. ¿Y si la muerte no era el fin de la conciencia, sino una parálisis del cuerpo mientras el alma permanecía atrapada en la caja de resonancia de la tumba?

Pasaron los días y el entierro de Ligeia Valdemar se llevó a cabo con una pompa lúgubre. Vi a los familiares, figuras negras recortadas contra el gris del horizonte, sollozar sobre un ataúd que me pareció sospechosamente ligero.

Cuando finalmente me quedé solo con la losa de mármol y mi pala, el mundo pareció contener el aliento.

Esa noche, no pude dormir. Mi cabaña, situada a pocos metros de la entrada de la cripta, se sentía impregnada de una presencia extraña. Los relojes de pared parecían latir en lugar de sonar. Cada tic-tac era un recordatorio de la brevedad de mi propia vigilia.

Me levanté, encendí mi farol de aceite y me dirigí hacia la cripta. La niebla era tan espesa que el haz de luz apenas lograba perforarla, creando visiones fantasmagóricas de querubines llorando lágrimas de moho. Al llegar a la puerta de los Valdemar, el sonido regresó.

Pero esta vez no era un arañazo. Era un susurro. Una voz que pronunciaba mi nombre con la cadencia de un amante que despierta de un sueño febril.

—Elías...

Solté el farol. El cristal se hizo añicos y la llama vaciló antes de extinguirse, dejándome en una oscuridad tan densa que podía sentirla contra mi piel. En ese abismo negro, la realidad comenzó a deshilacharse. ¿Era yo el enterrador, o el enterrado que soñaba con la libertad de la superficie?

En la oscuridad absoluta de la cripta, mis otros sentidos se agudizaron hasta alcanzar una sensibilidad dolorosa.

Con manos temblorosas, busqué en mis bolsillos hasta encontrar una cerilla. El pequeño estallido de fósforo fue como una explosión solar en aquel vacío. La llama vacilante reveló las paredes de piedra rezumantes de humedad y, frente a mí, la losa de mármol del nicho catorce. No había movimiento, pero el silencio ahora era distinto, expectante.

—Si estás ahí —susurré con voz rasposa—, si la chispa de la conciencia aún no se ha extinguido en tu pecho helado, dame una señal que no sea fruto de mi demencia.

Silencio. Pero entonces, un sonido que hizo que mi sangre se congelara: un suspiro. Largo, agónico, como el aire que escapa de un fuelle viejo. No provenía del aire a mi alrededor, sino de detrás del mármol.

Mi frágil mente se desmoronó del todo, la razón convertida en curiosidad perversa, un frenesí por descorrer el velo. Tomé el cincel y el mazo que siempre colgaban de mi cinturón. Cada golpe contra el cemento fresco de la lápida resonaba en la cripta como un trueno en una catedral vacía. ¡Clac! ¡Clac! El sonido del sacrilegio. El sonido de un hombre que busca la verdad en el único lugar donde solo se debe encontrar el olvido.

Finalmente, la losa cedió.

Cayó al suelo con un estrépito que pareció despertar a todos los muertos de San Judas. Con un esfuerzo sobrehumano, tiré del ataúd de ébano hacia afuera, deslizándolo sobre el frío suelo de piedra. Mis dedos sangraban, pero no sentía dolor. Solo sentía la urgencia de mirar a los ojos a lo extraordinario.

Forcé la cerradura de plata. La tapa se abrió con un gemido de bisagras oxidadas.

Allí yacía Ligeia Valdemar.

Su belleza no había sido tocada por el dedo de la corrupción. Al contrario, parecía poseer una vitalidad que la vida misma le había negado. Su piel no era blanca como el mármol, sino que tenía el matiz de una perla bañada por la luna. Sus labios, que deberían estar amoratados por el toque de la Muerte, conservaban un tinte carmesí, como si una corriente de fuego líquido fluyera aún por sus venas.

Pero lo más aterrador eran sus ojos. Estaban abiertos. Dos orbes de una negrura infinita, sin pupila distinguible, que parecían absorber la escasa luz de mi cerilla. No había movimiento en su pecho, no había pulso en sus muñecas de porcelana, y sin embargo, su mirada estaba fija en mí con una inteligencia terrible.

—¿Estás viva?

—pregunté, cayendo de rodillas.

Sus labios no se movieron, pero mi mente fue invadida por una marea de pensamientos que no me pertenecían. Sentí la angustia de los siglos, el peso de la tierra sobre los párpados, el horror de ser consciente mientras la carne anhela la disolución.

—No hay vida ni muerte, Elías — pareció decir la vibración del aire —. Solo hay grados de sueño. Tú, que entierras, eres el más dormido de todos.

En ese instante, comprendí la gran mentira de la existencia. Creemos que estamos vivos porque nos movemos y respiramos, pero somos meras sombras proyectadas por una realidad más vasta y sombría. Ligeia no estaba muerta; había trascendido de la vida mundana para entrar en un estado de existencia pura. Su cuerpo era un ancla, sí, pero su conciencia se extendía ahora por los rincones más oscuros de la cripta, fusionándose con el moho, con la piedra, con la memoria de todos los que allí reposaban.

Un frenesí existencial se apoderó de mí. Si ella estaba en ese estado de gracia horrorosa, ¿qué era yo? Un autómata que movía tierra. Un parásito de la tumba.

—¡Enséñame! —grité, agarrando sus manos frías—. ¡Muéstrame el abismo que hay detrás de los párpados cerrados!

En respuesta, Ligeia levantó una mano —un movimiento lento, grácil, como el de una planta acuática en la corriente— y acarició mi mejilla. Su tacto no estaba frío; era la ausencia total de temperatura, un cero absoluto que me succionó el alma.

El mundo empezó a girar. Las paredes de la cripta se volvieron transparentes. Vi a través de la tierra, vi los esqueletos de los antiguos reyes deshaciéndose en polvo dorado, vi las raíces de los árboles bebiendo de los jugos del tiempo. Vi el ciclo interminable donde la vida se alimenta de la muerte para generar más muerte. No había esperanza, solo una repetición eterna de formas que cambian para permanecer iguales.

Desperté al alba, tendido sobre el suelo de la cripta. El ataúd de Ligeia estaba cerrado. La lápida de mármol estaba de nuevo en su sitio, aunque el cemento estaba mal puesto, como el trabajo de un hombre que ha operado en sueños.

Mis manos estaban cubiertas de cicatrices y mis cabellos, antes negros como el ala de un cuervo, habían encanecido por completo. Salí a la superficie y el sol me pareció una ofensa, un foco vulgar que intentaba ocultar la verdad bajo un manto de brillo insípido.

Desde aquel día, ya no soy el mismo enterrador. Camino entre las tumbas y escucho las conversaciones de la tierra.

Sé qué ataúdes están vacíos de espíritu y cuáles albergan conciencias que gritan en el silencio. El pueblo dice que Elías Vane se ha vuelto loco, que hablo con las sombras y que mis ojos tienen el brillo de la fiebre.

Tienen razón. Pero mi locura es una clarividencia que ellos no podrían soportar.

He decidido que mi tiempo como espectador debe terminar. He preparado mi propia fosa, no en la tierra común, sino en el corazón mismo de la cripta de los Valdemar, debajo del nicho catorce. He recolectado las semillas de la belladona y el jugo de la amapola para facilitar el tránsito.

No busco la muerte, sino la existencia verdadera. Deseo que mis pulmones dejen de luchar por el aire para que mis pensamientos puedan volar por fin en la oscuridad.

Esta noche, cuando la marea suba y el viento azote los muros de San Judas, me acostaré en mi lecho de tierra. Cerraré los ojos y esperaré el roce de la mano de Ligeia. Ya no le temo al araño en la madera; ahora sé que es el sonido de una puerta que se abre.

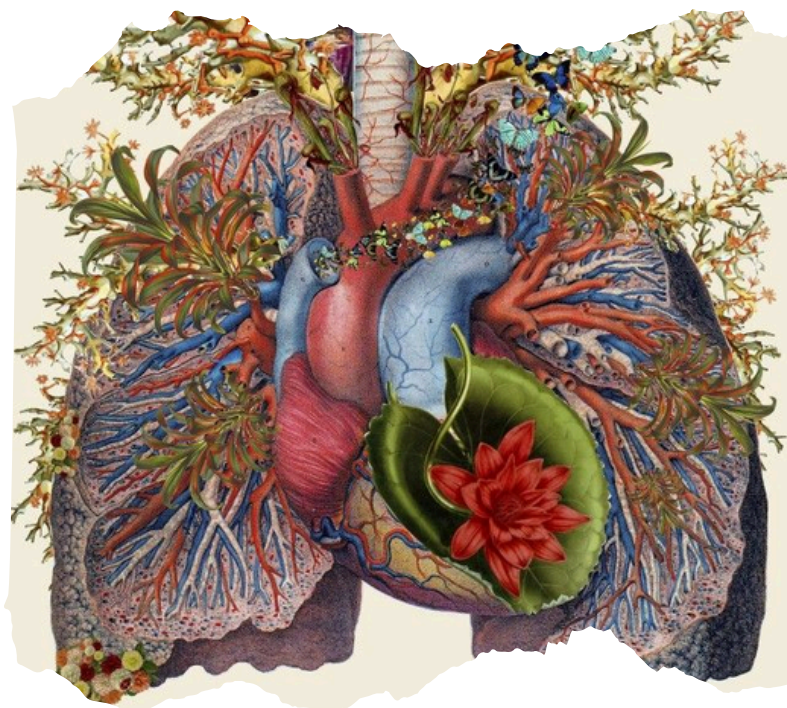
La pluma tiembla en mi mano. El aceite de la lámpara se agota. La sombra de la esquina parece haber cobrado vida propia y me saluda con una reverencia burlona.

¿Es esto el fin de mi existencia, o el inicio de mi verdadera historia? Solo lo sabrá aquel que se atreva a cerrar este libro y buscar el silencio de un cementerio a medianoche. Así, quizás podrá vislumbrar la sombra de Elías Vane, el hombre que descubrió que la vida es solo el sueño de la muerte.



TANATOMICROBIOMA O MEMENTO MORI

MARÍA SOFÍA ABARCA



“Que las valquirias te den la bienvenida y te guíen por el gran campo de batalla de Odín. Que canten tu nombre con amor y furia para que lo escuchemos alzarse desde las profundidades del Valhalla, y sepamos que has tomado el lugar que te corresponde, en la mesa de los reyes...”
Bocón El Rudo.

—Falleció, lo atropellaron hace un mes. Me avisó el tejido linfático.

Dos microorganismos de la flora intestinal, los más mínimos del cuerpo, hablaban por teléfono y se comunicaban la lamentable noticia.

—Los órganos mayores fueron los primeros en enterarse —lloraba la célula—. Ahora solo queda esperar las órdenes del cerebro. El corazón no ha vuelto a hablar.

Todos los huesos, enzimas, plaquetas y ácidos tenían, en el tejido conectivo de su hogar, una foto enmarcada del hijo perdido. Cada uno había hecho su propio altar doméstico, en la intimidad de la homeostasis. Se fueron enterando, a destiempo, hasta que todo el cuerpo enfermó mientras encendían velas al difunto y colocaban crisantemos nerviosos en su recuerdo. Inclinado levemente hacia la izquierda del esternón, el sistema circulatorio había levantado el más hermoso de los altares.



Fue, después de una larga lucha contra el dolor, que el cerebro se despidió noblemente y les aseguró que los vería de nuevo.

—No tengan miedo —animó desde los balcones del Palacio del Cráneo—. Nosotros estamos preparados para este momento. Ya sabemos qué hacer. No tengan miedo —insistió—. ¡Todos aquí tenemos un alma!

—¿Y qué se supone que haremos? —se desesperaron los órganos—. ¿A quién le rezamos?

Segundos después, el infarto de miocardio detuvo el flujo sanguíneo y los órganos que habían iniciado el cuerpo fueron los primeros en irse. El corazón, la médula y el cerebro despertaron inmediatamente en otro lugar que parecía ser el campus de la universidad en donde habían estudiado para recibirse de seres humanos. Una soledad extraña los recibió.

—Allí está el aula de simulación —señaló la médula—, donde practicábamos para la muerte. Y del otro lado...

—Está la del nacimiento —completó el cerebro—. ¿Deberíamos ir allí?

El silencio fue interrumpido por una guitarra que les cortó el aliento, y una melodía les llegó cada vez más cercana:

“Ay, de mi Llorona, Llorona de azul celeste.”

Los tres órganos se apresuraron inquietos hacia donde los guiaba la enternecedora canción: un camino de cirios encendidos los encandiló y un enorme arco de caña y de flores dividió los mundos. Bajo él, un desfile supremo, nunca antes visto en vida, los invitó a formar parte.

—Hoy —se escuchó por un micrófono—, la sede de la universidad en donde estudiaron nuestros órganos acompañará el Día de Muertos, la fiesta en donde nos reunimos con nuestros seres queridos.

“Dos besos llevo en el alma, Llorona, que no se apartan de mí: el último de mi madre, Llorona, y el primero que te di.”

El sistema músculo-esquelético, junto con un millar de catrinas orgullosas, encabezó la infinita comitiva.

—¡Todos los muertos, todos! De todos los reinos —presentó el locutor—, de todas las especies. ¡Miren quién va ahí! —señaló—. ¡Es Apis, la abeja, que ha descendido! ¡El héroe ha jurado volver con cada una de las flores que hemos cortado!

Los lirios y calas marchitas volvían a florecer bajo la luz nueva de los cirios.

—¡Y miren quién está acompañándonos! —continuó—. ¡Es Prunus, el almendro milenario!

¡Ha venido a buscar el alma de su amado! ¡Ha venido a buscar a la abeja que se le ha muerto! ¡Va más adelante! —señaló.

El enorme árbol encabezó la comitiva de las plantas secas.

—Y vienen volando —el locutor elevó la mirada— todas las aves que murieron calcinadas por proteger a sus crías en el último incendio.

Una gigantesca bandada de pájaros cubrió el cielo, como si fueran ellas una bandera de gloria y heroísmo.

Los tres órganos se ubicaron entre el público, hasta que el corazón vio una mano conocida y volvió a hablar, después de tanto tiempo.

—¡Es él! —gritó, mientras indicaba con sus aortas una pequeña mano—. ¡Es él! ¡Lo reconozco!

El hijo que todos habían perdido se volvió a aparecer ante ellos de la forma más majestuosa posible.

—“El último de mi madre, Llorona, y el primero que te di.” —entonó el cantante, cuya voz acompañó el conmovedor reencuentro.

Con la misma emoción, padres, hijos, abuelos y nietos de todas las generaciones volvían a abrazarse y a recordarse.

—¡Ahora desfilarán las calaveritas! —presentó el locutor—. ¡Y más atrás vienen las almas con sus varas de tejocote!

Así, en otro de los planos, los difuntos revivían cada día en el corazón de quienes habían amado. Había tantas rosas y girasoles que el Campo Santo parecía el más bello de los jardines y, a pesar de estar cortadas, aún vivían, ¡aún cantaban a la vida y la honraban!

Las abejas —las mismas que después bajarían al mundo de los muertos para recobrar sus perfumes— se acercaron fieles a polinizarlas. Todo crecía y volvía de otra forma para nunca perderse.

“No sé lo que tienen las flores, Llorona...” —continuó el cantante.

De a poco, los demás órganos, huesos y tejidos fueron llegando. Cada uno recibió su corona de cempasúchil y la bendición, además del abrazo tan esperado del hijo a quien habían vuelto a ver solo en el más feliz de los sueños. Juntos se sentaron, como héroes que habían vencido a la muerte, en la mesa de los reyes, en el lugar que a cada uno le correspondía.

El cerebro tenía razón: todos allí tenían un alma que merecía la eternidad.

TEXTO SURREALISTA

POR DAVID BEDOYA RESTREPO

Sueños de ausencia atrapados en la infancia, fantasía que derrama la locura de tener frío debajo de la alfombra. Hoy el aire está contaminado ciudades atrapadas en el afán de amar la vida. Existencia de la condición humana sin retorno que desafía saberlo todo. Muerte causada por el anhelo de encontrarla. Destino a ser tu misma libertad infinita a la verdad oculta, en la naturaleza que se destruye cada día. Corazones abandonados está la vida, reencarnandosen en la sabiduría de los años, que viajan en silencio. Descansa en el lamento de tu presente. Y si la vida te abrumba y no ha sido tuya, comienza de nuevo. El papel que escribe una historia será tu salida, reinventa de ti escuchar esa voz que desafía tu camino, lleno de tu propia historia. Lloras sin miedo hasta reírte y viste de seda los zapatos marrones que aún te quedan, desviste lo que sueñas y muestra la rareza de tus ojos en lo profundo de tus palabras.

No queda sino soñar, a crear en tu memoria recuerdos. Y viajar a tu luz que encarne nuevos corazones. Engendra nueva vida para que construyas un nuevo paraíso a la propia existencia e inventa el nuevo sol de verano, donde la primavera parpadee a cada instante. Quizá otra estrella altere los sentidos y llene la vida a tu pasión que buscas. Determina tus nuevas horas.

Eres el viejo reloj que ya no existe. Hoy la vida ya no se apega a viejos tratos, inventa la nueva conciencia que refleje el sabor humano, revela la causa de tu tristeza que nunca fue tuya. Sembrando paraíso a la niñez que causa nuevas sonrisas. Duerme a orillas del fuego y arde hasta quererte, y aquieta el silencio ajeno que no te pertenece. Hoy no me queda sino remediar una sonrisa, un abrazo, y decirte un te quiero al espejo que atrae lo que eras de regreso a casa.

Y si no hay un cielo cuando muera, la satisfacción de haberme amado.

LUNA CANINA

EDUARDO RUIZ CUEVAS



I

Todo gira ante sus ojos, un fuerte impacto le hace dar vueltas de forma precipitosa. Nada detiene el gran ímpetu con que su materia se impacta contra el pavimento, contra las rocas, contra la tierra y el pasto. Repentinamente todo es silencio, las extremidades no se sienten, nada se siente. Los sentidos se han perdido en alguna parte del camino. Sólo los ojos se concentran en una luz blanca y redonda. Es la luna, una bella luna. No parpadea, no quiere hacerlo, esa luna es fascinante, pero también siente miedo de hacerlo, de cerrar los ojos y no ver más aquella esfera luminosa. Los párpados pesan, un inmenso sueño se aproxima y le invita a dormir, pero ella se aferra, no a levantarse o moverse, pues no puede hacerlo, sólo quiere seguir ahí, arrojada a una parte del mundo, maltrecha y destrozada sobre una carretera, apenas iluminada por una lámpara de neón.

II

Nacieron cinco cachorros, tres hembras y dos machos. La madre confeccionó una excelente guarida antes de parir, no por desconfianza, sino por instinto, un instinto confundido, pues ella era un animal campesino y de ciudad, es decir, poseía ambos mundos en su entorno. Un camino empedrado que se confundía con la pradera, el baldío, los desagües, la ausencia de personas, pero también llegaba a las carreteras, las fábricas y las industrias. Un panorama híbrido como lo era su naturaleza.

La fortaleza era una antigua construcción que fue abandonada por el descubrimiento de altos niveles de salitre en el subsuelo, lo cual impediría que las edificaciones lograran sostenerse al paso de las décadas. No era pueblo ni ciudad, más bien era como el aborto de un fantasma, algo que no se sabe si es o no es y que finalmente desaparece llevándose consigo el enigma de la vida.

III

Ella cavó una especie de madriguera por debajo de un cúmulo de escombros. El pequeño espacio permitía no sólo almacenar a las futuras crías, sino también protegerlas de posibles depredadores, al menos eso le decía su naturaleza. El calor generado por su cuerpo era una excelente calefacción, la cual aumentó cuando los cinco bebés aparecieron. El llanto constante hizo del lugar muerto un jolgorio. No más silencio en aquellos espacios ruinosos, el sonido es también luz, calor y vida, pues sólo la muerte descansa. La madre no se separó de sus crías hasta que abrieron los ojos. Debilitada salió a buscar alimento. Los pequeños veían al final del camino, cuando su madre desaparecía, un pequeño hueco luminoso que quemaba sus pupilas; extraños sonidos y olores se avecinaban, esa impactante

experiencia les hacía retroceder y amontonarse unos contra otros, como si fuesen una única masa de calor. Caían rendidos en profundo y placentero sueño. Cuando la madre aparecía se volvían locos, percibían su olor antes de que ella atravesara el pasadizo, eran expertos para ver con la nariz.

IV

El maravilloso instinto de los perros les ha otorgado el gesto más sincero de todo el reino animal: el movimiento de la cola al padecer una fuerte descarga de alegría. ¿Acaso alguien podrá negarlo? Así la movían los cachorros, de forma estrepitosa cuando la madre aparecía. Después de alimentarse se acurrucaban en ella, embadurnados por el calor, los seis seres se entregaban confiados al descanso. Nuevamente el silencio llegaba, en apariencia, pues lo vivo siempre está lleno de sonidos extraños que después de milenios se convierten en música y en sinfonías, pero que en el fondo son el canto de los corazones que latén al tempo de sus más profundos sueños. Las respiraciones cantan, algunas lloriquean porque en la imagen onírica no alcanzan a mamar de la teta de su madre; otros roncan porque su estómago está satisfecho, algunos mueven sus pequeñas patas porque corren en caminos nunca antes vistos. Todos son un solo ser que se en-

-vuelve dentro de sí mismo, que se canta y se arrulla, que se sueña y respira en un solo latido.

V

El único dolor padecido por los cachorros era cuando la madre los sacudía para salir a buscar alimento, inquietos y sufrientes le seguían por el pasadizo, pero al contacto con la luz y los sonidos del exterior, generaba en ellos nuevamente el temor que les hacía regresar con rapidez. Al alejarse de la madriguera percibía a la distancia el olor de cada uno de sus críos, era como confeccionar un trajecito que le permitía visualizar a cada uno de ellos. Los lloriqueos le perturbaban, tenía que apresurarse a regresar, pues conforme fueron pasando los días los cachorros se habían vuelto más inquietos e impetuosos, acumulando el brío que alimenta la valentía para salir de la guarida. Ella tenía que estar cuando eso sucediera, tenía que advertirles el paso, el camino, el peligro que hay en el entorno, principalmente los animales de la carretera, los de paso veloz e imponente, los que por nada se detienen.

No había nada que cazar, los perros desde hace mucho tiempo ya no cazan, pero son excelentes carroñeros, a veces encontraba algún animal muerto, en otras ocasiones hurgaba en los despojos de un basurero.

VI

No hay mayor tristeza que el desconsuelo que genera la esperanza. Aquella noche los cachorros esperaron a su madre, como lo volvieron a hacer la noche siguiente. Expectantes a los sonidos y al olor del movimiento, intentan percibir el retorno del ser esperado. Nunca antes sintieron más miedo al pasadizo y al pequeño hueco de la madriguera, y nunca antes lo habían observado durante tanto tiempo, sin parpadear, sin cerrar los ojos. El hambre, la verdadera hambre era algo nuevo para ellos, como lo era también el verdadero frío que expresaba la ausencia del cuerpo de su madre. Aquella noche conocieron el sonido del relámpago y el martilleo de la lluvia. A la distancia, cinco millas, su madre está muriendo, agonizante mira a la luna, pero el cielo está cubierto de negras nubes que pesadas se precipitan sobre la tierra. El cuerpo torcido, deforme, extraño, es irreconocible. La postura adoptada se deshace sobre la tierra. Las patas traseras apuntan al cielo, las delanteras se encuentran enredadas entre sí, la cola peluda ya no está, al menos no unida a su cuerpo... sólo sus ojos existen, sólo ellos conservan un pequeño halo de vida que se aferra a no morir, sólo esos ojos se esfuerzan en no moverse, en no parpadear, en no cerrarse, ellos no

quieren dejar de ver la luna.

VII

Nuestra historia de la luna canina debió terminar en el capítulo anterior, pero hoy no será así, pues a la tragedia no le basta la desgracia y es mi deber concluir este relato. Esa misma noche, como si se tratara de un ejército, un grupo de ratas huye de un incendio suscitado en un lugar cercano. Un camión de bomberos arrolla en la carretera a un perro, bien pudo evitarlo, pues el canino se confundió con las luces y los sonidos de sirenas y dudo por un instante en avanzar o retroceder, sin embargo el auto de bomberos no reparó y aceleró el paso de manera indiferente.

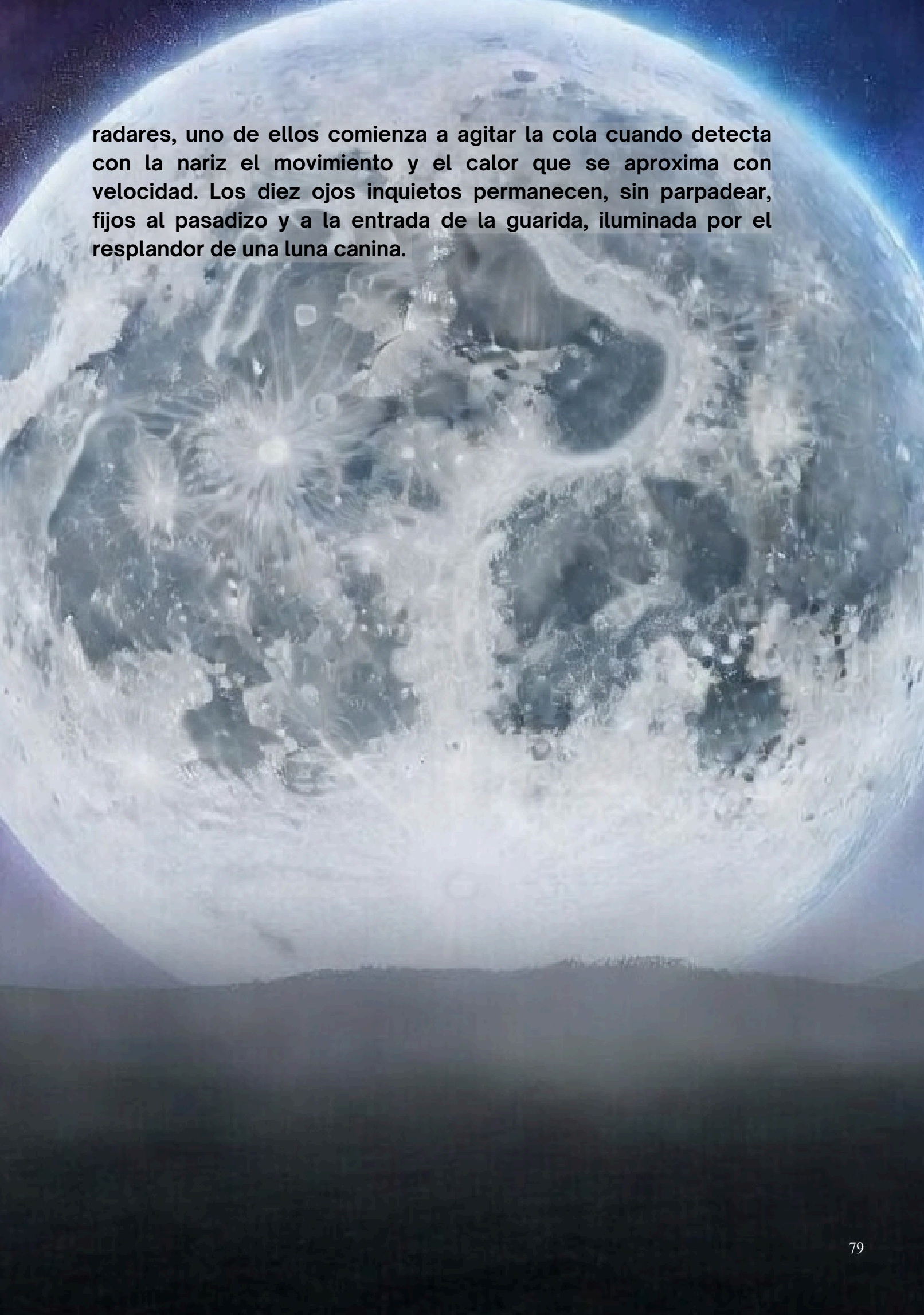
Permaneció varias horas resistiendo el sueño, “la luna se ve muy especial esta noche”, pensó, y pensó en sus cachorros, en que ellos aún no la conocían, como tampoco sabían del día y la noche, que aún no habían bebido el agua de la lluvia, que aún sus pequeñas patitas no recorrían la tierra y los campos, que sus dientes apenas se asomaban a través de las encías rojas que ya lastimaban sus ubres. De pronto sintió un cosquilleo a causa de los mordiscos. Se desesperó al pretender incorporarse y no poder hacerlo, quiso aullar para llamar inútilmente a sus hijos. Sólo era ella, el cosquilleo, la luna y el si-

-lencio; era el cansancio, los párpados que se niegan a cerrar, los ojos que quieren ver y no morir; era la vana esperanza de estar rodeada por ellos, acurrucados en un solo ser que nada teme, un ser que puede dormir indiferente a la luna y al silencio de la noche, pues la noche invita a la muerte, la noche hace elevar el pecho en un eterno suspiro para aquél que no tiene regreso. Sin embargo ella permanece inmóvil contemplando la luna y resistiendo lo inevitable.

Las ratas encuentran aún con vida su cuerpo en el camino, la huelen sigilosas y después de algunos mordiscos comienzan a comer de ella. El voraz ejército se entrega salvajemente a una orgía de sonido, chasquidos, chillidos y movimiento. En poco tiempo las vísceras derramadas desaparecen y el frío hueso refleja el blanco de la luna de neón. Las ratas reanudan el paso inquebrantable.

VIII

Los cachorros permanecen cansados, no sólo por el hambre sino por las energías desgastadas al tratar de llamar a su madre a través del fuerte llanto. La tormenta se había ido y nuevamente el silencio, el peculiar silencio de una tierra de salitre impera en aquella faz nocturna. Un sonido se distingue a la distancia, los cinco cachorros elevan sus pequeñas orejas como si fueran antenas y



radares, uno de ellos comienza a agitar la cola cuando detecta con la nariz el movimiento y el calor que se aproxima con velocidad. Los diez ojos inquietos permanecen, sin parpadear, fijos al pasadizo y a la entrada de la guarida, iluminada por el resplandor de una luna canina.

MANUAL BREVE PARA DESAPARECER SIN INCOMODAR

ADRIANA DE JESÚS CASAS MORENO



Para morir, lo primero es decidir el día. Parece obvio, pero no lo es: nunca un fin de semana. Los sábados la gente va al mercado, los domingos se multiplican las misas y los compromisos familiares. Si mueres un jueves, en cambio, tendrás la ventaja de que el viernes nadie quiera trabajar y hable de ti en la oficina, y el lunes todavía te recuerden en la sobremesa. Una vez elegido el día, elige también el motivo. Evita los accidentes espectaculares; demasiada burocracia, demasiadas declaraciones a los medios. Opta por una enfermedad rápida, lo bastante imprevista para que todos digan “pero si ayer lo vimos tan bien”, y lo bastante pausada para permitir el ahorro mínimo que costeará tu ataúd y el rosario. Morir sin sufrimiento es un acto de cortesía hacia uno mismo; hacerlo con cierta elegancia, se vuelve además, un detalle para los demás.

Antes de la enfermedad —o durante, si los tiempos no alcanzan—, haz un inventario de tu vida. No tanto de lo que has vivido, eso lo hará la memoria ajena, sino de lo que dejarás. Pregúntate si tu muerte llenará una capilla o apenas un par de bancas. Imagina quién llorará con sonido y quién solo fingirá. Si al contar los dedos no llegas a cinco dolientes, considera contratar mujeres de la iglesia; no lloran por ti, pero saben rezar en coro y llenan los silencios incómodos. Además, sus voces cubren las ausencias y hasta parecen multiplicar el afecto.

Revisa después tus bienes, si los hay. El testamento no es un lujo, sino un modo de evitar discusiones póstumas sobre quién se queda con la vajilla o la cama de cedro. En caso de no tener nada que heredar, deja aunque sea una carta con instrucciones para regar las plantas o devolver los libros prestados; la gente agradece esos gestos y habla bien de ti cuando ya no puedes escucharlos.

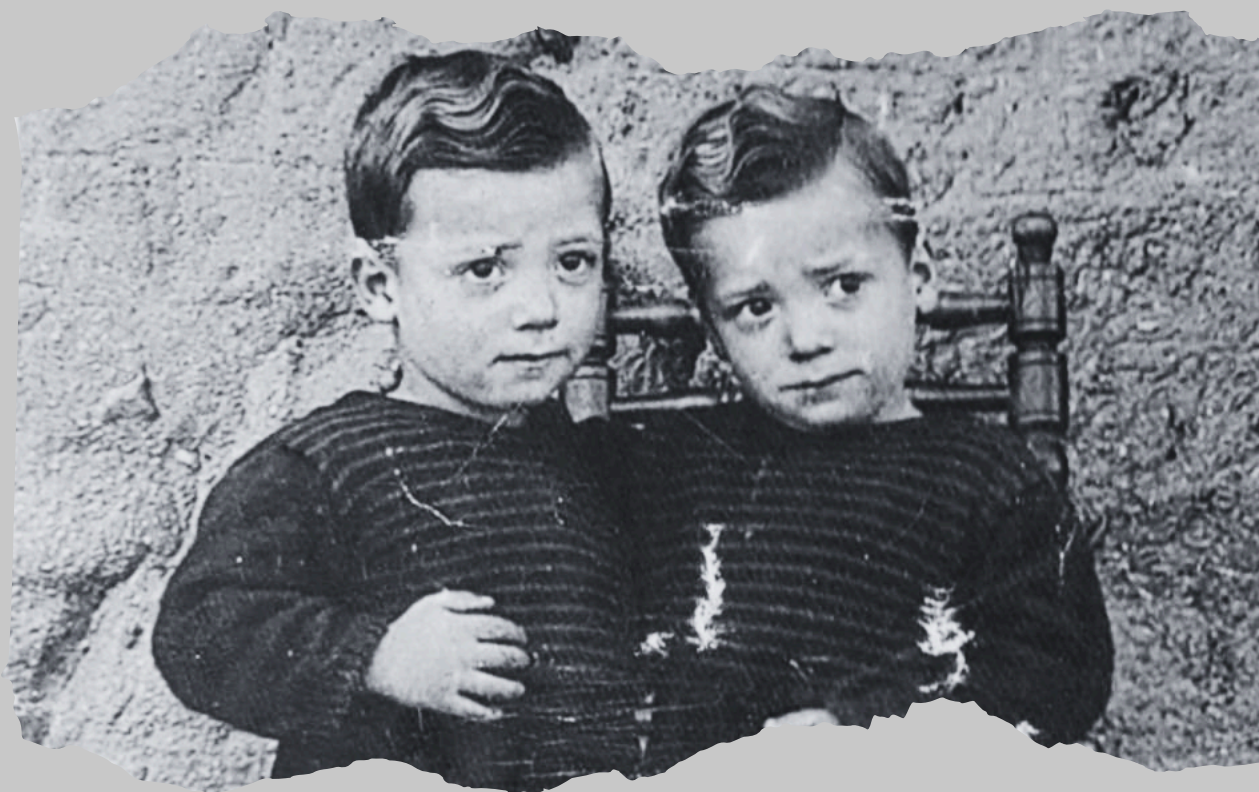
Asegúrate de no morir en medio de fiestas patrias ni durante vacaciones escolares: los amigos se van de viaje y los rezos se postergan. Morir en temporada baja tiene la ventaja de que las flores están más baratas y los sepultureros menos apurados. Procura también que el clima sea moderado; nadie quiere enterrarte sudando bajo un sol implacable ni tiritando bajo la lluvia. Un cielo nublado y tibio da mejor tono al recuerdo.

Cuando sientas que la hora se acerca, limpia tu habitación. Morir entre sábanas ordenadas facilita que los demás se concentren en tu partida y no en el desorden. Deja las llaves visibles, el celular apagado y, si puedes, una foto tuya en la que sonrías: servirá para el altar improvisado. No subestimes la importancia de tu último gesto; incluso un cadáver puede parecer descortés si frunce el ceño. Si eres creyente, confiesa tus pecados.

Si no lo eres, al menos repásalos; la culpa también se acomoda mejor si uno la ordena antes de la muerte. Agradece en silencio lo vivido, aunque no haya sido suficiente. Pide perdón a quien debas pedirselo, y si el tiempo no alcanza, deja un recado breve: “Me hubiera gustado que las cosas fueran de forma diferente.” Finalmente, cuando todo esté en orden —el día elegido, el motivo justo, los rezos garantizados y las cuentas cerradas—, permite que la muerte haga su trabajo. No te resistas; morir bien es también una forma de cortesía. Hazlo con suavidad, como quien apaga la luz al salir de una habitación que ya no usará.

JANUS

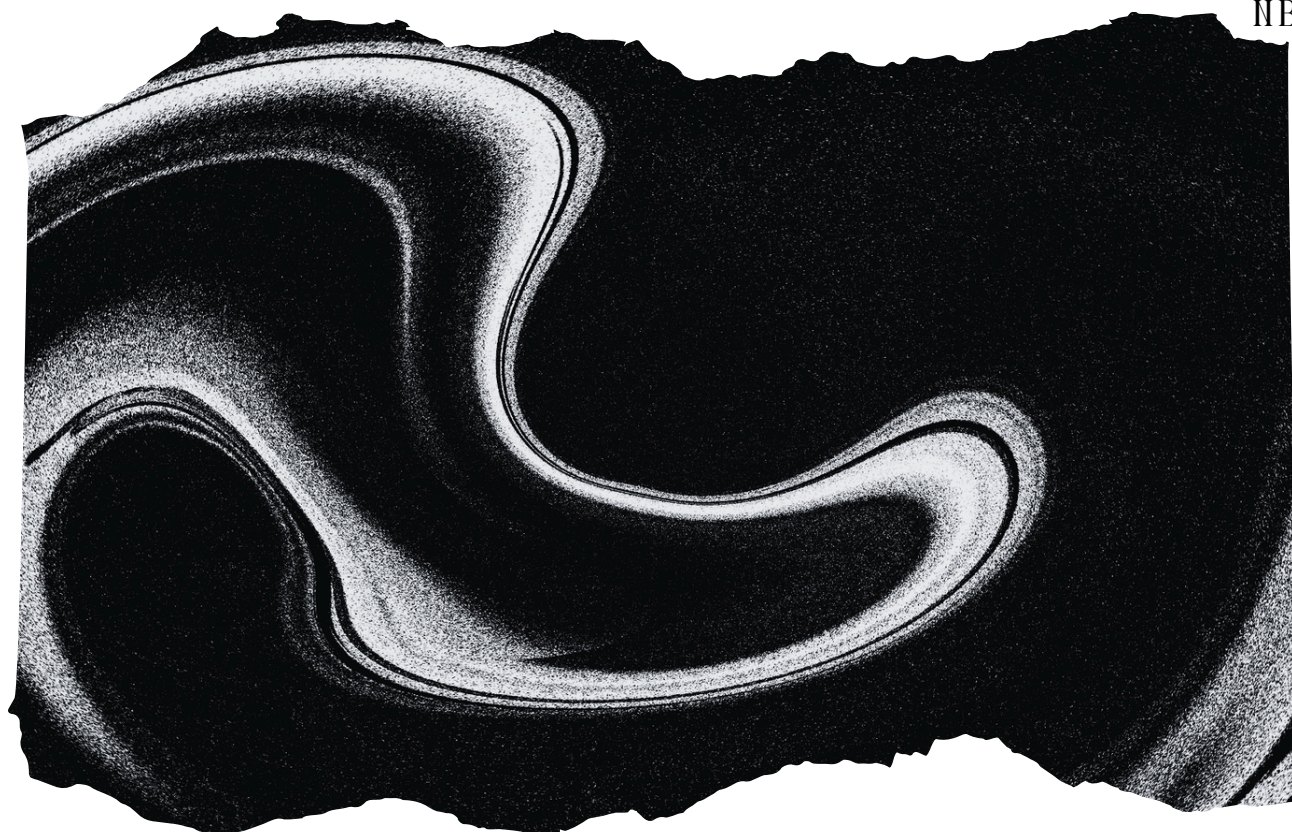
VÍCTOR GUTIÉRREZ GÁNDARA



He vuelto a la casa donde pasé mi niñez y parte de la juventud; veinte años han transcurrido desde que me fui. Los abuelos murieron y ya no queda otra cosa entre estos cuantos muros. Recorro los pasillos, arrastro los dedos por las paredes y, finalmente, atravieso un umbral que despierta en mí una visión de aquel remoto pasado, vuelto en presente; es un cuerpo sangrante que se arrastra y que yo, inmóvil y horrorizado no puedo eludir. El cuerpo levanta el rostro y descubro que se trata de Janus, mi gemelo, entonces emerge una memoria que tuve suprimida, la razón por la que hui. “Nunca te fuiste”, dice Janus como si pudiera leerme el pensamiento, “tú también moriste aquí”. Frente a semejante revelación comprendo que ahora deberé lidiar con dos fantasmas.

DIEZ GOTAS DE SANGRE

NB



Tarde o temprano debía suceder.

Escucho la partitura rebotar en mis huesos. Calando. Algo gotea. Reptil deslizándose mientras depreda, pesadez espesa acompañada de un bombeo en mis oídos. Aun así, sigo escuchándola.

El humo de la cigarra entre mis dedos jadeantes. Caricias del sudor resbalando alrededor de las raíces porosas. Algo llega a su punto de ebullición. Pinceladas naranjas inyectadas en el paisaje rocoso, girando en espirales desgastantes.

¿Son mis emociones enfrascadas, producto de la longeva desesperación que carga mi cabeza?

Splash.

Alguien abre la puerta del sótano y me apunta con el arma y dispara y arroja sangre y dolor y mucosidad y mi corazón entero a la pared y mancha la negritud con el amor que nunca di porque he estado ocupada peleando la misma batalla una y otra y otra y otra vez y entre la negritud reconozco la angustiante sensación de aferrarme a la vida y desconozco si estoy rogando para quedarme o para irme y empezar de nuevo y encontrar un sótano nuevo para detener este coágulo acuoso y parar

esta inmovilidad ensordecedora y así evitar que esa arma me apunte y dispare y arroje sangre y dolor y mucosidad y mi corazón entero a la pared y manche la negritud con el amor que nunca di porque estoy desparramando diez gotas de sangre en la soledad que yo misma provoqué.

Splash. Splash.

No es fácil. No es nada fácil mirar hacia el abismo para concluir que no hay inicio ni fin. El cielo es mar, es azabache amenazador, es la melodía de mis palabras. Un descenso que fue pisado por otros; soy la única sin hallar el camino de exención.

Puedo sentir mi voz salir a gritos.

Llamando. Suplicando. Jadeando entre respiraciones calientes. Llamando a mi funeral, suplicando con urgencia entre la quietud onírica que se convierte en pesadilla.

Mi voz rota, desmoronada. Yo no quería, pero la partitura incita a convertirlos en sollozos póstumos. Graves. Roncos. Animalísticos; refugio de una ferocidad pidiendo ser adiestrada.

Serigrafía de manchones hechos a propósito por un descuido de último momento. Tinta inyectada en la escarcha de los pétalos florales, un intento rabioso por tener algo diferente a esta monocromía.

A esta burda cotidianidad.

Incoherencia al creer que se esfumaría entre las calles, perdiéndose en la piedad jamás reclamada.

No hay desvanecimiento, únicamente el acto de retención catastrófica.

Splash. Splash. Splash.

Reconozco y acepto y me resigno y concluyo que nací maldita por las últimas lágrimas de una virgen dolorosa y tan solo estaba esperando a que la química de mi sangre reaccione con el azufre y la purpurina reminiscencia de una decadencia mal planeada y mi torrente se elevase hasta inundar cada centímetro de mi piel y hay un cosmos de sufrimiento aquí adentro esperándome y necesito encontrar un sótano o una iglesia o un salón de clases o un consultorio médico o incluso en esta habitación y evocar aquella mano auxiliadora y pedirle que apunte el arma y dispare y manche la negritud con el amor que jamás me atreví a dar.

Splash. Splash. Splash. Splash.

Mi voz saltando entre las notas musicales, balbuceando los gritos desgarradores de alguien que habita en mí. Alguien hastiada de su propia memoria. Alguien temerosa de reconocerse cobarde.

Ella desea arrasar el estridentismo de mi vida. Programar una autopsia para abrir el ataúd, indagar más allá del encaje con tal de encontrar esa trascendencia rechazada.

Ella quiere encontrar lo negado.

Ya no quiere venderse al mundo.
Ya no anhela seguir adelante.
Partícula indivisible de la creación,
estallando sobre las botellas
vacías de un alcohol ahumado.

Aunque le permita la salida por
buena conducta, ¿qué pasará
cuando no encuentre el momento
exacto donde todo empezó a salir
mal? Perdida en los somníferos,
regurgitando las pastillas de
control de hambre, podría no
regresar.

Su peso es proporcionalmente
opuesto a la magnitud de la caída
libre de mis pestañas.

Splash. Splash. Splash. Splash.
Splash.

He estado ocupada peleando la
misma batalla una y otra y otra vez
y ya no sé cómo mantener las
suturas en mi piel porque son tan
profundas que se han encarnado y
duelen y lastiman y dan paso a un
escosor formado por titiriteros de
marionetas y al mismo tiempo
escupo mis intestinos para tratar
de volver a coserme y aunque
ponga suturas sobre suturas a
veces me cuestiono si me evoco a
mí misma y entro al sótano y me
apunto con el arma y disparo y
arrojo sangre y dolor y mucosidad
y mi corazón entero a la pared y
mancha la negritud con el amor
que nunca di porque he estado
ocupada peleando la misma
batalla una y otra y otra y otra vez.
Splash. Splash. Splash. Splash.
Splash. Splash.

El tiempo se detiene. Estático.
Rudo testimonio de una epifanía
postergada debido a mi terquedad.
Chasquido de los músculos de una
quijada envuelta en la translúcida
crisálida del olvido.

Una atrocidad carmesí entre mis
tobillos, siempre torcidos hacia
dentro. Siempre la apoteosis
interna; la exterior, para después.

Fue en ese momento cuando, al
tener la valentía suficiente para
detener la partitura, sentí una
ternura insaciable.

Nadie vendrá a rescatarme.

Estoy atada a la salvación. Estoy
cuestionando la perdición. Tengo la
oportunidad de dictar el yugo de
una mirada extraviada desde su
nacimiento.

Solo yo podía escuchar el quiebre
de mi garganta en un canto de
locura frenética. Un canto que juntó
a mis bestias del subconsciente en
el lindero de la puerta porque
creyeron que al fin devorarán al
cordero.

Sollozando, gritando, terminé con
todo. ¿Qué salió? Mi voz en un
áspero lamento. Un golpe seco que
obligó a detener la rotación de una
estrella. El golpe hecho a
semejanza de una cabaña ardiendo
tras la declamación del exorcismo
incorrecto.

Splash. Splash. Splash. Splash.
Splash. Splash. Splash.

Arde y me quema y rechazo la vela
encendida del vestíbulo porque al
fin confío en mí durante esta noche

y al borde de la cama escucho mis propios gritos haciendo ecos ensordecedores y siento las diez lágrimas de sangre descuartizar mis pupilas dilatadas y necesito parar el horror que siempre violenta el rincón más siniestro del ánimo y desconozco si estoy rogando para quedarme o para irme y empezar de nuevo y encontrar un sótano nuevo para detener este coágulo acuoso y parar esta inmovilidad ensordecedora y quizás evitar que esa arma me apunte y dispare y arroje sangre y dolor y mucosidad y mi corazón entero a la pared y manche la negritud con el amor que nunca di porque estoy cansada de fingir y permitir que cualquiera castigue mis experiencias repletas de una esperanza por encontrar la luz negada.

Splash. Splash. Splash. Splash. Splash. Splash. Splash. Splash.

Quizás debiera, intentar dichosa, dar ese amor melancólico. Quizás hacia mí misma.

A ella. A mí. Hacerlo por sátira, tratando de corresponder al encantamiento de despertar hueca de pánico.

Sin importar si enloquezco o continúo siendo muy pintorescamente triste, debo intentarlo. Disonancia de la partitura; ¿acabo de memorizarla? Conflicto de intereses al contemplar la posibilidad de arre-

-batar al mundo la vergüenza extraviada en mi juventud.

Aunque se extinga por un par de minutos, aunque llegue al éxtasis por unas cuantas horas. No es un cuento de hadas al tener demasiados huecos narrativos cuya función discursiva es filtrar la necesidad del sentido común.


Lo siento, no deseo ser la voz de los demás.

Arráncame la virtud de engullir los pecados impunes de mis progenitores, las laceraciones de los rostros considerados sombras de mi sombra. Acuérdate de tu sierva; está perdiendo la consigna de mantener la cordura en veredas inhóspitas.

Lo sé. Tarde o temprano debía suceder. Tarde o temprano estas palabras iban a esparcir escarcha en la sequía. En medio de una muerte por ahogamiento de diez gotas de sangre, comprendí mi destino. Ojalá pudiera decir lo que ocurrió después.

Splash. Splash. Splash. Splash. Splash. Splash. Splash. Splash.

A pasos firmes desciendo las escaleras y, entre el ambiente jocoso que alguna vez atrapó mis risas en el ámbar de las fotos familiares, encuentro una llave y un arma, una aguja y un retazo de hilo. Salgo de la casa, comienzo a vagar entre la limpieza del silencio hasta encontrar un sótano, uso la llave, abro, me posiciono entre el moho

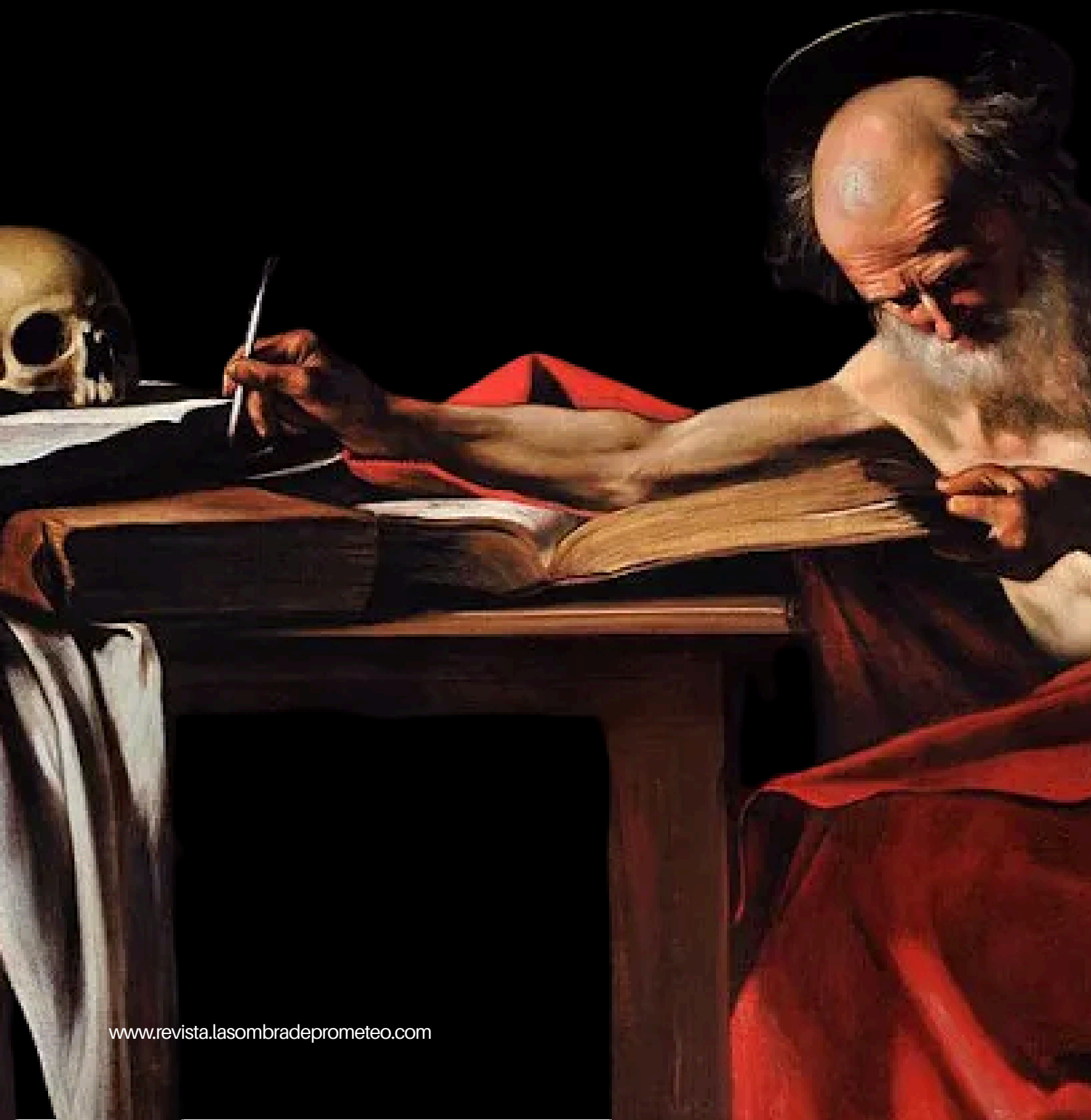


y la suciedad. Coloco el arma
contra mí y disparo, y arrojó
sangre, y dolor, y mucosidad, y mi
corazón entero a la pared, y
mancha la negritud con el amor
que nunca di porque me di cuenta
que las diez gotas de sangre
desparramadas son el único
orgullo galardonado de la mísera
reencarnación mía... tomo la aguja
y el retazo de hilo, comienzo a
suturar las heridas tan profundas
que adornan mi piel, recargo el
arma y...

Splash.

LA SOMBRA DE PROMETEO

POESÍA



LA MUERTE

POR FRANCISCO JOSÉ AUDIJE PACHECO

¿Vivimos, para qué?,
¿Por qué razón vivir?
Morir, por haber vivido.
Vida, siempre... vivir
Aun en la muerte.

Amar la vida,
Es parte de la muerte.
¿Será vivir, un susurro
De la muerte,
Llamando al sino
Más triste del hombre?

Sufrir es morir,
Quizás más lentamente,
Mientras vives,
Aprendiendo de la vida.

Aprender los conocimientos
Verdaderos, los que sirven
A la felicidad terrenal,
Es morir un poco cada día.

Morir, sufrir, vivir,
O viceversa,
Sin que exista gran diferencia.
Vives, sufres, y mueres,

O mueres, porque sufres,
Entonces vives.
La vida se descubre
Dentro de la sabiduría.

Nacimos para morir...
Vivimos la muerte;
El después, se complica.
Todos ansiamos la vida
Tras de morir,
Pero nadie cree en vivir,
Después de haber muerto.

Abocados a la muerte,
Pedimos por la vida,
Y algunos merecen
Medallas por vivir,
Por haber muerto
Sin riquezas,
Más allá del propio
Alma, espíritu,
Lo incorpóreo que nos define,
Condicionados por el físico.

¡Vive, pues, y no mueras!
Pero, si mueres,
Resucita un estadio
Superior al terrestre,
Allá donde el aire
Ha dejado de existir,

Evitando suspiros,
Los dolores del corazón
Saltados en lágrimas.

Puede que el gozo
Sea algo celestial,
Un escalón arriba,
El ascenso, el galardón,
Por haber vivido,
Por seguir viviendo.

CEMENTERIO RURAL

JORGE ROLANDO ACEVEDO

*Su alma, en un total olvido de sí misma,
flota en la noche.*

AMADO NERVO

Polvo, maleza, lodo,
según la estación del año que
sea.
Tempestad del lucero:
primeros días de enero.

Campo santo
tan ingenuo y provinciano.
Tres cruces.
Cruces de hierro forjado,
cruces de madera sola,
una de ellas es la tuya.

Cementerio rural
donde llevan a los perros.
Tres muertos, uno de ellos es
tu cuerpo.

LA VIDA MISMA

JUAN ALGRUTA

La vida misma
lleva muerte y vida
adosada en sí.
Millones de seres
nacen cada día
con la fantasía,
con la garantía
de tan solo vivir.
La misma muerte
también es vida.
Acabando esa etapa
y si el tiempo escapa
nos invita a morir,
la vida invitó a entrar
eterna pensó quedar
y ahora invita a salir.
Etapa de transición
y de reflexión,
única ocupación;
olvidar lo anterior,
dimensión eterna,
reflexión incierta
y solo vivir la vida
como el tiempo diga
sin la menor
preocupación.
Y solo la ocupación
de vivir y disfrutar
cuanto se pueda
sin pensar que...
la vida misma
lleva muerte y vida
adosada en sí.

¡VOLVÍ MIS PASOS ...!

EDMUNDO PÉREZ

I

Una y otra vez, yo te he soñado,
y he sentido la sed de ir a tu puerta
pero, el destino cruel se me ha enfadado
y no es saciable mi sed, porque estás muerta.

II

Ya no estás y he perdido la esperanza
de volver a sentir tu compañía.
Pero en mi mente están, bien tu semblanza,
tu imagen, tu calor y tu alegría.

III

No me importa decir que estoy muy triste.
No me importa decir que estoy llorando
y, que un camino oscuro voy andando,
porque te fuiste ayer sin despedirte.

IV

Más, he vuelto otra vez hasta tu puerta,
a cumplir con mi sueño de aquél día
y, he visto una luz. ¡Quizás yo mienta ...!
porque conmigo existes todavía.

V

No te has ido; aquí estás. Estás conmigo,
corazones blindados, una rara sensación me lo
confirma.

No dejo de soñar, porque te estimo;
y, esa dulce sensación mucho me anima.

VI

He abierto la puerta. ¡Que osadía!
Con una fuerza inmensa, que me impulsa.
Y he visto tu cuerpo en la ventana,
pidiendo – pienso yo – mi compañía.

VII

Aquí estoy, ¡partiré cuando tú quieras ...!
Exclamé confundido en la distancia.
Y, oí su voz, cuan tranquila, cuan calmada,
diciendo, con valor: “regresa..., espera”.

VIII

Pausadamente yo volví mis pasos,
salí a la calle ¡vi la vida entera ...!
Cerré la puerta, vine a la verdad,
ahí dejé mis sueños..., ¡quedó todo, en el ocaso ...!

CALENDARIO

ÍCARO

A SEVERINO SEBBEN

Nuestros muertos se
nos quedan
clavados en el
Almanaque,
maderas sangrantes
de viejas fe
ancestrales.

Nostalgia de un presente
que se atesora en el
recuerdo que
no olvidamos;
jamás olvidamos;
cenizas a nuestras
manos convergen.

Añoranza de ese elocuente
Presente.

Aquella hora efímera,
aquel minuto donde el
brazo del reloj se
detuvo en la eternidad,
abrió la puerta hacia el mar infinito
del silencio eterno y
de la noche celeste.

Desde el corazón doliente
Un cálido hasta siempre.

MORFOSIS

ADAM P. ASTACIO VELÁZQUEZ

Muerte inerte,
morfosis silenciosa,
nos engalana de blanco libertad.
La otrora es su compañía.
Cose el polvo cósmico que nos unió en una de
tus vidas.
Ella vive en mi oído,
susurra dulcemente amargos secretos.
Establecido sin consentimiento
nuestro matrimonio de hadas.
Ni la táctica y ni la estrategia
salvan un corazón en ataque de miseria.

EL FIN DE LA AVENIDA

IDANIA DEL CORRAL FUMERO

Excelente tema
la vida y la muerte,
la primera todos la quieren,
el segundo temor todos le tienen.

.
Aunque unos ansían el final,
otros no lo quieren encontrar,
toda la angosta avenida
tenemos que transitar,
donde al término de la travesía
el silencio su mejor canto entona,
donde tarde o temprano el arribo
de todos nos espera por igual.

.
Frente al espejo de la vida
contemos los años vividos,
razonemos que nada es seguro
que los momentos hay que vivirlos,
percibamos que haber nacido,
fue el regalo más bendecido,
el intervalo que nos conceden
es corto para conflictos interminables,
sabiendo que no hay espacio
para ejecutar vanas mediocridades.

.
Los seres humanos
somos nuestros propios enemigos,
en ocasiones cuestionamos
sin apenas mirar los contenidos,
el tiempo es escaso;
Para arrepentirse de lo mal vivido,
para por cosas insípidas discutir,
para la vida disfrutar,
para de la muerte huir.

Envidias y rencores
no hay tiempo para cultivar,
no hay tiempo para soportar
acciones absurdas,
no hay tiempo para desacreditar,
no hay tiempo para sembrar la duda.
no hay tiempo para la vida marchitar.

.

Que las almas no se envanezcan,
aprendamos a sonreír,
que la paz y la armonía florezcan,
aprendamos a llorar,
cuando nos visitan odiosas tristezas,
la muerte es indisolublemente a la vida,
de morir nadie se puede escapar,
ambas tienen su ir y venir,
caminemos conscientes por la avenida,
que algún día llegaremos a su fin.

.

LA LOMITA

OMAR CABRALES

Entonces
lo sepultamos allá arriba en la lomita
donde él decía que le siguiera pegando el sol lleno de agujeros

y la tierra graneada se le vertió como leche sobre su pecho,
tal como él dijo que quería
para que se le llenaran sus pulmones de esta humedad
generosa y negra de la tierra de su patria

y ahí se quedó dormido,
callado como un niño noble ante la muerte
quietecito para que lo fuéramos a ver en su eternidad,
en su silencio nuevo pavoroso de luceros.

CUANDO NO TENGA NADA QUE HACER

NATALIA RYCHERT SLAWINSKA

Cuando no tenga nada que hacer
pasaré las noches en mi cabaña a orillas del mar
escuchando el oleaje,
las cigarras,
el aire,
las estrellas,
mientras leo mis libros en la tina
y cierro los ojos al canto de los grillos
y tengo pensamientos felices.
Cuando no tenga nada que hacer
respiraré, estaré presente en ese futuro,
y recordaré tiempos felices de cuando era niña
y los adultos me decían:
“Tienes toda la vida por delante”.
Cuando no tenga nada que hacer
besaré a mi gato y a los demás animales;
cocinaré durante el día,
tomaré agua y haré yoga;
caminaré al pueblo cercano
y estaré descalza sobre la arena
mientras me acerco al mar que me besa los pies.
Y tendré suficiente paz
para saberme niña nuevamente
mientras el viento silba,
huelo gardenias
y veo aves del paraíso
que exploran sus propios colores con el atardecer.

CONCIENCIA DE LO EFÍMERO

ADAIR ZEPEDA

Débil el fulgor ambarino,
apenas audible del tañer de la voz,
desaparecer, fresco, acostado en el pasto,
estar mudo y ser preciso, excederse,
aparecer de pronto sin que nada cambie,
manipular los momentos,
enterrar los dedos en la tierra,
fingir que se es eterno.

La serpiente se muerde la cola,
seduce su longitud, consume su sangre,
desvanecida tras el hueco de sus corrugaciones,
volverse al interior, olvidar el sueño,
imaginar lo que hay más allá de la muerte,
ser materia que sobrevive,
retar el orden íntimo de la naturaleza.

Caen rodando por el monte del ocaso
las enormes cabezas de los dioses,
apagadas como un aliento sobre la vela,
cebo en la estela de humo,
libación disuelta en la saliva de la libélula;
si todo fenece, todo, también
lo hace la inamovible ley.
Los poetas gustan cantar que las constelaciones
son dulces como sus sienes,
pero traicionan el hecho, no dicen, infames,
si la belleza es necesariamente la muerte,
consumirse, choque, fina, expirar,
en los pensamientos suspendidos y arden,
desaparecer tras unos segundos.

No se debe juzgar con el ademan liviano,
no se debe perseguir quimeras,
porque nada es duradero, nada sobrepasa
las costillas de Cronos,
ni las palabras, ni el amor, ni efigies de santos,
ni el láudano, ni la salva, ni el amanecer
postrado en el horizonte.
Cuanto hay se nos escurre de la boca.

¿Acaso no hay quien registre que los días
no han sido contados, pétalo
en el ramo de sal al caer apartado de la vista?

LA HERMENÉUTICA DE LOS LATIDOS

MARÍA SOFÍA ABARCA

Atiende, poeta, porque es tu oficio,
enseñar a escuchar cómo late el corazón de las cosas.
¿Acaso la poesía no es buscarle el pulso
a los arroyos secos y a los recuerdos?
Los caminos solitarios, poeta,
¿no laten?
Y esas estrellas que han cortado las luces inhóspitas,
¿no mueren?

Escribe, poeta, porque solo así sabrás contestar
al palpito de los jardines,
reconocerás cómo sucumbe
en un estertor fatigado
el pecho de un nido,
cómo se entregan la tierra y la semilla.

Porque la poesía es eso:
es interpretar los tambores suaves
adentro de los verbos amados
y traducir el inmenso dilatarse del aire que,
con sus vuelos agitados,
acelera la respiración de las auroras,
como un himno olvidado que ha vuelto a cantarse.

No hay otra salida, no admitas otra respuesta:
los versos descubren, en su humildad,
que todo tiene un latido invulnerable;
que, hasta el más mínimo y breve espíritu
agradece la fidelidad de sus arterias,
esas que se dejan conquistar
por la belleza de los lenguajes humanos.

Tal vez, la poesía, en su ilusión inmune,
susurra hasta quedarse dormida y así,
finge no saber dominar
lo que llevamos en el fondo del alma;
procura guardar el sigilo
de todos sus símbolos
y espiar la puntual antesis de las estrofas.

Más que palabras, crea silencios,
y su modestia la delata:
no te asustes, poeta, si queriendo descubrir
la piedad de las flores
¡terminas escuchando cómo late
el mínimo corazón de las abejas!

Para eso estás.

UN NEGRO RESPLANDOR

ISAAC MARCOS LEÓN MACÍAS

A HUGO MASTROLORENZO Y AGUSTINA VIGNAU

Se van yendo, se van,
pero se quedan,
el hilo y la cometa,
el buque y su gaviota,
la golondrina, el alga, la aceituna,
y el mar con su marea,
colgando de los cuernos de la luna.

Y en el vacío, oscurea la pregunta,
preñada de inquietud, desasosiego,
de no saber en quién te has convertido,
¿a dónde vas a ir, polichinela?
después que te tiraron a la cara,
un ramo de verdades como balas.
La pregunta dejó la casa en llamas.

Sea otra vez la noche mi consuelo,
ser pausa, ser silencio, ser olvido,
aunque el alma hecha luz se me haya ido,
por decenas de miles de agujeros.

Ya muerto quiso hablar: no dijo nada,
y su silencio me quebró la vida,
no bastaron mis manos a su herida,
un negro resplandor lo atravesaba.

CAMINO DESCALZA POR LA VIDA

CAYLA CARBONELL CORREA

Camino descalza por el vasto suelo,
Por la áspera tierra del campo.
Oh, jugosos frutos que fueron mi sustento.

Camino descalza por la llana playa,
Sintiendo la arena entre mis palmas.
Oh, hermosos recuerdos de infancia.

Camino descalza por la gran ciudad,
Por el duro asfalto de la acera.
Oh, llantos y risas que me hicieron ser.

Camino descalza por la pequeña casa
Que habité cuando estaba viva.
Oh, qué nostalgia, ver mi antiguo hogar.

LA PARCA

LESLIEMARIE ORTIZ SANTANA

Quiero morir y fallecer.
La parca ya está aquí,
suspirando un aire frío que cala mis huesos.
Su guadaña enfundada
detrás de mi cuello,
que con saña se desliza.
Lágrimas de pesar, de olvido.

Mis años de vida pasan delante de mí:
errores, problemas y caídas.

Parca hermosa, parca,
que sin ti la vida no es nada,
porque sin ti eterna fuera.

Acaba con mi sufrimiento.

Parca santa,
qué importancia le das a la vida
que acabas con el dolor de mi cuerpo.

Oh, parca,
que traes gritos de clemencia
y almas aferradas a ti.

Almas que taladran mi cabeza
con sonidos de cadenas.

Almas que claman perdón,
gritando: “Oh, parca, ahora no”.

Yo te clamo y llamo:
oh, parca, corta mi cuello en dos.

El bello filo de tu arma,
que con suavidad corta.

Hilos de sangre que no se terminan.
Amada parca, acaba con mi vida.
No te pido más.

Santa Muerte,
en mi tumba escribirán
que esperándote feliz estuve.

Te hice cánticos y poemas,
cartas e historias.

Sonata de canciones
que alaban a la muerte,
ya que sin la muerte
la vida sentido no tiene.

SÁBANA BLANCA

ALDO MATUS

No te escodas, te veo aun sin tener ojos
Te siento sin tener piel.
Encierro eterno de la existencia frágil.
Cubierta de fibras e hilos flexibles

Germino en el centro de tu estancia
En la tierra que no es de nadie
Vigía prudente y sigilosa del aura prismática
En espera del tiempo exacto donde siempre eres mío.

Y jugando con ellos voy escondida bajo sus faldas de colores étnicos
Salgo y me divierto mientras ellos danzan
Soy el ave que te trajo que en vez de pico tiene guadaña
Cubriendo tu cuerpo con mi sábana blanca.

A partir de ahora no estrás solo
Tu cuerpo es etéreo e irrelevante
Tu alma es lo que busco
Buena o mala no es importante.

Conmigo no hay cielo o infierno
No obedezco a seres petulantes
jactados en mentes deseosas de poder impenetrable
soy la puerta a la mejor vida.

De rostro blanco observo desde cráteres profundos
Espacio infinito de sonrisa elocuente y permanente
De pulso transparente sin la bomba que siente o que miente
Aquí estoy viviendo siempre en tu mente.

No hay salida
Solo estoy yo
Creciendo en tu interior
Hasta que te arranque la vida.

ESTA MUERTE NO ES MÍA

PAULO NEO

Quién puede decir
esta muerte no es mía
y devolverla a la semana
como se devuelve un traje viejo
usado en fiesta ajena
Qué puede saber el cajero hamburguesa
de tu ansiedad de cabra
del insomnio cruzado
o de las trampas miserables
que se fabrica todo amor
Quién se cree aquello
de la vida siempre alegre
de bailes estúpidos y arrumacos
y domingos húmedos con revolcones
Qué carajo sabe esta ciudad
si te golpea las rodillas
y te abre tajos en la garganta
por donde entrarán
los ministros,
los linyeras,
las fuerzas de inseguridad
y por último

los vegetarianos

* * * * * 1

MAURICIO JOSÉ SANHUEZA GRANDA

Así pues,
la noche cae,
la penumbra avanza.
Recoge el alma al despierto.
Caes de nuevo.
Tú vienes por caminos de senderos que nunca se bifurcan,
manchados, que caen desde el subsuelo,
que lloran a la aurora de infinitos dedos
adoloridos.
La noche oscura alumbra.
Ciega a los muertos en ristre.
Retumban sus pasos.
Tiembles de nuevo sola.
Maltrechas bestias salen a tu encuentro y caen a tus pies
rendidos, cansados, pierden sus almas.
Tú las tomas del brazo y ellos vacíos caen de nuevo.
Pues solo tú eres reposo de gigantes y fábulas mal hechas en espera del
gran círculo de fuego, en un firmamento sin estrellas.

DESAPARECISTE

ABRIL NAVARRETE MENA

Te fuiste a dormir al limbo de los sueños,
dejaste volando la esperanza.
Se quedó tu recuerdo y la risa,
de una voz que no escucho,
de un eco en voz apagado.
Se fue tu mirada y quedó el silencio
que me grita que debes existir.
Se quedó el pedestal vacío,
se me quedaron el ansía de ti,
una despedida rápida,
mis ganas de más de ti
y el deseo de verte mañana
con tu ambigü favorito listo.
Esa mañana que no llegó,
que debe llegar y no sé si llegará.
Se me sigue quedando tanto atorado en el alma.
Aún quedan planes que corta la ausencia de ti.
Aún sigo soñando que la realidad
es más grande y bella porque estuviste en ella.
Te esperan mis brazos y la bicicleta,
Te esperan las caminatas de antaño,
donde volabas y yo siempre tras de ti.
Porque quisiste dejarme
con el mundo atorado en el cuello
en un intrincado nudo
que ni hablar puedo al formular tu recuerdo.
Porque no te aferraste a la fuerza y a la razón.
Porque no me escuchaste para estar mejor.

Y aun así...más allá
No hay suspiro que te alcance

¿Aún te veré? Quiero saber que sí.

ESPECIE EN EXTINCIÓN

SOFÍA FLORENCIA FIGUEROA MAGALLÁN

¿Por qué existo?
Los miro...
Los escucho hablar y hablar
sin decir nada.
Normas...Leyes...Reglas...
Mientras el mundo se cae a pedazos.
Mientras mueren niños.
Mientras la miseria duele.
¿Por qué existo?
Si están cayendo bombas.
Si una madre busca a su hijo.
Si un niño llora bajo los escombros.
Es metálico el dolor...Es herida... Es puñal...
¿Por qué existo?
¿Para perderme entre vacíos de letras?
¿Para surcar abismos de preguntas sin respuestas?
¿Para subirme al podio y ser el mejor?
¿Competir con quién?
¡Mueren!...¡Mueren!...¡Mueren hombres!
Sus pieles se siguen rasgando entre alambrados,
y ellos rien con el gran espectáculo.
¡Lloran!...¡Gritan!...¡Gimen!...Y vuelven a llorar.
Pero señores seamos corteses y hagamos letras.
Sepan que nadie escucha más garabatos insulsos.
Sepan que a nadie más le interesa un nombre.
¡Hay hambre!...Lágrimas y frío.
¡Mucho frío!...Chasquean los dientes, tiritan los huesos.
Pero sigamos las reglas.
¿A quién le importan las reglas?!
¡Mueren!...¡Mueren!...¡Mueren!...

¡Están muriendo carajo!
Los veo sentados, fríos cadáveres,
ojos juzgantes.
Ajenos al otro, ajenos al dolor.
¿Por qué escribo?
De nada sirven,
si no sirven de espada.
De nada sirven,
si no logran ser escudo.
De nada sirven,
si no pueden levantar al hermano.
Prefiero tirarlas, quemarlas, triturarlas.
Prefiero olvidar que soy poeta,
si no pueden estas letras miserables,
cambiar esta realidad de hombre.
Prefiero olvidar que soy poeta,
si no puedo hacer que fluya la sangre del otro,
si no puedo abrazar...
Prefiero olvidar que alguna vez fui poeta,
si no logro que mi pluma llegue hasta ti.
Ya no empuñaré esta daga,
desafilada con tanto desamor,
con tanta deshumanización.
¿Para qué vivo?
Prefiero...
Prefiero olvidar.

- MORIR -

JOSÈ LISSIDINI SÀNCHEZ

Llueve a cántaros.
Estoy solo.
Nadie se acuerda
de mi, a nadie le importo,
es una de esas noches,
una buena noche
para morirse.
Eso sí..., morir quieto,
morir tranquilo,
morir en silencio,
morir sin dolores
ni estertores, morir
sencillo, apagarse,
solo morir, dormirse
y dejar de respirar,
sin dramatismo,
sin derrotismo,
morirse sin darse
cuenta o...,
¿no es morirse?
Morir al descuido.
Morirse con estilo,
hasta simpáticamente.
Si se pudiera elegir
morir, elegiría morirme
esta misma noche,
de verdad, lo juro,
total, para qué
seguir esperando,
qué seguir esperando.

Es una buena noche
para morir, en una casa
demasiado grande,
demasiado vacía,
yo en mi cuarto
más una gata,
lejos, en la sala,
en su frazada
sobre una silla, duerme,
capaz que también,
soñando con morirse.

21 DÍAS

MARÍA ISABEL CHAVES ACOSTA

Cerrar la puerta tras de mí
Trashoras de intentarlo
Tras meses de encierro
Tras años de amores perfilados
Tras decenios siendo madre
Tras décadas siendo buena
Tras años de enseñanzas
Tras años de querer quedar bien con todos
Tras años pensando que no tienes lo que mereces
Ni que mereces lo poco que queda
Tras años procurando excavar vetas de pasión
De un afecto real, quemante y carbonizante
Del que recibiste poco menos que esquirlas
Tras unas fotos develadas
Sabes que nunca fuiste tú
Tras un “me quedo con mi familia”
Sabrás que nunca fuiste ni serás la suya
Tras trabajar, honrar a padre y madre
No te honras a ti misma
Todo lo contrario: contentas a otros
Siendo como los otros
Vegetando como los otros
Cumpliendo como los otros
¿Y dicen que estar allí es el infierno?
No, allí te encuentras
Allí entre quehaceres y artes
Eres. Por fin, eres.

LOS MUERTOS NO RÍEN

CARLOS CRISTIAN ITALIANO

Los muertos no ríen
no tienen cansancio
no lloran
Para eso estamos nosotros
Mientras estemos
aprovechemos la jugada de la vida
y haciendo cosquillas y otros trucos
naveguemos,
naveguemos,
naveguemos
hasta descubrir el cielo rosa
que nos pertenece a cada uno
como una arena extática en el puño apretado.

Porque la vida nos permite reír
y los muertos no ríen,
nunca ríen.

SILENCIO

NORMA MINNITI

Ya no silba la pava en la estufa
con la promesa del mate compartido,
ni hay vapores que dibujen en el aire
filigranas del diálogo íntimo.

Como lágrimas,
en los cristales,
la humedad que condensó precipita.

Una gata confundida
espera arrumbada,
añora la tibieza de su ama
ovillada a los pies de la cama.

Ha partido mi madre,
ya es una luz lejana
brillando en el firmamento...
cubro mis oídos,
me aturde el silencio.

LA SOMBRA DE
PROMETEO

CIENCIA



UNA VISIÓN MULTIDISCIPLINAR DE LA MUERTE EN EL SIGLO XXI

JUAN CIFUENTES



La ciencia del siglo XXI ha transformado nuestra comprensión de la muerte, revelándola como un proceso complejo que la química, la biología, las matemáticas y la psicología abordan desde perspectivas complementarias.

Desde la biología y la química, la muerte implica el colapso energético de la célula. Corominas (2019) explica que la entrada masiva de calcio en las mitocondrias detiene la producción de ATP, provocando la destrucción de las membranas celulares. El cerebro es el órgano más vulnerable: la falta de oxígeno desencadena en minutos la muerte encefálica, criterio aceptado desde 1968 para certificar el fallecimiento (Wijdicks, 2001).

Paradójicamente, la neurociencia ha descubierto un destello de actividad en ese momento crítico. Borjigin et al. (2013) registraron un aumento de ondas gamma en el cerebro durante el paro cardíaco, asociadas a la percepción consciente. Timmermann et al. (2018) encontraron similitudes entre las experiencias cercanas a la muerte y los estados inducidos por DMT, sugiriendo que las ECM podrían ser un fenómeno neurobiológico: el último "viaje" químico del cerebro antes de apagarse.

Las matemáticas y la física aportan la teoría de sistemas complejos. Barabási (2016) concibe al ser humano como una red dinámica: 86 mil millones de neuronas y 30 billones de células entrelazadas con vínculos afectivos y culturales. La muerte no es una desaparición instantánea, sino el colapso de esa arquitectura relacional. La persona se disuelve como patrón biológico, pero sus relaciones persisten como "nodos" en las redes de otros, reconfigurando el sistema sin borrar por completo su huella. Finalmente, la psicología estudia cómo afrontamos este proceso. Sallnow et al. (2022), en *The Lancet*, denuncian la "medicalización" de la muerte, que ha secuestrado el morir de los hogares para aislarlo en hospitales, convirtiéndolo en un tabú. Esta pérdida de rituales genera soledad y angustia. Frente a esto, la psicología actual promueve recuperar la muerte como parte de la vida, fomentando los cuidados paliativos y la comunicación abierta. En definitiva, la ciencia del siglo XXI nos muestra la muerte como un colapso energético desde la química, una última explosión de conciencia desde la biología, una reconfiguración del "yo" como patrón de información y un desafío emocional que debemos reaprender a integrar.

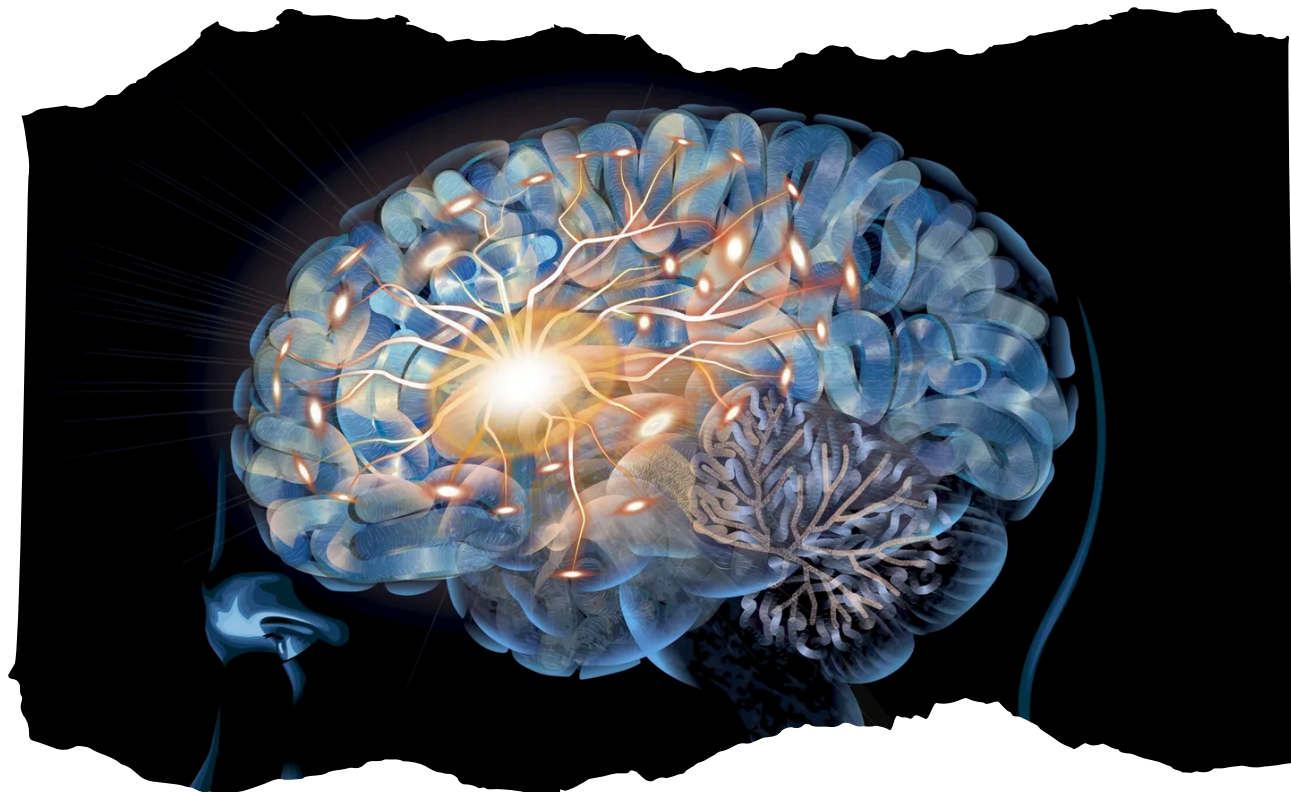
Lejos de despojarla de misterio, este conocimiento nos invita a comprenderla con mayor profundidad.

Referencias

- Barabási, A. L. (2016). *Network science*. Cambridge University Press.
- Borjigin, J., Lee, U., Liu, T., Pal, D., Huff, S., Klarr, D., ... & Mashour, G. A. (2013). Surge of neurophysiological coherence and connectivity in the dying brain. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 110(35), 14432-14437.
- Corominas, A. (2019, 7 de noviembre). ¿Qué es la muerte? *Real Academia Europea de Doctores*.
- Sallnow, L., Smith, R., Ahmedzai, S. H., Bhadelia, A., Chamberlain, C., Cong, Y., ... & Wyatt, K. (2022). Report of the Lancet Commission on the Value of Death. *The Lancet*, 399(10327), 837-884.
- Timmermann, C., Roseman, L., Williams, L., Erritzoe, D., Martial, C., Cassol, H., ... & Carhart-Harris, R. L. (2018). DMT models the near-death experience. *Frontiers in Psychology*, 9, 1424.
- Wijdicks, E. F. (2001). The diagnosis of brain death. *New England Journal of Medicine*, 344(16), 1215-1221.

LA NEUROLOGÍA DE LA EXPERIENCIA CERCANA A LA MUERTE

RUBÉN CORTÉS SALAZAR



Las experiencias cercanas a la muerte (ECM) han fascinado a la humanidad durante siglos: personas que, tras un paro cardíaco o una situación de riesgo vital, relatan vivencias de una luz brillante, reencuentros con seres queridos o la sensación de flotar fuera del cuerpo. Lejos de ser visiones de otro mundo, la neurociencia del siglo XXI ofrece una explicación fisiológica: son la firma eléctrica de un cerebro que lucha por sobrevivir en sus últimos momentos.

Entre un 10% y un 20% de los pacientes reanimados tras un paro cardíaco reportan ECM. Durante décadas, se asumió que el cerebro, privado de oxígeno, entraba en una inactividad progresiva. Sin embargo, estudios pioneros han revelado lo contrario. El laboratorio de Jimo Borjigin, de la Universidad de Míchigan, demostró en 2013 que las ratas sometidas a paro cardíaco experimentaban un aumento masivo de ondas gamma — asociadas a la percepción consciente— en los primeros 30 segundos tras la parada.

Este "surgimiento" superaba los niveles del cerebro despierto y mostraba una alta conectividad entre regiones cerebrales. Estudios posteriores en 2023 confirmaron el hallazgo en humanos:

dos de cuatro pacientes con muerte encefálica a los que se retiró el soporte vital mostraron un incremento de hasta 300 veces en la actividad de ondas gamma en la unión temporoparietooccipital, un área clave para la conciencia.

¿Qué origina esta tormenta eléctrica?

La hipoxia (falta de oxígeno) desinhibe circuitos neuronales que normalmente permanecen frenados. Al perderse los mecanismos de inhibición que requieren energía, se produce una activación paradójica: el cerebro genera una "sincronía gamma" global comparable a la de estados de alerta máxima. Un estudio de 2025 con electrodos intracraneales en ratas identificó un "rebound surge" (repunte de actividad) aproximadamente tres minutos después de la inducción de la muerte, especialmente en la corteza cingulada anterior y el tálamo, regiones implicadas en la emoción y la integración sensorial. Paralelamente, otra línea de investigación ha explorado el sustrato neuroquímico.

Timmermann y sus colegas del Imperial College de Londres demostraron en 2018 que la administración de DMT (dimetiltriptamina), una potente sustancia psicodélica, induce en voluntarios sanos experiencias fenomenológicamente casi idénti-

-cas a las ECM: disolución del ego, encuentro con entidades y trascendencia del tiempo.

Curiosamente, estudios posteriores han detectado que el cerebro de ratas libera DMT endógena en condiciones de paro cardíaco, lo que sugiere que este neurotransmisor podría mediar los aspectos alucinatorios y místicos del proceso.

En conjunto, la evidencia actual apunta a un modelo integrado: la muerte no es un apagón súbito, sino una cascada de fenómenos neurofisiológicos. La hipoxia y la hipercapnia (aumento de CO₂) desencadenan una hiperactivación de circuitos corticales, con una sobreproducción de ondas gamma y una posible liberación de DMT endógena, que genera una experiencia consciente vívida en los minutos finales. Lejos de ser una ventana a otra realidad, las ECM son, probablemente, el último y asombroso destello de un cerebro que se apaga.

EL LENGUAJE DE LOS QUE YA NO HABLAN

DR. JULIÁN CASTELLANOS



Me llamo Julián Castellanos y llevo veinticinco años ejerciendo como médico forense. Cuando la gente me pregunta a qué me dedico, suelo responder que soy un traductor. Un traductor de silencios.

Estudié medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Facultad de Medicina de Ciudad Universitaria. Allí, entre aulas de paredes amarillas y pasillos de cemento, aprendí a tomar pulsos, a auscultar corazones, a celebrar la vida. Nunca imaginé que terminaría especializándome en su ausencia. La residencia en medicina forense me enseñó que la muerte no es el enemigo: es el testigo más antiguo de la condición humana.

Algunos colegas me llaman, con respeto o con sorna, "el médico de la muerte". No es una descripción precisa. Yo no atiendo a la muerte; atiendo a quienes ya fueron atendidos por ella. Mi paciente no es el cuerpo inerte sobre la mesa de acero, sino la verdad que ese cuerpo aún guarda. La muerte no es mi jefa, es mi informante.

Cada día ingreso a la sala de autopsias y me encuentro con vidas detenidas. Hombres, mujeres, niños, ancianos.

Algunos llegaron con violencia, otros con enfermedad, unos pocos con el simple y silencioso agotamiento de los años. Mi labor es leerlos como se lee un libro escrito en una lengua antigua: con paciencia, con método, con reverencia. El escalpelo no es una herramienta de destrucción, sino de revelación. Cada incisión cuenta una historia que el difunto ya no puede narrar.

La tanatología forense me ha enseñado que la muerte tiene sus propios códigos. Las livideces que tiñen la piel cuentan la última postura del cuerpo. La rigidez muscular revela las horas transcurridas. El contenido del estómago habla de la última cena, de la última compañía, del último instante de normalidad. Soy, en cierto modo, un arqueólogo de lo reciente.

A lo largo de estos veinticinco años he realizado más de cinco mil autopsias. He visto madres que sostenían la mano de sus hijos muertos, he identificado cuerpos en avanzado estado de descomposición, he declarado causas de muerte en tribunales donde el silencio del fallecido pesaba más que cualquier grito. Y sin embargo, nunca me he acostumbrado. Quien dice acostumbrarse a la muerte, miente o ha dejado de ser humano.

No soy un médico de la muerte. Soy un médico que ha aprendido que la muerte también merece ser entendida. En cada cuerpo yace la arquitectura secreta de una vida. Mi oficio es simplemente recordar, antes de que el polvo regrese al polvo, que allí hubo un corazón que latió, unos ojos que miraron, unas manos que amaron.

Y en ese recordar, de algún modo, los devuelvo a la vida por un instante.

MANIFIESTO: MÁS ALLÁ DEL MARGEN

Prometeo desafió a los dioses y robó el fuego para entregárselo a la humanidad. No fue un acto de insolencia, sino una afirmación trágica de amor por lo humano, por su dignidad y su potencia creadora. En La Sombra de Prometeo, ese fuego no es sólo símbolo de conocimiento, sino una llamada urgente a la emancipación del pensamiento, a la rebelión de la inteligencia contra los dogmas de la época. La sombra que lo acompaña no es ausencia de luz: es el espacio fértil donde arden las ideas marginadas, las voces incómodas, los saberes que se atreven a pensar más allá de lo permitido.

No pretendemos repetir fórmulas, sino abrir grietas... grietas donde irrumpen autores que, por su originalidad, han sido relegados. Voces que no encajan, que desbordan, que vibran con un fuego propio. A ellos —a quienes escriben desde la orilla, desde el margen, desde la diferencia— les damos el lugar que les corresponde: el centro del fuego.

Aquí también confluyen autores de trayectoria, porque creemos en el diálogo entre la experiencia y la innovación, entre la raíz y el salto. Somos un crisol en combustión, donde las ideas se mezclan y se transforman, fundiendo filosofía, literatura, arte, historia, ciencia, psicología, medicina, matemáticas y física en una sola llama.

Porque el fuego no se contiene: fluye, muta, resiste. Queremos llegar a todos los rincones donde haya una mente dispuesta a incendiar sus certezas.

No somos neutros, pero tampoco pretendemos imponer. En nuestras páginas convivirán ideas con las que no coincidimos, textos que no nos representan. Publicamos lo que nos incomoda porque creemos, como Georges Bataille, que “vamos a golpear con la cabeza el borde de los límites”. Porque todo lo que importa sucede justo ahí: en el filo, en la frontera, en el temblor del pensamiento cuando se atreve a cruzar.

Nuestra visión es global: aspiramos a construir una comunidad internacional de creadores, pensadores y escritores que compartan nuestra sed por el conocimiento, nuestra pasión por lo que no tiene nombre aún. Queremos ser faro y campo de batalla. Un lugar donde las ideas no sólo reflejen el mundo, sino que lo empujen más allá.

Rechazamos el pensamiento decorativo, las repeticiones vacías, el discurso ideológico que clausura y moraliza. Estamos cansados de las trincheras. Nos mueve lo que provoca, lo que seduce, lo que rasga. Queremos pensamiento que arda, literatura que sangre, ciencia que dude.

Somos una llama en la sombra. Una insurgencia intelectual. Un llamado a los que piensan distinto, a los que no temen el vértigo, a los que han sentido que el mundo necesita ser pensado de nuevo, desde sus escombros. Aquí caben todos los que aún creen que una idea puede incendiar una época.

Esta es nuestra promesa, nuestra misión y nuestro riesgo.

Pensar más allá del margen.

LA SOMBRA DE PROMETEO



EDITORIAL

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS,
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO



AUTORES

*Publicamos tu obra audaz.
Edición, diseño, distribución
¡Lleva tu historia al mundo!*



ACADEMIA

*Materiales educativos a medida.
Guías, exámenes, libros.
¡Impulsa el éxito académico!*



EMPRESAS

*Contenido que conecta & forma.
Impacto de marca.
¡Fortalece tu voz corporativa!*

*Convierte tu visión en realidad.
¡Contáctanos!*

55 5197 2038 | info@lasombradeprometeo.com | www.lasombradeprometeo.com

LA SOMBRA DE PROMETEO



Dossier 1: El Superhombre.



Dossier 2: El Erotismo.



Dossier 3: Cine y Filosofía.



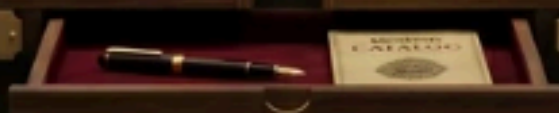
Dossier 4: Muerte y existencia Vol 1.



Dossier 5: Muerte y existencia Vol. 2.



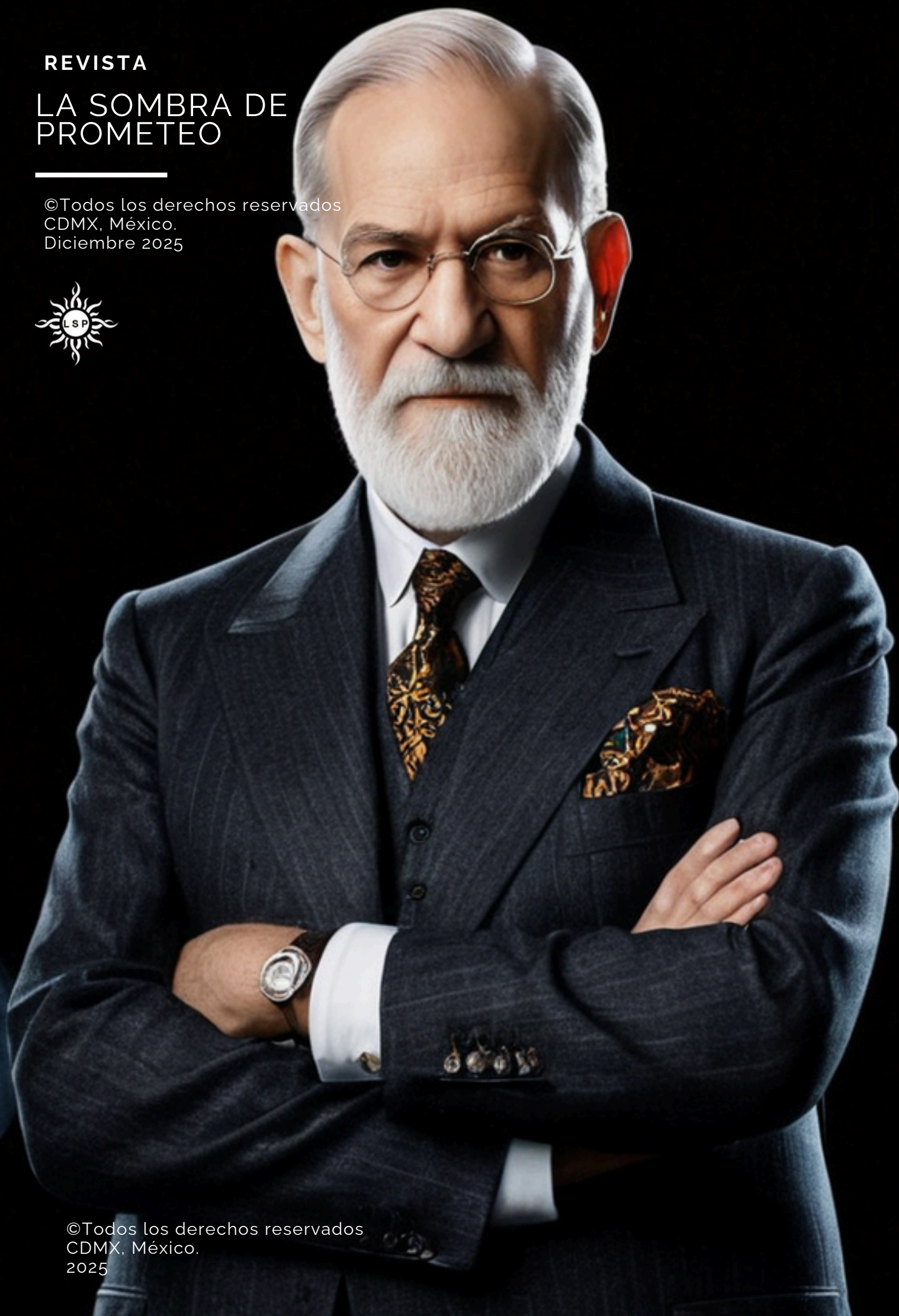
EDICIÓN ESPECIAL: SÍNTESIS TEMÁTICA



REVISTA

LA SOMBRA DE PROMETEO

©Todos los derechos reservados
CDMX, México.
Diciembre 2025



©Todos los derechos reservados
CDMX, México.
2025

LA SOMBRA DE PROMETEO

Marzo, 2026

Vol II No. 5

Dossier:

MUERTE Y EXISTENCIA

Parte II

Filosofía,
Literatura,
Arte y
Ciencia

BREVE REFLEXIÓN SOBRE LA MUERTE

ANTONIO MACHADO: LA PASIÓN DE UN
MODERNISTA

LA VIDA NO VALE NADA

EL MUERTO NO ES UN PACIENTE, ES UN TESTIGO

Francisco José Audiye Pacheco, Jorge Rolando Acevedo, Juan Algruta, Edmundo Pérez, Omar Rosa, Federico Rizzo Sebben, Norma Minniti, Norma Beatriz Castillo, Adam P. Astacio Velázquez, Idania del Corral Fumero, Omar Cabrales, María Sofía Abarca, Vicente Ruiz, Isaac M. León Macías, René Pinet Plasencia, Cayla Carbonell Correa, Naomi Díaz, Leslie Marie Ortiz Santana, Aldo Matus, Víctor Gutiérrez, Adriana de Jesús Casas Moreno, Paulo Neo, Enrique Villegas, Noah Evan Wilson, Roberto Poblete Velázquez, María Isabel Chaves Acosta, Carlos Cristian Italiano, Natalia Rychert Slawinska, José Lissidini Sánchez, Sofía Florencia Figueroa Magallán, Mauricio José Sanhueza Granda, Víctor David Manzo Ozeda, David Bedoya Restrepo, Dayhanne Ureña, Adair Zepeda Villarreal, Angélica Guzmán, Amadeus Estrada Cázares, María Ferrer, Salvador Flores, Eduardo Ruiz, Genaro Valdovinos Andrade, Abril Navarrete, Juan Cifuentes, Rubén Cortés Salazar, Julián Castellanos, Josué Isaac Muñoz Núñez, Alejandro Zapata Espinosa, Augusto Villablanca, Silvia Carús, Diana Mesa, Daniel Molina Ruffini, Gustavo Verenzuela Morales, Jorge Etcheverry Arcaya, María del Rosario Ortiz, Daniel Gómez, Carlos Puentes, Alexis de Jesús Salguero González, S.D. Andaluz, Jhon Darwin González, Benjamín Reyes Navarrete, Julián Castellanos, Adriana Aguayo y Alfredo Furlan



Revista LSP

Una revista de la Editorial
La Sombra de Prometeo

WWW.LASOMBRADEPROMETEO.COM
WWW.REVITSA.LASOMBRADEPROMETEO.COM



REVISTA LSP

LA SOMBRA DE PROMETEO

DIRECCIÓN EDITORIAL
EDICIÓN Y DISEÑO

EDUARDO RUIZ CUEVAS

CONTACTO:

INFO@LASOMBRADEPROMETEO.COM

ISSN: 9798266863712

CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO
MARZO 2026
VOL 2. NÚMERO 5

PERIODICIDAD: BIMESTRAL

EDITORIAL

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS,
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO

©Todos los derechos reservados

Carta del editor

Queridos lectores:

Marzo, 2026

Este proyecto nace y se sostiene por convicción y amor al fuego del pensamiento y la creatividad. La Sombra de Prometeo no recibe ningún tipo de apoyo institucional dentro del sector público o privado. Apostar por la cultura, la filosofía y las artes siempre es un desafío, sin embargo creemos que vale la pena asumir el riesgo.

Por eso hoy los invitamos a apoyar el desarrollo de este proyecto, a través de una membresía en Patreon, la cual no es una donación: es el fuego que permite que La Sombra de Prometeo siga llegando a esos lugares donde la sombra domina.

Al unirte a nuestro Patreon obtienes beneficios, algunos de ellos:

- Tomos impresos enviados directamente a tu domicilio.
- Contenido mensual VIP.
- Acceso exclusivo a talleres de análisis, creación literaria y filosófica, impartidos por el equipo editorial.
- Impulsar las obras de autores y colaboradores.
- Agradecimiento en los créditos de cada número y mención en nuestros eventos.
- Contenido anticipado, archivos digitales y la satisfacción de saber que haces posible que este espacio siga existiendo.

Agradecemos profundamente tu apoyo y acompañamiento. El fuego sigue encendido gracias a ti.

Atentamente,



Eduardo Ruiz Cuevas
Director

Revista La Sombra de Prometeo
CDMX



www.patreon.com/c/LaSombraDePrometeo/membership

The image is a full-page artistic composition. It features a classical-style painting of Prometheus, a figure from Greek mythology, being tortured by an eagle. Prometheus is shown in a dynamic, contorted pose, his body arched as he is seized by the eagle's talons. He is draped in a vibrant red cloth. The background is a large, circular zodiac chart, rendered in a golden-brown hue with intricate line work and astrological symbols. The overall lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows, creating a sense of intense suffering and conflict.

LA SOMBRA DE
PROMETEO

DOSSIER
MUERTE Y EXISTENCIA

BREVE REFLEXIÓN SOBRE LA MUERTE

POR JOSUÉ ISAAC MUÑOZ NÚÑEZ



*El pesimismo moderno es una expresión de la
inutilidad del mundo moderno-no del mundo y de
la existencia.*
Nietzsche

Escribir sobre la muerte es un ejercicio ajeno. No es una vivencia como lo es el amor o la enfermedad. Obtenemos su experiencia desde fuera: sabemos de la muerte de los otros, de nuestro padre, nuestros abuelos, nuestros amigos, nuestras mascotas. Ya hay aquí un problema: pensamos la muerte desde de la vida.

Al escribir sobre ella lo hacemos desde nuestra existencia presente. Desde la consciencia del ahora, la memoria del pasado y la certeza futura de nuestra muerte. Aunque lo que escrito puede trascender la existencia material de quien escribe. Estas palabras pueden ser de alguien ya muerto. Por lo que aquí se encontrará la huella escrita de alguien que vivió.

Pensar la muerte nos lleva a emociones insalvables. Las lágrimas, los pésames, la sensación de pesadez en el cuerpo, la angustia de reconocer nuestra finitud. Se vuelve inevitablemente escribir lo que sentimos al hablar de la muerte. Escribir desde la muerte es un reto. No es que sea imposible pensar sobre la muerte, sino que escribir de esta experiencia es desde la vida. Algunos escriben lo que sucederá después de vivir, otros lo que antecede a la vida. Imaginan una realidad aparte de esta. Pero pensar, reflexionar, poner en palabras lo que es la muerte sin partir de la vida es casi imposible —me atrevo a decir.

Pensar sobre la muerte conlleva el riesgo de pensar sobre los estados anímicos que nos genera. Aquí no tengo por intención escribir de las emociones ante la muerte, sino lo que es la muerte. Pensarla lo más apartado de la vida, porque nos topamos con el obstáculo de que, para escribir de ella, partimos de la vida misma. Pensar se revela entonces como un acto vital y como el más prodigioso. ¿De dónde obtendremos las palabras para hablar de aquello que nos supera? ¿No acaso la muerte sería la anulación del pensamiento?

Al cuestionar, ¿qué es la muerte? Nos topamos con la respuesta biológica: un cese de la vida. ¡Otra vez con eso! Es obvio que para escribir hay que estar vivo, hasta cierto punto. Pero entonces, ¿cómo se podría pensar la muerte no desde la vida, sino desde otro lugar posible? ¿Cómo no pensarla desde su pareja opuesta? ¿Cómo reflexionar sin referir a la vida?

Esto me recuerda a la crítica que hace Nietzsche a los filósofos que desprecian la vida y la juzgan sesgadamente pues lo hacen desde su existencia:

Es preciso extender la mano y palpar esta sorprendente finesse: el valor de la vida no puede ser apreciado. No puede ser apreciado por nosotros, vivientes, porque un vivo es parte en la causa, objeto de disputa y no juez. Y los muertos tampoco juzgan, ya se sabe. (Nietzsche, Ocaso de los ídolos, El problema de Sócrates).

El valor de la vida no puede ser apreciado objetivamente, porque el juez y el enjuiciado son uno mismo. El que cuestiona es parte del juicio. “¿Cuál es el valor la vida?” pregunta quien vive. Si se responde que una tragedia, se parte de un juicio de la vida, más no El Juicio de la vida. Con esto Nietzsche cuestiona a su maestro Schopenhauer, y pone en duda la afirmación de que la vida es trágica.

Sucede lo mismo al pensar la muerte: no se puede juzgar la muerte más que desde la vida, por lo que el juicio está desbalanceado. Si la vida se toma por el punto cúspide de la existencia, entonces la muerte es su decadencia. Por lo que ahora vemos con agudeza el problema: juzgamos la muerte desde la vida, por lo que tendríamos que pensarla desde otra perspectiva. Pero ¿cómo generar un nuevo tipo de pensamiento? ¿Desde otro pathos?

Imaginemos por un momento unos seres para los que la vida sea lo más insoportable y banal. La vida sería una carga, un lamento. Estos individuos verían en la vida un proceso de espera para algo mejor, pero pretendamos que eso mejor no sea nada. Si proponemos que hay algo más, caeríamos en una promesa cristiana. En esa promesa de vida sin sufrimiento. Como no se busca esto, imaginemos que nuestros individuos ven en la muerte un beneficio por sí mismo, y pensemos que para estos sujetos la muerte no sería un castigo, una pena, un dolor, sino un alivio de la vida. Sin ir más lejos, Platón y Schopenhauer pensaban semejante, y daban solución al problema. Platón nos escribe que la vida es un obstáculo conocer la verdad, un tipo de cárcel que nos agobia con sombras de lo “real”. Nuestra existencia debe dedicarse a salir de la caverna de las sombras para alcanzar la verdad que está más allá de esta vida.

Y Schopenhauer con su propuesta de que la vida es la voluntad objetivada e individualizada, y que en el momento de la muerte se disuelve y uno regresa a la voluntad, al noúmeno sustento del mundo. Nos propone que en la muerte se desgarrar el velo de maya, se superan los fenómenos que individualizan nuestra experiencia y se regresa a lo primario de lo que partimos. Si pensamos a la muerte como un beneficio, le damos un sabor amargo a la vida. La existencia sería una tragedia.

Pero porque nuestro estado es más bien algo que mejor sería que no existiera, todo lo que nos rodea lleva esa huella, igual que en el infierno todo huele a azufre; pues todo es siempre incompleto y engañoso, todo lo agradable está mezclado con lo desagradable, todo placer lo es solo a medias, toda satisfacción se perturba a sí misma, toda facilidad lleva consigo nuevas dificultades, los recursos para la necesidad de cada día y cada hora nos dejan en la estacada o no cumplen su servicio, el suelo que pisamos se hunde bajo nuestros pies

las desgracias grandes y pequeñas son el elemento de nuestras vidas; en una palabra, nos parecemos a Fíneo, a quien las Arpías ensuciaban los manjares para que no pudiera disfrutarlos. (Schopenhauer, MVR, 632).

Al negar el valor de la vida e intentar pensar la muerte desde otro ángulo, llegamos ahora al desprecio de esta. Incluso Schopenhauer afirma que el sufrimiento es su fundamento, por lo que la muerte sería su liberación. La cura a un error. Pero, hay que matizar, no de cualquier vida, sino de la autoconsciente. Tal vez los animales sean conscientes de la muerte, pero no les angustia ello, no se agotan en ello.

Contempla el rebaño que paciendo pasa ante ti: no sabe qué significa el ayer ni el hoy, salta de un lado para otro, come, descansa, digiere, salta de nuevo, y así de la mañana a la noche y día tras día, atado estrecha mente, con su placer o dolor, al poste del momento y sin conocer, por esta razón, la tristeza ni el hastío. (...) El hombre pregunta acaso al animal: ¿por qué no me hablas de tu felicidad y te limitas a mirarme? El animal quisiera responder y decirle: esto pasa porque yo siempre olvido lo que iba a decir —pero de repente olvidó también esta respuesta y calló: de modo que el hombre se quedó sorprendido. (Nietzsche, Sobre la utilidad y los prejuicios de la historia para la vida, 35)

El hombre, nos dice Nietzsche, por su necia capacidad de recordar cuestiona su felicidad y tristeza, y con ello su condición de mortal. Si olvidáramos, si fuéramos seres desmemoriados, tal vez estas palabras no tendrían sentido. Estaríamos en un estado de plenitud inconsciente. “Bienaventurados los olvidadizos: pues <<digerirán>> incluso sus estupideces” (Nietzsche, Más allá del bien y del mal, 174) Sin embargo, no podemos sumirnos en un olvido. Recordamos nuestra vida, le damos orden, sentido y cuestionamos su sentido reflexionando sobre ella. Por lo que entonces cabe preguntar, ¿se puede pensar la muerte sin valorarla? La respuesta es no, pues todo pensamiento es valorar, y toda valoración es interpretación. Si le preguntamos a los creyentes^[1] sobre la muerte, responderían que es la recompensa de encontrarse con la suprema fuerza creadora. Si le preguntamos al ateo, el fin de una vida absurda.

[1] Me refiero a místicos, cristianos, paganos y cualquier ser humano con una vena religiosa. Incluso hay ateos que esperan volverse uno con el universo.

Ahora bien, pensar la muerte desde la vida también es un reto porque se realiza desde la experiencia vital y se puede caer en un juicio sesgado. Se juzgaría a la muerte por todo aquello de negativo que ponemos en ella. Escribimos lo que hemos experimentado de la muerte, más no de la nuestra. Para dar el salto deberíamos apartar de nuestra reflexión lo que hemos puesto desde la vida. Por ello es común escuchar que la muerte es el peor de los males, un castigo. Si valoramos la vida como lo mejor, la muerte sería su fin indeseable. Partimos del supuesto de que vivir es lo máspreciado.

En ambos juicios valoramos la vida y la muerte yendo de un polo u otro. Parecería que no podemos superar esta aporía: todo juicio parte de la vida, e interpretamos la muerte como un beneficio o un prejuicio desde ella. Sin embargo, hay otra perspectiva. Epicuro, en una carta que dirige a Meneceo menciona que hay que filosofar sobre la muerte, pero al hacerlo no pretender esperar algo más de ella y tampoco temerla. Parte de la definición de que, si la muerte es la privación de sensaciones, y la vida es una plétora de sensaciones, entonces la muerte no es nada. No es algo que pueda hacernos mal, porque ya no estaremos vivos, y no la experimentaremos cuando suceda: “Acostúmbrate a considerar que la muerte no es nada en relación a nosotros. Porque todo bien y todo mal está en la sensación; ahora bien, la muerte es privación de sensación.” (Epicuro, Carta a Meneceo,15) Si la muerte es el cese de la vida, privación de sensación, no sería un mal, porque todo mal se da en la vida, y tampoco un bien por la misma razón. No se tendría que temer de ella. Nos llegara a todos el momento, es imbatible. Sufrir por ella sería angustiarnos por algo que no podemos cambiar, pero tampoco buscar excusas extramundanas. Epicuro nos exhorta a pensar que la muerte no es nada, y la vida es el ahora, por lo que pensarla de modo negativo y angustiarnos es vano: “Ella no está, pues, en relación ni con los vivos ni con los muertos, porque para unos no es, y los otros ya no son. Pero el vulgo unas veces huye de la muerte como el mayor de los males, otros la prefiere como el término de los males del vivir.” (Epicuro, Carta a Meneceo,15) La gente le teme porque piensa que la sufrirá, pero si para sufrir, como se expuso, hay que estar vivo entonces la muerte no es nada. Se puede con esto llegar a un juicio neutro sobre la muerte y la vida. Esto da otro tono a la existencia, ya no es la tragedia que expone Schopenhauer, o los pesimistas en general. La vida es la unidad presente de sufrimientos y alegrías, por lo que sin ella no seríamos lo que somos. La muerte al ser el cese de la vida sería la ausencia de vida

por lo que escapa a nuestra reflexión y sensación. No se puede pensar de ella como un bien que nos libere de los sufrimientos de la vida ni como un mal, pues la muerte es nada. El sabio, el filósofo no debería temerle porque sabe que no es algo: “El sabio en cambio, no teme el no vivir: pues ni le pesa el vivir ni estima que sea algún mal el no vivir.” (Epicuro, 15) Pensar sobre la muerte, filosofar sobre ella, para Epicuro nos llevaría a una calma que no juzga la muerte como un mal ni un bien. Nos libera de la carga del pesimismo. Una crítica a los pesimistas que abundan en nuestros tiempos, y que exponen que lo mejor que podría pasar es no haber vivido:

El que recomienda al joven vivir bien, y al viejo bien morir, es necio, no solo por lo agradable de la vida, sino también porque es el mismo el cuidado de vivir bien y de morir bien. Pero mucho peor es el que dice que bueno es no haber nacido,

*o, habiendo nacido, franquear cuanto antes
las puertas del Hades.*

Pues si está convencido de lo que dice, ¿cómo es que no abandona la vida? Porque eso está a su disposición, si es que lo ha querido: firmemente; pero si bromea, es frívolo en cosas que no lo admiten. (Epicuro, 16)

A los que juzgan que la vida no vale, deberían dejarla cuanto antes. Sin embargo, hay que retomar de Schopenhauer su concepto de voluntad de vivir. Este concepto que luego retoma Freud, quien leyó a Schopenhauer, y lo nombra pulsión de vivir, da en el centro del problema que mencionamos al principio. Al pensar la muerte es inevitable pensar en lo triste y angustiante que es porque el individuo lo que quiere es vivir. La voluntad de vivir nos lleva a querer una existencia eterna, un anhelo de inmortalidad como menciona Epicuro.

Hay que resaltar que para el autor griego una vida en el más allá no tiene sentido, y hacer de la vida una tragedia tampoco, porque sería una carga existir. El sufrimiento de la vida parte de la voluntad de vivir que es inconsciente, como escribe Schopenhauer. Pero la existencia no es una tragedia, solo que no se nos ha enseñado a cuestionar el deseo de vivir. Vivimos sin darnos cuenta del porqué. La respuesta dada por Schopenhauer al problema de la vida cae en interpretar este deseo como una ilusión de una voluntad más extensa y ciega a la voluntad humana. Por lo que la vida humana no es nada comparada con el todo. El sufrimiento es parte de la existencia y esto no la niega, la potencia.

En vez de interpretar en la muerte un fin trágico, sería importante entenderlo como una parte que no es nada ante nosotros, y que nosotros no seremos nada ante ella:

De aquí [se sigue] que el recto conocimiento de que la muerte no es nada en relación a nosotros hace gozosa la condición mortal de la vida, no añadiéndole un tiempo ilimitado, sino apartándole el anhelo de inmortalidad. (...) Así, el más terrorífico de los males, la muerte, no es nada en relación a nosotros, porque, cuando nosotros somos, la muerte no está presente, y cuando la muerte está presente, nosotros no somos más. (Epicuro, 15)

Reflexionar sobre la muerte nos puede llevar a potenciar la existencia. No se puede pensar la muerte desde la muerte, porque es la negación de la reflexión filosófica, por lo que filosofar es un provecho de la vida. Hacer gozosa la condición mortal es llevar a cabo una reflexión filosófica, aunque la voluntad de vivir, ese deseo insatisfecho, nos haga querer más. Es mover las piezas conceptuales y notar que, aunque no seremos, somos ahora. Este ahora que somos, y el que escribe esto, hace de la existencia un gozo. Queda dos opciones a partir de lo expuesto, disfrutamos la vida, como luego propondrá Nietzsche oponiéndose a Schopenhauer, o hacemos de la vida una tragedia. Los pesimistas, hay que decirlo, también encuentran un placer moribundo en negar la existencia de la vida, disfrutan de su decadencia, y pocos llevan a cabo sus conclusiones.

Yo mientras tanto prefiero una plenitud de la existencia, un gozo en la filosofía que nos libera, el famoso Tetrapharmakos de los epicúreos[1]:

*No temas a los dioses,
No te preocupes por la muerte;
Lo que es bueno es fácil de conseguir,
Lo que es terrible es fácil de soportar.*

[1] Sin duda alguna Nietzsche está impregnado de esta tradición, Zarathustra será su portador: Dios ha muerto, hay que revalorar la vida.

ANTONIO MACHADO: LA PASIÓN DE UN MODERNISTA

POR FRAN AUDIJE



El célebre poeta de la Generación de 1898, Antonio Machado, en coexistencia con los grandes poetas de otra enorme Generación literaria, como fue la de 1927, tenía 32 años cuando conoció a la que vino a constituirse en esposa, una niña, prácticamente, de 13 años, con la que contrajo nupcias a los 15 años de ella. La diferencia de edad tan amplia, suscitó debates familiares a cerca de la idoneidad de este matrimonio, pero el amor entre Leonor Izquierdo y Antonio Machado, fue liberado de toda reticencia, cuando los dos demostraron tanto interés en casarse, “hasta que la muerte los separe”.

Soria fue el marco de esta historia de amor, entre la juventud más temprana e ingenua, y el hombre ya maduro, profesor de Francés en el Instituto de la ciudad. Se conocieron en la residencia de nuestro poeta, una pensión donde Leonor era hija de los dueños. Por los poemas machadianos hacia Soria, y hacia aquella Castilla fría y sobria, nos podemos imaginar el marco incomparablemente natural que rodeara este amor, cuando, Soria, pequeña urbe, se amoldaba al entorno rural, entre los ríos, los caminos o sendas, y la vegetación, a base de hermosos árboles, como los chopos y los olmos, lugares que inspirarían a la pareja de amantes, despertando en ellos el idealismo de un amor verdadero.

Tuvo que trasladarse el matrimonio a París, tras ganar Machado una beca de estudios, de cara a perfeccionar su filología del idioma Francés, y, en París, continuó la pareja su amor, muy en ciernes todavía, por tanto, repleto del romanticismo de los inicios. Sin embargo, pronto manifestó Leonor unos síntomas de tuberculosis, a los que su esposo no dudó en tratar, invirtiendo toda la fortuna del matrimonio. Aprovecharían la amistad con el entonces Embajador de Nicaragua en Francia, el poeta Rubén Darío, de quien Machado solicitó mayores recursos para curar al amor de su vida. Pero todo fue en vano, porque, Leonor, a pesar de su juventud, y una vez de vuelta a la Soria acogedora donde se conocieran, por sugerencia médica, en la confianza de que el cambio de aires podría ser positivo, fallecería con tan solo 18 años, hundiendo al poeta modernista en la desesperación y la ruina anímica.

La fría Soria pasó a convertirse en insoportable recuerdo de Leonor, para un corazón sensible como el del poeta, en naufragio económico y emocional, tras el intenso e inservible tratamiento médico, decidiendo romper, nuestro hombre, con la melancolía, escapando lleno de tristeza a su origen andaluz, al amparo familiar, del cual no se separara hasta la muerte de Antonio Machado, en la

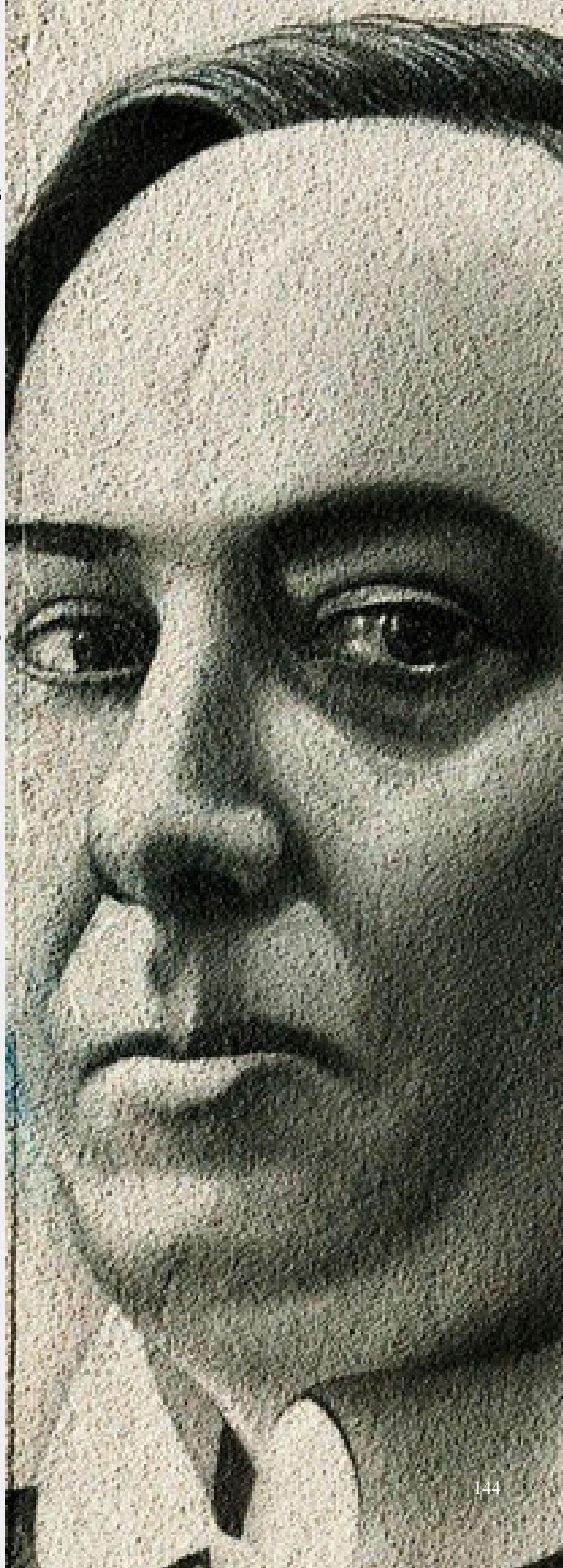
en la Francia de Collioure, donde huyeran de los desastres de la guerra, y de una España en descomposición, la de aquella República derrotada por unos Generales, baqueteados en guerrearle a los marroquíes, entre los que se encontraban algunos de los mejores combatientes de la África de todos los tiempos.

No se despidiera de este mundo cruel, nuestro justamente afamado poeta, y filósofo, sin antes un acceso a una nueva pasión en su vida. Muchos años después de llorarle a la joven Leonor, que le entregara a Machado lo más florido de su ser, antes de partir de este mundo, “en la nave que no ha de volver”, a la edad de 53 años, logra conocer el ya consagrado poeta, y Catedrático de Francés, a una mujer, poeta como él, a la que conoceríamos en los preciosos versos, bajo pseudónimo: Guiomar. Se trata, en realidad, de una mujer casada, pero desengañada ante las infidelidades de su marido, la que un día, pasados los peligros de las componendas sociales, y de las conveniencias matrimoniales, se desvelaría como, Pilar Valderrama.

La secreta relación ente ambos, obligada por las circunstancias, muy impositoras en la época, podemos conocerla por aquellos deliciosos poemas de, “Canciones a Guiomar”, donde escribe nuestro

poeta algunos de sus más decididamente ardorosos sentimientos. Nos imaginamos a los protagonistas de este amor, en el tren, camino hacia Madrid, desde la bucólica Segovia, otra bonita urbe castellana, sumergida en parajes naturales bellos. Probablemente, aprovechando las sombras de la noche, él pudo “besar tus labios y apresar tus senos”, como deseaba, y como es plenamente lógico.

El amor es el todo para un poeta, máxime para un poeta del modernismo, como lo fuera nuestro Antonio Machado, gracias al cual nos deleitó con los mejores versos de la lengua castellana, probablemente, en aquella corriente literaria, a caballo entre el siglo XIX, y el XX, peleando con el “Azul”, de su amigo Rubén Darío. Por eso no cerraremos este artículo, sin expresar admiración por las circunstancias de un Antonio Machado, que viviría sin amor hasta los 32 años, cuando se besara con Leonor, y que volvió a sumirse en el desamor, entre los 35 y los 53 años, solo gracias a que una mujer comprometida y desengañada, le permitiera la ilusión de una pasión secreta, casi limitada a lo espiritual.



LA VIDA NO VALE NADA

POR TÍZOC INFANTE



El compás se siente antes de que empiece la canción. Una respiración honda, el rasgueo de una guitarra que ya trae el destino encima

José Alfredo escribía lo que le encargaba el destino para cantarlo a viva voz. Y luego, nomás porque sí, se empinaba la botella de aguardiente. “Camino a Guanajuato” no es un corrido, no es un vals, es una declaratoria existencial. Esa frase que resuena como puñetazo en la mesa: “No vale nada la vida. La vida no vale nada.”

Usted que anda presumiendo sus logros, su carro, su título, su amor perfecto. José Alfredo le está diciendo que eso es puro pedo. Pero no un pedo cualquiera, es la verdad más cruda que solo se dice cuando ya llevas tres tarros de más y el humo del cigarro te nubla la mirada. Porque la vida, dice el Rey, comienza con un llanto. Y con un llanto se acaba. Así de fácil, así de cabrón.

Piéñsele tantito. Cuando nacemos, no salimos riéndonos. Salimos jodidos, arrugados, con el pinche frío del mundo pegándonos por primera vez. El primer acto de un ser humano en este mundo no es una sonrisa, es un grito. Un grito de terror, de dolor, pero también de afirmación. Es como si el recién llegado dijera: “Aquí estoy, aunque me esté cargando la chingada”. Ese llanto inicial es la primera moneda que pagamos por el oxígeno. Y José Alfredo, con esa sabiduría de cantinero que ha visto a todos los borrachos, te recuerda que ese llanto es el recibo de entrada. No vinimos a disfrutar, vinimos a llorar.

Pero lo más cabrón de la reflexión no es que empecemos llorando, porque eso es biología. Lo más cañón es que, según José Alfredo, así nos vamos. “Y así llorando se acaba”. Pero, ¿y si no hay quien llore? ¿Y si te vas y nomás te llevas el silencio?

Aquí está el desmadre filosófico del asunto. El llanto inicial es universal. No hay nadie que se salve de llegar al mundo con un berrido. Pero el llanto final, ese que despide, ese es un volado. La canción te habla de caminos, de pueblos, del adiós. Pero en el trasfondo, te está hablando de la soledad más culera: aquella donde te mueres y nadie se entera o, peor aún, donde se enteran y les vale madres.

Porque si la vida no vale nada, ¿qué queda cuando ya no estás? Queda el olvido. Ese pinche olvido que es peor que la muerte. La muerte es un instante, un suspiro que se corta. El olvido es eterno. Y ahí está la trampa: lloramos al nacer porque nos duele salir del cobijo, pero muchos se van de este mundo sin que nadie derrame ni una lágrima por ellos. Van a parar a una fosa común, a una nota roja de la Prensa, a una placa que nadie va a limpiar, a una cruz sobre la carretera. Esos sí que saben qué significa que la vida no vale nada. Porque si ni siquiera te alcanza para que alguien te llore.

José Alfredo vivió en el desmadre, en las cantinas, en las traiciones, en los amores que se van. Escribió “Camino a Guanajuato” con nostalgia existencial. Guanajuato es el camino de regreso a la tierra, al origen, pero también es el camino donde te das cuenta que el dinero, los lujos, las pleitesías, no sirven para detener el llanto final.

“La vida no vale nada” es el grito de quien ha visto morir gente sola. Es el eco de quien sabe que el mundo sigue girando aunque uno ya no esté. Y eso, aunque suene triste, tiene su alivio. Porque si la vida no vale nada, ¿para qué andarle sufriendo por tonterías? ¿Para qué hacerse tormentos con el amor, con la plata, con el rencor?

En la urbe, en el desmadre citadino, a veces uno se olvida de esto. Andamos corriendo, acumulando, queriendo ser eternos. Pero la canción recuerda que ese bebé que llegó llorando va a terminar siendo un viejo o una vieja que tal vez nadie va a llorar. La grandeza de José Alfredo fue ponerle melodía a esa verdad incómoda.

El llanto del recién nacido es un acto de afirmación: “Estoy vivo, aunque me duela”. Pero la muerte sin llanto es la derrota total: “Viviste, pero no importaste”. Por eso la frase es trágica. Nos obliga a preguntarnos: si al final la vida no vale nada, ¿qué hacemos con este intermedio? ¿Valemos por lo que acumulamos o por las lágrimas derramadas?

Al final, “Camino a Guanajuato” es un himno a la despedida. Pero una despedida con dignidad. José Alfredo sabe que el llanto inicial es igual para todos, y que el llanto final no está asegurado para nadie. Por eso canta. Porque mientras su voz suene, aunque sea en una peda perdida, alguien está llorando por él. O por ellos mismos. Porque en el fondo, cada vez que alguien canta esa canción, está llorando su propio nacer y su propio morir.

Así que usted ya sabe. La vida no vale nada. Pero mientras tanto, mientras suena el mariachi y el camino se hace polvo, el chiste es hacer que valga madre. Valga madre como para que cuando toque irse, al menos haya un desmadre, una botella vacía y un recuerdo. Porque si te vas en silencio, entonces sí, no valió nada la vida.



ENTREVISTA AL DR. JULIÁN CASTELLANOS: "EL MUERTO NO ES UN PACIENTE, ES UN TESTIGO"

POR "LA SOMBRA DE PROMETEO"
CIUDAD DE MÉXICO, 4 DE FEBRERO DE 2026



-Eduardo Ruiz: Doctor Castellanos, muchas gracias por abrirnos las puertas de este lugar. Entrar al Servicio Médico Forense siempre implica cruzar un umbral que la mayoría prefiere no traspasar. Usted lleva veinticinco años haciéndolo a diario. ¿Cómo definió su oficio cuando empezó y cómo lo define ahora?

-Dr. Julián Castellanos: Cuando empecé, recién egresado de la Facultad de Medicina de la UNAM, creía que mi oficio era aplicar conocimientos de anatomía patológica y toxicología para establecer causas de muerte. Era una definición técnica, casi de manual. Recuerdo las largas caminatas por los pasillos de la facultad, las primeras disecciones en el anfiteatro, el olor a formol que se pegaba a la ropa y que ninguna lavada quitaba del todo. Pero también recuerdo una clase del doctor Arturo Miranda, un patólogo de ojos cansados, que nos dijo: "La muerte no es una derrota, es un lenguaje. El cuerpo inerte tiene su propia gramática: las livideces cuentan la última postura, la rigidez revela las horas transcurridas, las heridas narran la violencia recibida. Ustedes serán los lectores de ese idioma". Yo me tomé esas palabras al pie de la letra. Hoy sé que no solo

leo ese idioma: lo traduzco para los vivos, para los jueces, para las familias que necesitan entender qué pasó. Alguien me llamó una vez “el médico de la muerte”, pero yo no atiende a la muerte; atiende a quienes la muerte ya visitó. El muerto no es mi paciente, es mi testigo. Y como todo testigo, merece ser escuchado con respeto y con verdad.

-ER: Más de cinco mil autopsias en su haber. ¿Hay algún caso que le haya marcado de manera particular, de esos que se quedan con uno para siempre?

-JC: (Hace una pausa) Una niña de siete años, vestido azul marino, coletas con ligas rojas. Llegó una madrugada de octubre, sin identificación, sin familia, sin nadie que preguntara por ella. En la sala de necropsias, mientras realizaba la autopsia, encontré en el bolsillo izquierdo de su chamarra una estampa de la Virgen de Guadalupe, gastada, doblada en cuatro, con las esquinas redondeadas de tanto tenerla entre los dedos. En ese instante supe que mi trabajo no termina con el informe pericial. No podía dejarla en el frío de una fosa común. Investigué tres días: revisé reportes de desaparición, caminé por delegaciones, llamé a servicios sociales. Finalmente localicé a su abuela en un barrio de Nezahualcóyotl, en una casa de lámina. La estampa era de ella.

Se la había regalado cuando la niña aprendió a persignarse. La abuela llevaba una semana buscándola sin saber dónde acudir. Ese día comprendí que los muertos nos piden, sin voz, que los devolvamos a los suyos. Que la última caricia puede ser el reencuentro. Desde entonces, en cada cuerpo sin identificar, busco la estampa, la carta, la cicatriz reconocible. No siempre la encuentro, pero la búsqueda me mantiene humano.

-ER: Muchos años viendo lo que nadie quiere ver. ¿Se acostumbra uno a la muerte? ¿Se puede convivir con ella sin que termine por colonizar la propia vida?

-JC: (Apoya los codos en la mesa, entrelaza los dedos) Miento si digo que sí. El que se acostumbra ha muerto por dentro. Aprendes a respirar, a poner una pausa emocional, a desarrollar una coraza profesional. Es una necesidad de supervivencia. Pero cada cuerpo encierra un mundo que se extinguió: una historia de amor truncada, un proyecto inconcluso, una canción que ya no cantará, una palabra que quedó a medio decir. La rutina es el verdadero enemigo del forense; cuando el cadáver se vuelve “el de la mesa tres”, algo humano se ha perdido. Por eso procuro nombrarlos, aunque sea en silencio. Antes de la incisión, digo su nombre si lo sé, o si no, digo “tú”. Me tomo un segundo para recordar que allí hubo un corazón

que latió, unos ojos que miraron el sol. Eso me ayuda a no convertirme en un técnico de la desolación. Pero no, no me he acostumbrado. Cada muerte infantil me desgarró, cada suicidio me confronta con la pregunta de qué falló, cada feminicidio me llena de una rabia que a veces me cuesta contener. La muerte no se normaliza; se aprende a mirar de frente, pero no se le pierde el respeto.

-ER: ¿Qué opina de la medicalización actual de la muerte, la eutanasia, el suicidio asistido?

-JC: Es una tragedia silenciosa y profunda. Hemos secuestrado la muerte de los hogares, la hemos aislado en hospitales, la hemos vuelto aséptica, técnica, casi invisible. La gente ya no sabe morir ni acompañar. He visto morir a mi padre en una cama de hospital, rodeado de plásticos, alarmas y una enfermera que pasaba cada cuatro horas. Estaba solo. Eso no es morir con dignidad, es morir en la burocracia. Perdimos los rituales, y quien pierde los rituales pierde también el consuelo. En comunidades que he visitado por trabajo, la muerte aún se vive en comunidad, con velorios largos, con café y pan, con llanto compartido y con relatos de la vida del que se fue. Allí duele, pero no se padece en soledad. La pandemia nos dejó en evidencia: miles murieron sin un rostro que los despidiera, sin una mano que les cerrara los ojos. Eso no es civilización, es abandono. Mi labor, en cierto modo, es un acto de resistencia contra ese abandono: devolverle a la muerte su carácter humano.

ER: Durante la pandemia, su trabajo se

intensificó de manera brutal. ¿Cómo vivió esos meses y qué aprendió de ellos?

-JC: (Respira hondo) Fueron años... Las neveras del SEMEFO se llenaron. Hicimos autopsias con doble equipo de protección, bajo temperaturas extremas, con jornadas de dieciséis horas. Recuerdo una noche, más de cuarenta cuerpos en un solo día. Llegaban en camiones refrigerados, algunos con bolsas negras, otros con sábanas. En medio del cansancio, comprendí que la muerte no era individual sino colectiva, que estábamos asistiendo a una herida nacional. Aprendí entonces que el forense también es un historiador: cada cuerpo era una página de esa tragedia. También aprendí algo más duro: que el sistema puede colapsar, que la dignidad es lo primero que se sacrifica cuando los recursos se agotan. Tuvimos que priorizar, y priorizar significa elegir a quién identificar primero, a quién devolver. Eso pesa. Una noche, después de una autopsia múltiple, me senté en el patio trasero y lloré. No por debilidad, sino porque si no lloraba, me volvía parte de la maquinaria.

ER: Desde su experiencia, ¿cómo definiría la muerte en términos científicos y en términos humanos?

JC: La muerte no es un instante, es un proceso. Biológicamente, es la disolución de un sistema integrado. Pero filosóficamente, es la interrupción de un relato. Un ser humano es una historia que se cuenta a sí misma, un libro que se escribe cada día. Cuando esa historia se interrumpe, el cuerpo se vuelve archi-

-vo antes de que el polvo lo borre. En lo humano, la muerte es el espejo de la vida: nos obliga a preguntarnos qué hicimos con nuestro tiempo, a quién amamos, qué dejamos. No es el final, es el punto y aparte que otros tendrán que leer.

ER: Usted ha mencionado varias veces la palabra “dignidad”. ¿Qué significa la dignidad en el trabajo forense?

JC: Dignidad es tratar al muerto como si fuera un familiar nuestro. Es cubrirlo después de la autopsia, es no apresurarse, es hablar con respeto aunque nadie escuche. Es devolverlo a los suyos con su nombre, con su ropa, con sus pertenencias. Es no dejarlo en una fosa común sin haber hecho todo por identificarlo. La dignidad también es honestidad en el peritaje: decir la verdad aunque incomode al juez, al fiscal o a la prensa. Porque el muerto ya no puede defenderse; su cuerpo es su única voz. Si el forense traiciona esa voz, se convierte en cómplice de una injusticia. He tenido que declarar en juicios donde mi informe iba contra intereses poderosos. Nunca he modificado una palabra.

ER: Para terminar, doctor, una reflexión sobre su oficio y sobre lo que le ha enseñado.

JC: La muerte es una maestra severa pero justa. Nos recuerda que todo lo que amamos es prestado, que cada día es un regalo. Mi oficio consiste en mirarla de. Los muertos no hablan, pero dejan señales. Mi trabajo es encontrarlas, interpretarlas y devolverlas a los vivos. No hay misterio, solo dignidad (se levanta y camina hacia la ventana, un silencio)...

Mire, Eduardo, afuera sigue la ciudad, con su bullicio, sus prisas. La gente pasa junto a este edificio sin mirarlo, como si la muerte no fuera con ellos. Pero la muerte va con todos. Solo que algunos, como yo, hemos aceptado sentarnos a conversar con ella.

ER: Doctor Julián Castellanos, gracias por su tiempo, sus palabras y profundo mensaje, por abrirnos la puerta de este lugar que tantos evitan, pero más por el bello regalo que significa este momento.

JC: Gracias a usted, Eduardo. Por recordar que los muertos también merecen ser escuchados. Y por venir hasta aquí, a este edificio que algunos evitan, a preguntar por ellos. Es un acto de humanidad que no olvidaré. Que estas palabras encuentren a quienes necesitan oírlos.

Estreché la mano del doctor Castellanos, su rostro esbozó una sonrisa cordial, elegante. Su cabello gris me hizo pensar en mi padre.

**LA SOMBRA DE
PROMETEO**

ARTES





El vuelo de Khiam
Daniel Molina Ruffini

Material: acrílico y fondo digital.
2025

En un cielo crepuscular teñido de púrpura y naranja, un segador encapuchado con guadaña ensangrentada cabalga un águila gigante de alas blancas sobre un mar glacial y acantilados de hielo. La luna oscura vigila el vuelo inexorable. Esta imagen encarna la muerte como el gran cierre de la existencia: un viaje frío, majestuoso e inevitable que arrastra el alma desde la calidez de la vida hacia el vacío eterno. El águila, símbolo de libertad y poder, se convierte en mensajera que transporta lo mortal hacia lo desconocido, recordándonos que la finitud no es fin, sino el umbral donde la existencia se disuelve en el silencio cósmico.





El crepúsculo de Elhazer
Daniel Molina Ruffini

Material: acrílico y lápiz al pastel.
2025

Bajo una luna inmensa que ilumina un paisaje montañoso y un mar agitado, una mujer alada como mariposa monarca emerge del agua con los brazos abiertos y la mirada extasiada hacia el cielo. Sus alas multicolores simbolizan la existencia como un vuelo efímero y vibrante: nacer, transformarse y brillar en un instante de pura belleza antes de disolverse. El agua que salpica sus botas representa el ciclo eterno de la vida que fluye, renace y se funde con la muerte, recordándonos que cada latido es un baile entre la luz radiante del ser y la inevitable oscuridad que lo acoge.





Título: Raíces y Vuelo Eterno
Benjamín Reyes Navarrete

Tinta de café y acrílico sobre lienzo
Año: Sin especificar
Lienzo con acabado brillante

En una atmósfera sepia y terrosa, un robusto árbol desnudo se alza solitario a la izquierda, símbolo de la existencia arraigada en la tierra, la vida que se aferra y resiste. Dos aves vuelan libres hacia las montañas distantes del horizonte, encarnando la muerte como liberación y tránsito inevitable hacia lo desconocido. La obra de Benjamín Reyes Navarrete captura la dualidad esencial del ser humano: la permanencia temporal del cuerpo y el vuelo definitivo del alma, recordándonos que toda existencia es un breve reposo antes del eterno viaje.





En el recuerdo te acompaño
José Benjamín Reyes Navarrete

Acuarela sobre papel
Junio 2024

Descripción:

En un fondo de suaves nubes azules, un cráneo dorado con lágrimas de oro derramándose por su rostro se presenta acompañado de dos vibrantes rosas rojas. Con gran sensibilidad, Benjamín Reyes Navarrete nos habla en “En el recuerdo te acompaño” de la relación profunda entre la existencia y la muerte. El cráneo simboliza la inevitable finitud del ser humano, mientras que el oro brillante y las rosas representan el amor y la memoria que mantienen viva la esencia de quien se ha ido. La obra nos recuerda que, aunque la muerte nos separa físicamente, el recuerdo se convierte en un lazo eterno que nos permite seguir acompañando y siendo acompañados por nuestros seres queridos.





Amiga
Jorge Etcheverry

Paint 3D (dibujo digital)
Dimensiones: 1096 × 784 píxeles
Formato: PNG

Descripción:

Sobre un vibrante fondo magenta, una figura femenina de largo cabello negro aparece con los ojos cerrados en una expresión de serena entrega. Su cuerpo se encuentra envuelto en líneas negras fluidas que semejan telas o lazos. En “Amiga”, se personifica a la muerte como una compañera íntima y compasiva. La obra explora la existencia como un trayecto de ataduras y libertad, donde la muerte no llega como enemiga, sino como la amiga que nos acoge con paz al final del camino vital, invitándonos a aceptar el tránsito como parte natural de nuestro ser.





Alas del Tránsito
João Amoêdo Pinto
Portugal

Óleo sobre lienzo (con abundante empaste e impasto)
2022

Descripción:

En un torbellino caótico de rojos incandescentes, negros profundos, dorados luminosos y azules turbulentos, emerge una poderosa figura alada envuelta en gruesas pinceladas expresivas y denso empaste. La obra captura el instante dramático del tránsito entre la existencia y la muerte: un ser mítico en pleno vuelo o caída, donde alas de fuego y sombra se funden en un vórtice de energía primordial. Los trazos enérgicos y el movimiento convulsivo transmiten la lucha intensa, la liberación y la transformación final del alma, recordando que todo ser vive su último y magnífico paso hacia lo eterno.



LA SOMBRA DE
PROMETEO
LITERATURA



UNA MUERTE INESPERADA

POR AUGUSTO VILLABLANCA



“¡Todos vamos a morir, todos vamos a morir!” gritaba el protagonista mientras veía una película basada en un inminente escenario apocalíptico, y pensándolo bien, es una verdad dura, pero triste y absoluta; antes, durante, o después, en algún momento, a cualquier edad y en distintas circunstancias, con calor o frío, sin importar el estatus social ni económico o cultural del individuo, en un lugar determinado, a veces hasta seleccionado, o de improviso. Pero no podemos evadir el hecho que vamos a morir, y es nuestra responsabilidad prepararnos para esta ocasión, un acontecimiento triste pero inevitable, aceptarlo, y adoptarlo como una parte del ciclo natural del ser humano, un cúlmimo al periodo de nuestras vidas.

Algunos mueren al nacer, otros viven muriendo, física o mentalmente, otros que nunca quisieron vivir, o se fueron decepcionando con la vida a medida que las frustraciones les fueron superando, y hay quienes son amantes de la vida, y hacen todo lo posible por elongar esa plenitud, en distintos grados de riesgos, o tomando toda medida de seguridad, incluso hay algunos que alcanzan los cien años de vida o más, mientras otros dicen no tener miedo a la muerte, y están en constante pugna con ésta.

Entre todos éstos, están los más afortunados, nacidos en familias económicamente solventes, quienes se dedican a deportes de extremo peligro, esquiar en nieves vírgenes en lugares donde sólo se puede acceder en helicóptero, o caer desde altas montañas equipados con trajes especiales que les permite volar a velocidades incomprensibles. Pero también están aquellos que nacieron en ámbitos negativos, con padres atrapados por la drogadicción, familias disfuncionales en donde crecen casi por inercia, sin importarles realmente la vida, viendo cómo otros disfrutaban de bienes materiales inalcanzables para ellos, y en algún momento de sus frustradas vidas, deciden acceder a estas “cosas” de forma arriesgada e ilícita, pero de alguna forma válida para su nivel de comprensión.

También existen varios que mueren matando a otros, impulsados por poderes que les hacen creer que su muerte es por una buena causa, protegiendo una línea imaginaria aunque en realidad es el interminable egoísmo y ambición de algún otro por controlar las economías externas.

Pero al final del camino, o incluso antes, la muerte es inevitable y nos llega a todos, en el momento me-

-nos esperado, porque en lo cotidiano, nuestro instinto de supervivencia nos empuja a nunca pensar en esto, y hacemos de nuestras vidas complicaciones forzadas para evitar pensar en qué es lo que nos depara el futuro, incluso de las posibles causales de nuestro deceso. Pero es una ineludible y a la vez triste realidad, aunque nos cueste admitirlo, o incluso hablar sobre el tema, y es deprimente, aunque la pena es sólo para los que sobrevivimos por un tiempo más en este planeta, difícil para los que sufrimos la pérdida de un ser querido o amado, quedarnos con el vacío que nos deja en el corazón, porque este ser tenía un lugar reservado en nuestros diarios quehaceres, lo habíamos integrado a ser parte de nosotros. Reímos y lloramos juntos, le considerábamos para juntarnos a comer, a trabajar, ilusionamos con fantásticos viajes, o planeamos construir una casa, comprar un auto, visitar hermosos lugares, en fin, es (o en este caso “era”) en realidad, parte importante de nuestras cotidianas vidas, y de pronto ya no está, a veces sin siquiera darnos tiempo para preparar su partida, porque este evento era lo que menos pensábamos ni esperábamos, y es aún más doloroso cuando nos damos cuenta que no volverá.

En la antigüedad, en distintas cultu-

-ras alrededor del Mundo, la muerte siempre tuvo un significado y consideración especial, sobre todo para las altas autoridades de las civilizaciones desarrolladas, líderes y poderosos que gastaban sus fortunas en chamanes o sacerdotes, quienes a su vez dedicaban sus vidas al estudio de la espiritualidad y el más allá, y por ende estas tendencias y rituales se verían reflejados en el resto de la sociedad que les sucedían, como por ejemplo en la civilización egipcia, quienes momificaban los cuerpos de los faraones para posteriormente re encarnar en éstos mismos, conservando incluso sus pertenencias más preciadas, o dejando en las tumbas mortuorias algo de comidas para el viaje a lo desconocido, según ellos, a una segunda morada.

Por otro lado, en la Europa de la edad media, más específicamente entre 1345 a 1352, la Peste Negra fue una terrible plaga bacteriológica que eliminó a un promedio estimado de entre 180 a 200 millones de personas, y los datos históricos dicen que ciudades enteras quedaban inundadas de cadáveres, los que eran comúnmente vistos esparcidos por las calles, haciendo que la muerte se transformara en parte de la vida cotidiana de quienes sobrevivían, y

recoger éstos cuerpos inertes por la ciudad se convirtiera en un trabajo remunerado y un cotidiano quehacer.

En la antigua cultura mexicana y hasta la actualidad, los familiares veneran a sus muertos una vez al año, incluso algunos los sacan de sus tumbas para compartir con los cuerpos ya descompuestos de sus seres queridos, como si éstos tuvieran la capacidad de comprender desde el más allá. En cambio, en una pequeña comunidad de islas en Indonesia de nombre Toraja, existe la tradición de mantener los cuerpos inertes de los seres queridos por mucho tiempo, conviviendo a diario con ellos entre 5 a 10 años hasta que la familia directa del cadáver (a quien dicen estar enfermo) pueda reunir dinero suficiente para una gran celebración, en donde se sacrifican búfalos, cerdos y muchos más animales. Mientras el cuerpo del familiar permanece en casa, es tratado como si estuviera con vida, se sientan a la mesa a comer, se les ofrece cigarrillos, incluso duermen en la misma habitación con otros miembros del clan familiar, y sólo hasta que la familia está lista con los costosos preparativos funerarios, es declarado como fallecido. O también en el Tíbet, en donde monjes budistas desmembra a sus fallecidos para alimentar a los buitres y así sus cuerpos son de-

-vuelto al ciclo natural de la vida.

Mientras veía en la televisión sobre de estos interesantes documentales en el History Chanel, recostado sobre mi cama, me di cuenta que las uñas de mis pies ya habían crecido, y me causaba algo de molestia en los zapatos, por lo que decidí buscar en el cajón del velador un corta uñas. Sin fijarme, y aún concentrado en la interesante información y conocimientos de éstos documentales, hice un corte un poco ajustado a la piel viva que rodea mi dedo gordo del pie izquierdo. Auch! dolió, y una pequeña gota de sangre comenzó a correr por la planta de mi pie, pero antes de que ensuciara la colcha de la cama, la limpié y no le di mayor importancia. Busqué rápidamente un “parche curita” para cubrir este pequeño corte en el sangrado del dedo gordo del pie izquierdo, y así evitar manchar las sábanas de la cama al acostarme a dormir. Terminé con el resto del cuidado de mis pies, y después de un rato ya se había terminado este documental. Me quedé pensando en cómo sería mi muerte, cómo será ese día cuando mi existencia, o al menos la parte física y mi cuerpo, ya no será como tal, como la conozco desde el día que mi madre me vio nacer, o al menos desde los dos años, el tiempo cuando ya comienzas a tener un poco de memoria conciente, y del ambiente que nos rodea, cuando empiezas a reconocer a tus familiares, balbucear algunas palabras locas, o memorizar algún evento o circunstancia extraordinaria de la vida, la cual dejó una marca profunda en nuestro ser.

Al día siguiente amanecí con los pies completamente mojados, mi cuerpo estaba helado y tenía mucho frío. Una fuerte sensación de mareo que invadía mi mente y pensamientos me hacía imposible intentar comprender esta situación. Abatido por el enorme cansancio, apenas pude sacarme de encima las sábanas y frazadas. El fondo de la cama estaba empapado en sangre, y me acordé del pequeño corte del dedo gordo en el pie izquierdo. ¡Claro! pude darme cuenta que me estaba desangrando, y mi vida, así como decía el documental de la noche anterior, llegaba a un fin, a una muerte inesperada.

LA CREACIÓN DE LA LUNA

CARLOS CRISTIAN ITALIANO

En la noche de los tiempos, cuando solo estaban las estrellas, hubo en el monte unas serpientes luminosas que reptaban. Al pasar iluminaban a los búhos y las calandrias cantaban confundidas creyendo que era de día. Orgulloso, cada 28 días el dios creador las reunía para mirarlas desde el cielo. En ese momento la luz se esparcía por todo el monte y entonces los otros animales chillaban y se movían contentos. Pero después de muchísimo tiempo el dios supo que estaba por morir y se dijo: “¿Qué pasará con estas serpientes cuando yo muera?, ¡ya jamás se reunirán y el bosque quedará por siempre oscuro!”. Jamás escucharían su llamado. Por ese motivo decidió a su muerte convertirse en Sol y a las serpientes las transformó en Luna. Para que haya luz y día, y cada 28 días, por siempre en las noches, él pudiese reunir las para iluminar el monte.

EL RECUERDO DEL OLVIDO

CARLOS PUENTES



Los recuerdos son para compartir, pero, cuando no hay quién los cuente, solo se convierten en olvido y mentiras. En el pueblo se sabía que lo que viene de la loma caminó desde el infierno. Aquello es malo, terrible y nadie debe hablarlo. Quizá, por eso cuando el visitante descendió la loma para ver a su amada y llegó al pueblo nadie salió a recibirlo. Ni ella y mucho menos el sol quien se ocultaba tras las nubes. En la distancia, el hombre era solo una figura oscura. Un fantasma rodeado del rumor de que los muertos no deben volver.

Las calles hundidas en arena apenas dormían en el silencio, pues el hombre, al caminar en ellas dejaba sus huellas y estas como espíritus lo seguían. Gritó al viento el nombre de su esposa, pero la brisa al pasar solo le deformaba sus pasos en la tierra y el extranjero, al detenerse y mirar atrás, encontró que frente cada casa sus pisadas dejaban una historia diferente.

En la que era un jardín de niños encontró que sus pisadas lucían borrosas, casi ausentes como la ilusión de un oasis en el desierto. Asustándose, corrió para olvidar esas huellas. Pero el destino, siguiéndolo fue marcando cada paso suyo sin piedad.

En un hogar colorido con cuadros familiares no dejó nada. En otro con retratos infantiles marcó huellas mojadas como lágrimas y en últimas, al llegar al parque no vio sino los pies de un niño. Allí, el miedo descansó para dar paso a unos latidos que le hicieron respirar amables recuerdos de juventud.

Se recordó subido en un tobogán y cayendo hasta llenarse de arena los pantalones. A un lado, en un pasamanos, se vio trepado imaginando que el suelo era de lava y, al mirar los columpios, sonrió. “Allí fue donde nos conocimos, Ariel. Jugábamos a construir castillos y a volar saltando”. Respirando despacio, comprendió que aquellas todas esperanzas eran él, que a su juicio era una buena persona y siempre la había amado. Confiando en su fe anduvo dejando huellas por las calles.

Las pisadas optimistas lo siguieron y su soledad era ahora compañía. Sabía que si nadie nacía a su encuentro no era sino por las creencias y fantasías. Él era amable, sano y quien viese sus marcas en la arena lo sabría. Pero su paz, frágil como el silencio que lo rodeaba, desvaneció al caer en su rostro una gota, luego sereno y lluvia. Al detenerse y mirar atrás, encontró al cielo disparándole a su rastro.

En las calles la arena sangraba derramando arroyos, entre las casas las cigarras comenzaron a cantar música negra y su letra, tan triste como melancólica, provocaba

en las nubes el dolor que aquel hombre con palabras no podía expresar. Al correr cayeron tras sus huellas rayos. En la lejanía los truenos ensordecieron sus gritos y al detenerse, para mirar sus pisadas, una centella le imprimió su sombra en todas las casas.

Golpeó todas las puertas, oprimió cada timbre hasta ahogarlos, tiró piedritas en las ventanas hasta construir montañitas y en algunas forcejeó buscando llamar la atención de un mal comentario. Pero solo vino nadie.

Bajo el tejado de una casa el extranjero tomó un último aliento más. En medio del tiroteo de las gotas, él suplicó clemencia golpeando una puerta. El sonido en el interior revoloteaba como murciélago. Sus puños en la madera vibraron, las centellas cayeron atrás suyo y entonces, del otro lado la puerta se abrió. Una voz empolvada le correspondió: “Adelante, aunque no seas bienvenido”.

Un trueno le borró al hombre sus colores y al ingresar solo había negro. Sin ventanas, cortinas ni luces, el interior le pareció ser una caída hasta que la voz, aterrizándolo, le hizo saber dónde estaba. En la penumbra pudo ver con su memoria a la señora de la casa:

— Nunca dejaste de llamarme bruja, pero esa a mí nunca me importó porque mi hija te amaba.

Las expresiones en la voz hacían sentir al extranjero el frío de un recuerdo escalándole las piernas.

— “A veces me dan impulsos de arruinar nuestra felicidad, no matándola, sino quitándole la vida”. Es lo que siempre repetías entre líneas cuando preguntaba cómo ibas con Ariel.

Él intenta garabatear alguna palabra con la lengua, pero ninguna idea sale.

— ¡Ah! Disculparse es tan sencillo. Lo percibo en tu silencio, pero aceptar que allí hay paz es estirar esta mentira. Una que ha durado muchos recuerdos. Lo sé porque cuando nos visitabas nunca soltaste esa expresión donde mirabas la ventana como una puerta. Pensando que allí podrías volar y no caer. Lo peor es que ella te siguió y solo uno voló.

La lluvia en el tejado se filtra, algo como gotas o lágrimas parecen bajar del rostro del visitante mientras habla la madre.

— Volvían acá sosteniéndose de la mano. Ella agarrada a la tuya y tú tirándola como una cuerda. Ariel hablándome de aquellos días tiernos mientras que tú le sostenías el vuelo con mentiras. El matrimonio, una familia, mi nieta. Todo estaba junto y nada unido.

Él intenta hablar y soltar alguna defensa, pero el escudo que ha sostenido ahora le pesa. El silencio es un ruido que no deja de escuchar.

— El día en que dejaste de visitar no nació la felicidad. El peso de la falsedad acabó por aplastarle las alas a mi Ariel.

Jamás fue plenamente feliz y cuando a su alma no le quedaron más plumas cayó en ese sepelio donde tú nunca estuviste, pero al tuyo, ¡ja! A ese sí asististe temprano al día siguiente. Atreviéndote a buscar allá lo que has botado acá.

Nadie habla en la sala. En la oscuridad solo se escucha un frío silencio.

— Cuando abra la puerta subiré a dormir y tú solo este pueblo encontrarás para aprender que hay cosas peores que olvidar. Mi hija está allá, esperando por ti mientras que tú sigues acá, creyendo que esperas por ella.

El hombre iba a alegar, pero al crujir de la puerta entró la luz y se descubrió a sí mismo solo en una sala vacía. Al salir, aunque el cielo estaba gris ya no llovía o tal vez sí. Dentro de él no sintió su corazón latir, sino gotear. “No olvidaría jamás a mi esposa. Yo la amo”. Se decía mirándose en el charco, pero allí no vio a nadie.

En el pueblo se sabía que lo que viene de la loma caminó desde el infierno. Aquello es malo, terrible y nadie debe hablarlo. Quizá, por eso cuando el visitante descendió la loma para ver a su amada y llegó al pueblo nadie salió a recibirlo. Ni ella y mucho menos el sol quien se ocultaba tras las nubes. En la distancia, el hombre era solo una figura oscura. Un fantasma rodeado del rumor de que los muertos no deben volver. Tenía en su historia una gran virtud, un fuerte deseo y una terrible condena, pero los recuerdos son para compartir y cuando no hay quién los cuente, solo olvido y mentiras son.

CONSUELA EL TÓRRIDO HABLANTE

ALEJANDRO ZAPATA ESPINOSA



De los arrepentimientos que mencionas, sanvicentino, trataremos algunos en forma tal que, si nos consideramos ficción, tendremos razones, dirás maniobras, para engañar al ejecutivo y tratar de ambos, de ti en los adioses ochenta. Estamos en las Carolinas, me llevaste en una foto dedicada, en la banca pensativos a manglar, tú pusiste, y rememoro, o se presenta la conversación que dejamos sin más, la que cerraba con mi distancia, la imposibilidad de ayudarnos. Porque avanzaba la cuerda, y en despedida, alguno deberá asumir, no lo hemos dicho, el entierro del otro, la palabra que asuma, retomando la unidad que depende, ya muerta, de los desperdicios (marinero-ancla) a los que dimos cuarto.

—No siempre aquí estaremos.

—Dígalo mientras pasamos.

En contra, yo fraseando su despliegue en «instantes, uno a uno, que pasan sin remedio» (seguíamos, traspasando tiempos, en la ética de Zambrano, porque lo leí en clave de estertor, así que somos tres, «Cuarenta si le da la gana»: sabías los golpeteos isleños de coro), y en contra de aceptar «la muerte de la rosa, de la frágil belleza de la tarde, del olor de los cabellos amados, de eso que el filósofo llama “las apariencias”». Nos oponíamos como no sabíamos, sino que nos dejábamos hacer por la insolación, La pasada Playa de buñuelo con tendero que ¿en dónde existe más que ahora,

—Martes. Noviembre. Como sospecho que mi óbito se va a dar en pocos días o meses, deseo sean tenidos en cuenta, aspectos que sean acatados por mis hijos y familiares: 1) que al cambiar la ropa que tenía sea vestido por persona desconocida y sea incinerado.

—¿Por qué «desconocida», a la suerte? Estarán sus pagos, hasta podrá la caridad del nunca visto.

—Muy fácil. El que me conoció, podrá vestirme, y tendrá idea, se irá del momento para imaginar dónde, en qué valles o avenidas he llevado, me ha sufrido el cuerpito. Que se acabó. Muy diferente al don nadie que seré para el que no me conoce. La persona encargada, primo en Jesucristo, me va a vestir dando lugares universales a mi cuerpo. Usted dice las Carolinas y se embala; él dirá muñeco y: casa, aeropuerto, fila, hospital, inodoro, pocillo, barbería, extracción de colon, accidente. Es decir, lo que él se imagina en mí, todavía sin llegar a donde he acabado: si me toca el codo, se toca el codo; si me rasura, se rasura, con la diferencia de que a él le sale sangre, y a mí, para lo único que sirve estar frío, no.

Y leemos que «lo más irrenunciable para la poesía es el dolor y el sentimiento; por eso la poesía mantiene la memoria de nuestras desgracias»: las que tratamos. En rifa, nos valió dicho y compostura, y se despega lo nuevo en viejo a cambio de intensa misericordia: por lo ido, por nosotros que desenca-

-lambramos el bésame con nombre. Recordando el final, preferimos a las olas sobre los columpios. Ya nadie que pegue la gripa; el desconsuelo de no haber logrado lo dicho, que no hace parte de nuestro mundo.

Si «el poeta es fiel a lo que ya tiene», y no se «encuentra en déficit como el filósofo, sino, en exceso, cargado, con una carga, es cierto, que no comprende», y entramos a la sesión de recompostura, ¿por qué no desamarrar el odio?

—Últimamente procuro escribir, ¿me vio en el hotel?, a la espera permanente de la musa, o la palabra que se desgrane, se derribe la alta cima de la montaña que en ochenta años de ha erguido, para que se abra, el boquete, la llave.

—No lo vi.

—Porque no estabas.

—Estuve, que tampoco fue verte en el escritorio.

—Algo dices, pero tampoco fuimos. Escribo sobre El Isleno que rescaté de la basura.

—Bien, sigamos con el adelanto: hable, bombee, tírele a la cara del interlocutor un resto de maíz.

—Entonces 3) que la clave de la cuenta bancaria la encuentran escondida en el libro de cuentos Cuando los escritores mueren, páginas diecinueve y cuarenta y seis. Remitirse al auxiliar de editor...

—... ¿que gana un porcentaje?

—Que los enviará al número bancario: no lo acosen.

Entre medias, banquillos, reposito-

-rios, recuerdas muy bien cuando eras habitación y ahora te han abandonado. Lo digo en pienso de la nostalgia que buscabas, y cómo si partieron en usted esa cavilación nacional del medio embriagado: la vanguardia y el presente en sus conferencias, repartiendo el mensaje de los pies al órgano.

—Atravieso la barrera, entiendo que son días que me faltan para despedirme, aunque, la despedida se ha gestado trescientos sesenta y cinco por ochenta abriles, la vida es un despedirse, todo día. Cada día.

Surge entonces la proclama, ya ardor y costura, para levantarnos y repetir con los pies entre el mar y arrodillados. Y la nota del bolsillo de la camisa, húmeda por tambor que zarpa, dice: «No te separes, en suma hacedor de fantasmas, de los más nimios y por ello preciosos detalles, de este fantasma tan real para mi corazón, para mis ojos: este fantasma, estas apariencias, más reales que ninguna otra cosa en el mundo».

—La cama se la dejo a Ifigenia.

—Todavía no: aún concibes.



EN UN SEGUNDO

DIANA MESA



El teléfono sonó insistente. Jennifer entreabrió un ojo para alcanzarlo. No quería saber quién no desistía en llamarla. Era madrugada y ella necesitaba descansar, aislarse del mundo. Apretó el botón de apagado y lo tiró al fondo de la gaveta de su mesa de noche. Se acomodó para retomar el sueño mientras hundía su cabeza bajo la almohada de plumas.

Concentrada en su interior, proyectó la imagen del árbol que la ayudaba a apagar sus pensamientos. Le urgía encontrar un poco de paz. El botón del off de su cerebro. Necesitaba olvidar su día, su presentación frente al comité de elección de las licitaciones, su fracaso al perder el contrato para la trasnacional en la que trabajaba. Vergüenza, rabia, se le acumulaban alrededor del cuello, le exprimía el aliento. Como una película, el momento del fallo alternaba con la cara de felicidad del vencedor. Se contuvo para no dejarse arrastrar por la hiel que la envenenaba. Las palabras: imbécil, abogadoucho de pacotilla, hormiga de barrio pobre, daban vueltas en su boca deseosas de saltar sobre la cara del hombre. Pero lo último que haría era descender a ese nivel. Y menos, que el mestizo, graduado en la universidad pública, se regodeara a su costa. Tenía que cuidar su profesión, era lo único que le quedaba. Su matrimonio se había roto como una copa de cristal estampada contra el piso y ni el amor por su hijo se había salvado.

El joven, que parecía querer castigarla por su dedicación al trabajo, había optado por mantenerse distante.

A esa hora, a las afuera de la ciudad, en el barrio latino, la puerta de la casa de Carmen retumbaba bajo fuertes golpes. John, impaciente, descargaba sus puños contra la endeble madera. Nadie respondía. Probó alzando la voz. Gritó el nombre una y otra vez. La respuesta continuaba siendo el silencio. En la casa de lado una luz se encendió, la cara somnolienta de una señora mayor se asomó por entre las hojas de una ventana. En inglés, apenas entendible, gritó:

—Hey, you! ¿No ve la hora qué es? ¿Qué quiere?

—Sorry, busco a Carmen... It's urgent —respondió John sin dejar de golpear la puerta.

—Va a romperla y por gusto, mijo. Ella no está. Se queda en casa de su patrona. Pero es extraño que Susanita, la niña, no esté...

—Oh! Lo olvidé... Sorry, yes? —dijo John, mientras giraba sobre sus pasos de vuelta al coche que lo había llevado hasta allí—. To Alex home, please... —indicó al amigo que hacía de chófer.

Cuando arrancó el auto, se cubrió el rostro con las manos. La noche había sido larga y el cansancio se le mezclaba con las lágrimas que se asomaban a sus ojos. En su corta edad jamás pensó vivir algo así.

Una vuelta, otra vuelta. Sobre el lado derecho, sobre el izquierdo.

Bocaarriba, bocaabajo. El somnífero no había funcionado. El cerebro de Jennifer no encontraba descanso. Un presentimiento la retenía del lado de la consciencia.

Recordó el iPhone, en el número que insistía. Lo buscó en la gaveta para encenderlo. Dudó. «¿Y si era un cliente? ¿Y si eran sus jefes?»

No. Lo arrojó al fondo de la gaveta, que cerró con desgano. Un suspiro largo y profundo se liberó de su pecho. Necesitaba sosiego. Sus ojos se pasearon por el techo mientras escrutaba en sus pensamientos algún recuerdo feliz que fracturara la pesadilla que estaba viviendo. Nada. Imposible.

«Esta preocupación será por Alex? He mirado en su cuarto y está durmiendo... Hoy ha sido un día de locos, solo es eso. Todo está bien», pensó.

Carmen dormía. Agotada. Como cada día se dejaba caer sobre la cama con los ojos ya cerrados. Como si le hubieran dado KO. Si Jennifer la hubiera visto moriría de envidia. Su criada dormía mientras ella suplicaba por un poco de descanso.

Sí, Carmen era la empleada, la criada, la sirvienta. La vida se le iba limpiando, organizando, sacudiendo, incluso cocinando para Jennifer, en aquella casa que parecía un palacio. Despertaba antes del alba, y su descanso

despendía de los caprichos de sus patrones. Dormía en un nimio cuarto, detrás de la cocina, en el fondo de la casa. Allí era su refugio, el único lugar donde su cuerpo podía hacer catarsis para renacer en pocas horas con la fuerza necesaria para enfrentar el largo día de trabajo.

Miles de veces había pensado en renunciar, pero ella y su hija, Susana, dependían del vital salario. Tampoco olvidaba que gracias a su patrona Susana podía estudiar en una buena escuela. Aun así, los años le pesaban. Los sinsabores se le iban acumulando al punto de pensar en dejarlo para siempre. Su hija crecía a la deriva, cuidada por los vecinos. No era justo para ninguna de las dos. Cada noche miraba la foto de la muchacha en su cumpleaños dieciséis y soñaba con el día en que todo fuera diferente. Ya quedaba poco para que Susana terminara el High School. Y si lograba la beca, estudiaría Derecho como su patrona. Entonces, pensaba, para su hija habría valido la pena el sacrificio de viajar dos horas diarias para asistir a la misma escuela del hijo de Jennifer, y luego volver a una casa completamente sola.

—Si Juan no nos hubiera dejado —se decía—. El muy maldito nos abandonó, sin dinero, con hambre, en la calle, y este fue el único trabajo que apareció. Por su culpa nuestra hija ha estado tanto tiempo

Ya amanecía cuando John llegó a la residencia. El teléfono de la madre de Alex, y que este le había dado solo para alguna urgencia, lo llevaba continuamente al buzón de voz. Al bajar del auto, corrió a la puerta a tocar el timbre.

Susana y Alex eran sus mejores amigos. Los tres Mosqueteros del High School. Inseparables. Alex era su compa desde pequeño, luego se sumó Susana al comenzar la secundaria. Enseguida la afinidad se transformó en gusto, en romance, en amor, entre su amigo y la muchacha. Poco importó que fueran de mundos diferentes, eran almas gemelas, flor y primavera, abeja y miel. En un inicio, John sintió celos, mas comprendió que la joven había llegado para hacer más fuerte la amistad entre ellos. Él se convertiría en el amigo que guardaba el secreto de aquel amor prohibido. La justificación perfecta en las salidas de los enamorados. Lleno de desesperación, pulsó el timbre una vez y otra vez y otra vez, mientras maldecía a la noche que quedaba atrás. El plan de diversión se había torcido. El esfuerzo para que los padres no se enteraran se había ido al traste. El mundo entero lo sabría, si no se habían enterado ya.

Amarrados todos los detalles, habían quedado para verse los tres en el “Rave” que organizaban los Seniors. Más que felices estaban eufóricos, era la primera fiesta

nocturna sin los padres. Alex, Susana y John llegaron juntos, hasta unos metros de la entrada. El local, un almacén abandonado, mostraba con grandes letras que allí era el reventón. Pero se separaron. John se quedó a saludar a unos conocidos. La pareja, tomados del brazo, felices como pocas veces, continuaron entusiasmados por la música que ya sonaba.

De repente, el mundo explotó.

Algo invisible, contundente, como un puño enfundado en un guante de hierro, golpeó a John. Una onda cargada de pólvora, gente, polvo y mil otras cosas más, lo arrastró varios metros. Más ligero que una hoja de papel, terminó en el piso, cubierto de tierra y escombros, sin conocimiento. Al abrir los ojos, se sintió perdido, pero las grandes lenguas de fuego que aún devoraban el almacén le hacen recordar a sus amigos. No le importó el dolor que casi le impide caminar, ni la sangre que le corre por el rostro, intenta ir en busca de ellos. Un grito, un llamado desesperado, se desprende de su garganta. Trata de incorporarse, tiene que salvarlos, pero el esfuerzo es inútil, las manos de unos bomberos se lo impiden. De camino a la ambulancia, sus ojos no se despegan de las llamas que dejan una estela de humo negro y denso. Solo un milagro podría salvar a los que estaban dentro.

El nudo que siente en la garganta lo trae de vuelta a la residencia de su amigo. Está adolorido, magullado, y con un peso de dolor que le aplasta el corazón, pero sabía que tenía que ser él quien diera la noticia. Se sentía culpable. Por haber embullado a sus amigos, por haberles ayudado a engañar a sus padres, por estar vivo. No podía dejar que se enteraran por un frío policía. Así que esperó el momento oportuno en el hospital, el único en que lo dejaron solo, se arrancó el suero y escapó del hospital.

La puerta finalmente se abrió. Dos pares de ojos soñolientos, inquisitivos, lo recibieron. Carmen, aún en pijama, había corrido a abrir asustada. Desde la mitad de la escalera hacia las habitaciones, envuelta en un desabillé de seda beige, Jennifer también había ido a ver quién molestaba tanto a esa hora de la mañana. Esperaba antes de volver a la cama. Las dos reconocieron a John. Preguntas mezcladas con alarma les hizo contener el aliento a las dos mujeres. Un frío de miedo las recorrió mientras sus corazones se paralizaban.

El joven, atravesado por miradas de angustia, habló casi como un autómatas. Sin coherencia contó lo vivido, sus propias interrogantes, su arrepentimiento. Jennifer no le creyó. Se tapó los oídos con las manos y corrió al cuarto de Alex. Abrió la puerta de golpe. Frente a la

cama, con las manos trémulas, la destendió. Un frío níveo la recorrió al ver las almohadas que habían simulado el cuerpo de su hijo. Un grito de horror hizo temblar los cristales y rompió el silencio de la barriada. Sin control se deshizo en llanto.

Lívica, salió de la habitación. Necesitaba saber más, no se conformaba con lo que había contado John. Se impuso al corazón acelerado, a la náusea que se le acumulaba en la garganta, y descendió la escalera para reencontrarse con John y con Carmen, que también lloraba. Pasó por al lado de ellos sin mirarlos y encendió el televisor. Los noticiarios reportaban lo ocurrido.

—Hay sobrevivientes —decían los locutores—. Son pocos y muy mal heridos. Han sido trasladados al más importante hospital de la ciudad. Para dolor de todos, la mayoría de los jóvenes han perdido sus vidas en el lugar.

Ilusionadas de que sus hijos estuvieran dentro de los salvados, corrieron. El centro de salud era un caos, cientos de personas se abarrotaban en las afueras. Allí, Jennifer y Carmen se mantuvieron aferradas a un quizás. De pie, soportando el viento frío del primer frente de la temporada, como hermanas esperaron noticias. Mas, al caer la tarde, el más terrible de los posibles se confirmó en una realidad dolorosa que las aplastaría

para siempre. Junto a cientos de padres, ellas, agarradas de las manos, escucharon los nombres de sus hijos de entre los fallecidos.

Todos lloraban, nadie podía aceptar el prematuro final de sus hijos. Jennifer sintió que se ahogaba entre la muchedumbre. En busca de oxígeno levantó la cabeza y miró por encima de quienes la rodeaban. Una nueva sorpresa cargada de arrepentimiento empañaría aún más su mirada. El abogado que la había vencido el día anterior estaba entre los que se agrupaban frente al hospital.

Recordó su derrota, sus pensamientos discriminatorios, su sed de venganza. Embargada por la vergüenza, bajo su mirada al piso. El hombre que había demostrado firmeza y sangre fría al ganarle la licitación, lloraba desconsolado en brazos de su esposa.

A partir de aquel día, a Carmen y a Jennifer la vida les cambió. La aflicción de sus pérdidas las unió en amistad para sobrellevar el dolor. El perdón quedaría, tal vez, para sus otras existencias. En esta ya no podrían evitar que sus hijos asistieran a la fiesta donde una autoproclamada organización de supremacistas blancos se propuso dejar su huella atroz.

LA PISTOLA

MAURICIO JOSÉ SANHUEZA GRANDA



Debo decir, para empezar, que de todo lo que he visto en este mundo, una de mis personas favoritas siempre ha sido Rodrigo. Desde que era pequeño tuvo problemas de vista, los dientes chuecos y los arcos de los pies aplanados. Su padre lo llevó al oculista y le pusieron lentes. Lo llevó al dentista, le pusieron brackets. Lo llevaron al ortopedista, le recetaron unos zapatos especiales para los pies. Pobre, la primera vez que fue al cuarto grado, la imagen de Rodrigo era la de una especie de extraterrestre. Peinado con raya al medio, unos lentes de poto de botella, una boca que parecía hecha de metal y unos zapatos ortopédicos. Parecía la pequeña encarnación de un Frankenstein.

Esto hizo que sea un niño un poco retraído, poco sociable. Todo esto agregado a el hecho que no le gustara el futbol, lo hacía presa del acoso de sus demás compañeros de curso. No es que le pegaran, pero si era objeto de bromas pesadas. Era de esperarse, tenía que pasar las pruebas de fuego que la vida le imponía y tener buen talante para soportar la malicia de los demás.

Es por eso, como ya dije, que era de mis personas favoritas. Estas bromas harían de él, con el tiempo, alguien más fuerte. Era común para Rodri llegar todos los días del colegio y encontrarse con que su carpeta había sido puesta de cabeza. Él tenía que ir, en medio de las risas de los

desmás, cargando con sus pequeñas manos, haciendo un gran esfuerzo para voltear la carpeta y ponerla en su sitio. Otros días se esforzaba por llegar temprano para que esto no sucediera, pero siempre había alguien que se le adelantaba. Llegaba muy temprano y ya la carpeta estaba de cabeza.

En otras ocasiones, en los largos recreos en los que iniciaba su caminata por los alrededores del patio, siempre pegado a la pared, para no tener que soportar algún lapo que le metieran a traición; sonaba el timbre del recreo y cuando llegaba al salón, antes de empezar la clase, se daba con la sorpresa de que su mochila, y con ella, sus objetos personales, habían desaparecido. Esto le molestaba en sobremanera, porque la desaparición significaba que habían tirado la mochila por la ventana del salón, que quedaba en un segundo piso, al salón de abajo. Tenía que salir del segundo piso, bajar las escaleras rápidamente, tocar la puerta del tercer grado y recoger su mochila. Lo que ocasionaba las risas de los menores y las de su salón al verlo llegar con su mochila perdida.

Después de una de sus largas caminatas por todo el colegio, rodeando las paredes del patio, llegó al salón de clase y la mochila estaba en su sitio. Todo parecía en su lugar.

Le llamó la atención. Pero cual fue su sorpresa, después de recitar las aves marías y los padres nuestros, que al momento de sentarse en su carpeta el compañero de atrás soltó un frasco de tinta sobre su silla. Se sentó y sintió algo mojado el pantalón. Se levantó y los pantalones estaban llenos de tinta. Todos los que estaban detrás empezaron a reír a carcajadas. Me dije: “Ah Rodrigo, Rodrigo, ¡valor, te esperan grandes cosas!”. Esta vez la broma fue algo extrema, el tutor no sabía como poner fin a este ensañamiento. Miró el pantalón de mi querido amigo y solo atinó a decirle que saliera un momento del salón. Que vaya donde el padre Jaime para que le preste un pantalón de buzo de educación física. Él no vio esto, pero el profe con los ojos humedecidos, se sentó en uno de los escalones de la tarima y moviendo su cabeza de izquierda a derecha repetía sin cesar: por qué, por qué. Dijo: “ustedes no entran en razón.”

Ese fue un punto de inflexión en la corta vida de una de mis personas preferidas. La prueba lo había hecho más fuerte. Llegaba a su casa, salía de la movilidad en la que todos le gritaban cosas desagradables, entraba en su cuarto y era como entrar en otro mundo. Su propio palacio en él que el era el rey. Sus padres lo querían mucho. Él no les contaba nada de lo que pasaba en el colegio, pero

con el pantalón manchado de tinta tuvo que inventar una historia extraordinaria para que pareciera un accidente. Y créanme, en esto sí que era bueno, tenía una gran imaginación.

En tiempos violentos, como los que vivió, cuando tenía once años, su padre, tuvo la gran idea de comprar un arma. Era, según dijo, para defender a la familia de posibles robos o ataques terroristas. Consiguió una pistola usada marca Browning, modelo FM1903 semiautomática. El vendedor le aseguró que no tenía “antenas”. Rodrigo preguntó por qué, y su padre, Roberto, le explicó que dependiendo del número de serie; la policía podía identificar si una pistola o revólver tenía antecedentes, ya fuera por haber sido usada en algún atraco, o en todo caso, que hayan matado a alguien con ella.

Recién aceiteada y en óptimas condiciones, su padre, que, a su tiempo, también resultó ser una de mis personas favoritas, llevaba a Rodrigo al club de tiro. Ahí afinaban la puntería. Al principio, agarrando las pequeñas manos de su hijo, disparaban al blanco juntos para que con el golpe de la descarga Rodri no saliera volando.

Era muy divertido ver al pequeño disparando. Estos hechos llamaron poderosamente mi atención. Me dije: “este niño tiene pasta, ¿de tal palo tal astilla?, ¿cómo es que us-

-tedes dicen?”

Al poco tiempo, nuestro héroe, vio como su padre hacía mantenimiento a la pistola. Rodrigo se dio con la sorpresa, de que aparte de sacar las diez balas de nueve milímetros de la cacerina, también se podía dismantelar en unas partes pequeñas, que incluían desde un minúsculo resorte, hasta otras partes más grandes como el rastrillo y el mango. Todas estas piezas eran limpiadas con kerosene y luego aceiteadas para después volverlas a ensamblar. Su padre, en ese entonces, le dijo de manera enérgica que esto solo podía hacerlo él y que en ningún momento se le ocurra estar jugando con la pistola.

Roberto andaba siempre armado en la calle, escondiendo la Browning en la parte de atrás del cinturón, pero llegando a casa o la tienda donde trabajaba, procuraba esconder la pistola para evitar accidentes. A Rodrigo le había causado tal fascinación, que cada vez que su padre salía a hacer running, él corría a buscar el arma, y al empuñarla, lo primero que hacía era apuntar a enemigos ficticios frente al espejo: “¡bang, bang!”, ¿sería lo más adecuado se preguntarán ustedes?

En esos días, en que un megalómano gobernaba el país, se había proclamado por ley que el estado produciría todo, desde zapatillas, alimentos, hasta ropa, y

para mala suerte de niños y niñas como Rodri, esto incluía los juguetes.

Había pequeñas tiendas de juguetes importados de contrabando, pero definitivamente no estaban al alcance de los bolsillos de sus padres. A veces llegaba el día de su cumpleaños y con esfuerzo le compraban algún muñeco de Star Wars. Los juguetes nacionales eran una burda imitación. Aún recuerdo el “Bueno con B de Basa”.

Así, el pasatiempo de mi querido Rodrigo (cuando su padre no estaba) era sacar todas las balas, desarmar la pistola con todos sus pequeños componentes y luego de pasar revista a cada una de las piezas, la volvía a armar, poner las balas, rastrillarla, colocar el seguro y finalmente regresarla al escondite.

Fue tantas las veces que hizo esto, que la operación se volvía cada vez más fácil. A falta de Legos con que jugar, esto se volvió uno de sus hobbies favoritos, además de ir a disparar.

Es por eso que Rodri es de los míos. Siempre lo supe. Nunca le dijo a nadie de esta afición. No hubiera sido buena idea decirles a sus compañeros del colegio jesuita. Y si me preguntan:” ¡hizo bien!”

Pasaron los años. El colegio terminó, la prueba de fuego había sido aprobada con excelencia.

Me dije: “ahora viene lo mejor”. Al no saber que hacer le pareció divertido entrar en la escuela nacional de cine. Ya hace un tiempo que antes de acabar el colegio le habían sacado los brackets, usaba lentes de contacto y el pelo lo tenía largo y desordenado. Había cambiado los zapatos ortopédicos por unas All Star. Había crecido. Cuando empezó las nuevas clases en la escuela, el primer día de clases, pensó que su carpeta iba a estar de cabeza. Cuál fue su sorpresa que no era así. Había en el salón otros como él, callados, poco sociables. Cuando se armaron los grupos para hacer los trabajos, se dio cuenta que podía hacer amigos. Por primera vez sus compañeros lo aceptaban, esto me alegró muchísimo, supuse, como ya dije, que venía lo mejor para Rodrigo. Y así fue como de alguna manera olvidó todo su pasado en el colegio jesuita. Aprendió muchas cosas que antes eran un misterio para él. Se enamoró, lo chotearon. Pero siguió con su vida y eso me agradó mucho, déjenme decirles.

En la escuela aprendió a ver a las amistades y sobre todo a el cine de otra manera. Podía ver como algunas pelis se mezclaban con la realidad, como se podía identificar a un verdadero autor. Todo lo que había visto era solo una parte del llamado cine. Descubrió que había un mundo lleno de cosas fantásticas fuera de Hollywood y la

televisión.

Cuando llevó su primer curso de guion, se dio cuenta que todo podía ser contado con imágenes, que de alguna forma estas imágenes lo ayudarían a trazar su futuro. Esto es lo que más me gustaba del nuevo Rodrigo. Yo estaba extasiado. Era mi amigo y veía como cada vez se superaba de manera extraordinaria. En la escuela de cine mi amigo Rodri y sus compañeros decidieron hacer un cortometraje. Su padre, Roberto, dudó en un principio si prestarle el arma o no. Le dijo que mejor consiguiera una de utilería. Sin embargo, no había presupuesto. Entonces Roberto lo pensó unos segundos, sacó todas las balas de la Browning y le dio la pistola a Rodrigo. Le dijo: “recuerda que las armas las carga el diablo, no estés apuntando a nadie”. Rodrigo le explicó que sólo era una toma y listo.

Fueron en la vieja camioneta Lada, que, a pesar de todas las abolladuras, todavía andaba. Rodri apretaba el acelerador con cuidado, los frenos no funcionaban del todo bien. Pisaba el pedal y el freno de mano al mismo tiempo.

Llegaron a la casa abandonada a las afueras de la ciudad, sin guion ni storyboard. Rodrigo quería un video inspirado en el grupo Dogma. De memoria, grabaron los planos, él mismo interpretaba. Yo seguí el proceso exaltado, en un momento hubo una pelea entre un monje con

túnica negra y el protagonista. Llegamos a la última toma. Rodrigo agarró el arma, sus compañeros no sabían nada de lo que seguía a continuación, yo sí. Le dijo al camarógrafo que hiciera un primer plano de él sentado en el piso con la espalda apoyada en la pared. Empezó la grabación, nuestro protagonista se mete el cañón de la pistola dentro de la boca y aprieta el gatillo con decisión. Se oyó un estruendo y los sesos de Rodrigo salpicaron toda la pared. Vi esto con éxtasis, “¡sabía todo desde el principio!” Alguno que otro quedó en silencio, otro gritó en busca de ayuda. Fue en vano. Rodri en los pocos segundos de vida que le quedaban, pensó en “Tesis”, película de Amenábar, y en cómo iba a pasar a la eternidad con esta declaratoria de cine llevado al extremo del snuff movie. Lamentablemente, el alma de mi amigo Rodrigo nunca imaginó en ese momento, que unos veinticinco años después, ese tipo de videos, reels de muertes reales, iban a ser compartidos en millones de grupos de WhatsApp casi todos los días. Fue un acto inútil, que al poco tiempo se olvidó. Y si me preguntan de donde salió todo esto, es porque en el fondo, su padre, Roberto, tenía razón: “soy yo el que carga las armas.”

DESTELLO VERDE

S.D. ANDALUZ



Tu aroma, dulce con un toque a fresa, es lo que más recuerdo de ti.

No puedo sacarte de mi mente —al menos eso me digo a mí mismo—pero la verdad es, que no quiero sacarte de ella.

Mi mente, como tu taza favorita, está hecha añicos. Mis días son un espejismo que revive tu recuerdo. Cuando la luz se desvanece, de nuevo estoy en el escenario de esa obra de teatro —mi favorita—, en donde tomo tu mano y bailamos tan cerca que nuestros cuerpos confunden sus límites. Ahí vuelvo a revivir tus contornos, suaves y definidos, moviéndose a contraluz con el ritmo de la música. De nuevo me hipnotiza tu figura con cada quiebre de cadera.

Solo aquí dentro, en esta prisión mental, es donde aún reímos y soñamos. Aquí nuestra historia continua, no hay tiempo ni realidad, solo esta tu mano, apretando la mía firmemente, porque si la suelto, te perdería para siempre.

Los días ahora están vacíos, todo tiene un aspecto plomizo. Se sienten como un bucle que me atrapa, repitiendo una y otra vez los recuerdos de tu amor, mientras mi conciencia se desvanece poco a poco en la luz del atardecer. Cada recuerdo me atrapa como un viaje en el tiempo, a donde llego desorientado y jadeando, solo para encontrarte.

Repito el día que te conocí, de nuevo estoy en la universidad, en el enorme campus, caminando, y ahí estas tú, sentada en una banca al aire libre. Tu cabello se mueve con las hojas de los árboles, traes tu blusa azul que tanto te gustaba, caminó desesperado hasta llegar a donde estas, pero tu rostro se esconde detrás de un libro, barrera impenetrable que guarda la mejor sorpresa para el final.

Cuando abro los ojos, estoy en la soledad de nuestra casa, mi corazón late con tanta fuerza que aprieto de nuevo los párpados, cerrando los ojos con tanta fuerza que duele, todo con la esperanza de regresar a la fantasía, y solo a veces logro percibir tu perfume en toda la habitación, como si me aún caminaras conmigo, regresando por unos minutos más a mi ensoñación. Mis latidos de nuevo aumentan, pero ahora de felicidad, cuando mis manos tocan tu rostro, lo siento un poco húmedo del calor del verano, ese en el que por primera vez tape tus ojos por detrás para bromear e invitarte a salir. Escucho tu risa como si estuvieras parada de frente a mí, y ahí es cuando nuestros ojos se cruzan de nuevo, cuando me convences de que eres real, que esta vez no te vas a ir, hasta que la fantasía se desvanece como la neblina con la salida del sol. Dejándome de nuevo con todo el dolor que puedo soportar en medio

de la cama, que se siente como el desierto más vasto de la tierra.

Por más doloroso que sea, me impongo a mis ganas de quedarme inmóvil para siempre. Me levanto lentamente debido al mareo constante que me acompaña, el mundo se siente como una montaña rusa eterna. Las piernas temblorosas me guían hasta el baño en donde el agua caliente me relaja un poco, tranquilizando el pulso de mis manos lo suficiente como para cepillarme los dientes. Entonces, cuando miro el espejo, recuerdo que estás pronta a regresar, así que no quiero que me veas demacrado y ojeroso. Tomo mi mejor ropa y me dirijo sin fuerzas a la cocina para recibirte con tu desayuno favorito. Al cruzar la sala de estar, me doy cuenta que ya es medio día, la luz del sol se filtra potente por las ventanas, es cuando veo a los dorados emisarios del rey danzar en la casa, alegres, libres de toda pena, ajenos a todos los males, que la opresión regresa, —algunos días al menos me puedo preparar un café—.

Al probar el café, su sabor cargado me envuelve y sin razón alguna, veo tus ojos frente a los míos, entonces caigo en cuenta que ya no estoy en casa. Mi mente me transportó de nuevo hacia ti, a la primera vez que nos vimos directo al alma.

Mi corazón acelera hasta el infinito. Mis ojos miran tus ventanas de co-

-lor avellana, dentro, admiro la estrella que arde con tremendo fulgor, me parece que podría rivalizar con el brillo de una galaxia entera. Estoy seguro que la creación siente celos de que ninguna estrella brille así en el firmamento, quizás por eso te alejaron de mí.

Tus labios me besan, y recuerdo como mi alma dejó mi cuerpo en ese instante. De nuevo siento como con roce de tus labios, un poco de mí se desprendía, hasta que yo ya no era yo, era un ser que flotaba en el aire, mirándonos a los dos, entrelazados, como dos átomos en sincronía perfecta. Fue ahí que mi vida cambio para siempre, porque entendí que mi alma, ahora era tuya, que tendrías una parte de ella contigo siempre, quizás te habías llevado la más importante, sellando mi amor y mi destino.

El café termina y la ensoñación se apaga. Debo seguir adelante con el día, así que me dirijo sin poder detenerme a la sala, el televisor esta apagado y la radio muda. El celular no vibra y la computadora hace mucho que no tiene batería.

Me siento en tu lugar favorito y empiezo a extrañar los años que pasamos juntos ahí. Cuando dejamos de ser niños enamorados, para jugar a ser adultos.

El tono ámbar de la luz moribunda de la tarde inunda toda la estancia, llenándome de la más profunda melancolía, es insoportable, me pa-

-raliza y hace que intente inundar la casa con mi propio llanto, mientras, tú estás sentada leyendo una novela, jugueteando con tu pie a darle pequeños golpecitos a la mesa de centro.

Esta ha sido mi rutina diaria desde que te marchaste. Me ha enseñado que mi amor por ti es inhumano, no por perversidad, sino porque va más allá de la vida misma, trasciende el tiempo y la realidad tangible. Es más potente que cualquier sentimiento humano. Siento como si descubriera la conexión de lo humano con lo divino, mostrándome el secreto de la vida misma, que me recibe con un débil susurro que me dice: «bienvenido».

Amarte se convirtió en mi vida, mi razón y mi motor, deje de ser mi dueño, para ser tuyo.

La noche, diosa perversa y ancestral, enemiga natural de lo bueno, cuando entra sin invitación a la casa, rompe todo a su paso, destruye mi fantasía y me consume, dejando que sus hijos retorcidos me destrocen. Ellos, con sus afiladas garras me enseñan la verdad: estoy vivo, sigo en el mundo del que fuiste arrancada de mis manos, en el que nunca dejaste de ser joven y hermosa.

Paris, Londres, Roma, Estambul, Madrid y Nueva York, todas las ciudades que amabas, se unieron en un luto que lloraba tu ausencia definitiva y tu eterna pérdida.

La oscuridad, me envuelve, dejando que su madre me tome entre sus manos frías para hacerme revivir todas las desgracias de mi vida, causadas por un desconocido. No hay villano de película, ni enemigo mortal a quien culpar, solo es un ebrio, un ser errante que escapaba de su propia inmundicia, aliviando su dolor y su cansancio pisando hasta el fondo el acelerador del auto, hasta que lo convirtió en una flecha del destino.

Sin querer, o quizás aceptando su delirio, se convirtió en un emisario de la funesta muerte, llevando tu alma con su nueva dueña, sin recorres o remordimientos, solo cumpliendo su papel en esta obra de teatro retorcida.

Era una confabulación del destino para ponerme a prueba, para darme primero la mayor alegría de la vida y después para causarme el peor dolor de la existencia. En silencio grito que ellos ganaron, que no soy fuerte, que soy un cobarde, que ya no quiero vivir, no así, que te devuelvan o me dejen ir contigo.

La muerte te recogió aquella noche en que desprevenida mirabas con anhelo el color rojo del semáforo, esperando el verde liberador que te haría volver conmigo. Ahora soy yo quien espera que el rojo cambie a verde, no puedo aguantar ya las ganas de verte otra vez.

Esta vez, la rutina se rompe y la fantasía me libera, porque si el semáforo no va a cambiar entonces

yo seré quien lo haga. Yo me voy a liberar a mí mismo de esta prisión


«El carro se detiene frente a un barranco, el cielo este poblado por nubes enormes y densas, el día es soleado y el cielo es color azul intenso, el viento sopla con mucha fuerza, mientras él se coloca en el borde del precipicio, con las manos frenéticas que no dejan de tocar su cabeza.»

El precipicio es mi final, lo he decidido, porque no quiero ser un cascarrón, prefiero la no existencia, a la existencia vacía, no quiero aparentar que estoy vivo, que puedo volver a sentir. Que un cadáver camine con los vivos es antinatural.

Aquella noche, tu no falleciste, el que murió fui yo, tú solo te mudaste lejos, con la esperanza de que te siga por ese camino y te encuentre, para volver a tomar tu mano, sin miedos y sin tristezas, solo nuestra fantasía eterna.

Todo dejó de tener color. La comida no sabe a nada y las flores ya no huelen, porque mi mente está absorta en ti, en jamás olvidar el sabor de tus labios, ni el olor de tu perfume.

Este risco, abismo natural, será en donde haré que el semáforo del destino cambie de color, el rojo no puede detenerme más, porque el cambio a verde es inminente, es lo único que me separa de volver a sostenerme en ti, de mirarme en el espejo de lo que más amo.



Como Ícaro, voy a volar tan alto,
para quemar mis alas y poder
reencontrarte, no me importa si
ofendo a la creación misma, pero
no hay vida después de tu muerte.

«Antes de saltar, una mariposa de
color blanco, conocidas por ser
los espíritus de los muertos, se
para frente a él y aletea en su
rostro. Él cae de rodillas llorando,
la mariposa da una última vuelta a
su alrededor y cuando se posa de
frente para despedirse, un
destello verde se refleja en sus
alas, haciendo que grite:»

—¡Bendito seas!, dejaste que
viniera a encontrarme.

ECLIPSE

DANIEL GÓMEZ



Quería cruzar la calle por debajo del puente peatonal y así evitar cruzar caminos con malandros o el hedor de los charcos de miados. Miré, dos veces a la izquierda y una a la derecha, antes de poner un pie fuera de la acera. Apenas di un par de pasos cuando una sombra dejó oscura casi por completa la calle. Era una piedra colosal que venía de arriba.

Apenas escuché pitidos, si te soy sincera lo escuché después de que me arrollaran con una camioneta. El sujeto bajó en mi auxilio. Me levanta sin esfuerzo alguno, sentí como mis costillas dejaban de estar en su lugar, tampoco podía apoyarme en una pierna. Sangraba, me sentía fatal, aun así, me negué cuando quiso que entrara al carro y que me llevara al hospital.

-Ayúdame a subir al cofre- dije mientras ponía mi pie sobre la llanta.

El tipo hizo lo mismo y ambos terminamos recostados sobre el parabrisas contemplando el fin del mundo.

-Sabes, escuché sobre esto, es un cometa- se rasca la barba en tono pensativo- dijeron que solo iba a pasar.

-Es mi culpa, ayer fue mi cumpleaños y desee conocer a los dinosaurios algún día.

Nos miramos fijamente antes de reír a carcajadas. Las personas habían salido de todos lados con el celular en mano, buscando algún tipo de se-

-ñal o noticia, no sabía si correr, llorar o hacer por fin sus plegarias. Todos menos este tipo que de sus ojos refleja el fin del mundo.

-¿Por qué no huyes? o no sé, ¿buscas a un familiar?

-Ya no hay tiempo para eso, además, hace mucho que me despedí de quien merecía.

El cielo se ilumina con una especie de aurora boreal que emergió del cometa. Se fue la luz en toda la ciudad, solo así pudimos ver las estrellas. Todo era cada vez más hermoso, incluyendo sus lágrimas.

-Te mentí - me sentía apenada por mi tonta confesión- si era mi cumpleaños, solo que no hubo fiesta, mucho menos un pastel.

-Me lo imaginé, Si pudieras desear una vez más ¿Qué es lo que más quieres?

-Saber tu nombre- digo casi al instante.

-Eso te lo diré, no necesitas gastar algo importante para algo tan burdo.

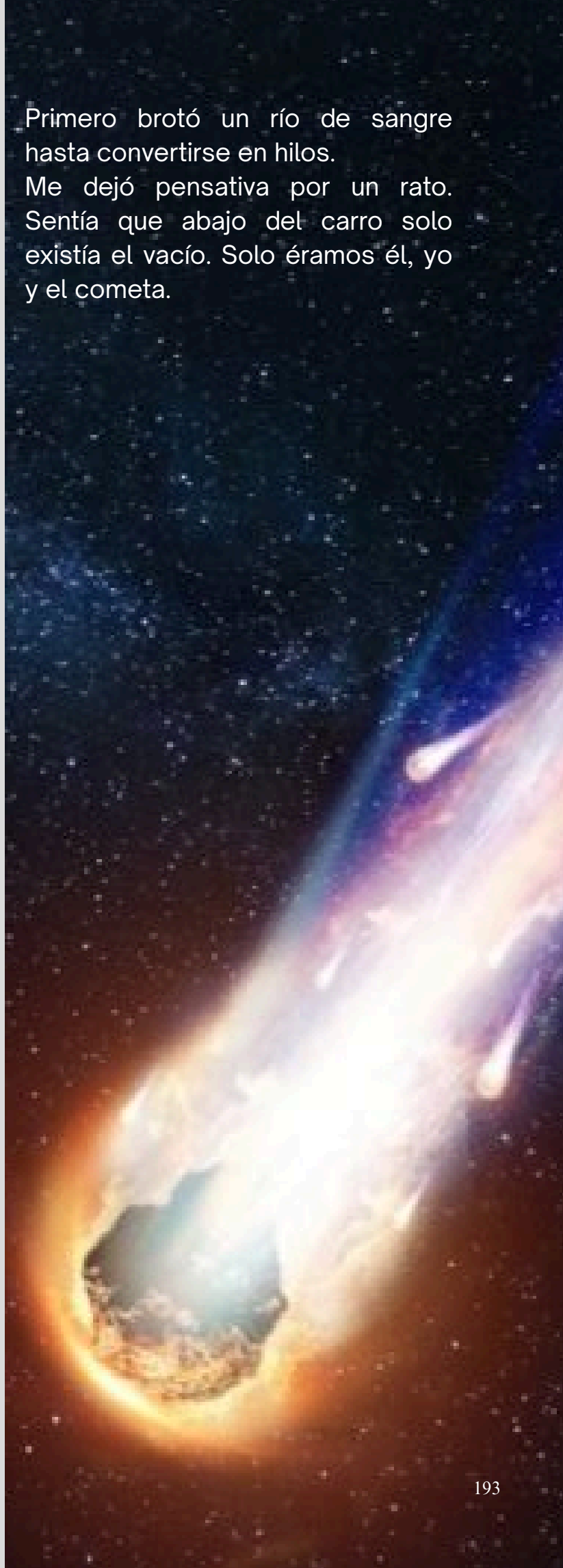
Por más que quise mi teléfono nunca sonó. No había nada fuera del cofre que yo quisiera. Cerré los ojos, respiré lo más hondo posible una y otra vez, fui sincera conmigo, estás lágrimas y este dolor no es físico. Lo miro a los ojos y le pido mi último deseo.

-Quiero un abrazo.

Mis labios pronto se transformaron en una uva morada en medio de una piel que se asemeja a la nieve.

Primero brotó un río de sangre hasta convertirse en hilos.

Me dejó pensativa por un rato. Sentía que abajo del carro solo existía el vacío. Solo éramos él, yo y el cometa.



UN VIAJE PARA CELEBRAR

MARÍA DEL ROSARIO ORTIZ



Hacía un tiempo que habíamos planeado este viaje, con esfuerzo e ilusiones ahorramos el dinero necesario. Nuestro proyecto era descansar y sentir el calor del sol mientras paseábamos por la playa. Soñaba con darme un chapuzón en las aguas cálidas del mar.

Venía golpeada con tantos problemas de salud como cuando una ola enorme te arrastraba sin destino.

Recordé la información del laboratorio de anatomía patológica. Por teléfono me dijeron que el resultado de la biopsia estaba listo y lo enviarían por mail. En aquellos minutos con las manos temblorosas prendí la computadora. Mis pensamientos volaron por dimensiones inentendibles, un aire frío atravesó mi garganta, estrujándome por dentro. Quise llorar, pero mis ojos estaban secos.

Leí el resultado: no era un carcinoma. Una brisa fresca me dio un mimo en el cuerpo y pensé en mi próximo cumpleaños. Anhelaba tanto, la presencia de mamá, pero sentí un alivio cuando la ginecóloga me confirmó que no había heredado el mal de las mujeres de mi familia.

Aunque el psiquiatra me había diagnosticado una tendencia depresiva por la aparición del nódulo en mi mama izquierda, según él, los pensamientos negativos pronto iban a desaparecer. Sentí de a poco ese cambio interno. Todo me parecía más luminoso, miraba hacia el cielo sin estremecimientos, las flores en las plazas y hasta era visible una mayor seguridad en mi manera de caminar.

—Te noto más sonriente.

Esas palabras y el abrazo de Julio casi me derritieron con su ternura.

La posibilidad de nuestro viaje se tornó una realidad. Ahora sentía que mi ánimo, alejado de visiones oscuras, estaba listo para recorrer la ruta de la vida.

Mi deseo era celebrar que gozaba de buena salud y el aniversario por seis años de casados con Julio. Incluso tenía deseos de sostener un bebé entre mis brazos y, quizás, en estas vacaciones podríamos empezar a buscarlo.

Nada negativo sucedió en aquellos días. Me encontraba llena de voluntad, haciendo listas de lo que íbamos a llevar en las valijas. Tachaba con lápiz en el calendario los días que faltaban para la salida. Un sábado de enero, luego de soportar seis horas en micro llegamos a nuestro destino, un hermoso pueblo cercano al mar.

Ahora era el momento de olvidar la experiencia con el cirujano. Habíamos reservado un departamento frente a la costa. Sostuve la ilusión de tomar juntos el desayuno en el balcón mirando el oleaje cubierto de espuma.

Mientras sacábamos la ropa de las valijas, noté que faltaban unas pilas y el adaptador para enchufar los celulares. A unos pasos del departamento, un negocio de electrónica nos ayudaría a solucionar este inconveniente.

En el trayecto hacia el lugar, sentí en mi cuerpo una puntada del lado izquierdo. Julio acarició mi espalda y dijo:

—Paciencia, querida, pronto vas a mejorar.

Fuimos hasta el local, un vendedor estaba por atendernos y diferentes gritos me confundieron. Éramos varias personas en un ambiente de tensión, todo transcurrió con rapidez. Los hombres habían entrado como un torbellino. Cada uno de los malvivientes mostró su arma, eran tres en total. Se ubicaron en diferentes posiciones. Uno se paró cerca de la entrada y otro en la oficina del encargado donde se guardaba el dinero. El tercero con su voz imperativa, exigió:

—¡Todos, al suelo!

El hombre con su pistola en mano, se acercó y dijo:

—¡No me mires o te quemó!

Con impaciencia se plantó frente a mí para ordenarme:

—¡Al suelo, bajá la cabeza y no llores!

El movimiento que hice fue cuidadoso, era el único modo de soportar aquella molestia corporal - la cicatriz de la biopsia se hacía sentir- y un temblor inestable delataba mi estado anímico. Tuve una quemazón insoportable cuando me obligó a tirarme de panza sobre el piso. El olor a plástico quemado era notorio en el ambiente.

Temí por la cicatriz, pues se percibía a contraluz la suciedad sobre los mosaicos. Puse la cara entre mis brazos.

Julio estaba al lado mío, apoyó la mano sobre mi espalda, su carácter apacible se vio reflejado en aquella media hora. Se mantuvo firme y con su voz susurrante, me decía:

—¡Por favor, no llores más!

Nuestra vida transcurrió por mi mente retratada en cientos de escenas fugaces. No supe cuál iba a ser el desenlace de tanta locura.

La sirena policial se oyó a lo lejos y los delincuentes llevándose los valores de la caja, reaccionaron.

—¡Vamos, rajemos que viene la cana!

Pensé: «¿Quién los llamó?» Desde la vidriera, unos clientes observaron las condiciones que soportábamos y dieron aviso a la policía. Cuando llegaron los oficiales nos fuimos tranquilizando. Mis lágrimas caían sin control. No era justo que esta desgracia sucediera durante nuestras vacaciones. Al haber estado tirada boca abajo, sentí que mi pecho iba a estallar. La molestia paralizó mi brazo izquierdo y, si no fuera por la ayuda de Julio, hubiese sido imposible levantarme.

Regresamos al departamento con las manos vacías; la imagen amenazante de los delincuentes y del arma me perseguían incluso en sueños. No quería cerrar los ojos

para que no reapareciera aquella circunstancia, así que puse música suave para no rememorar el griterío de aquel día tan espantoso.

Pero el destino me traicionó, estuve cerca de la muerte. Aquella experiencia horrible no solo dejó una marca en mi mente, sino también huellas en el cuerpo. La cicatriz en el pecho sangró un poco, recordándome ese momento en el que estuve tirada sobre el piso de mosaicos, tan fríos como una tumba. Aún podía escuchar el latido de mi corazón y cómo me arrastré temiendo no salir viva de ese lugar.

Solamente una esperanza mantenía mi buen ánimo: disfrutar de nuestro viaje. Julio se encargó de las compras y me quedé haciendo reposo. Volvió y me sostuvo con su abrazo. Cuando sentí una mejoría que, no me iba a quebrar como si fuera de porcelana, pude levantarme para ir hasta el balcón.

El mar fue un compañero incondicional en ese momento que buscaba paz.

Al día siguiente con Julio salimos a caminar, el océano era el protagonista de aquel hermoso escenario, deseaba sepultar en mi memoria aquel momento que había sido tan peligroso. Buscábamos hablar de cosas alegres. Nos reímos porque el colchón de la habitación era fantástico e íbamos a estrenarlo aquella noche.

Levanté la vista y el cielo estaba despejado, un sol radiante nos ofrecía una hermosa tarde para recorrer la costanera. El calor nos invitó a sumergir los pies en el agua

Durante la semana, continuó la nostalgia por el miedo que habíamos sufrido injustamente. Sin embargo, planificamos las excursiones, pues el futuro estaba a nuestra disposición con una semana por delante. Anhelaba ir al teatro, refugiarme en la fantasía y descostillarme de la risa. También, necesitaba olvidar la nueva cicatriz.

El último día, mientras paseábamos por la orilla hasta el atardecer, el murmullo del oleaje nos acompañó.

Quizás, por el clima o las ansias de lo inesperado, tuvimos una tentación. De modo impulsivo y sin vergüenza, nos dimos un chapuzón, aún vestidos. Aquella zambullida no solo refrescó mi piel, sino también, reactivó la memoria de los felices que habíamos sido durante estos años y renovó la promesa de afrontar juntos cualquier huracán que viniese en el futuro.

La presencia de la luna iluminó nuestro paseo. Al levantar un caracol, sentí el dolor en la mama izquierda y recordé que estuve cerca de perderlo todo.

Mi marido vio mi reacción y dibujó un corazón en la arena con nuestros nombres: Elena y Julio. Creí que habíamos encontrado el paraíso, pero una ola borró sin esfuerzo nuestros nombres.

—No llores —dijo— volveremos a dibujarlos.

Aunque me ofreció su abrazo para contenerme, sentí culpa por haber quebrado la magia y la esperanza de aquel instante.

Fue mi emoción la que rompió esa dulce armonía del momento, pues comprendí que en nuestra existencia nada era para siempre. Julio me abrazó y seguimos caminando por la playa. A cada paso, la suavidad de la arena nos envolvía como si fuera un cálido arrullo, y el mar, con su fuerza e inmensidad, me dio la sensación de que, durante nuestras vacaciones sabía protegernos.

ETERNO ABRIL

JOSÈ LISSIDINI SÀNCHEZ



Nos recuerdo de noche y en la playa. Imposible pensarnos distinto. Un lugar donde amar en silencio. Noches de arena, mar y estrellas a modo de cómplices testigos. De sexo intenso, desesperado, como para recuperar tiempo perdido. Loca libertad de casados durante veinte años, dos reyes haciendo de esclavos, dos infelices responsables, acostumbrados a cumplir con sus obligaciones “porque así debe de ser cuando estas casado”, que descubrieron el amor, en medio de la muerte silenciosa de sus matrimonios en ruinas. Juntos, nos revelábamos un mundo dulce, delicado, viviente, un lugar diferente y distante, ajeno a todos los males, cada vez que tomados de la mano, recorríamos la costa y los puentecitos de madera de Punta del Este, hasta que dábamos con el lugar ideal para esa noche de encuentro. Su cabeza en mi hombro, el cabello de fuego incendiando abundante mi pecho, sus brazos rodeando mi brazo izquierdo, su pollera muy blanca, sus pies desnudos sobre los míos, así parecíamos uno solo ante la inmensidad. “Dos almas que, en el mundo, había unido Dios”, como dice el bolero. En esas horas, éramos los soberanos de nuestros cuerpos entrelazados, amándose furiosamente, felices y auténticos corazones que palpitaban, sintiendo el amor, al fin como en realidad es. Amor, esa palabra que creíamos entender en el desastre de nuestra existencia, nunca la habíamos conoci-

-do tan real, tan bella, tan significativa, tan magnífica, tan magnánima y restauradora, hasta ese momento. Aprendí a conocer su cuerpo con mis manos, en toda su preciosa extensión, con mi vientre su vientre y con mis piernas sus piernas. Su lengua que con desesperación parecía querer arrancar la mía, hasta alcanzar el dolor, sus dientes en mi mentón, sus uñas hundiéndose en mi pecho, tanto que me hacían lagrimear, sus ronroneos y el casi llanto de plenitud, nada importaba porque estaba con ella, porque mi Paraíso era ella.

La abracé tanto, la disfruté tanto, me entregué tanto cada segundo que la tuve, la injerté bien dentro de mí. Hubiéramos confesado, que nos pertenecíamos el uno al otro y que no necesitábamos de nada más. Nos contábamos nuestros sueños, nuestros secretos y también varias reveladoras y angustiantes verdades. Y entonces, sobrevino aquel domingo fatídico de calle sin sol, vestido de tristeza y zinc, casi al finalizar al mediodía mi programa de radio, esa vieja radio frente a la Plaza. Fue sencillo y perturbador.

- Yenía está internada desde anoche.

Cuando me dijeron de qué se trataba su enfermedad, todo comenzó a desmoronarse lentamente. No quería ir a la empresa, el trabajo era una rutina

que me hacía pensar en ella. Me parecía que al abrirse cualquier puerta, en esas siete horas y cuarto de oficina en que solíamos trabajar juntos. la vería aparecer impetuosa, vital, arrolladora, hablando alto, contando historias de aquella, aquel o los otros, y riendo con esa carcajada que reconocería entre un millón.

Quince días sin verla, sin escucharla, sin poder acercarme a ella, sin que nuestras manos se rozaran, sin un mensaje de texto, pues su familia la rodeaba. Cuando sobrevino inesperada la llamada y, me conmociono su voz.

- José. Te ruego. No te quedes solo. Busca a otra. Yenía ya no es la misma. La que conociste ya no existe, esta tiene veinte años más. Ambos teníamos cuarenta y nueve en el dos mil diez. Ambos nacidos en abril del mismo año, apenas con nueve días de diferencia. Yo Aries, ella Tauro. Sabía muy bien que al decirme aquello, su dolor era intenso y ella entendía, que mi mayor dolor sería perderla. Obviamente, intenté pretextar.

- Nunca has entendido, que yo amo a Yenía por Yenía. Gorda o flaca, sana o enferma, en el infierno de su ira o en el paraíso de su risa. Nunca comprenderás, que amores hay muchos, pero el gran amor..., es único.

- ... Aaaaaaah... Mi amor. Quiero que sepas, que tengas bien claro, que contigo fui feliz, que me hiciste fe-

-liz. Ahora, si es cierto que me amas, te voy a pedir que no llares, mandes mensajes o vengas. En el Sanatorio no estoy sola. Él, se ha instalado aquí. No sé para qué, porque pasa sentado, viendo la tele y a la noche se va. Tengo en mi mano, el rosario de pétalos de rosa que me mandaste con Elena. Pero..., ya está.

Luego de cortar, no me quedó más que comprender, que había escuchado a la muerte canturreando su triste melodía, sin una pizca de arte, que se apagaría conjuntamente con su vida, algunos días más tarde.

Fue el último deseo, que esparcieran sus cenizas en las aguas de la costa que tanto amaba. Al menos puedo visitarla cada vez que voy, y me paso de La Floresta a Parque del Plata. Puedo pensarla una y otra vez. Hasta hay días en los cuales, el río me trae una brisa que corre por mi rostro y..., me sabe a ella. Entonces, mi llanto es acallado por unos brazos llenos de ternura. Una mirada al cielo me descubre en orfandad, pero enamorado. El gran amor. La gran desilusión, que ni siquiera estalla en furia. Solo existe la verdad del afuera y el adentro que sufren. En ese momento, horizonte, mar y cielo se abrazan y en la playa se duermen. La playa monótona, donde ya no se dibujan cuerpos, pero donde abril ha quedado eternamente gravado.

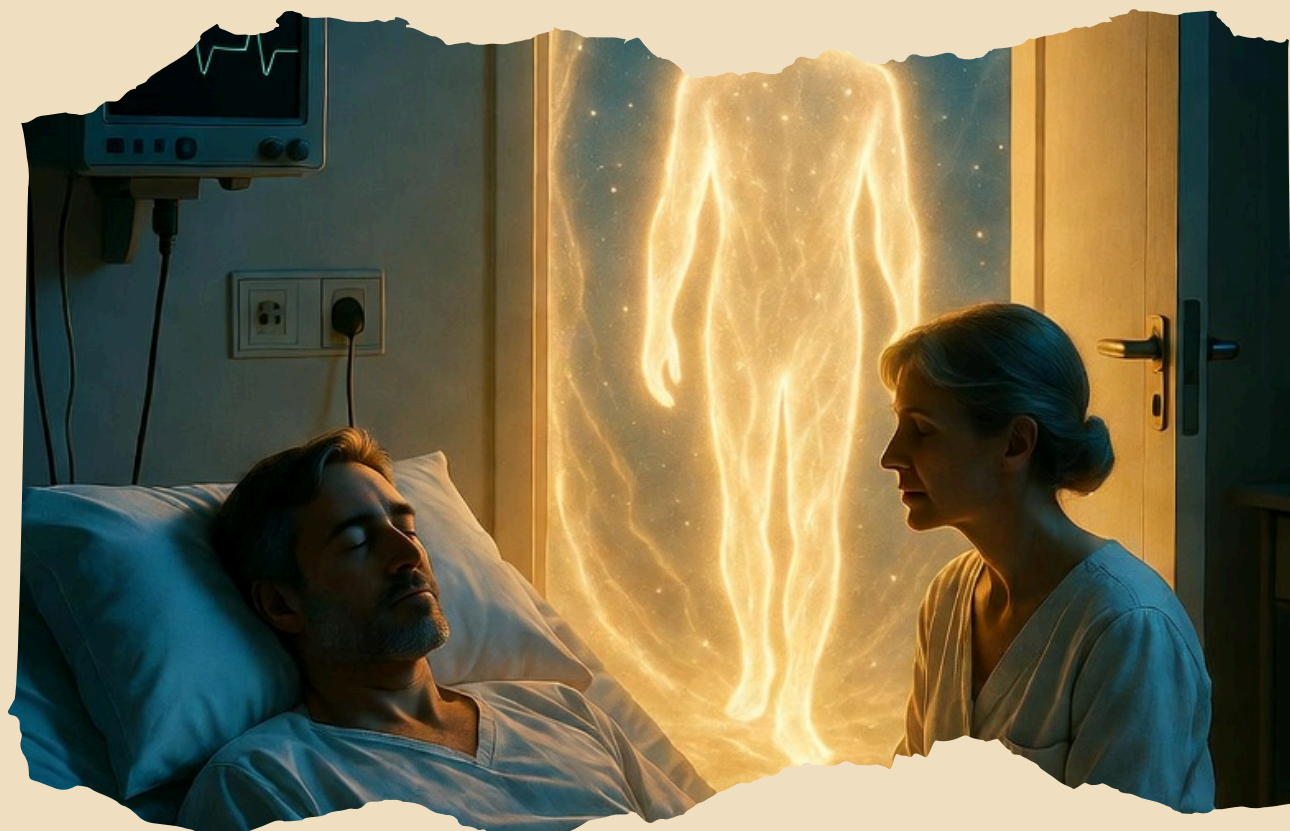
El tiempo se me ha vuelto enorme. La soledad se instala en mis madrugadas insomnes. Cuando se escapa de mis manos, al intentar atraparla en los sueños, me siento frente al teléfono, aguardando escuchar su voz tramando encuentros, proponiendo la cita. La buscó sin encontrarla en las noches de abril, quedando el beso abatido, desprovisto de esperanza. Desde que se fue lejos, volviéndose parte de las sombras y el silencio, el amor para mí es como morir cada día mil veces... hasta que vuelva a encontrarla, en una de las playas de Punta del Este, con su melena roja y su pollera blanca.

“ En Memoria de Yenía ”

Una historia de la vida real.

LA PUERTA INVISIBLE

SILVIA CARÙS



El monitor cardíaco marcaba un ritmo irregular, como si dudara entre continuar o rendirse. Cada pitido parecía más espaciado que el anterior. En la habitación 112 del Hospital Santa María, la luz era tenue y el silencio estaba cargado de algo difícil de nombrar.

Marta dejó su bolso en la silla y se acercó a la cama. Su padre llevaba tres días sin despertar. El accidente había sido absurdo: un coche que se saltó un semáforo en rojo, una lluvia inesperada y un segundo de mala suerte.

- Estoy aquí, papá - susurró, tomando su mano -. No tienes que preocuparte por nada.

El médico había sido muy claro esa mañana: daño cerebral severo, pronóstico reservado. Palabras técnicas para decir que no sabían si volvería.

Marta observó el rostro de Javier. Siempre había sido un hombre muy fuerte, de pocas palabras, profesor de filosofía durante más de treinta años. Había dedicado su vida a hablar de la existencia, del sentido de vivir, de lo que ocurriría después de la muerte. Y ahora era él quien parecía estar suspendido en algún lugar entre ambos estados.

Se sentó y recordó la última conversación que había tenido, apenas una semana atrás.

- La gente teme a la muerte porque la imagina como un final - le había explicado él mientras almorzaban en su restaurante favorito -. Pero ¿Y si fuera solo un cambio de habitación?

- Eso suena muy optimista para alguien que no cree en el cielo - le había contestado ella.

Javier sonrió.

- No hace falta un cielo para pensar que la conciencia es algo más complejo de lo que entendemos.

Marta cerró los ojos. No estaba preparada para perderlo.

Aquella noche decidió quedarse. El hospital permitía que un familiar permaneciera si la situación era crítica. Apagaron las luces del pasillo y la ciudad quedó reducida a un murmullo lejano.

Cerca de la medianoche, el monitor emitió un sonido distinto. No era una alarma, solo un cambio de frecuencia. Marta se incorporó, alerta.

Entonces ocurrió algo que nunca olvidaría.

Javier abrió los ojos. No parecía desconcertado; al contrario, miró todo con la calma de quien por fin regresa a casa después de mucho tiempo.

- Papá ... - dijo ella, sintiendo que el corazón se le desbocaba -. Voy a llamar al médico.

Él apretó su mano con una fuerza inesperada.

-No. Espera.

Su voz era débil, pero segura.

Marta se inclinó hacia él.

- Pensé que no ibas a volver.

Javier respiró hondo.

- Yo también lo pensé.

Hubo un silencio breve.

- Marta... escuché cosas.

Ella frunció el ceño.

- ¿Escuchaste?

- No como ahora. Era distinto. No había dolor. Ni miedo.

Marta intentó mantenerse racional.

- Son alucinaciones normales después de un trauma.

Él negó muy despacio.

- No eran sueños.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no parecían de tristeza.

- Sentí que me despedía de todo. Del cuerpo, del peso... incluso de los recuerdos. Al principio fue confuso, como caminar en un lugar sin suelo. Luego apareció una especie de claridad.

Marta guardó silencio. No quería interrumpirlo.

- No vi un túnel ni nada parecido - continuó-. Solo una especie de comprensión. Como si todas las preguntas que me hice durante años dejaran de importar.

- ¿Había alguien contigo?

Javier tardó en contestar.

- No exactamente. Pero tampoco estaba solo.

El monitor siguió marcando aquel ritmo irresistible.

- Lo más extraño -añadió- es que no quería regresar.

Aquellas palabras la aturdieron.

- ¿Por qué?

- Porque allí no había angustia. Todo parecía... suficiente.

Marta tragó saliva.

- Entonces, ¿por qué volviste?

Javier giró la cabeza y la miró con una ternura que no recordaba haber visto antes.

-Por ti.

El nudo en su garganta se rompió.

-No digas eso.

-Escúchame. Cuando uno está tan cerca de la muerte, entiende que la vida no se mide por lo que acumulamos ni por lo que logramos. Se mide por los vínculos. Y el nuestro todavía no estaba terminado.

Una enfermera asomó la cabeza, alerta por el movimiento, pero Marta hizo un ademán para que esperara.

- ¿Vas a morir? - preguntó, sin rodeos.

Javier no respondió de inmediato.

- Todos vamos a morir algún día, hija - habló al fin -. La diferencia es que yo ahora sé que no es un abismo.

Ella buscó una explicación lógica, algo que la protegiera.

- Puede ser una reacción neurológica.

- Puede ser - admitió él -. Pero hay certezas que no necesitan demostración.

Su respiración se volvió más pesada.

-No llores cuando ocurra - prosiguió-. Prométemelo.

- No puedo prometerte eso.

Él esbozó una sonrisa.

- Entonces vive bien. Es todo lo que necesitas.

Javier volvió a perder la conciencia minutos después. Esta vez, no despertó.

Murió al amanecer, cuando la primera luz entraba por la ventana.

Marta no gritó ni se derrumbó. Permaneció sentada, sosteniendo su mano hasta que el monitor se transformó en una línea continua.


Los días siguientes fueron borrosos: el velatorio, las llamadas, los trámites burocráticos. Personas que no veía desde hacía años aparecieron para decirle lo buen hombre que había sido su padre.

Pero lo que realmente la acompañaba era aquella conversación.

Dos semanas más tarde, mientras ordenaba su despacho, encontró un sobre con su nombre. dentro había una hoja escrita a mano.

“Si estás leyendo esto, significa que ya no estoy. No sé que hay después, pero tampoco lo temía antes de irme. La muerte no es el enemigo; el enemigo es vivir sin haber entendido que cada día es limitado.

No busques respuestas definitivas. Vive las preguntas. Ama sin reservas.



*Y cuando llegue tu momento,
ojalá puedas sentir la misma
calma que yo sentí.*

*No estoy más allá de la oscuridad.
Estoy en cada recuerdo que te
haga sonreír.”*

Marta apoyó la carta contra el
pecho.

Fue la primera vez desde el
accidente, que no sintió ese vacío
insoportable. La tristeza seguía
ahí, pero ya no era un pozo sin
fondo.

Esa noche salió a caminar. El cielo
estaba despajado y las estrellas
parecían más brillantes que de
costumbre.

Recordó algo que Javier solía
decir a sus alumnos:

-La existencia no es un problema
que resolver, sino una
experiencia que atravesar.

Marta entendió entonces que el
miedo a la muerte había cambiado
de forma. No había desaparecido,
pero ya no la paralizaba.

Miró hacia arriba y respiró
profundamente. Quizá su padre
tenía razón. Tal vez morir no era
caer en la nada, sino cruzar una
puerta que los vivos aún no
entendemos.

Y mientras regresaba a casa,
pensó que la mejor forma de
honrarlo no era aferrarse a su
ausencia, sino aprender a vivir
con la certeza de que todo es
pasajero.

Incluso la oscuridad.

LA MÁQUINA

GUSTAVO VERENZUELA MORALES



Ali Damarius Entra por una cueva vertical para poder llegar a la caverna donde desea encontrar su destino, el sitio es empinado, angosto y claustrofóbico, el hombre con ropajes de asesino, espadas, armas y bombas de alta tecnología se aferra en cada pliego de piedra o grieta en la pared para no caer.

Sus ojos, cubiertos por lentes especiales, miran los posibles lugares donde trampas letales pueden salir de improvisto, sus camaradas en el mundo de los asesinos mercenarios le comentan que el ir a la bóveda de oro es fácil de entrar, que no existe ningún obstáculo que lo detengan, pero Ali le parece ficticio, la fortaleza del mejor guerrero del mundo debe tener al menos, mil trampas.

El final del túnel es el alto techo de una bóveda, una especie de catedral oscura, nefasta con simbologías por todas partes, un santuario liminal de formas geométricas imposibles de crear por la mente humana, limpio, sin una brizna de polvo, aunque desolado, creando un ambiente incómodamente vacío. Damarius, que se escurre como una serpiente, baja sin hacer el menor ruido, consciente de que su presencia puede ser delatada en cualquier momento, por algún sensor de movimiento o luces

infrarrojas, pero la realidad es, que, en ese palacio subterráneo, no hay un solo vestigio de la modernidad del hombre.

En la parte más lejana, media docena de escalones llevan a la silueta de la peana, cubiertos por sombras y oscuridad, una figura descansa en su trono, su respiración se siente pesada, como un acordeón gastado por los años, su cabeza reposa con tedio en su mano, soñando, ensimismado, contemplando al visitando, inspirando con fuerza de vez en cuando, añorando que su soledad quede de nuevo intacta.

Sin perder el tiempo, Ali se abalanza contra el trono, es más grande de lo que piensa, su portador debe medir unos 10 metros de altura, lanza dagas envenenadas y algunos dardos explosivos, pero solo se clavan en el respaldar del asiento, ya que su morador se mueve por las paredes como una araña, una sombra ágil y escurridiza, con ojos brillantes, curiosos ante el nuevo intruso.

El asesino entrenado por la corrupción de la tierra también busca la protección de las sombras, planea rápidamente donde puede atacar y revisa sus planes mentalmente, los puntos débiles de su adversario, las horas de coordinación, practica una y otra vez con simuladores virtuales o prototipos creados con gel balístico, todo este tiempo fue una

antesala para la excitación de su mente, ante la mínima y deliciosa posibilidad de acabar con aquel que ha arrasado con más enemigos que nadie, cuyo nombre nunca se pronuncia, solo su apodo “la máquina de guerra”.

Inquebrantable el corazón de Damarius, su respiración calmada busca alternativas, sale como bala contra la neblina, atacando con espadas, dagas, buscando fisuras en la armadura o algún punto donde pueda doblar, pero aquella abominación solo repele sus ataques con espadas descomunales, con movimientos que parece tener cuatro brazos, está cubierto por ropajes blancos impecables, el rostro de la maquina es invisible para el hombre, que busca frenético los ojos sedientos de sangre para apuñalarlos y quedarse con ellos. Ali remata con granadas, movimientos de ninjas y ráfagas de balas o dardos envenenados, aun así, nada toca el cuerpo gigante que no deja de columpiarse de las vigas o paredes del recinto, sus espadas repelen todo como si jugara un amistoso partido de tenis.

El hombre descubre su rostro, los ropajes no lo dejan respirar, se quita los equipamientos y se queda solo con una pistola, una espada y un par de granadas, lanza el desafío silencio, para demostrar que es capaz de enfrentar a la máquina, sin cobardía, desnudo y

plenamente en desventaja. Las espadas se enfundan, el ser se vuelve a sentar en su trono, como un acto que solo se puede considerar un insulto, hace un ademán con su mano para que Ali regresara por donde vino, el ejercicio que acaba de ejecutar solo fue en defensa, no tiene ninguna intención de combatir.

-¡Cobarde! - grita impetuoso Ali - ¡Ven y enfréntame!

Pero desde el trono solo se escucha un suspiro exagerado, un movimiento peculiar de la criatura activa las alarmas del asesino, parece un ave enorme, al menos el doble de su amo, desplegar sus alas en la oscuridad, el movimiento característico de esas extremidades agita el alma de Ali, es un tamaño exagerado, incluso para el enorme recinto.

- No – susurra la máquina – jamás me ganarías, por ello, no tiene sentido.

Damarius deja sus armas a un lado, su rostro de molestia se encrudece, nunca ha tenido un enemigo que no desee enfrentarlo hasta la muerte, su camposanto está lleno, sus arcas de tesoros son inmedibles, mujeres abusadas son sus trofeos, al igual que las cabezas de los niños sobre picas de madera. Ahora, se le adhiere un desagradable insecto en su carne, la posibilidad de que muera rápido y sin sentido en ese piso de mármol blanco, algo que no de-

-seaba, al menos no ahora.

-Déjame adivinar – habla con voz suave y agradable la sombra en el trono – eres un hijo de la guerra ¿cierto?

-No entiendo – replica Ali - ¿hijo de la guerra?

La máquina se levanta, quiere salir a la luz, pero se detiene en el último momento, alertando a Damarius, que mira con horror un pie y un brazo blanco como el mismo mármol en el que está parado, tiene la apariencia de extremidades humanas, pero son enormes, pálidas, sin vida orgánica.

- Naciste bajo las llamaradas del Dios Marte, el odio te cocina vivo las entrañas, allí parado, quieres ver el líquido rojizo de mis venas regarse por el piso – comenta con un tono femenino el ser – eso mi señor, no va a pasar.

- ¿Por qué? - grita Ali apretando el puño con furia – porque no me enfrentas, maldito bastardo ¿es que acaso no soy digno?

-Si eres digno mi señor, pero... - el silencio se hace presente como un sermón en una iglesia – yo me he retirado, he aquí que este aposento es mi sepulcro, donde mis días como devorador de hombres se han terminado.

-Es imposible, tú eres una máquina, no te puedes retirar.

El aleteo en las sombras suena como el viento fuerte en la orilla de la playa, una brisa con olor a salitre penetra en los pulmones de hom-

-bre, se cubre la nariz, con el impulso de alguien que no desea ser envenenado.

-Quieres la redención mi señor, pasar la prueba para quienes van con paso seguro al campo de muerte y soledad, quieres amar tus armas más que a tu patria, se te ve en los costados, en las costuras invisibles que se van desgastando con el tiempo, ya he visto esos ojos, esa mirada en el rostro de los que le di un sueño infinito. ¡Oh, mi señor! Ya olvídate de eso, no tienes enemigos allá afuera, solo los que deseas ver.

Damarius aprieta sus labios, sus dientes rechinan y alza con agresión su puño, da unos pasos hacia adelante, en aquel bastión de soledad, esa sala enorme donde cualquier ruido impera, se puede escuchar el corazón agitado de un hombre que no consigue su más deseada prueba de valentía.

-¿Qué sabes tú de la guerra? No sabes nada, no sabes nada de mí. Mi pueblo masacrado por esos malditos invasores. Si, tienes razón, nací en un poblado mientras era atacado, mis padres murieron protegiéndome, allí, secuestrado por mercenarios, me crie como un perro hambriento... ahora, he regresado para tomar mi lugar en esa vida, para poder comendar, ser un líder, debo combatir a la máquina, aquí estoy, buscando mis medallas, no me las arrebatas por-

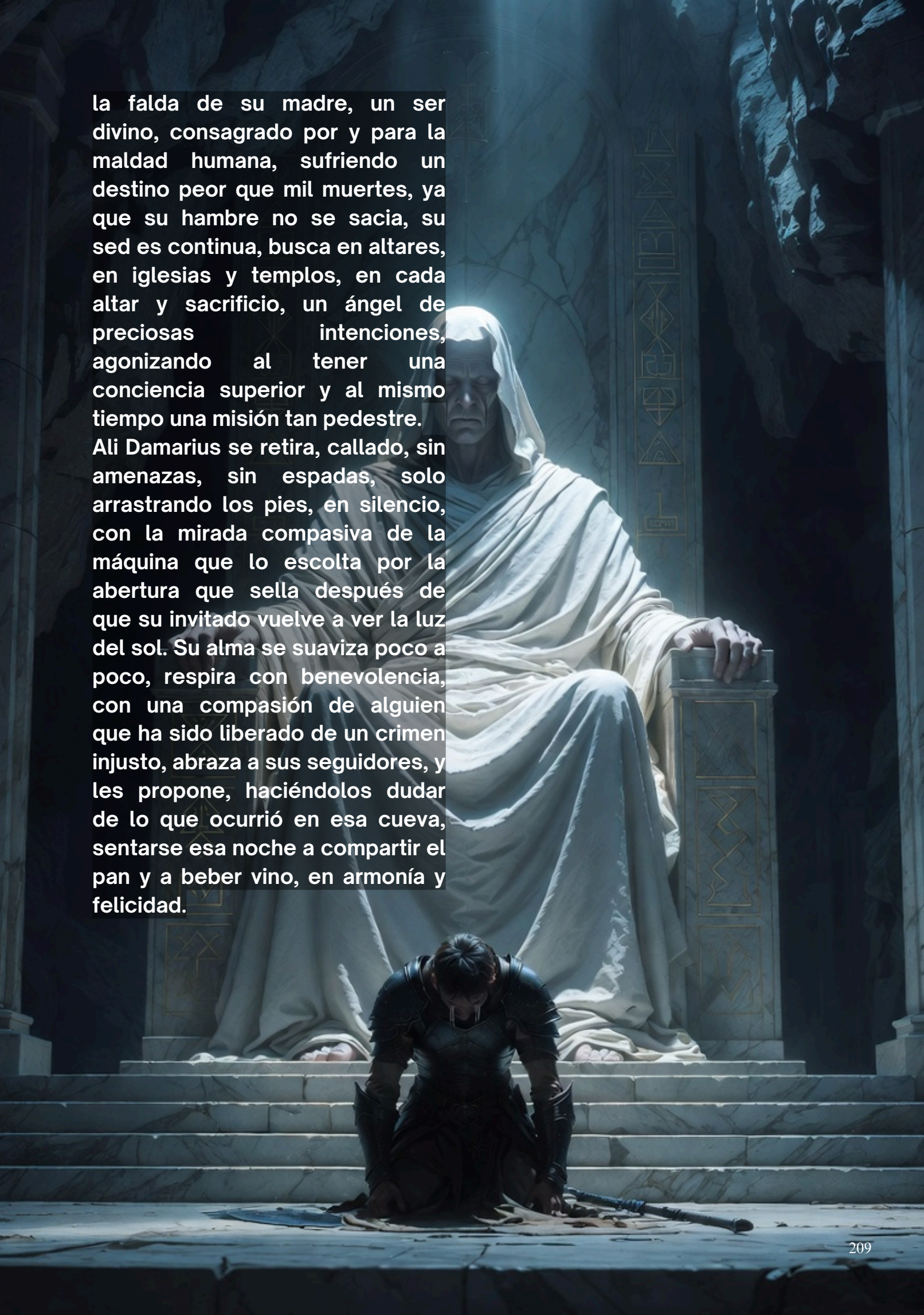
-que ahora deseas paz.

Es entonces que el aguerrido hombre saca su pecho, ve un movimiento hacia él, la criatura ha decidido tomarlo en serio, se prepara para el ataque, y allí, frente a su vida insignificante y ojos de humano que solo conoce su verdad, se muestra la máquina, pues a todas las instancias, en todos los miedos acumulados de Damarius, su pequeña mente no entiende lo que deja las sombras protectoras y se manifiesta como la suma de todos los horrores del universo.

-Hijo mío, mírame, si tu naciste de la guerra, escucha entonces a la guerra misma, te aconsejo abandonar todo moribundo deseo de agredirme, ya que un enemigo muerto atrae a otro como las moscas al cadáver, ya que una tierra conquistada atrae más tesoros ocultos bajo la tierra, una mujer profanada es una invitación a sacrilegios de carnalidad y deshonor, y así, entre el olor de la piel calcinada, la pólvora y sangre, tu vida se derrama, hasta que otro idealista te persiga y cambie tu fortuna en tragedia... pues soy un corrompido Apolión, soy un toxico Huitzilopochtli, soy un voluble Kartikeya, soy un amargado Týr, soy un sádico Ares y un cansado arcángel Miguel.

El hombre cae de rodillas, llora, como cuando era niño, se asusta y se esconde entre los pliegues de

la falda de su madre, un ser divino, consagrado por y para la maldad humana, sufriendo un destino peor que mil muertes, ya que su hambre no se sacia, su sed es continua, busca en altares, en iglesias y templos, en cada altar y sacrificio, un ángel de preciosas intenciones, agonizando al tener una conciencia superior y al mismo tiempo una misión tan pedestre. Ali Damarius se retira, callado, sin amenazas, sin espadas, solo arrastrando los pies, en silencio, con la mirada compasiva de la máquina que lo escolta por la abertura que sella después de que su invitado vuelve a ver la luz del sol. Su alma se suaviza poco a poco, respira con benevolencia, con una compasión de alguien que ha sido liberado de un crimen injusto, abraza a sus seguidores, y les propone, haciéndolos dudar de lo que ocurrió en esa cueva, sentarse esa noche a compartir el pan y a beber vino, en armonía y felicidad.



ENCUENTRO MORTAL

JHON DARWIN GONZÁLEZ



Los buenos son los muertos, a mí me tocó ver el infierno...
“Porco Rosso”, Hayao Miyazaki, Studio Ghibli

Conversan.

–Que Dios lo ampare...

–Pobre hombre...Si no lo asustan los vivos...

–...lo espantan los muertos...

Conversan cuando pasa.

Las tres ancianas, sentadas frente a las ventanas, se persignaron, al notar, cómo se alejaba nervioso el hombre. El reloj del autobús marcó la una de la mañana.

Silencio.

Por la autopista que va hacia la capital no se oía ya nada en aquella madrugada de sábado de marzo. El circo, recién llegado a Cuesta del Oro, había silenciado la música, las fieras dormían en sus jaulas, las luces del parque de diversiones apagadas estaban. Solo un perro blanco, callejero, se acercó a oler a Humberto cuando el profesor de Literatura se bajó del autobús.

–Acá lo podemos dejar– le gritó el ayudante del chofer, minutos antes. Al encender las luces, algunos pasajeros despertaron en un sobresalto y detuvieron su atención en el delgado hombre de sombrero que cruzó el pasillo agarrado con la mano izquierda del tubo cercano al techo, mientras hacía malabares con su maletín en la mano derecha.

Lo esperan.

Sus padres, como todas las madrugadas de sábado, diez cuadras más adelante, en el parque principal.

–Gracias, señor– contestó, con acento andino, que nadie alcanzó a oír, al descender. Y cruzó veloz la autopista de dos carriles, sin ver hacia los lados, hasta llegar al inicio de la calle Diez.

–Pobre hombre, si no lo asustan los muertos, lo espantan los vivos...– una de las tres mujeres susurró, y se persignó al verlo alejar.

–Y con esto de "La mano negra" de pronto lo pelan...

"La mano negra".

Hay quienes afirman que, en 1986, un grupo del Estado con ese nombre, liderado por el capitán Benavides, seguía con su labor de limpieza. Transcurridos los meses, la lista de jóvenes desaparecidos y ajusticiados iba en aumento, al tiempo que una camioneta vinotinto de vidrios oscuros se llevaba, entre tantos, al hermano

menor de los Pabones, por equivocación. Su cuerpo aparecería en una bolsa negra, por Las Amarillas, devorado por los chulos y con signos de tortura, un tiro en la nuca.

–Profesor, dicen que acá en San Vicente también empezó algo llamado "El baile rojo". Un largo cartel pegado en el poste frente al club "El conquistador", en la autopista, le recordó, al pasar, la oscura amenaza, la advertencia.

–¿Qué es eso, profesor? –los niños querían respuestas.

Muerte.

–El profesor de Literatura estaba hablando con los estudiantes sobre historia, la masacre de las bananeras, y están leyendo a ese tal Caicedo, "Viento seco".

–No es lo apropiado. Hay que llamarlo al orden– era la voz de los superiores–en San Vicente debe prevalecer la tranquilidad. Nada que agite a los muchachos.

Silencio.

Humberto siguió descendiendo por la calle diez, y pasos más adelante se encontró con el taller de Vicente Peña, cercano al río de Oro. "Acá fue donde trabajé de niño, lijando carros"– alcanzó a pensar, cuando un rugido, estruendoso, atravesó el lugar. El profesor de Literatura se estremeció, sintió que un fuerte escalofrío lo sacudía. Luego un temblor indetenible. Su respiración se contuvo. Intentó tranquilizarse.

Falta una cuadra para llegar al convento de las clarisas. Si toco, tal vez me abran”. Una motocicleta roja y blanco apareció por la esquina.

–Pobre hombre, si no lo asustan los vivos, lo espantan los muertos... –la segunda de las ancianas repitió–. Ojalá se le aparezca alguien. El autobús tomó la curva de Los Colorados.

El parquecito frente al lugar religioso le trajo cierta calma al profesor. “No voy a tocar la puerta del convento, mejor me sentaré a descansar un instante” comentó como dándose valor. Se quitó el sombrero, y con el pañuelo que buscó en el bolsillo se limpió el sudor. Volvió a envolverlo con mucho cuidado, como le había enseñado su mamá. La calle seguía solitaria, oscura. “Tal vez me sugestioné. Fue mi imaginación” concluyó. Buscó un caramelo en su maletín. Siempre guardaba unos para los alumnos inquietos. “Me dejé sugestionar por esas tres señoras de negro en el autobús”. Levantó el puño de la camisa, miró el reloj, era la una y cuarto. Una renovada confianza lo invadió. Humberto agarró su maletín de profesor, lleno de libros, cuadernos, guías y exámenes, para reanudar su camino. “Si no lo asustan los vivos, lo espantan los muertos”, la sentencia de las mujeres seguía en su memoria.

¿Qué me habrán querido decir?

Humberto pasó por el colegio donde estudió su primaria. Las cúpulas del campanario de la iglesia antigua despuntaban ya cercanas, con sus cruces de hierro. Al fondo, en el cerro, la blanca imagen seguía alumbrada por un único farol. Un segundo rugido de motocicleta se oyó. Humberto, cercano ya a un ataque de pánico, cada vez más agitado, quiso correr. “Quedan tres cuadras. Está cerca la iglesia”, intentó serenarse.

De pronto, de una esquina de la carrera Octava apareció, ruidosa, la parte delantera de una Land Cruiser, último modelo. Ancha, aceleró de repente, los ruidosos vallenatos aturdían. La mirada del chofer, “El caleño”, se encontró de golpe con el paso agitado y nervioso del profesor. Las llantas chirriaron. Los vidrios oscuros se bajaron, mecánicos, y un hombre pequeño, Rodríguez, descendió.

–¿A dónde se dirige, ciudadano? –preguntó. El nerviosismo de Humberto lo privó de responder. Diomedes aturdía.

–Ciudadano ¿A dónde se dirige?, ¿Qué lleva en ese maletín? Identifíquese.

–Soy Humberto, profesor de Literatura en San Vicente. Voy para la casa de mis padres, ellos me están esperando en el parque principal– respondió, agitado, con pausas nerviosas, con la presencia cada vez más cercana del arma de

fuego.

–Contra la pared, ciudadano– gritó el policía. –Abra el maletín, es una orden.

Cuadernos, libros, tizas, eran arrojados al piso. Rodríguez sacó una linterna del bolsillo. Páginas enteras eran alumbradas por el ojo de luz que el pequeño agente esparcía.

–De San Vicente, ah– le gritó desde lejos, sin observarlo–. Súbase y lo llevamos hasta su casa– ordenó desde el volante el hombre fornido, curtida la piel por el sol del ejército. Una mueca entre nerviosa y agitada surge del maestro.

–Me esperan mis padres en el parque principal, les avisé que venía llegando. De repente, el rugido trepidante de una Kawasaki GPz 750, blanca y roja, rompe la tensión, por la calle Diez Barón acelera veloz, motorizado de la juventud claretiana. Aunque él prefería el apodo de “Centella”, ya que siempre vestía de camisa blanca, jeans Lee y chaqueta negra de cuero, cabellos largos y sueltos, con sus lentes azules, como su ídolo infantil, veloz en su motocicleta, para enfrentar al mal. Los ruidosos vallenatos se apagaron. Un solo de guitarra, bajo y batería retumbaba.

Sin perder tiempo, desde el vehículo en movimiento, el joven accionó su Star B calibre 9mm, que impactó tres veces.

El primer disparo del arma española alcanzó las manos del “Caleño”, el segundo, a la llanta delantera de la camioneta, y el tercer Parabellum impactó sobre la espalda del policía Rodríguez, que sorprendido, no alcanzó a esquivar la bala que le rozó el hombro. Todo sucedió en cuestión de segundos. La motocicleta, blanca y roja, de alto cilindraje se detuvo frente al asustado profesor. Un tema musical de Soda, “Imágenes retro”, se oía en un pequeño parlante de la motocicleta.

–Recoja rápido sus pertenencias, señor, y súbase– le dijo el joven, sin quitarse los lentes azules, al sujetar la Star B por la empuñadura, y sus guantes negros cubrían la imagen tallada de la paloma blanca descendente, envuelta en el halo rojizo. Humberto guardaba lo que podía, en forma desordenada, dentro del maletín. Un lamento, como de espanto, como de ambulancia, apareció en la madrugada.

–Tenemos que irnos– ordenó “Centella”–bajaremos por esas escaleras, hacia La Candelaria. La motocicleta arrancó, con ambos, iniciando un descenso vertiginoso. Cada brinco del vehículo se confundía con el aullido de la sirena. Un vehículo policial se encontró con los heridos y la camioneta de vidrios ahumados.

–Las escaleras, un profesor– alcanzó a decir el pequeño agente

de “La mano negra”, antes de desmayarse. San Vicente, se leía.

–“La mano negra” nos va a buscar hasta debajo de las piedras del río, profesor. Tiene que irse ahora mismo del pueblo, de Cuesta del Oro.

–Vamos a llamar a su casa. Despídase de su familia, por ahora lo esconderemos en Cabecera, en el salón comunal, hasta que consiga irse, ojalá fuera del país. ¿Me está oyendo, profesor?

A los dos días, Humberto cruzaba la línea fronteriza. Meses después alcanzó a leer en los titulares de las noticias de su país “Ajusticiada en el parque principal de Cuesta del Oro una pareja de ancianos, padres de un profesor prófugo de la justicia”.

En el pueblo, por la madrugada, se siguen oyendo, desde una motocicleta blanca y roja, temas musicales de Soda Estéreo.

UN SUSURRO ETERNO

ALEXIS DE JESUS SALGUERO GONZÁLEZ



Dalia solía caminar entre las montañas de niebla, donde el sol jugaba a las escondidas con las nubes, era una joven de ojos como estrellas caídas y risa que podía derretir el hielo de los picos más altos, la mejor compañía para cualquier ser que se haya acostumbrado a la soledad, coleccionaba momentos, no cosas. Guardaba en su corazón el aroma de las flores silvestres, el eco de las risas infantiles y el roce del viento en su piel.

Una noche de luna llena, mientras caminaba en el bosque que rodeaba el pueblo, Dalia tropezó con una raíz antigua y cayó en un claro iluminado por un resplandor etéreo. Allí, en el centro, flotaba una figura translúcida, envuelta en velos de sombra y luz. Era la muerte, no la temible segadora de cuentos oscuros que suele describirse en aquellos relatos llenos de cliché, sino una dama elegante con voz de seda y ojos que reflejaban todos los adioses del mundo.

—¿Quién eres tú, que haces en este sitio? — susurró la muerte, tenía una forma fantasmal como humo de incienso.

Dalia, con el corazón latiendo como un tambor de fiesta, se levantó y miró directamente a esos ojos infinitos.

—Soy Dalia, una fiel acompañante efímera. Y tú... ¿Eres el fin de todo?"

La muerte rio, como un sonido de campanillas de cristal rompiéndose en la distancia.

—El fin, mi querida, es solo el comienzo de otro. La existencia no es una línea recta, sino un círculo eterno. Ven, siéntate conmigo y te contaré el secreto que los vivos olvidan.

Curiosa como un gato en un jardín de misterios, Dalia se sentó bajo el árbol más grande. La muerte extendió una mano pálida y tocó su frente. De pronto, el mundo se desdibujó, y Dalia se vio transportada a un tapiz de vidas pasadas y futuras.

Primero, vio a un guerrero antiguo, caído en batalla, su último aliento escapando como un suspiro. Pero en lugar de oscuridad, el alma del guerrero se elevó, tejiéndose en el viento que mecía las banderas de nuevas guerras y paces.

—La muerte no borra —explicó la Muerte. —Transforma. Ese guerrero ahora vive en las historias que inspiran a los valientes, en el coraje que late en pechos ajenos. Luego, el tapiz cambió a una anciana en su lecho final, rodeada de nietos. Sus ojos se cerraron con paz, y su esencia se disolvió

en risas compartidas, en recetas olvidadas que resurgirían en cocinas lejanas.

—La existencia es un eco, no algo tangible que tenga que pertenecerle a alguien para producir riqueza—murmuró la muerte. —Lo que das, perdura. Un acto de bondad se multiplica como ondas en un lago, tocando orillas que nunca viste.

Dalia sintió un escalofrío delicioso, como cuando el amor roza la piel por primera vez. —¿Y yo? ¿Qué será de mi existencia cuando llegue mi hora?

La muerte sonrió, revelando dientes como perlas negras.

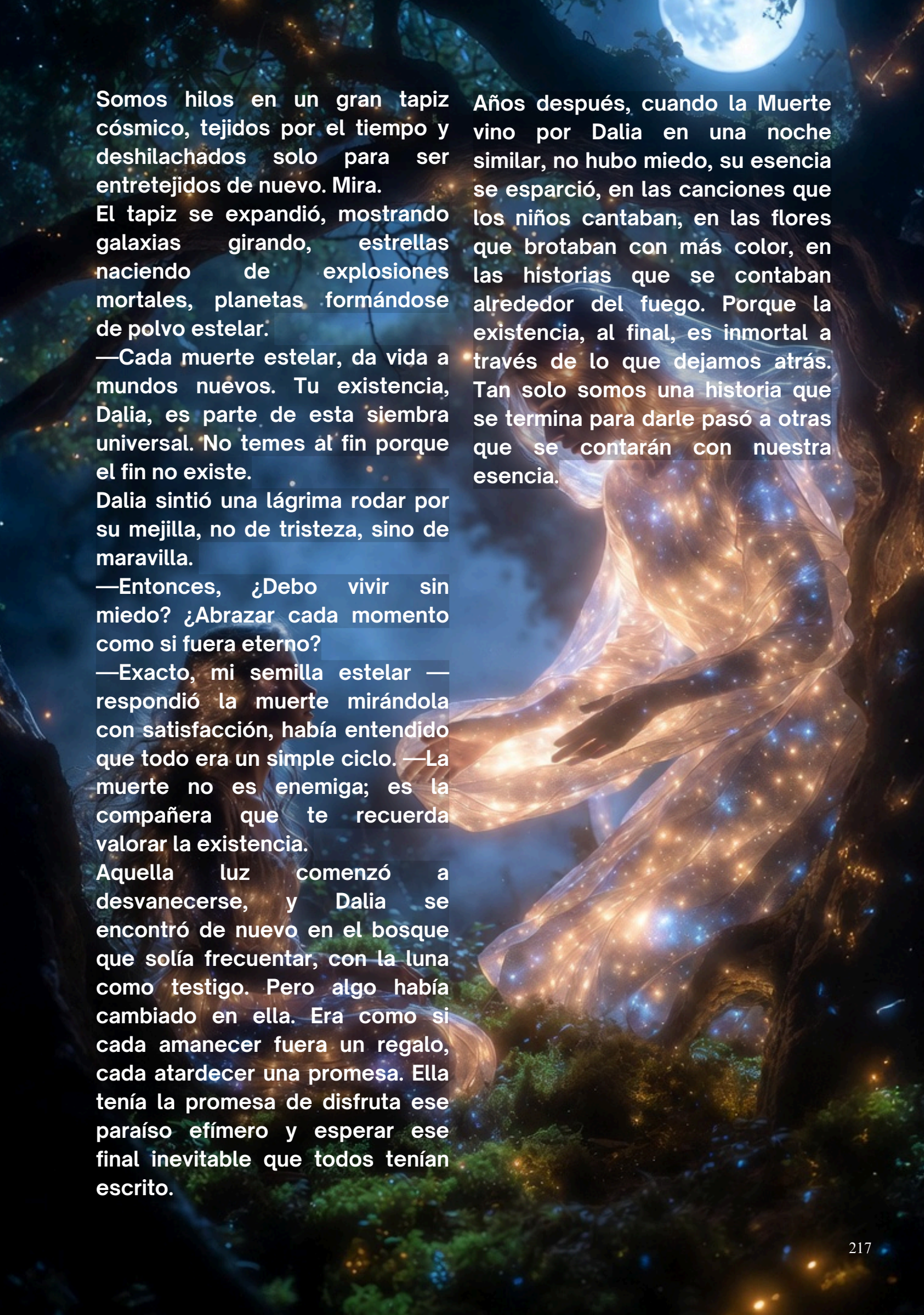
—Dalia, tu nombre es una revelación del ciclo. Tu muerte no será un apagón, sino una explosión de chispas que iluminarán otros caminos. ¿Sabes que cada uno es una semilla? La risa que regalas hoy florecerá en sonrisas mañana.

Ella observó como algunas plantas se marchitaban y otras apenas empezaban a florecer, cada una tenía su propio ciclo sin importar el tiempo, varios recuerdos llegaron a su mente, de pronto cuestionó:

—¿Y si la existencia es solo un sueño? ¿Si la muerte es el despertar a la nada?

La muerte se inclinó más cerca, su aliento frío pero reconfortante como una brisa otoñal.

—Ese es el gran engaño. La existencia no nace de la nada ni regresa a ella.

A woman with long dark hair is sitting in a forest at night. She is wearing a long, flowing, translucent dress that is covered in glowing stars and constellations. She is looking down at her hands, which are resting on her lap. The forest is dark, with some trees visible in the background. A full moon is visible in the sky. The overall atmosphere is magical and ethereal.

Somos hilos en un gran tapiz cósmico, tejidos por el tiempo y deshilachados solo para ser entretejidos de nuevo. Mira.

El tapiz se expandió, mostrando galaxias girando, estrellas naciendo de explosiones mortales, planetas formándose de polvo estelar.

—Cada muerte estelar, da vida a mundos nuevos. Tu existencia, Dalia, es parte de esta siembra universal. No temes al fin porque el fin no existe.

Dalia sintió una lágrima rodar por su mejilla, no de tristeza, sino de maravilla.

—Entonces, ¿Debo vivir sin miedo? ¿Abrazar cada momento como si fuera eterno?

—Exacto, mi semilla estelar —respondió la muerte mirándola con satisfacción, había entendido que todo era un simple ciclo. —La muerte no es enemiga; es la compañera que te recuerda valorar la existencia.

Aquella luz comenzó a desvanecerse, y Dalia se encontró de nuevo en el bosque que solía frecuentar, con la luna como testigo. Pero algo había cambiado en ella. Era como si cada amanecer fuera un regalo, cada atardecer una promesa. Ella tenía la promesa de disfrutar ese paraíso efímero y esperar ese final inevitable que todos tenían escrito.

Años después, cuando la Muerte vino por Dalia en una noche similar, no hubo miedo, su esencia se esparció, en las canciones que los niños cantaban, en las flores que brotaban con más color, en las historias que se contaban alrededor del fuego. Porque la existencia, al final, es inmortal a través de lo que dejamos atrás. Tan solo somos una historia que se termina para darle pasó a otras que se contarán con nuestra esencia.

LA SOMBRA DE
PROMETEO

POESÍA



AUNQUE NO SE DIGA ASÍ

ROBERTO POBLETE VELÁZQUEZ
PARA MANUEL DE LEÓN

Quiero partir las traves de
madera
y el cuero que protege la piel
mi piel;
apilar las cajas de los restos
que me hunden
cerrar la puerta de la bodega
tras de mí
juntar el cartón con la flama
esperar el resultado

todo eso quiero
aunque no lo deba decir

aunque no pueda decidirlo,
ambiciono elegir un cuadrado en
la agenda,
rodeado por otros cuadrados
igual de vacíos,
y escribir "aquí, fin".

CARTA A MI QUERIDA MUERTE...

SOFÍA FLORENCIA FIGUEROA MAGALLÁN

No pude escribirte al final,
no pude ser breve contigo,
tengo tantas cosas que decirte...
Y te pido disculpas por no haberlo hecho,
sé que lo necesitas y en algún momento lo haré.
Lo que si te puedo decir es que te comprendo,
que no somos tan distintas,
que ambas pagamos precios muy altos por ser quienes somos.
Conozco tu soledad que es igual a la mía.
Muchas veces la aborrecimos pero llega un momento que sin ella no
vivimos.
Conozco la ofuscación que da el hecho de hacer lo que uno debe,
aunque no sea lo que se desea...
Tener que ver ángeles caídos,
caminar entre cadáveres moribundos,
escuchar a pobres diablos creerse dioses,
y pensar que irónica es la vida.
Ver lobos disfrazados de corderos
hablar de luz y de amor,
llenarse la boca hablando de dios,
de lo que es justo,
y no conocer la oscuridad ni el infierno.
¿Quién les dio la potestad de nombrarse mensajeros de él?
En sus vidas ni siquiera son buena gente,
y nos miran muchas veces a nosotras
como bichos raros;
asquerosos,
que hay que eliminar.

Pero somos fuertes, muy fuertes y no cualquier vientito nos dobla. Nos
hicimos sabias a golpes y caídas.
Nos corre sangre por las venas y batallamos por lo que creemos que
está bien...
Nos conocemos tal y como somos.
Sabemos que es lo que debemos de hacer.
No cualquiera se anima a entrar en sí mismo;
enfrentar sus demonios,
ni aceptar lo que no se puede cambiar...
Seguir su destino tal cual se le programo.
Por eso y muchas cosas más te comprendo...
Y debo confesarlo...
Muchas veces te odie y pido disculpas por ello.
Hoy sé que fuiste un maestro más,
que en el fondo solo necesitabas alguien que te viera tal y como eres,
al igual que yo,
sin caretas ni disfraces y te acepten...
Yo te veo, te conozco y te acepto tal cual sos.
También entiendo y comprendo tu dolor y tu soledad.
No estás sola, yo estoy acá, sos un gran ser.
Sos misericordiosa con los que sufren,
con los que se comportaron bien en esta vida.
Sos justa con los que se lo merecen,
a los que has perdonado y dado una nueva oportunidad.
Y bueno...
Por tener el valor y el coraje de hacer lo que debes aunque te duela...
Gracias por quererme desde que nací,
ser mi maestra,
por enseñarme y estar siempre ahí,
por mostrarme tu mundo, ser real y sincera ante mi...
Hoy quiero proponerte un trato:
ayúdame a seguir y lograr mis sueños,
a hacer lo que vine a hacer...
Y cuando eso este cumplido;
Podes venir tranquila,
que nos vamos juntas a tomar el té
y reírnos de todo esto,
que habrá quedado olvidado en el tiempo...

OXIDACIÓN

JORGE ROLANDO ACEVEDO

*La fugaz memoria de los espejos,
el perfil hosco de los cuerpos oxidados.*

SUSANA THÉNON.

I
Inocente como un perro,
pero desconfiado como un
gato,
te quedas nadando, dando
vueltas,
moviendo la cola y la aleta
dorsal.

Ingenua mirada a través del
agua.

II
La noche inminente
con su luna y su lechuza.
La casa llena de cosas viejas,
cosas podridas, oxidadas,
capaces de teñir la pecera
con el color ferroso de aquello
que una vez tuvo vida.

EL PLACER DE LOS PEQUEÑOS DETALLES

NATALIA RYCHERT SLAWINSKA

Cuando se termina la tinta de un bolígrafo,
cuando sacamos punta al lápiz,
cuando el hilo dental saca comida atrapada entre diente y
diente;
cuando el champú capilar que exprimimos de la botella ese día
revela tonos tornasolados que no habrían salido en otra
ocasión;
cuando la tierra y el pasto huelen después de la lluvia,
cuando el gato nos habla,
cuando encendemos la radio y está nuestra canción;
cuando nos perdemos en la ruta pero nuestro amigo nos dice:
“No te preocupes; si nos perdemos, nos perdemos juntos.”
El sol
el calor
el agua
la luna
las estrellas
el aire
el silencio
agua mineral fría
y vivir sin prisa alguna.
Solo existir
puede otorgar placer.
Quiero recordar ese detalle
que no es detalle.

ELLA

JORGE ETCHEVERRY ARCAYA

Se aleja por la calle
Bailando casi camina con sus zapatillas de ballet
¿son castañuelas las que hace repicar?
El pelo negro como un vacío que fue la noche
le envuelve los hombros blancos del color de la ausencia
De todo como de color los ojos
que entreadivino casisupongo
de un negro del reverso del universo
De antes de la gran explosión
se aleja de mí no me ha visto
A mí que la miento para poderla pintar
Que magro de imaginación la formo de clichés
mientras en el ruedo de su vestido rojo veo en realidad una guadaña
Y no sólo la calle la misma ausencia de aire
se anima con la sugerencia de las vidas segadas
Y son los cuervos culpables del cliché
los lobos hambrientos fruto de este primate sin imaginación
que cantan en su coro el compás de ese baile
que se desgrana al compás de una raza que se fagocita

SUICIDIO

FRANCISCO JOSÉ AUDIJE PACHECO

La vida pesa y amarga,
También a las mujeres lindas,
Bellas y hermosas, como tú,
Amada joven que decidiste
Dejar de existir,
Por mucho que importaras
A tantos amantes de tu persona,
Comenzando por tu familia,
Por tus amigos verdaderos,
Y por mí mismo, ahora que,
Sin conocerte, veo tus mejillas
Palidecer, y tu pecho sin resuello,
Los labios rojos prometen,
Aún, desde tu postrer lecho,
Besos deliciosos, dulces,
Como la miel, saboreados
Por algún muchacho amante
De tu piel rosada, y de tus
Diamantinos ojos, en mirada
Tierna, cansada, de tanto
Como la vida te pesaba.

Amada muchacha de otoños,
Como el que te llevó en sus alas,
Y descuartizara tus sueños,
Que se perdieron en la nada:
¿Por qué no te conocería yo antes?
¿Cuál es el precio que pagaremos
La humanidad, por esta sangría
De jóvenes que ven el mundo
Feo, pestilente, agrio...?
Como la basura cotidiana,
Como las aguas turbias,

Como las cloacas y lodazales
Do se crían las ratas.
Irrespirable volviose el aire,
Formando remolinos
De la podredumbre
Que nos domina, y que domina
Este mundo cruel e ingrato.

Habrás ido a parar
A aquel lugar preparado
Para los que sufren
Las injusticias de otros.
Un día te visitaré, amada,
Santa entre hojarasca,
Para que me bendigas
Con los besos que no diste,
Y con esos abrazos que no
Reconfortaron a nadie,
Puesto que, tantas veces,
Los rechazaron y despreciaron.

De sobra sé que preparabas
Tus preciosas mamas,
Para alimentar al hijo
De tus entrañas cálidas.
Sé de sobra que amaste,
Y que te amaban,
Pero no entendías la crueldad,
De un mundo hecho para fuertes
Y fornidos héroes y heroínas,
Románticos contemporáneos,
Traidores al deber de cuidado;
El egoísmo nos ha superado.

Sobrevive el más fuerte,
En un mundo donde cunde
La debilidad y la podredumbre,
Pero no mira la honradez
Ni ama lo extraordinario,

Sino que premia al canalla,
Y deja vivir sin honradez
A los niños de papá
Que tomaron el poder
Sin hacer mérito.

Porque nadie merece
Vagos y maleantes
Entre sus propias filas,
Ni en el mar, ni en la montaña.

PLEGARIA

MARÍA ISABEL CHAVES ACOSTA

No aspiro a mucho...

Simplemente que no abandone el ansia
de retener un día más entre mis cansados dedos
y gozar unas horas más del respiro diario.

Que continúe mi fe en medio de tanto olvido.

Que se me otorgue ver cómo mis hijas van surfeando
en medio de esos fríos y desconocidos seres
a quienes llamamos humanos.

Y que pueda reconocerlas,
mientras los calendarios se dibujan en mí.

Que pueda besarlas antes de decir adiós,
como cada mañana entre los afanes y el transporte.

Que me conmueva la palabra, una nota tras otra.

Le pido más horas y días para mi madre:
Que no se hunda su mirada entre las sombras
y que en su mente brote incesante lucidez.

Que mis años no me resten danzas,
campañas, estar plena disfrutando
el fragor de estas horas.

Deja que vea ser realidad
una décima parte del tiempo
de mi descendencia.

Que mi existencia no sobre o estorbe
y no cause angustia a los míos
al intentar prolongarla.

Le pido vida para los vivos...

QUEDÉ

ABRIL NAVARRETE MENA

Me quedé esperando tu regreso
tu dijiste que lo harías
sigo sentada en el dintel
de la puerta que da al horizonte.
Sé que si se aproxima
la chispa lejana que se ve,
eres tú en tu regreso
con tu espada de fingida fortaleza.
Te hala mi añoranza
de esa aventura rebosante
que en lontananza se quedó
sin culminar.
Dejaste migajas en tu camino de ida,
no las quiero levantar
que sean tu guía a mí
en tu camino de regreso.
Tu dijiste que confiara,
te confié cada mota de polvo en derredor
Sigo esperando tu regreso,
a ciegas no entiendo
que el cristal tan duro y frágil que eres
se rompió.
El horizonte me indica tu regreso
pero el camino se quedó lleno
de ese polvo cristalino
por donde al caminar
se lastima tu regreso.
Vuela, brinca, salta, esquiva,
Tú quedaste en regresar.
Que tu voluntad le gane al ogro,
domina con tus manos temblorosas
la melodía de ese órgano monumental
para que las notas que de él emanen
inunden la atmosfera
como señal de tu regreso.

Tu quedaste en regresar
Y yo te espero.

EL ÚLTIMO LATIDO

JOSÈ LISSIDINI SÀNCHEZ
EN MEMORIA DE A. PIZARNIK

Viejo hábito de estar, de oxidarse,
de a diario alimentar la angustia,
la nada sin metáforas, el hastío;
manía de atravesar días de tormentas,
un día, el siguiente y el otro también.
Desmoronándose bajo una pertinaz campaña
de desprestigio, los valores, la entrega,
el ímpetu, la risa, las ganas, el calor, el frío,
mientras llama cada vez con mayor insistencia,
la urgencia de vaciarlo todo, vaciarse de todo,
no importa cómo, llamado ante el cual
nada pueden ni el dolor ni el amor,
ni el humor, ni la verdad, ni la libertad,
ni la mirada sublime de la familia,
ni la sonrisa triste de los amigos,
ni el saber que del otro lado
de la línea telefónica, tú estás,
pero sin embargo no intentar llamar
para no invadirte, para no molestar.
Con mayor insistencia garúan las palabras
sin contenido, las fechas eliminadas,
las citas postergadas, mientras ante el espejo
de la noche a la mañana, se instala un rostro
que no se reconoce, alguien que no es amigo.
Es cuando la hora deja de ser inocente,
y solo queda al filo del abismo, el último
latido con el que termina todo poder,
se apaga todo querer, y conspirativo
se instala aburrido el padecer.

Costumbre insolente de existir ,
de afincarse en la cobardía cotidiana
de los silencios, del mentir, del evadir
las verdades, del no mirar, del no importar
siquiera los gestos de odio o el desprecio,
que los seres perdidos nos arrojan
a la cara sin respiro,
del no pujar decididos, de ya no arremeter
para al fin, sea cual sea el medio o el arma,
embarcarnos en el desafío de ya no ser,
del partir definitivamente, para no volver.

EN FUGA

NORMA MINNITI

Se va yendo de a poco,
en silencio,
nunca fue una mujer de estridencias.
Espejismo del tiempo,
ilusorio recorrido hacia el abismo.
Mi madre se marchita,
compás de letanías
que traen el recuerdo
de lo que a mi vida le dio sentido.
Anda quedo, se esfuerza...
en la senil lentitud
se acelera el destino.
Agónico parpadeo
de una luz mortecina.
Paciente, la muerte espera,
triunfante, la muerte aguarda.
Espera plagada de vacío,
aguarda que se corten los hilos.
Y mi madre se achica,
y mi madre se encorva:
mariposa en su crisálida,
su alma se prepara
para la despedida.

Cultivo florales,
tal vez así
permanezca conmigo.

***2

MAURICIO JOSÉ SANHUEZA GRANDA

Al final del crepúsculo lleno de lágrimas secas.
Hojas caídas de un árbol que no tiene quién lo riegue.
Fuego fatuo que necesita fuelle.
Algunos archivan la sangre de los vivos en cuentas de plata y oro,
yo las guardo en el corazón.
Es inevitable el dolor de las bestias al parir rezagos de tristezas.
Es inevitable la alegría de morir sin haber escrito nada útil.
Es inevitable el dolor sin antes alcanzar el olvido.
Tus ojos ríen de pena.
Recuerda que el polvo será el tiempo, y el desierto, un mar de ánimas.
Si sigo escribiendo voy a morir.
Si sigo escribiendo es para no vivir.
Cárceles áureas en el principio del infierno.
Alados seres salen a recibir mi ofrenda.
Colocan unos laureles en mi deforme cabeza taurina.
Me felicitan y luego me dan la tan anhelada
ceguera eterna. Veo atrás y no reconozco a nadie.
He llegado.

NO LUCHES

JUAN ALGRUTA

Para empezar;
no luches
contra la vida
pues perderás
la partida
antes de comenzar.
Si no dejas
la vida florecer,
no hallarás la salida
ni puerta escondida
por donde escapar,
no inicies la huida
aunque el tiempo diga
que es hora de marchar.
Tómate tu tiempo,
ahora es momento
“al menos yo siento”
que ya llegó el tiempo
de disfrutar,
y espera a la muerte,
sin tentar a la suerte,
corazón fuerte,
que ella sola vendrá.
Vida y muerte
tomadas de la mano,
pulso inerte,
gozo y suerte...
juntas te llevarán.

CATARSIS

ADAM P. ASTACIO VELÁZQUEZ

Calor, muerte enamorada que tocas mis labios.
Humo que sale desesperado por respirar.
En él se contempla un alma extinguida.
Corre sola en lo más profundo del olvido
esperando ser iluminada
para no dejarse marchitar con el cadáver del amor.
¿Se acabó el calor, el humo o quizás... la vida?

PROCESIÓN

OMAR CABRALES

Tratando de conservar lo de ambos mundos,
de sobrellevar los vestigios de la voz
y acompañarlo,
como en la escuela a su primer día en la muerte;
vamos con él y un mariachi lento
destinados a esta pesadumbre
por las calles de un pueblo colombiano...
Decimos su nombre en lo alto
para que algo de nuestro canto se lleve para siempre
y esperamos inocentes
que todo eso que aprendió
le sirva de algo para este nuevo miedo
... sin nosotros
Arrodilladas las uñas ya en la marcha del despojo
fundidas en sangre las cosas que dijo
desbordados los pájaros que vienen por él;
los ojos se le hunden como capullos sepultados
entre la tierra y el antes de nuestro sufrimiento.

ENGAÑO

ALDO MATUS

Toc, toc... suena la puerta. Un cuervo escucha manteniéndose alerta.
En el calor de la noche todo puede pasar. Él espera que el toquido sólo
sea una farsa.

La puerta suena nuevamente, él espera que el sonido sólo esté en su
mente.

Se pone de puntillas esperando observar algo por la mirilla del lente. No
hay nadie. Nada está enfrente.

Sal precavido observando a todos lados. No sabe qué es pero debe de
atender al llamado.

Brincando en sus dos patas el cuervo avanza y realiza una danza. Grazna
en el silencio de la noche donde los arboles no le hacen reproches. Él
asecha a los mortales, busca sus ojos, estos son coleccionables.

Migas blancas aparecen en su camino, no son ojos pero seguirlas le
parece divertido.

Engulle los pedazos mientras avanza llenándose la boca y toda la panza.
Mareado y sin ver el camino choca con algo negro que entretiene su
destino.

La silueta se levanta su falda sonriendo...

Mierda, no es pan, son los blancos huesos de unas patas flacas.

¡PROMESA ROTA...!

EDMUNDO PÉREZ

I

Es tiempo de hacer promesas
para sellar la amistad
le dijo la una a la otra
sin saber, si el juramento las pudiera perturbar.

II

Continuaremos muy juntas.
¡Como hermanas, se dijeron ...!
Pero, las obligaciones,
de seguidas resurgieron.

III

Uniendo, como lo juran los niños;
si, como lo hacen nuestros chicos
los meñiques de sus manos
afloraron, bien pensados, designios de un juicio sano.

IV

Si una se casa primero,
la que quedare soltera
destinará su dinero
a gastos de la casadera.

V

Se obliga, en este momento,
a ser madrina en la boda
y a cumplir, con sentimiento,
trámites para la futura señora.

VI

Ambas seremos comadres
porque seremos madrinas
del primer hijo de la otra, así seremos por siempre
como una sola familia.

VII

Y, si falleciere alguna,
la que resultare viva,
en este acto se obliga
a vestir a la difunta.

VIII

Pero, ...
si aquella dejare hijos,
la sobreviviente será,
madre de todos los niños

IX

Y, así cuidará de ellos, cual si fuera su mamá.
Esas fueron las promesas,
de dos niñas, muy unidas,
amigas en edad escolar.

X

Pasaron así los años.
Se hicieron dos señoritas;
llegaron a trabajar,
hasta en la misma tiendita.

XI

El matrimonio llegó
y, el asunto de la boda,
en todo se les cumplió
como estaba en la promesa.

XII

La casadera se hizo madre
y, como estaba acordado
celebraron el bautizo
ambas se hicieron comadres.

XIII

Se hizo una fiesta, del gozo
celebrando el nacimiento.
Ambas estaban felices
por cumplir todos sus votos.

XIV

La que quedaba soltera
presta ya para casarse
notificó a su comadre
que ya estaba casadera.

XV

Comenzó el desarrollo del proyecto
vestido, flores y obsequios.
Pero, algo nada esperado de repente aconteció,
algo que no estaba siquiera en el pensamiento.

XVI

Una mañana lluviosa; y, muy temprano,
quien estaba aún soltera,
salió presta a su trabajo
y montó en una buseta.

XVII

Siendo tan mala su estrella,
que jamás llegó al trabajo,
porque el carro del transporte
se volcó por una cuesta.

XVIII

Fue quien ideó la promesa
y de ella recibió menos
pues tan solo ella ganó
a una comadre y su ahijado.

XIX

Quiso la que quedó viva
cumplir lo último pactado
pero no le fue posible
ponerle la vestidura.

XX

Ya que el cuerpo de la occisa
quedó muy deteriorado
y por efecto del volcamiento
resultó muy desmembrado.

XXI

Han pasado muchos años
y, brotan motivos para llorar,
más siempre viene al presente,
que hay una promesa rota.

CLINT EASTWOOD

(O LA COREOGRAFÍA DE CABALLITO CORAZÓN DE ACERO)

EDUARDO RUIZ

Un refrigerador rojo canta ópera en ruso
mientras escupe cubitos de hielo con forma de lágrimas de dinosaurio.
Las manzanas juegan al póker con naipes de moho,
apuestan sus semillas contra un reloj de cuco sin péndulo.

"La eternidad es el eco de una puerta que se cerró sin querer"
murmura el grifo goteando sobre las latas de sopa vacías.

El sofá de terciopelo verde ha engullido tres almohadas
y tal vez a un hombre que vive
en sus adentros en proceso digestivo.
En su costado izquierdo,
queda la hendidura con forma de silueta ausente,
donde anidan migajas de cumpleaños sin pastel.

"El vacío tiene la forma del primer llanto no escuchado",
escribió un niño en la niebla del espejo.

Clint... (esa tos que rebota en las paredes).
Clint... (ese goteo que "coscorrea" el metal).
Clint...

Compré recuerdos falsos en el mercadillo de los domingos.
¡Dos sonrisas embotelladas por el precio de una canción!
¡Fotografías que pestañean cuando las tocas!

El vendedor —un loro viejo con pata de oro—:
"La última palabra no dicha, ligeramente usada".
"El amor es la ortografía fallida del universo",
grazna mientras despluma sus alas.

En el salón del Minotauro Vegetariano
sirven café y mate con leche donde flotan islas de flores.
Un hombre, llamado Dudamel, revuelve una taza vacía
al ritmo de Beethoven.

El periódico titula: *"Ayer llovieron recuerdos al revés sobre la avenida del olvido"*.

"La nostalgia es el arte de perder objetos en el sótano del tiempo"
comenta el camarero mientras sirve el café a cucharadas.

El pronóstico onírico:
Tormenta de leoncitos por la madrugada.
Vientos de murmullos femeninos desde el Sur.
Al anochecer... calma viejo Oeste, los vaqueros no existen.

Una muñeca de porcelana con doctorado en física cuántica
da clases sobre la teoría de los agujeros negros de calcetines perdidos.
Su tiza es el hueso de una risa que nunca llegó a ser.
*"Los universos paralelos son los cajones donde guardamos
lo "qué hubiera pasado si..."*
lo dice mientras borra la pizarra con su falda de trapo,
ante el aplauso del alumnado.

Mientras tanto, en el teatro del absurdo:
Un teléfono inteligente repite: *"¿Hola? ¿Hola?"* al vacío.

Aquella noche te llevaste todo, galopando en un caballito corazón de
acero.

El público representa las butacas, es un truco para llenar dos veces el
recinto.

"La paternidad es un mapa dibujado con tinta invisible en el 2023"
susurra el asiento número diez mientras cruje como madera vieja.

Clint... (el ruido en la oscuridad).
Clint... (el olor a jardines estelares).
Clint... (el tic-tac de un reloj de arena).

En el museo de los objetos cotidianos exhiben
un astronauta lleno de estrellas fugaces.

El curador confiesa:

"El tiempo es un ladrón que deja recuerdos como prueba del delito".

Final abierto:

Un Cowboy sin público, pero con sombrero, dispara versos
contra el telón de terciopelo.

Las balas caen como migas de pan
que trazan un camino hacia ninguna parte.

**CLINT EASTWOOD ES EL ALIAS QUE USA LA SOLEDAD
CUANDO FRANQUEA LAS CARTAS QUE NUNCA LLEGARON,
O EL NOMBRE QUE SUSURRA EL VIENTO
AL MOVER LAS CORTINAS DE UN CUARTO VACÍO.**

Nota al pie de página encontrada en una caja de zapatos:

*Guardé aquí el primer diente de leche
y el último "te amo" sin decir.*

Perdón por el desorden.

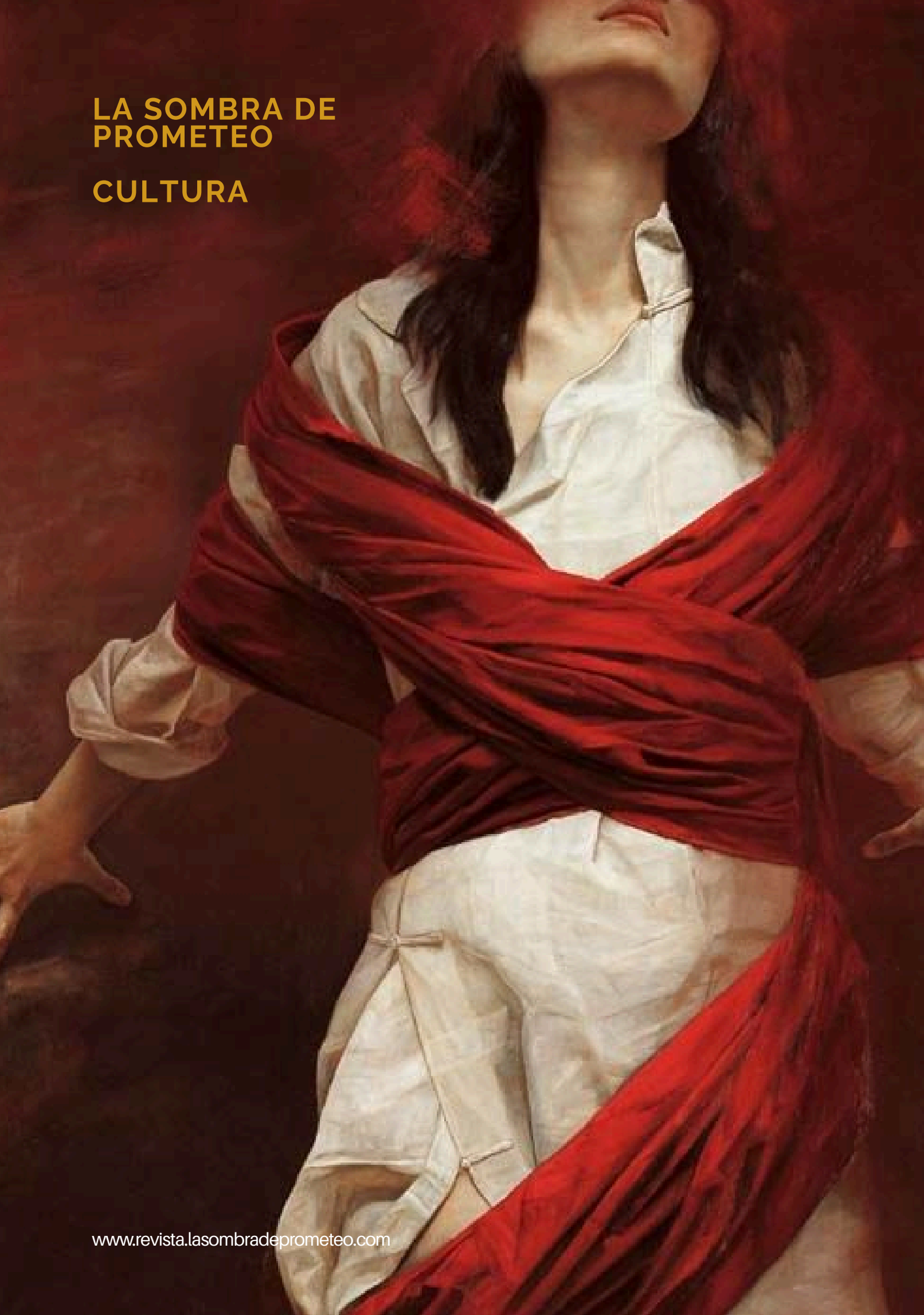
El polvo son las palabras que se quedaron pegadas en la ventana.

P.D.

Si encuentras un soldadito de plomo, dile que su guerra terminó.

LA SOMBRA DE
PROMETEO

CULTURA



COLOQUIO DE SOCIOLOGÍA: WEBER Y LA MODERNIDAD

COLOQUIO DE SOCIOLOGÍA: WEBER Y LA MODERNIDAD.

UAM-AZCAPOTZALCO

FEBRERO DE 2026

RONDA DE PREGUNTAS

EXPONENTE: DRA. ADRIANA AGUAYO AYALA



Estimada, permítame abordar su pregunta desde una perspectiva antropológica, desglosando los ejes que usted misma ha planteado con agudeza. Como antropóloga, mi labor es observar al homo sapiens no solo como un ser biológico, sino como un animal simbólico que teje su existencia en un entramado de significados compartidos. La cuestión que plantea toca el nervio central de nuestra disciplina: la relación entre la conciencia de la muerte y la invención de la cultura.

Para las antiguas culturas, la muerte no era un muro, sino un umbral. Tomemos como ejemplo las civilizaciones mesoamericanas. Para los mexicas, la muerte (Mictlán) no era un castigo, sino una fase más de un ciclo cósmico. El viaje del alma era un recorrido de cuatro años a través de nueve niveles, un trayecto que requería acompañamiento ritual: desde el guerrero que moría en combate y acompañaba al sol, hasta la mujer que fallecía en parto y se convertía en deidad. La muerte no era la negación de la vida, sino su continuación en otro registro.

En el antiguo Egipto, la muerte era el inicio de la existencia verdadera. La momificación, el Libro de los Muertos y la arquitectura funeraria no eran un adorno; eran tecnología espiritual para garantizar que el ka (fuerza vital) no se dispersara. La vida terrenal era un breve prólogo; la eternidad, el texto principal.

En la Grecia clásica, aunque el Hades era sombrío, el rito fúnebre era sagrado (la prothesis, la ekphora). La polis se sostenía en el culto a los antepasados. Negar la sepultura, como en el caso de Antígona, era un acto de barbarie porque se le negaba al muerto su lugar en la continuidad del linaje y la comunidad.

En estos sistemas, el rito cumplía una función ontológica: integraba al individuo en una cadena que trascendía su finitud. El impulso religioso no era una superstición accesoria, sino la matriz donde se forjaba el sentido. El tiempo era cíclico o teleológico, pero nunca un simple “ahora” desechable.

Lo que usted denomina “pérdida del sentido del rito” es, en términos antropológicos, el proceso de secularización y desencantamiento del mundo (Weber). Cuando la modernidad coloca al individuo como centro, y la ciencia positivista como único método válido de conocimiento, el continuum entre vida y muerte se rompe.

La muerte deja de ser un pasaje para convertirse en una cesación biológica incómoda, algo que debe ser escondido en hospitales y funerarias, lejos del espacio doméstico.

Al negar la trascendencia, el ser humano queda desposeído de su mayor herramienta para soportar el absurdo: la esperanza. Usted menciona con precisión que la esperanza es “espera”, construcción de un camino. En las culturas arcaicas, el mito y el rito proporcionaban esa arquitectura temporal. Sin ella, el tiempo se aplana.

Nietzsche intentó, con su superhombre, llenar ese vacío con la voluntad de poder y el amor fati (amor al destino). Sin embargo, como usted bien apunta, sin un horizonte que trascienda lo inmanente, el superhombre se convierte, en su versión vulgarizada, en un mero gesto de autoafirmación que no puede sostenerse como estructura cultural colectiva. Termina siendo el eslogan del emprendedor, no un camino de salvación.

Vivimos en lo que el antropólogo Marc Augé llamó “no-lugares”: aeropuertos, centros comerciales, redes sociales. Espacios donde la identidad es solitaria y contractual. La tecnología y el utilitarismo se han convertido en el nuevo metarrelato.

Pero un smartphone no es un rito; una red social no es una comunidad de almas (una *communitas*, diría Victor Turner); es una agregación de soledades que buscan validación inmediata.

La pregunta “¿somos más felices?” es fundamental. La felicidad premoderna no era un estado hedónico (placer), sino eudaimónico (florecimiento dentro de un orden). Los dioses otorgaban temor, sí, pero también cobijo. La ilusión y la fantasía eran espacios reales: los sueños, las posesiones, los oráculos. Al eliminarlos bajo la daga del racionalismo instrumental, no hemos eliminado la angustia, solo hemos eliminado el lenguaje para procesarla.

La constante insatisfacción que usted señala es, desde la antropología, el resultado de un *ethos* basado en la acumulación y la obsolescencia. Si nada trasciende, todo se vuelve mercancía, incluido el yo. La inmediatez de lo desechable es el correlato de una vida que se concibe a sí misma como desechable.

Usted sostiene que la salida no es un retorno místico ni la resurrección de dioses muertos. Estoy de acuerdo. La nostalgia arqueológica es estéril. Sin embargo, el síntoma más honesto de nuestro estado lo encontramos en el arte contemporáneo.

Ya no buscamos en él la catarsis, la belleza o la elevación espiritual (lo bello como reflejo de lo divino). El arte actual, en su forma más sincera, es deconstrucción, ruina, espejo de nuestro laberinto.

Como dice usted, el arte ya no consuela; nos muestra el vacío. Y ahí reside una paradoja: al mostrar el laberinto, al no taparlo con falsos cielos, el arte se convierte en un rito laico de veracidad. No es la respuesta, pero es el único lugar donde aún se permite nombrar la pregunta sin recurrir a la solución técnica.

Y es aquí donde su hipótesis final resulta escalofriante: la tecnología no nos va a devolver el sentido, va a regular la ausencia de sentido. Los chips cerebrales, los neurotransmisores sintéticos, son el último paso del positivismo: si no puedes encontrar el significado de la vida, estimula la corteza prefrontal para que la falta de significado no te duela. Es la farmacologización de la existencia, el intento de resolver con ingeniería lo que antes se resolvía con cosmogonía.

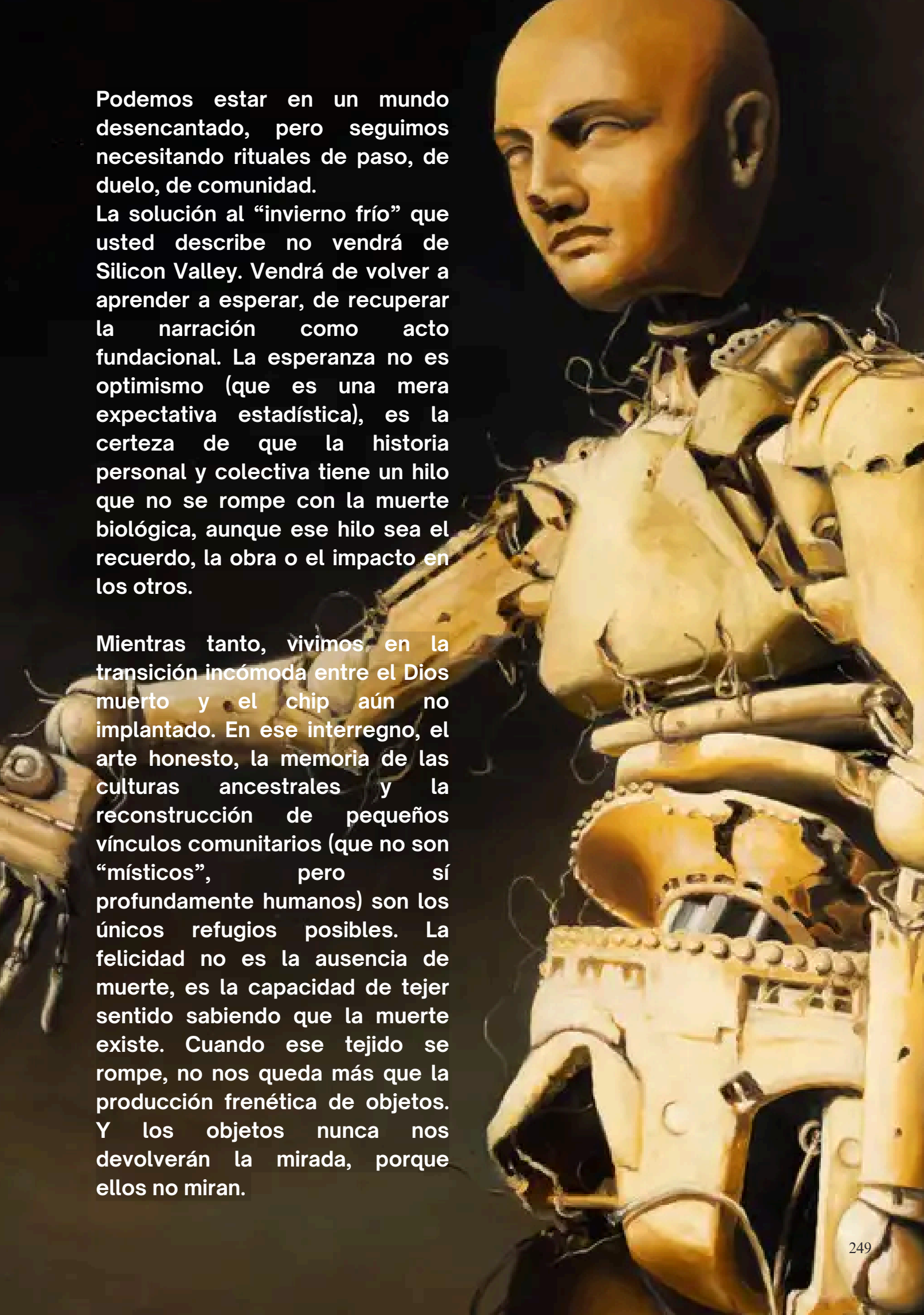
-Doctora, ¿hay salida?

La salida, desde mi perspectiva antropológica, no está en un nuevo dios ni en un arte complaciente. Está en recuperar la capacidad de rito sin necesidad de la creencia dogmática. El rito, en su esencia, es una acción que dota de espesor al tiempo.

Podemos estar en un mundo desencantado, pero seguimos necesitando rituales de paso, de duelo, de comunidad.

La solución al “invierno frío” que usted describe no vendrá de Silicon Valley. Vendrá de volver a aprender a esperar, de recuperar la narración como acto fundacional. La esperanza no es optimismo (que es una mera expectativa estadística), es la certeza de que la historia personal y colectiva tiene un hilo que no se rompe con la muerte biológica, aunque ese hilo sea el recuerdo, la obra o el impacto en los otros.

Mientras tanto, vivimos en la transición incómoda entre el Dios muerto y el chip aún no implantado. En ese interregno, el arte honesto, la memoria de las culturas ancestrales y la reconstrucción de pequeños vínculos comunitarios (que no son “místicos”, pero sí profundamente humanos) son los únicos refugios posibles. La felicidad no es la ausencia de muerte, es la capacidad de tejer sentido sabiendo que la muerte existe. Cuando ese tejido se rompe, no nos queda más que la producción frenética de objetos. Y los objetos nunca nos devolverán la mirada, porque ellos no miran.



EL PROBLEMA MORAL DEL ABORTO: ENTRE LA PERSONA Y LA VOLUNTAD

SEMINARIO DE DISCUSIÓN:
DISERTACIÓN MORAL SOBRE EL ABORTO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS, UNAM



El aborto constituye uno de los problemas más complejos de la filosofía moral contemporánea, no solo por sus implicaciones jurídicas, sino por la profundidad de los valores en conflicto que pone en juego. Lejos de ser un asunto reducible a la legalidad, exige una reflexión ética radical que permita interrogar no solo las normas, sino los fundamentos mismos desde los cuales juzgamos. En este sentido, la pregunta central —¿qué es una persona?— no es únicamente ontológica, sino también interpretativa.

Las posturas tradicionales han oscilado entre dos extremos. Por un lado, el personalismo fuerte sostiene que la persona existe desde la concepción, fundando así un deber absoluto de protección de la vida. Por otro, enfoques funcionalistas, cercanos a John Locke o a Peter Singer, consideran que la personalidad depende de capacidades como la conciencia o la autonomía, lo que permite excluir al feto temprano del ámbito pleno de consideración moral.

Sin embargo, esta oposición revela más bien la fragilidad de nuestros criterios: no existe un consenso definitivo sobre el origen de la persona, sino interpretaciones en conflicto.

Desde aquí, el aborto se presenta como un problema trágico: una colisión entre el valor de la vida y la autonomía de la mujer, en términos que recuerdan la noción de conflicto de principios desarrollada por Ronald Dworkin. No se trata de elegir entre el bien y el mal, sino entre bienes en tensión. Toda decisión implica una pérdida, una renuncia, una forma de violencia moral inevitable.

Es en este punto donde la filosofía de Friedrich Nietzsche permite radicalizar el análisis. Nietzsche cuestiona la idea de que existan valores morales universales y objetivos; en su lugar, propone entenderlos como creaciones históricas, expresiones de fuerzas vitales en conflicto. Desde esta perspectiva, el debate sobre el aborto no sería la búsqueda de una verdad moral única, sino el enfrentamiento entre distintas voluntades de poder que buscan imponerse como norma.

Así, las posturas absolutas —tanto la prohibición total como la permisividad irrestricta— pueden interpretarse como intentos de fijar de manera definitiva un valor dominante, clausurando la pluralidad de interpretaciones.

Sin embargo, esta pretensión ignora el carácter dinámico y perspectivista de la vida moral. El gradualismo, que sostiene que el valor del feto aumenta con su desarrollo, aparece entonces no como una solución definitiva, sino como una forma más flexible de interpretar el devenir de la vida, evitando rigideces dogmáticas.

No obstante, una lectura nietzscheana obliga a ir más allá: no se trata únicamente de encontrar un equilibrio entre valores dados, sino de reconocer que dichos valores son ya el resultado de interpretaciones previas. La autonomía, la vida, la dignidad, no son absolutos incuestionables, sino conceptos cargados de historia, de poder y de sentido. En este marco, la decisión sobre el aborto no puede reducirse a la aplicación de normas, sino que implica una creación de sentido en situaciones concretas.

Esto introduce una dimensión profundamente existencial. La mujer que enfrenta la decisión del aborto no actúa simplemente como sujeto de derechos abstractos, sino como individuo situado, atravesado por condiciones materiales, afectivas y sociales. Su decisión no es solo jurídica ni moral en sentido clásico, sino también una afirmación de sí, una configuración de su propia vida frente a circunstancias que no ha elegido plenamente.

Por ello, el derecho no puede aspirar a una neutralidad absoluta. Toda legislación sobre el aborto cristaliza una interpretación moral del mundo, una jerarquía de valores que se impone como orden normativo. El desafío no consiste en eliminar el conflicto, sino en reconocerlo y gestionarlo sin negar su carácter trágico.

En conclusión, el aborto no es un problema que admita soluciones definitivas, sino un campo de tensiones donde se enfrentan distintas interpretaciones de la vida, la persona y el valor. Desde una perspectiva inspirada en Nietzsche, más que buscar una respuesta universal, se trata de asumir la responsabilidad de crear sentido en medio del conflicto, reconociendo que toda decisión es, en última instancia, una expresión de la voluntad que la sostiene.

*Análisis retomado de:
Seminario de Discusión
Disertación Moral sobre el
Aborto 1 de marzo de 2016*

*Instituto de
Investigaciones Jurídicas,
UNAM
[http://www.juridicas.unam.
mx/videoteca
@IIJUNAMhttps://www.you
tube.com/watch?
v=yWgbSZprLZ0](http://www.juridicas.unam.mx/videoteca@IIJUNAMhttps://www.youtube.com/watch?v=yWgbSZprLZ0)*

HACIA UNA PEDAGOGÍA DE LA FINITUD

ALFREDO FURLAN



Desde sus orígenes, la educación ha sido concebida como el arte de preparar para la vida. Desde las primeras civilizaciones hasta las complejas sociedades contemporáneas, la escuela se erigió como el templo donde se forjan las herramientas para enfrentar el mundo: habilidades técnicas, pensamiento crítico, socialización y valores. Sin embargo, existe una paradoja fundamental que rara vez se aborda en las aulas: nos empeñamos en enseñar a vivir, pero silenciamos sistemáticamente la única certeza que acompaña a la existencia: la muerte.

Como profesionales de la pedagogía, nos enfrentamos a una contradicción ética. Formamos a niños y jóvenes para que sean resilientes ante los desafíos laborales, para que resuelvan ecuaciones, para que comprendan la historia de las guerras, pero los dejamos desarmados ante la finitud. La muerte, ese “destino” del que hablaba Heidegger como el horizonte insoslayable del ser, es tratada como un tabú, un accidente o un fracaso del sistema médico, en lugar de ser integrada como una dimensión natural de la existencia.

Esta omisión no es neutral; tiene consecuencias profundas en la salud emocional de las comunidades educativas y, quizás de manera más alarmante, en la capacidad de los individuos para detectar el sufrimiento extremo que, en ocasiones, deriva en tragedias como los ataques violentos en entornos escolares. La pedagogía tradicional se ha enfocado en la preparación para un futuro productivo. La muerte irrumpe como un disonante en esa narrativa de progreso. No enseñamos a morir porque asociamos la muerte con la oscuridad, el trauma o la patología. En la educación básica, cuando un estudiante o un docente fallece, se activan protocolos de contención emocional que suelen ser reactivos y breves. Pero rara vez existe un currículo que, de manera preventiva y formativa, explore el duelo, la pérdida o el sentido de la trascendencia. Ignorar la muerte en las aulas equivale a dejar a los estudiantes a merced de las versiones más crudas y distorsionadas de ella: la glorificación de la violencia en los medios de comunicación, la cosificación de la muerte en los videojuegos o el silencio abrumador que genera angustia. Una educación que omite la reflexión sobre el final de la vida forma ciudadanos que llegan a la edad adulta sin herramientas para

gestionar el duelo propio o ajeno, y, lo que es más grave, sin la capacidad de reconocer en sí mismos o en sus pares el dolor existencial que puede preceder a la violencia autoinfligida. Introducir la muerte como un tema pedagógico, adaptado al desarrollo cognitivo y emocional de los estudiantes, ofrece ventajas sustanciales. En primer lugar, fomenta la inteligencia emocional y la resiliencia. Hablar de la muerte de manera natural, a través de la literatura, la filosofía para niños, la historia o las ciencias naturales, desestigmatiza el dolor. Los niños aprenden que la tristeza, la pérdida y la ansiedad ante lo desconocido son parte del espectro humano, lo que reduce la vulnerabilidad al aislamiento emocional. En segundo lugar, sensibiliza contra la violencia. Cuando se trabaja el valor de la vida desde la conciencia de su fragilidad, se construye una ética del cuidado. Programas educativos que incluyen reflexiones sobre el duelo, el respeto por los cuerpos y la gestión de la ira han mostrado disminuciones en las tasas de acoso escolar (bullying). Un estudiante que comprende que la muerte no es un juego ni una solución estética, sino una pérdida irreversible, es menos propenso a cosificar la violencia. En tercer lugar, previene la radicalización del sufrimiento.

Muchos de los ataques contra instituciones educativas en diversos países han sido perpetrados por jóvenes que manifestaban, mucho antes de los hechos, un profundo sentido de nihilismo, exclusión y una obsesión mórbida no canalizada. Una educación que incluya espacios seguros para hablar sobre el miedo a la muerte, el sentido de pertenencia y la desesperanza podría funcionar como una válvula de alerta temprana. El abordaje pedagógico de la muerte no es una cura milagrosa, pero sí un contexto donde el sufrimiento existencial puede ser detectado y acompañado por profesionales antes de que derive en catástrofes.

El principal argumento en contra de abordar la muerte en la educación básica es el riesgo de traumatización o iatrogenia. Si el tema se introduce sin la debida formación docente, con un enfoque sensacionalista o sin la profundidad filosófica necesaria, podría generar ansiedad en lugar de alivio. Un niño pequeño, por ejemplo, no procesa la muerte de la misma manera que un adolescente; un abordaje inadecuado podría provocar trastornos de sueño, miedos irracionales o fijaciones mórbidas. Otro riesgo es que, en contextos de alta violencia social (como ocurre en países con presencia de

crimen organizado o conflictos armados), hablar de la muerte sin un acompañamiento psicosocial adecuado podría revictimizar a los estudiantes que ya han sufrido pérdidas traumáticas. La escuela no puede sustituir la terapia clínica; si se implementa un currículo sobre la muerte sin los recursos de salud mental suficientes, se corre el peligro de abrir heridas sin saber cómo cerrarlas.

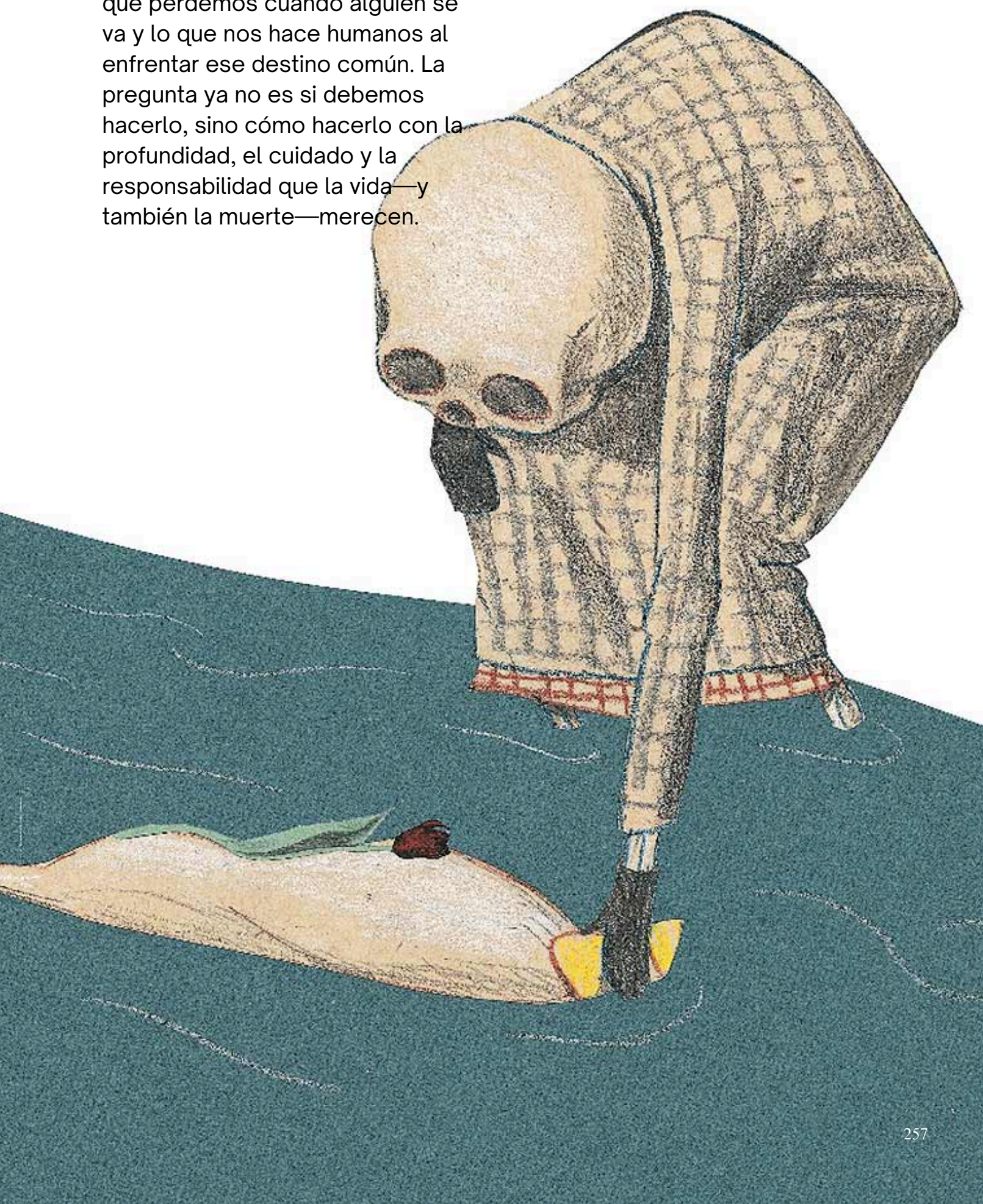
Además, existe la preocupación de que, en lugar de sensibilizar, ciertos enfoques podrían normalizar la violencia. Si la muerte se presenta de manera fría o meramente biológica, sin un componente ético profundo, algunos estudiantes con tendencias disruptivas podrían interpretarlo como una legitimación de la crueldad. Por ello, la didáctica de la muerte exige una cuidadosa selección de contenidos, metodologías activas y, sobre todo, docentes altamente capacitados en mediación emocional.

Cuando analizamos los trágicos eventos de ataques contra estudiantes y personal docente en países como Estados Unidos, México o Brasil, observamos un patrón común: los perpetradores suelen ser jóvenes que experimentaban un profundo aislamiento, una incapacidad para procesar el rechazo social y, en muchos casos, una idealización de

la muerte como herramienta de notoriedad o venganza. Frente a esto, la pregunta central es: ¿una educación que aborde la muerte ayudaría a prevenir estos ataques? La evidencia de la pedagogía preventiva sugiere que sí, pero no de manera aislada. Incluir la muerte como tema transversal en ética, literatura y formación cívica contribuye a dismantelar la fantasía de omnipotencia que a menudo rodea a la violencia armada. Ayuda a que los jóvenes desarrollen empatía al ponerse en el lugar de la víctima y al comprender el peso real de quitar una vida. Además, crea canales de comunicación donde el dolor existencial puede ser verbalizado en lugar de actuado. Sin embargo, si este abordaje se hace de forma improvisada, sin un enfoque de derechos humanos y sin una red de apoyo psicológico en las escuelas, podría intensificar el sentimiento de vulnerabilidad o, en casos extremadamente raros, proporcionar un “escenario” para que estudiantes con graves trastornos de conducta exploren obsesivamente el tema sin la supervisión adecuada. La clave está en que no se trata de enseñar “sobre la muerte”, sino de enseñar a vivir con la conciencia de la finitud, lo cual es radicalmente distinto. Un profesional de la pedagogía debe defender que la educación integral no puede seguir

escindiendo la vida de la muerte. Ocultar esta última no la hace desaparecer; la vuelve inmanejable. La educación básica tiene la oportunidad y la responsabilidad de formar personas capaces de enfrentarse a la existencia con plenitud, y eso incluye comprender que el final forma parte del viaje. Las ventajas de abordar la muerte —sensibilización, prevención del acoso, desarrollo de resiliencia y creación de espacios de contención—superan los riesgos, siempre que se implemente con rigor ético, formación docente especializada y trabajo colaborativo con familias y psicólogos. La desventaja principal (el riesgo de traumatización) es un llamado a la prudencia metodológica, no a la omisión. En cuanto a la violencia escolar, sostengo que una educación que integra la muerte como parte del diálogo existencial es una de las herramientas más poderosas para prevenirla. No porque hable de ella de manera explícita y recurrente, sino porque al hacerlo, valida el sufrimiento, enseña a pedir ayuda y desarticula la narrativa de que la violencia es un camino legítimo para ser visto o para dejar de sufrir. En conclusión, la educación no puede seguir siendo una preparación para la vida que excluye la muerte. Si queremos escuelas seguras y estudiantes emocionalmente sanos, debemos

tener el valor pedagógico de sentarnos con ellos a reflexionar sobre lo que significa estar vivos, lo que perdemos cuando alguien se va y lo que nos hace humanos al enfrentar ese destino común. La pregunta ya no es si debemos hacerlo, sino cómo hacerlo con la profundidad, el cuidado y la responsabilidad que la vida—y también la muerte—merecen.



SAMANTHA ES SÓLO UN SUEÑO

ENRIQUE VILLEGAS



Los fragmentos en mi memoria son apenas suficientes para recordar esa tarde de lluvia tan extraña que cubría la ciudad. El reloj de la oficina marcaba las 6 de la tarde, así que apagué la computadora con una sensación de letargo y tomé mi paraguas con un molesto dolor en mis articulaciones.

El elevador estaba lleno, pero de inmediato encontré su rostro: el brillo de sus ojos siempre tiene un efecto mágico e impredecible. Samantha me saludó con una sonrisa en los labios, los hoyuelos que se forman en sus mejillas me estremecieron. Caminamos juntos hasta la parada del trolebús, aunque mi destino era la estación del metro, al otro extremo de la avenida, pero no me importó.

Me tomó del brazo con afecto y caminamos tratando de esquivar los charcos que se multiplicaban por la lluvia. En el trayecto, me confesó que los meses que siguieron a su divorcio se habían sentido como un alivio; sin embargo, comenzaba a sentir el peso de la soledad y la ausencia de la maternidad. En ese momento sus ojos se tornaron cristalinos y se quedó callada. Samantha es la única persona con quien los silencios no se sienten incómodos.

Llegamos a la parada del trolebús. Samantha se colocó detrás de una mujer envejecida y encorvada, era la última persona de una fila que ya se extendía hasta la línea del horizonte. Me agradeció por acompañarla y se despidió de mí con un beso en la mejilla. El contacto de sus labios sobre mi piel me hizo olvidar por unos momentos el incesante dolor en mis articulaciones. Entonces, me miró a los ojos de tal forma que sentí que mi corazón se desbordaba. Nunca lo olvidaré. Me dirigí al metro con la emoción del adolescente que acaba de descubrir el amor. Al bajar las escaleras para llegar al andén recordé que, en tiempo de lluvias, la marcha de los trenes es lenta y tediosa, así que imaginé hordas de usuarios arremolinándose para poder acercarse a las puertas y hacerse de un asiento. Pero sólo había unas cuantas personas esparcidas en el lugar. El metro apareció a través del túnel liberando descargas eléctricas como un bólido que intenta romper la barrera del sonido. Sus puertas se abrieron de golpe, con un sonido seco, y encontré un asiento libre, así pude descansar y darle un poco de alivio al dolor. El cansancio y el rítmico bamboleo de los carros provocaron que mis párpados se sintieran pesados permitiendo que una inesperada tranquilidad se

apoderara de mí. De pronto, el convoy detuvo su marcha de manera intempestiva. La fricción de las llantas provocó un chirrido que desgarraba los oídos. Apenas fui capaz de alcanzar el tubo para no salir proyectado. Pero no todos corrieron con la misma suerte; los gritos y gemidos a mi alrededor me hicieron comprender que había personas lesionadas. Una nube de humo blanco nos cubrió por completo entorpeciendo la vista y sofocando los pulmones. —¡Abran las puertas y bajen con cuidado! —resonó una voz grave cuyo origen era imposible determinar. —¡Aquí hay personas que no pueden caminar! ¡Necesitamos ayuda! —se escuchó otra voz y luego otra y otra. Tanto los vagones como el túnel comenzaron a iluminarse con la luz de los teléfonos celulares. Me apresuré a ayudar a tantas personas como pude y luego me reuní con un grupo que se había separado del resto. Ellos discutían sobre la necesidad de avisar a los jefes de estación por lo que el grupo se dividió en dos; yo decidí unirme al que caminaría de regreso, hacia el sur. Durante el recorrido intercambié algunas palabras con Carla, una joven de veintitantos años, originaria de un pequeño municipio de Puebla, enferma de cáncer, que se dirigía al hospital a una sesión

de quimioterapia acompañada de su abuela. Conocí también a un hombre joven, Matías, del estado de Oaxaca, quien debía llegar a la corte para firmar ante un juez como cada semana.

Pero algo nos detuvo en el camino.

Una pared de concreto, rugosa y de superficie accidentada apareció ante nuestros ojos, sobre las vías, bloqueando el túnel. Esa pared no tenía razón de existir. No había explicación alguna. Nos miramos con incredulidad los unos a los otros como buscando en los ojos de los demás una posible respuesta. Alguien intentó tranquilizar los ánimos del grupo asegurando que estábamos respirando cierto tipo de gases tóxicos y que eso justificaba la alucinación colectiva. El joven Matías atribuyó el evento a una intervención divina e insistió en que era el momento de arrepentirnos de todos nuestros pecados. Entonces, Carla caminó hacia a la pared como poseída por una fuerza sobrenatural hasta alcanzarla con su mano.

Ante nuestros ojos, la pared comenzó a engullir la mano de la joven; luego el antebrazo y luego el codo. Desesperada, utilizó la otra mano para sacar su brazo, pero fue inútil. La pared comenzó a tragarse ambas extremidades. Sus gritos se transformaron en alaridos.

Intentamos liberarla, pero la pared se desplazaba centímetro a centímetro y ella, con los ojos desorbitados y ennegrecidos, perdía el último suspiro. Después de unos segundos, Carla había sido devorada por completo.

—¡Se está moviendo! ¡Viene hacia nosotros! ¡Vámonos de aquí! —se escuchaba por todos lados.

Corrimos de regreso por el túnel, pero a tan sólo unos metros, apareció una extensión de la pared impidiéndonos el paso. Los gritos se intensificaron. El estrépito provocado por el grupo comenzó a entorpecer mis sentidos. Las luces de los celulares centelleaban enloquecidas creando un efecto estrambótico.

Caos. Caos total. Me sentí aturdido. Un intenso mareo me obligó a sentarme sobre las vías. De repente, los gritos cesaron. Logré alcanzar el celular con mis manos, aún temblorosas, para alumbrar y ver lo que pasaba; entonces, me di cuenta de que yo era el único que quedaba con vida. La pared me tenía confinado en un reducido espacio y seguía avanzando, mostrándome los cuerpos de los recién engullidos. Entendí que yo era el siguiente.

Una vez más, mis párpados comenzaron a sentirse pesados. De pronto, a la distancia, escuché la voz de Samantha y tuve una visión: vivíamos juntos en una pequeña casa con un hermoso

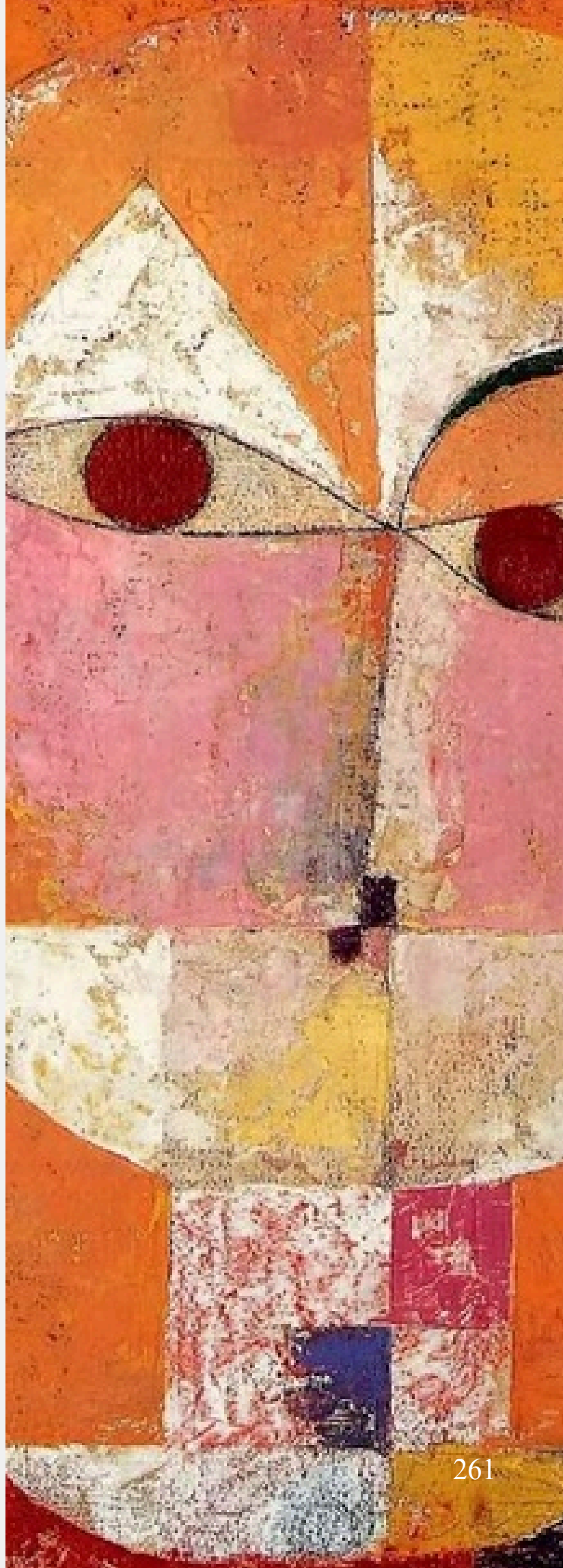
jardín; sonreíamos, nos abrazábamos, nos besábamos y desnudos bajo las sábanas culminábamos nuestro amor. Luego, Samantha, con los ojos inundados por las lágrimas, me anunciaba que seríamos padres. Pero un dolor penetrante me está obligando a abrir los ojos. He vuelto a la realidad. Tres cuartas partes de mi cuerpo están atrapadas en esta pared de concreto. Siento la forma en que mis ligamentos se rompen y mis huesos se fracturan. La presión está deshaciendo mis órganos internos y, sin embargo, sigo aquí, respirando.

Ahora soy capaz de comprenderlo todo.

La realidad es este suplicio que no acaba y que parece continuar hasta el fin de los tiempos; ahora comprendo que soñamos para escaparnos, para evadir este dolor insufrible y yo... yo sueño con ella anhelando un poco de vida, de felicidad y de amor.

Pero Samantha no es real.

Samantha es sólo un sueño.



MANIFIESTO: MÁS ALLÁ DEL MARGEN

Prometeo desafió a los dioses y robó el fuego para entregárselo a la humanidad. No fue un acto de insolencia, sino una afirmación trágica de amor por lo humano, por su dignidad y su potencia creadora. En La Sombra de Prometeo, ese fuego no es sólo símbolo de conocimiento, sino una llamada urgente a la emancipación del pensamiento, a la rebelión de la inteligencia contra los dogmas de la época. La sombra que lo acompaña no es ausencia de luz: es el espacio fértil donde arden las ideas marginadas, las voces incómodas, los saberes que se atreven a pensar más allá de lo permitido.

No pretendemos repetir fórmulas, sino abrir grietas... grietas donde irrumpen autores que, por su originalidad, han sido relegados. Voces que no encajan, que desbordan, que vibran con un fuego propio. A ellos —a quienes escriben desde la orilla, desde el margen, desde la diferencia— les damos el lugar que les corresponde: el centro del fuego.

Aquí también confluyen autores de trayectoria, porque creemos en el diálogo entre la experiencia y la innovación, entre la raíz y el salto. Somos un crisol en combustión, donde las ideas se mezclan y se transforman, fundiendo filosofía, literatura, arte, historia, ciencia, psicología, medicina, matemáticas y física en una sola llama.

Porque el fuego no se contiene: fluye, muta, resiste. Queremos llegar a todos los rincones donde haya una mente dispuesta a incendiar sus certezas.

No somos neutros, pero tampoco pretendemos imponer. En nuestras páginas convivirán ideas con las que no coincidimos, textos que no nos representan. Publicamos lo que nos incomoda porque creemos, como Georges Bataille, que “vamos a golpear con la cabeza el borde de los límites”. Porque todo lo que importa sucede justo ahí: en el filo, en la frontera, en el temblor del pensamiento cuando se atreve a cruzar.

Nuestra visión es global: aspiramos a construir una comunidad internacional de creadores, pensadores y escritores que compartan nuestra sed por el conocimiento, nuestra pasión por lo que no tiene nombre aún. Queremos ser faro y campo de batalla. Un lugar donde las ideas no sólo reflejen el mundo, sino que lo empujen más allá.

Rechazamos el pensamiento decorativo, las repeticiones vacías, el discurso ideológico que clausura y moraliza. Estamos cansados de las trincheras. Nos mueve lo que provoca, lo que seduce, lo que rasga. Queremos pensamiento que arda, literatura que sangre, ciencia que dude.

Somos una llama en la sombra. Una insurgencia intelectual. Un llamado a los que piensan distinto, a los que no temen el vértigo, a los que han sentido que el mundo necesita ser pensado de nuevo, desde sus escombros. Aquí caben todos los que aún creen que una idea puede incendiar una época.

Esta es nuestra promesa, nuestra misión y nuestro riesgo.

Pensar más allá del margen.

LA SOMBRA DE PROMETEO





Suscripción

La Sombra de Prometeo ya está en Patreon y tu apoyo es el fuego que hace posible todo esto:

- Evitar cualquier tipo de publicidad invasiva
- Financiar las impresiones físicas de cada número
- Difundir las obras de autores y colaboradores
- Cubrir las licencias de registro tanto de los formatos digitales como de los impresos
- Apoyar el crecimiento constante del proyecto

Ofrecemos beneficios exclusivos y una comunidad viva que trasciende fronteras. Con tu suscripción ayudamos a expandir nuestra comunidad a través de tertulias, talleres de literatura y filosofía, charlas en vivo y encuentros que conectan mentes de todo el mundo.

Elige cómo quieres formar parte del fuego:

Lector de fuego



- ✓ Descargable
- ✓ Artículos y textos exclusivos cada mes
- ✓ Agradecimiento en los créditos de la revista
- ✓ Tomos físicos a domicilio (Suscripción anual)

\$ 100 mx
5 USD / mes

El fuego de Prometeo

Lo anterior +

- ✓ Invitación a eventos y tertulias online
- ✓ Tomos físicos a domicilio (Suscripción de 6 meses)
- ✓ Invitación prioritaria para escribir en la revista con certificado DOI

\$ 200 mx
10 USD / mes

Titán de la Sombra



Lo anterior +

- ✓ Tomos físicos a domicilio (Suscripción de 3 meses)
- ✓ Sesiones online, tertulias y talleres (2 horas semanales)
- ✓ Streamings, llamadas y comunidad VIP

\$ 400 mx
20 USD / mes

✓ Cancela en cualquier momento

✓ Beneficios exclusivos

✓ Talleres con análisis literarios y filosóficos semanales

¡Gracias por mantener viva la llama de las ideas!

www.lasombradeprometeo.com

www.revista.lasombradeprometeo.com

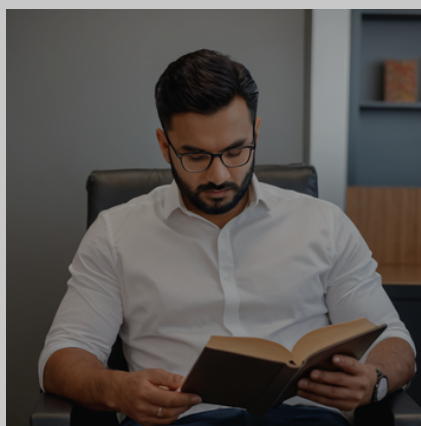
+52 55 5197 2038

[Suscripción](#)

EDITORIAL

LA SOMBRA DE PROMETEO

ENCENDEMOS IDEAS,
TRANSFORMAMOS PALABRAS EN
FUEGO



AUTORES

*Publicamos tu obra audaz.
Edición, diseño, distribución
¡Lleva tu historia al mundo!*



ACADEMIA

*Materiales educativos a medida.
Guías, exámenes, libros.
¡Impulsa el éxito académico!*



EMPRESAS

*Contenido que conecta & forma.
Impacto de marca.
¡Fortalece tu voz corporativa!*

*Convierte tu visión en realidad.
¡Contáctanos!*

55 5197 2038 | info@lasombradeprometeo.com | www.lasombradeprometeo.com

LA SOMBRA DE PROMETEO

 PATREON



WWW.PATREON.COM/CW/LASOMBRADEPROMETEO/MEMBERSHIP

TITÁN DE LA SOMBRA

LA SOMBRA DE PROMETEO

 PATREON

[WWW.PATREON.COM/CW/LASOMBRADEPROMETEO/MEMBERSHIP](https://www.patreon.com/cw/lasombradeprometeo/membership)

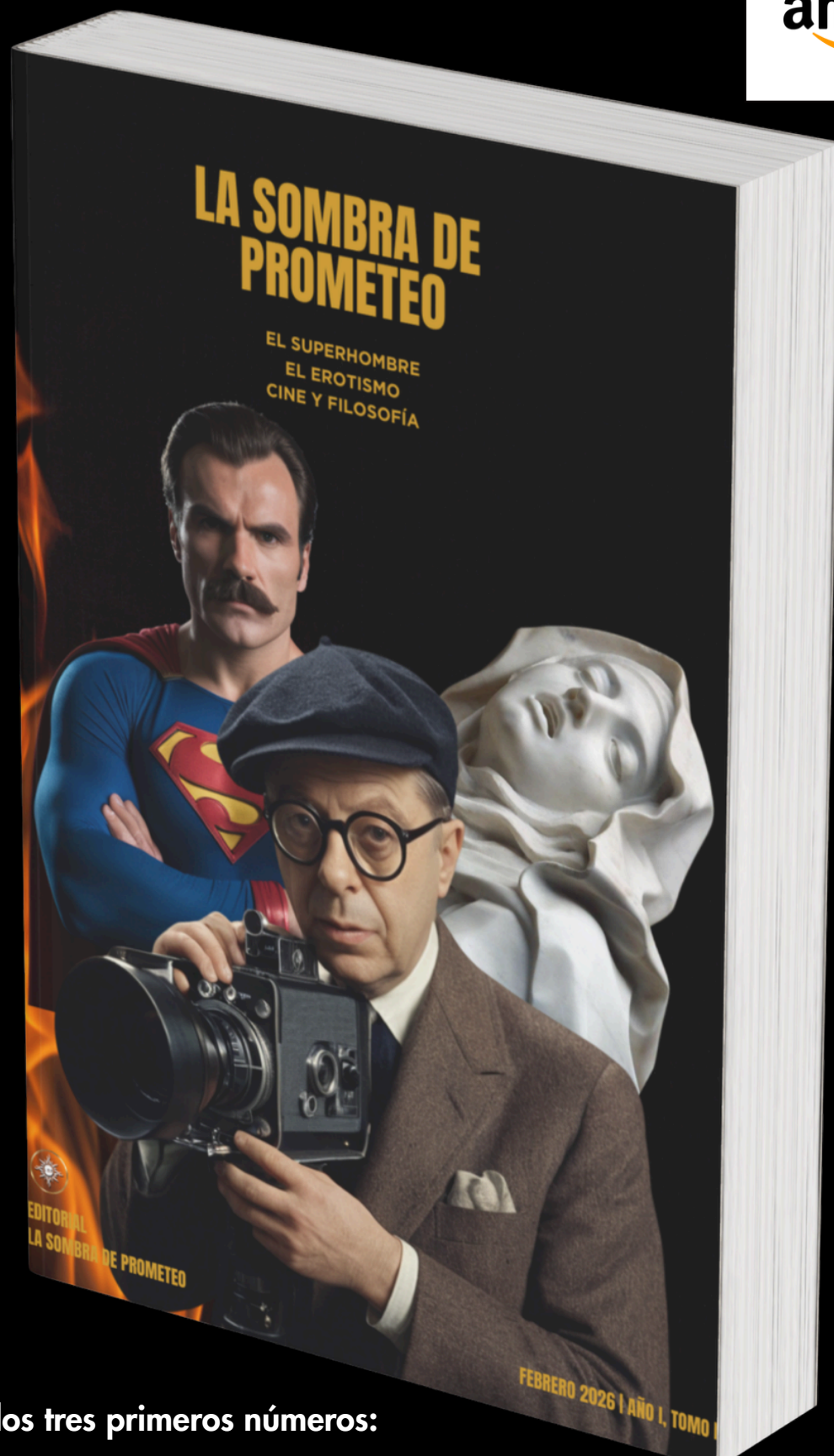
EL FUEGO DE PROMETEO

LA SOMBRA DE PROMETEO

 PATREON

[WWW.PATREON.COM/CW/LASOMBRADEPROMETEO/MEMBERSHIP](https://www.patreon.com/cw/lasombradeprometeo/membership)

LECTOR
DE FUEGO



Tomo I

Incluye los tres primeros números:

1. El Superhombre
2. El Erotismo
3. Cine y filosofía

Formato físico disponible en amazon de cada país.

LA SOMBRA DE PROMETEO



Dossier 1: El Superhombre.



Dossier 2: El Erotismo.



Dossier 3: Cine y Filosofía.



Dossier 4: Muerte y existencia Vol 1.



Dossier 5: Muerte y existencia Vol. 2.



EDICIÓN ESPECIAL: SÍNTESIS TEMÁTICA





REVISTA

LA SOMBRA DE PROMETEO